

ALEXANDRA RISLEY

Victory

UNA NOVELA SOBRE
LA (POR) MORAL VICTORIANA

VESTALES

ALEXANDRA RISLEY

Victory

UNA NOVELA SOBRE
LA (DOBLE) MORAL VICTORIANA



VESTALES

Victory

Alexandra Risley



VESTALES

Índice

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

*Para mi amado esposo, J. J.
Gracias por enseñarme que en el amor no hay temor.*

Primera parte

Capítulo 1

A los ojos de la sociedad británica, Lucious McLean, el barón de Lovelance, fue un auténtico ejemplo de hombre virtuoso. Sus inestimables contribuciones a la ciencia moderna, sus espléndidas obras hacia los más desafortunados y una conducta absolutamente intachable, mantenida por más de seis décadas, así lo demostraron.

Célebre desde sus primeros años como estudiante de ingeniería, física y matemática, el genio escocés había alcanzado la fama y el favor de la academia gracias a sus descubrimientos en el campo de la electrónica y la termodinámica, ciencias que constituían un enigma para la mayoría de los hombres, pero cuyos progresos los habían beneficiado exponencialmente en la construcción de barcos de propulsión a vapor y de trenes más rápidos, estables y eficientes. Sus innumerables publicaciones, repletas de eminentes teorías sobre el perfeccionamiento de los medios de transporte de grandes distancias y su asesoría a empresas del ramo, le merecerían más tarde una cuantiosa fortuna.

Quienes lo conocieron se referían a McLean como una verdadera lumbrera andante; un hombre bondadoso, ingenioso al extremo, piadoso y excéntrico, como todos los grandes hombres de la historia, pero, muy por encima de todo ello, justo. No pasó mucho tiempo antes de que McLean fuera recibido por la mismísima reina Victoria y el príncipe Albert para compartir conocimientos y deleitarlos con un impagable genio que, según palabras de Su Majestad, había sido concedido por los ángeles. En gratificación por toda una vida de aportes inconmensurables a la ciencia, la reina lo honró con la baronía de Lovelance.

Como lo afirmasen algunos académicos que habían de conocer

más fondo el alcance de sus contribuciones, McLean logró llevar la física a su forma moderna, impulsando con ello el ingreso de la humanidad a un prometedor porvenir, condicionando una época y dejando un claro sello de esperanza de cara a los tiempos venideros.

Por estas y muchas razones más, lord Lovelance alcanzaría un espacio privilegiado en las alturas. Muchas razones que nadie, además de Victory Brandon, llegaría a comprender jamás. Allí, frente a su monumento funerario en el gótico panteón familiar de los McLean, la muchacha de veinte años, totalmente ataviada de negro, contemplaba la inscripción de ese nombre con gesto solemne mientras las implacables gotas de lluvia tronaban sobre el paraguas.

Era un domingo de abril, el tercero después de la muerte del barón, víctima de una enfermedad que por años lo había mantenido alejado de la vida pública. Desde entonces, las coronas de flores no habían parado de llegar a Lovelance Manor, la residencia en las tierras altas de Escocia donde había pasado los últimos años de vida, y los diarios no dejaban de hablar del lamentable deceso de una de las mentes más brillantes del siglo.

Victory depositó los narcisos a un lado del ramo que Colin y Rebecca McLean habían dejado pocas horas antes. La joven estaba convencida de que aquel gesto no podía compensar ni en una milésima los años de abandono y desdén al que aquel par de horribles hijos habían sometido al pobre Lovelance; solo esperaba que ya se hubieran marchado a Inglaterra para no tener que verlos de nuevo. De seguro, no les costaría demasiado retomar sus vidas en Londres después de cobrar su herencia; al fin y al cabo, era lo único que habían estado esperando por años.

Pero en cuanto a Victory, ¿qué haría ahora? ¿Cómo se suponía que sería su vida a partir de ese momento? Habría sido lógico prever que aquello sucedería de un momento a otro, pero la idea de verse abandonada de nuevo había hecho que apartara cualquier pensamiento de emancipación.

Desde los diecisiete años se había obligado a encajar en Lovelance Manor y en la nueva vida que le habían impuesto. No tardó demasiado en acostumbrarse a él, a su mundo de libros polvorientos y extraños artilugios. De hecho, y aunque al principio lo hubiera

considerado improbable, en cierto modo, había aprendido a quererlo un poco. Y ahora que finalmente había sucedido –ahora que Lucious había muerto–, estaba dolida, aterrada y la pregunta sobre cómo afrontar la vida desde ese momento rondaba su cabeza como una mosca zumbadora.

Victory sostuvo con fuerza el mango del paraguas para contrarrestar el escozor de la incertidumbre. Se recogió la falda del vestido negro y dio media vuelta para regresar al carruaje, apostado al final de la exclusiva parcela del cementerio de Fort William. A aquella hora de la mañana, el camposanto rodeado por exuberantes colinas de un verde intenso estaba desierto, y un ligero manto de bruma plateada reinaba en el ambiente. La joven caminó el largo trecho mientras el velo de crepé negro que le llegaba a las rodillas ondeaba al viento como una bandera fúnebre. Junto al carruaje, Wilburg, el fiel cochero de los McLean, la esperaba con el habitual semblante serio, con el paraguas protegiéndole la cabeza de la intensa lluvia que los había sorprendido a mitad de camino. El hombre le abrió la puerta del landó y le sostuvo la mano con presteza antes de ayudarla a subir. Al poco tiempo los caballos se pusieron en movimiento para devolverla a casa.

Más tarde, el carruaje se detuvo frente a Lovelance Manor, la magnífica residencia de piedra gris estilo Tudor. Victory se apeó del vehículo con la ayuda de Wilburg y un lacayo que le sostuvo el paraguas hasta que se introdujo finalmente en la mansión.

Una mujer de mirada fría la esperaba en el vestíbulo, donde podía respirarse el aroma dulzón de las coronas flores con sus notas de condolencias que no dejaban de llegar de parte de organismos oficiales, instituciones científicas y entes particulares de toda Gran Bretaña. El ama de llaves de los McLean, la señora Coyle, se llevó las manos a la espalda y estudió a Victory de pies a cabeza, como lo había hecho el día en que arribó por primera vez a la propiedad.

—Milady —la llamó, envolviendo aquella palabra en una nube de recelo que tampoco le resultaba novedosa—, los hijos del barón Lovelance la esperan en el estudio.

La joven frunció el ceño. Aunque no estaba esperando aquella visita –al menos no en ese momento–, asintió forzosamente y se

encaminó al estudio, situado al final del elegante corredor de pisos de mármol. La hora más temida había llegado. Tomó una bocanada de aire mientras avanzaba por la galería; al llegar a la puerta, sostuvo el picaporte con la mano temblorosa. Unos murmullos provenientes del interior de la habitación se colaron hasta a sus oídos.

—No voy a perdonarte por esto —reñía una voz femenina—. ¡Sabes que lo que menos deseo ahora es verle la cara a esa mocosa petulante!

—Shh —siseó su acompañante—. Rebecca, por favor, ¿quieres que te escuche?

—¡Me da igual que me escuche! —insistió con amargura—. A fin de cuentas ella sabe lo que pienso sobre su personita. Claro, tú no tienes motivos para quejarte porque te has quedado con la mejor parte de todo, pero yo, hermano, soy prácticamente una indigente dado que nuestro querido padre ha decidido dejarle a esa zorrita inglesa la que iba a ser mi casa —masculló—. Esto es tan humillante. ¿Qué diablos le hizo al viejo, Colin? ¿Cómo consiguió envolverlo de esta manera? Mira este estudio, por el amor de Dios, ¿hay un solo rincón donde no haya un retrato de ella? ¡Qué obsceno culto a la personalidad!

Victory escuchó aquella riña con inquietud, pero se obligó a entrar. En ese instante, tomó aire y abrió la puerta del estudio. Los dos hijos del barón la abrumaron con sus miradas afiladas.

—Querida madrastra —la saludó Colin con aquel tono jovial e impertinente que desde hacía tiempo se había hecho habitual—, tan encantadora como siempre.

Era un hombre de treinta y pocos años, escaso pelo castaño, de una gran estatura pero no muy atractivo. Tenía una nariz torcida y elevada y unos ojos puntiagudos que parecían desvestir con el mismo esmero a ella y a todas las doncellas de la casa. El barón siempre se había quejado por su falta de carácter, por su afición desmedida por las mujeres, pero, más aún, por su intención de permanecer soltero a esa edad, con una completa desaprobación por el matrimonio.

Colin estaba de pie junto a la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos en gesto despreocupado. Con los ojos entornados, Victory notó la banda de crepé negra que le rodeaba el brazo. Ni aquel símbolo de duelo conseguía suavizar el aspecto de buitre al acecho.

Apartó la mirada de él y buscó a Rebecca McLean con los ojos.

Aquella mujer la había aterrado desde que la vio por primera vez. Aunque todavía era joven, poseía una belleza marchita que quizá fuera el resultado de tanta amargura fermentada; una amargura que cultivaba en perjuicio no solo de quienes consideraba sus enemigos – como lord Lovelance y la misma Victory–, sino también contra sus propios hijos y su pobre marido. Rebecca llevaba un vestido de crespón negro cerrado hasta el cuello y un único accesorio: un broche de nácar a la altura del corazón. La mujer, que lucía mucho más irritada que dolida por la reciente muerte de su padre, estaba sentada en el sillón de cuero donde Vic y Lucious solían sentarse a leer durante las tardes para aprovechar la luz natural que se colaba por los grandes ventanales del estudio. Mostraba una postura intransigente, con la espalda recta y los brazos cruzados a la altura del pecho mientras evaluaba a la viuda con un gesto de disgusto. Victory inspeccionó el borde de sus propias faldas y notó que tenían al menos ocho centímetros de lodo del cementerio.

—Discúlpenme —musitó—. Colin, Rebecca, les doy mi más sentido pésame. Esto que ha ocurrido ha sido verdaderamente devastador para todos. He visto sus flores en el panteón. Muchas gracias por la gentileza.

—¿Gentileza? —repitió la hija del barón con un resoplido de indignación, alzando la ceja hasta que pareció rozar la línea del nacimiento del cabello—. ¿Debemos recordarte que es nuestro padre quien se encuentra en esa tumba, Victory?

Vaya, después de todo lo reconocían, pensó la muchacha.

—No, claro que no —respondió con una sacudida de cabeza.

Colin carraspeó.

—Sentimos no haber venido al funeral o a la lectura del testamento, Vic —dijo con serenidad—. Me temo...

—Ya lo hemos hablado, Colin. —Rebecca se apresuró a callar a su hermano con rudeza—. La presencia del señor Tedcastle como nuestro apoderado era suficiente. No creo que le debamos explicaciones a ella.

—¿Cómo no? Si es nada menos que la viuda del viejo —le recordó.

Ella le lanzó una mirada de advertencia y luego volvió a Vic sin

descruzar los brazos.

—Necesitamos tu firma en esos documentos —le soltó sin rodeos. Apuntó con el mentón unos papeles que reposaban sobre el enorme escritorio de nogal, donde hasta hacía un mes, y pese a una grave enfermedad, el difunto lord Lovelance trabajaba con esmero—. Espero que no te moleste hacernos el honor —le espetó con sarcasmo.

—¿Por qué no ha venido su abogado? —preguntó Victory, consciente de que los herederos del barón no estaban obligados a desempeñar aquellas funciones.

—¿Tanta irritación te causa vernos en esta casa, querida? —prosiguió Rebecca, azuzándola con aquel afilado tono de resentimiento. Parecía que estaba a punto de echársele encima con la intención de desgrearla. Aunque tal vez no le faltaran motivos para ello—. Por lo visto no te ha resultado difícil acostumbrarte a la idea de que ahora todo esto es tuyo. Pareciera que has estado esperando con ansias el día en que mi padre nos dejaría.

El rostro de la joven se ensombreció.

—No digas eso.

—Sí lo digo.

—Quisimos aprovechar nuestra visita a Fort William para atender personalmente los asuntos de la herencia —explicó Colin con tranquilidad—. Después de todo teníamos que despedirnos de nuestro padre.

¿Tres semanas después de su muerte? ¡Qué considerados!, los riñó Vic en su interior.

—Bien —convino exasperada mientras se acercaba al escritorio—. Rebecca está en lo cierto. No me deben explicaciones. Firmaré.

La viuda revisó los papeles sin excesivo cuidado para no seguir provocando a su volátil hijastra. Eran solo formalidades relativas a las propiedades que pasarían a sus manos y de las que el abogado le había hablado con anterioridad.

—¿Se quedarán a pernoctar en Lovelance Manor? —preguntó con cautela mientras tomaba la pluma de acero de su esposo y comenzaba a estampar su firma en los espacios marcados con equis—. Podría avisarle a la señora Coyle que prepare sus habitaciones. Está lloviendo a cántaros.

—Descuida; no queremos incomodarte más —continuó escupiendo Rebecca.

—Pero si yo no...

—No es necesario, Victory —insistió Colin sacudiendo la cabeza—. Estamos alojados en un hotel del pueblo. Regresaremos a Londres mañana temprano.

Eso era un alivio.

Después de poner la firma en los papeles, Vic miró a sus hijastros con marcada tensión. Habría dado cualquier cosa antes de someterse a semejante situación. Dios sabía que ella no había escogido nada de lo que había ocurrido. A decir verdad, nunca en la vida le habían dado la oportunidad de escoger nada, pero aquello era algo que debía hacer.

—Quiero que sepan que estoy tan sorprendida por todo esto como ustedes. Es decir, no tenía idea de que Lucious quisiera dejarme tanto.

En realidad no era demasiado, sino lo que por derecho le correspondía a la viuda de un barón: una considerable suma de dinero, la colección personal de arte, algunas colocaciones en la bolsa, los derechos y regalías de sus publicaciones y, por supuesto, Lovelance Manor, la magnífica mansión campestre de sublimes praderas que abarcaba numerosas hectáreas y una laguna famosa en Fort William. Esto último irritaba a Rebecca hasta lo indecible puesto que, aquella había sido la posesión más codiciada por la hija menor de Lovelance.

—No creo una palabra de lo que dices —masculló la mujer con chispas que le salían por los ojos—. ¿A quién crees que vas a engañar? Sé que estás feliz después de haberme quitado lo que es mío, pero no cometas el error de pensar que has ganado, chiquilla.

—Rebecca, por favor —le advirtió Colin pausadamente.

—¡Déjame que le diga unas cuantas cosas, hermano! No me quites ese placer —insistió ella con el ceño fruncido y se volteó para taladrar a Victory con la mirada, feliz de encontrarse frente a frente con la viuda de su padre sin tener que ocultar su aversión.

—Si tienes algo qué decirme, adelante —la animó Victory, envalentonada en apariencias, pero la verdad era que las piernas le temblaban bajo la falda negra—. Ya no tenemos que fingir.

La mujer se puso de pie y caminó hasta ella con la asadura de una serpiente; su mirada destilaba odio puro. Tras el escritorio, la joven dio un paso atrás por instinto.

—Eres una descarada, coqueta, cazafortunas. Dios sabe qué suciedades habrás hecho para conseguir enloquecer a mi padre —le espetó al tiempo que Colin apartaba el rostro, naturalmente, para ocultar una mueca de imaginativa perversión—, un pobre viejo con un pie en la tumba. Tenías que llegar tú con tu carita de santa para alborotarlo como si fuera un colegial. Es obvio que lo único que deseabas era tener un marido viejo, enfermo y rico para quedarte con todo lo suyo para cuando se fuera al otro mundo, ¿verdad? Bien, eso lo lograste.

Victory tenía el corazón acelerado después de oír aquellas duras acusaciones, a sabiendas de que Rebecca McLean solo acababa de comenzar. La chica, que estaba acostumbrada a controlar su emocionalidad, se dijo a sí misma que Rebecca estaba respirando por la herida. Hacía mucho tiempo que había querido soltarle toda su ira, y lo mejor para todos era que lo hiciera ahora.

—Felicidades, pequeña. ¡Has asegurado tu futuro! —continuó disparando la mujer—. Has arruinado a una familia decente con tus frívolas pretensiones. Apuesto a que no tardarás en gastarte todo ese dinero que recibiste a expensas de nosotros en amantes y en lujos, como lo hacen todas las viudas jóvenes.

La chica se ruborizó de pies a cabeza.

—¿Qué estás diciendo?

—No intentes fingir que no sabes de qué estoy hablando; llevas a una libertina dentro de ti, en tu sangre, y llegó la hora de sacarla fuera. ¡Una libertina como lo fue tu madre! —soltó sin piedad.

Victory sintió una punzada de dolor en las entrañas. Ahí estaba de nuevo, el golpe bajo que siempre le asestaban las personas cada vez que buscaban herirla, y que por desgracia, no dejaba de dar resultado. Era una verdad a todas luces.

Colin permanecía impasible, con las manos tras la espalda, mientras Rebecca manaba todo su veneno contra Vic. Parecía que estaba apoyando pasivamente las palabras de su hermana. Él no se veía muy conmocionado con la idea de que Vic se hubiera quedado

con Lovelance Manor, porque el campo siempre le había disgustado. Aquella casa y todo lo que había allí no representaban nada para él.

—¿Ya terminaste? —preguntó la joven con la voz a punto de romperse.

—No, claro que no. Tengo para una hora más, querida —se mofó—. Maldigo el día en que te casaste con Lovelance. Maldigo el día en que tu abuela te vendió al viejo como una mercancía para ocultar la vergüenza que le causabas a toda tu familia. Pero déjame decirte una cosa, suertuda. Puede que no recupere mi casa y todo lo que me has quitado, pero mientras pueda voy a hacer miserable tu pequeña existencia. Vas a querer pudrirte en tu jaula de oro.

La joven apartó la mirada, bastante consciente de lo que Rebecca había querido decir.

—Será mejor que nos marchemos, hermana. Creo que ya hemos terminado aquí —musitó Colin, después de tomar los papeles del escritorio con celeridad, quizá con temor de que Victory optara por romperlos en un ataque de ira para desquitarse de ellos.

La mujer le dedicó a la viuda una última mirada de repulsión.

—Yo siendo tú estaría mortificada, Vic. No vas a encajar en ninguna parte cuando salgas de esta casa para ver el mundo. Naciste siendo una marginada y así vas a morirte, aunque hayas conseguido un título de baronesa con qué adornar tu nombre de bastarda —dijo al fin, antes de marcharse con paso majestuoso por la puerta del estudio.

Colin la siguió, no sin antes dedicarle una última mirada sátira a Victory.

—Nos vemos pronto, baronesa.

Un minuto después, Victory se dejó caer sobre la silla del escritorio; percibía aún el eco doloroso de las palabras de Rebecca.

* * *

Había nacido para que los demás depositaran culpas en ella, lo sabía desde que podía formar juicios. Sin embargo, no era una verdad

a la que le fuera fácil acostumbrarse. Rebecca McLean acababa de tomar el lugar de su abuela y de sus tías a la hora de apuntarla con el dedo furiosamente.

De pronto, se sintió abrumada por el peso de tanta riqueza. Era incómodo. En cierta medida, absurdo. Parpadeó y miró alrededor con temor y escepticismo. Todo cuanto veía era de un lujo desmedido; desde los extravagantes jarrones chinos, más antiguos incluso que la baronía de Lovelance, hasta las pinturas que colgaban de los paneles de cedro. Todo formaba parte de un patrimonio que ni en sueños había esperado poseer, pero que ahora le pertenecía.

¿En qué estaba pensando Lucious McLean cuando la benefició de aquella forma tan excesiva? ¿Qué se suponía que iba a hacer con tanto? Tal vez aquellas propiedades estarían en mejores manos si Lovelance hubiera favorecido a Rebecca antes que a ella, que era solo una chica de veinte años. Pero por alguna razón, el barón había elegido otorgar un tercio de su fortuna a la compañera de sus últimos tres años. Victory solo podía esperar no decepcionarlo.

La muchacha ni siquiera lo sospechaba, pero el barón había considerado su fortuna una nimia migaja sin valor, incapaz de pagar el privilegio de la compañía y el afecto de una joven con ella. Lovelance nunca dejó de lamentarse por el desprecio de sus hijos, que dejaron transcurrir el tiempo sin enviar señales de vida y sin mostrar el mínimo interés por su salud. Afirmaba que aquellos dos desagradecidos solo esperaban su muerte como dos buitres hambrientos, a la espera de extraer las mejores presas. Pero aquello nunca lo desalentó más de la cuenta, por fortuna, Lucious tenía el cariño de Victory, que era resplandeciente y templado como una mañana de primavera. La adorable compañera había alegrado sus últimos días con vivificante humor; gracias a ello había cerrado los ojos por última vez con una sonrisa en los labios.

Y aunque la joven, cuarenta y siete años menor que el barón Lovelance, fuera vista en una oportunidad como el tierno juguete de un viejo degenerado, ella también había disfrutado de su compañía. Se habían apoyado mutuamente, conscientes de que su mayor afinidad era que ambos habían sido echados a un lado por los verdaderos parientes.

Al principio, como era de esperarse, Victory había sentido pavor de convertirse en lady Lovelance. Ninguna muchacha espera que la comprometan en matrimonio a los diecisiete años, mucho menos con un hombre tan mayor, por muy rico e importante que fuera el caballero en cuestión. Había sido decisión de lady Olivia Brandon, su abuela materna, y ella, como de costumbre, había sido incapaz de poner objeción. La había vendido, como le había gritado Rebecca McLean, y las razones siempre habían estado claras. La joven sacudió la cabeza, intentando no pensar en ellas.

Fuera como fuera, ahora Victory era la viuda baronesa Lovelance y estaba dispuesta a asumir aquel rol con dignidad, así que lo más sensato era no hacer caso de las acusaciones de la hija de Lucious, que brotaban de un orgullo herido. Tarde o temprano, aquella mujer dejaría de atormentarla y se dedicaría a volcar su atención a su marido y a sus hijos. Pero ¿qué había de la vida de Victory? ¿Qué se suponía debía hacer ahora que su anciano marido ya no necesitaba de ella para que le leyera el diario o le diera los medicamentos en la mañana? ¿Cuál sería su destino? ¿Cuál era el destino de una viuda de veinte años, sin hijos que cuidar y demasiado rica para preocuparse por trabajar? ¿Qué significaba entonces «seguir adelante»?

La joven se levantó lánguida de la silla, colmada por el dilema del futuro. Salió del estudio y se paseó por la enorme residencia hasta el vestíbulo, donde reposaban más y más ramos mortuorios y coronas de flores engalanadas con cintas de crepé que acababan de llegar, a la espera de que la lluvia cesara para ser llevadas al cementerio. Victory tomó las notas de condolencia de la bandeja de plata situada sobre una consola de mármol y las leyó una a una sin ánimo. Casi todas estaban firmadas por intelectuales de la *Edinburgh Review* con los que Lucious mantenía correspondencia. Solo un tercio de aquellos caballeros se había compadecido lo suficiente para visitar al barón desde que se conoció su enfermedad, así que Victory no tomó ninguna demasiado en serio.

Cuando se disponía a darse vuelta para subir hasta su habitación, Victory reparó en que había un sobre arrugado, pero con el lacre intacto en el cesto de basura donde uno de los lacayos depositaba las ramas marchitas. Con el ceño fruncido, la baronesa ordenó al joven

que lo rescatara y se lo entregara de inmediato. Así lo hizo.

Tomó el trozo de papel antes de leer el nombre de una buena amiga en una de las caras. Una pequeña sonrisa le cruzó por el rostro. De inmediato procedió a romper el lacre mientras se preguntaba quién había cometido semejante despiste.

*Lady Lovelance
para > Fort William
Escocia
25 de enero de 1878*

Querida Victory,

Te hago llegar mis más sinceras condolencias por la muerte de nuestro apreciado barón Lovelance, que Dios lo tenga en su gloria. Sabes que entiendo de sobra la magnitud de tu dolor y por ello te ofrezco mi consuelo desde la distancia.

Victory, pienso en este difícil momento que estás viviendo y no puedo evitar recordar mis propias circunstancias. Tú, que has sido mi confidente, sabes de mis penurias, y ahora que los papeles se han invertido, solo me queda rezar para que esta prueba ponga de manifiesto el inmenso coraje que subyace en ti. Deseo de corazón apoyarte del mismo modo en que tú lo hiciste conmigo cuando murió mi Noel.

He de disculparme por no haber acudido al funeral para acompañarte, pero me encuentro mal de salud y no creo poder lidiar con un viaje a Escocia. Si estás de acuerdo, te visitaré en Lovelance Manor tan pronto como me recupere.

De igual manera, deseo invitarte a visitarme en cuanto cumplas tu período de luto riguroso. Estoy segura de que el ambiente de Londres le vendrá bien a una joven como tú. Por favor, acompáñame. Estaré encantada de recibirte en mi hogar.

Afectuosamente,

Clarissa Bailey

La esposa del doctor Bailey, uno de los colegas catedráticos de Lucious en la Universidad de Cambridge, era una mujer absolutamente adorable. Victory la había conocido poco después de

contraer matrimonio con el barón, durante una visita de cortesía que la pareja había realizado a Lovelance Manor. Clarissa había sido una de las pocas personas que no se había escandalizado demasiado con el desigual enlace pues, ella misma había vivido una situación similar hacía muchos años, cuando su padre la comprometió con el anciano doctor Noel Bailey, su ya difunto esposo. La mujer se había visto reflejada en la vida de la entonces adolescente lady Lovelance y de inmediato simpatizaron hasta convertirse con el tiempo en grandes amigas.

Victory había sido confidente de Clarissa desde el mismo momento en que el doctor Bailey falleció y toda una serie de ridículas normas cayeron sobre ella como maldiciones. Por alguna razón, la familia de Clarissa creía que era digno que vistiera de negro durante dos años y que se mantuviera recluida en la casa sin recibir más visitas que las de sus parientes del sexo femenino. La pobre viuda, que antes de la muerte de su marido había sido una dama alegre y extrovertida, había sufrido con aquellas disposiciones que incluso le impedían sonreír o dejarse ver en público.

Con bastante frecuencia, Victory y Clarissa intercambiaban correspondencia para contarse todo lo que ocurría en sus respectivas vidas, enviándose regalos a menudo. Victory hacía lo que podía por consolarla porque, de acuerdo con las cartas que le enviaba, el período de luto había sido una verdadera tortura. Por fortuna, una vez transcurrido el tiempo establecido, la viuda Bailey había vuelto a ser la dama alborozada y ocurrente que había conocido; ahora en las cartas, en lugar de lamentos, le hablaba de viajes, aventuras e incluso de nuevos amores.

La chica suspiró mientras volvía a leer la misiva, con el deseo de que su buena amiga estuviera allí. Las ocurrencias de aquella guapa y alegre dama de seguro la animarían mucho. Era una lástima que no hubiera podido acompañarla en el funeral. En cuanto a la invitación a Londres, no cabía duda de que la tentaba. Tal vez dentro de un par de semanas pudiera tomarle la palabra y visitarla en su casa. ¡Desde luego que sí! Un viaje a Inglaterra podría ayudarla a poner las cosas en orden.

Victory nunca había estado en la ciudad, pero había deseado ir en

secreto desde que era una adolescente. Cuando sus primas Adora y Annabelle visitaban la casa de los Brandon en Cornualles, donde Vic había crecido, presumían de los exclusivos bailes a los que asistían. Hablaban de las tardes de domingo en Hyde Park; de los eventos ecuestres en Ascot donde se codeaban con la realeza y las tardes de té en la magnífica mansión de su amiga, la señorita Edwina Leyburne, que, aunque carecía de título y noble linaje, sabía compensar este hecho con la obscena fortuna familiar, según decía la siempre insidiosa Annabelle. Las hijas de la tía Yvonne y lord Thomas siempre fanfarroneaban sobre contactos, zapatos, sombreros y vestidos de modistos famosos, de los caballeros con los que bailaban en las galas y de la idoneidad de cada uno como futuro marido, de los viajes al continente y a América en vacaciones, pero sobre todo de Londres, donde siempre había algo divertido que hacer. Victory estaba lejos de envidiar los modelitos y los apuestos pretendientes de los que presumían las hermanas, pero era imposible negar que había anhelado aquella maravillosa libertad de la que sus primas gozaban.

Después de la terrible experiencia personal, la abuela Olivia había criticado el carácter ligero de los padres de Annabelle y Adora, pero lady y lord Thomas dudaban de que alguna de las chicas pudiera cometer la misma estupidez que había hecho tristemente célebre a Sabrina Brandon, la madre de Victory. La estupidez que la trajo a ella al mundo.

La muchacha desdeñó el pasado con un movimiento de cabeza; volvió a pensar en Londres y en la maravillosa posibilidad de viajar allí muy pronto. La verdad era que ella también quería acudir a aquellos bailes, pasear por los parques de la ciudad y tener amigos con quienes hacer cosas divertidas de vez en cuando. Su corta vida había transcurrido enteramente en Cornualles y solo había viajado a Fort William cuando su abuela la entregó a Lovelance en matrimonio. Lucious había prometido llevarla a la ciudad en cuanto se recuperara, pero aquello evidentemente no había sucedido.

Londres, suspiró.

Nada ni nadie podría oponerse a que viajara, se dijo apretando el trozo de papel contra el pecho.

Cuando aquella maravillosa fantasía empezaba a tomar forma en

su cabeza, la señora Coyle, el ama de llaves de Lovelance Manor, cruzó el vestíbulo con ese habitual andar sigiloso sin despegar la mirada de la joven.

—Señora Coyle —la llamó Vic, con un vacilante tono de autoridad—. Esta carta estaba arrugada y en la basura, aun cuando no se me había entregado —protestó al tiempo que sacudía el trozo de papel en la mano—. ¿No le parece que es una falta de respeto hacia mi persona?

—Sí, seguro que sí, milady —respondió la mujer con calma, sin mostrar la menor preocupación—. Me encargaré de llamar la atención de quien lo haya hecho. ¿Es importante? —preguntó, pero Vic no fue consciente de su entonación maliciosa.

—Sí, es de mi amiga Clarissa, la viuda del doctor Bailey.

El ama de llaves le envió una sonrisa condescendiente.

—Ya veo —musitó—. Es una pena que no nos haya acompañado en el funeral, siendo su difunto marido tan cercano al barón, ¿no cree?

—Sí, es lamentable —convino la joven y volvió a mirar la bonita caligrafía de Clarissa—. Me ha dicho que está mal de salud y no fue posible trasladarse hasta Escocia, pero espera que la visite pronto en su casa en Londres.

—¿Pronto? —repitió la señora Coyle elevando una ceja.

—Sí, yo creo que es una idea estupenda.

—Pero, milady, su período de luto terminará hasta dentro de dos años.

Victory luchó en vano por mantener una postura erguida y para que sus palabras sonaran lo bastante taxativas.

—No, no es así.

Ante semejante afirmación, el rostro de la señora Coyle, ya de por sí cuarteado y blanquecino, perdió todo rastro de color.

—¿Disculpe? —balbució la mujer—. ¿Qué es lo que ha dicho?

Había previsto que aquella decisión desataría una incómoda polémica familiar, pero Victory estaba decidida a eludir todas las desdichas adicionales inherentes a la viudedad —como si la muerte de un ser querido no fuera suficiente—, las mismas desdichas que había sufrido Clarissa Bailey y de las que Victory había conocido en calidad de confidente. Tal vez no tuviera una idea de qué hacer de sí misma

después de perder a su marido, pero, si de algo estaba segura, era de que no viviría enclaustrada y vistiendo de negro para cumplir un incoherente mandamiento social.

Hasta donde le había explicado Clarissa, las viudas vestían de crespón y velo negro para cubrir el más mínimo asomo de piel y se mantenían completamente alejadas de la vida pública durante todo el período de luto riguroso, que solía durar entre dos y tres años. Solo era socialmente aceptable salir de casa para asistir a la iglesia y al cementerio, además de alguna que otra visita justificada, pero solo con la compañía de un familiar cercano y una vez culminado el primer año.

Así que, viajar estaba totalmente fuera de lo establecido.

¡Dios mío! ¿Quién había ideado aquella locura enfermiza? Apenas podía creer que semejantes tradiciones fúnebres, que parecían más adecuadas a los países atrasadas estuvieran al uso en la Gran Bretaña moderna e industrial. ¿Qué clase de locos las habían impuesto? Victory había tolerado que la hubieran fotografiado junto al cadáver de Lucious, pálido y tieso en el ataúd. Pese a todo, había accedido a posar mientras se tragaba las protestas. También había permitido que la señora Coyle le escondiera el clarinete, que hubiera desplegado todas las cortinas y detenido todos los relojes de la casa a las diez y veinticinco, hora en la que Lucious había pasado a mejor vida. Sin embargo, la idea del encierro era una soberana ridiculez. Bien sabía que su marido merecía el mayor respeto y consideración, pero ella no deseaba sepultarse viva en casa y renunciar al mundo exterior. No cuando apenas había encontrado la oportunidad de explorarlo, de salir y ver el mundo que nunca le habían permitido contemplar.

—Guardaré luto por un par de semanas —dijo mientras jugaba inconscientemente con la solapa ribeteada de la blusa negra—. Sé que hay familias que acostumbran a...

—¿Un par de semanas? —repitió pasmada la señora Coyle al tiempo que las puertas principales de la mansión se abrían.

Una criada se apresuró a tomar el abrigo y sombrero del reverendo Gosebourne, el vicario de Fort William, que estaban empapados por la lluvia torrencial.

El reverendo era un hombre mayor, de piel blanca como la cal,

cabello ceniciento y arrugas que le trincaban el rostro en millones de líneas cuando sonreía, aunque ello sucedía en muy raras ocasiones. Desde hacía muchísimos años, Victory no estaba segura de cuántos, Gosebourne había sido el clérigo de la Iglesia de St. Andrew y la máxima autoridad moral de Fort William, por lo que todo el pueblo le dispensaba un trato considerado y solemne, no sin un marcado temor reverencial, como el que ha de recibir un hombre que goza de la unción de Dios.

Aquel abuelo demacrado que cojeaba por la pierna izquierda era la viva estampa de un hombre moribundo, pero solo hasta que ascendía al púlpito. Entonces, todo rastro de languidez se esfumaba con los alaridos que exhortaban a la expulsión de Satanás.

Victory ahogó un suspiro de desgana al recordar que, después de pronunciar el sermón durante el funeral del barón, el presbítero había prometido visitarla ese día para iniciar las sesiones de estudio bíblico.

—Reverendo Gosebourne. —La señora Coyle corrió a recibirlo con efusiva reverencia—. Dios no pudo haberlo enviado en mejor momento. Estamos en presencia de otra desgracia en esta casa. ¡Es una cosa atroz!

—Señora Coyle, lady Lovelance —las saludó Gosebourne—. ¿Cuál es la conmoción?

—Dígaselo —instó el ama de llaves a Victory; los ojos parecían a punto de saltarle de la cara—. Dígale lo que me ha confesado hace un momento, lady Lovelance.

La viuda tomó una gran bocanada de aire.

—Reverendo, no veo por qué debo permanecer en casa y vestir de negro por la muerte de mi esposo. Es decir, todo esto...

El clérigo entornó los ojos en una muestra de compasión.

—Oh, lady Lovelance. Entiendo que usted es joven; de hecho, demasiado joven. Pero siendo la esposa de un hombre mayor, y además enfermo, es lógico que sepa ciertas cosas sobre su estado. —Claramente sorprendido por la afirmación de Victory, Gosebourne atribuyó los comentarios al desconocimiento sobre la norma—. Una viuda debe guardar luto riguroso por dos años y, después, uno de luto mediano. Es para exteriorizar el pesar de las familias.

—Conozco y respeto esas tradiciones, pero prefiero omitirlas en mi

caso. Me parecen insensatas, por no decir crueles —masculló al recordar los lamentos de Clarissa—. Además, he decidido viajar a Londres.

—Está hablando en serio. —El ama de llaves parecía a punto de vomitarse los zapatos. Parecía que Victory le hubiera confesado la intención de bailar un vals sobre la tumba de Lovelance.

—¿Cómo osa faltar el respeto a su marido con semejante aseveración? —la regañó el clérigo, que había abierto los ojos como platos.

Ofuscada por la reprimenda, Victory sacudió la cabeza. A todas luces, la reacción del religioso y de Coyle estaba sobredimensionada, mucho más de lo que había vaticinado.

—No es esa mi intención —musitó—. Solo estaba pensando en ir a Londres.

—¿Ha dicho Londres? —repitió antes de mirar al techo con místico sofoco, como si buscara una intervención divina; tal vez un rayo que partiera a Vic en dos y asunto arreglado—. ¿Cree que puede llegar y reescribir las reglas del decoro como si nada? ¿Qué clase de cristiana deja que la muerte de su marido sea tomada como una insignificancia? Por ningún concepto puede marcharse a Londres.

—¿La biblia dice algo sobre vestir de negro y recluirse en casa por dos años, reverendo? —preguntó Victory, aunque conocía muy bien la respuesta.

—Es un asunto de dignidad, milady —fue la parca réplica de Gosebourne—. Su marido era un hombre muy valioso para la sociedad y usted tiene el deber de honrarlo.

—Lo sé.

—Normalmente, las mujeres que no respetan esta norma se ganan la censura de la sociedad. Algunos incluso llegan a tomarlas como ligeras —arremetió una vez más; la señora Coyle asintió a espaldas del hombre—. ¿Ese es el caso? ¿Es lo que es usted?

—¡No! —soltó Victory sacudiendo la cabeza con afán.

El reverendo entrecerró los ojos con desafío.

—Me pregunto qué pensaría su abuela si se enterara lo que planea —dijo elevando el mentón en gesto desafiante—. Tengo entendido que lady Olivia es viuda desde hace muchos años. Ella ha de saber mejor

que nadie la importancia de guardar luto a un marido, aunque por desgracia no se la transmitió debidamente.

Victory registró cuando la sangre se le estacionaba en las venas y el corazón vibraba como un tambor tribal. Era cierto. Lady Olivia había perdido al abuelo Logan antes de que Victory hubiera nacido y todavía en el presente sufría con ferviente estoicismo por su ausencia. Después de veinte años, aún seguía llevando el luto como el primer día. La joven había llegado a creer que toda la amargura que afloraba en la mujer era el corolario de la tristeza por la muerte de su marido.

Desde luego, si había alguien que podía anular de un plumazo la decisión de Victory de abandonar el luto y marcharse a la ciudad, esa era la rígida e implacable abuela Olivia, la persona que había asumido el control de la vida de la muchacha desde el mismo momento en que nació cuando su madre exhaló el último aliento.

La joven parpadeó mientras su intención de viajar a Londres se diluía en un santiamén.

—Le voy a dar un consejo, lady Lovelance. —El reverendo Gosebourne interrumpió sus cavilaciones, satisfecho de haber hundido el dedo en la herida correcta—. No queremos que la sociedad la tome como una mujer despiadada. Olvide esa descabellada idea de abandonar sus responsabilidades. —Y después se dirigió al ama de llaves—. Señora Coyle, he de encomendarle una tarea ardua pero inmensamente necesaria para el bien de todos. En nombre de su señor y con la autoridad que me confiere la iglesia, le pido que vele por el cumplimiento del sagrado luto de la baronesa Lovelance.

Victory se quedó boquiabierta; los puños apretados a sus espaldas, presa de la frustración.

—Por supuesto que lo haré, reverendo —farfulló Coyle—. Será un honor cumplir con su mandato.

—Bien —continuó Gosebourne con determinación, palmeando la pesada biblia bajo su brazo—. Tenga la bondad de acompañarnos, señora Coyle. Hoy comenzaremos con un salmo muy alentador: Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el señor...

—Claro, reverendo. Por aquí, por favor.

El ama de llaves los condujo al salón de música de la mansión,

donde a partir de ahora, en lugar de los instrumentos, resonaría la voz aciaga del anciano y sus luctuosos salmos de la muerte.

—Lady Lovelance, estoy dispuesta a tomarle la palabra al pastor —le dijo Coyle en voz baja cuando estuvieron apartadas de Gosebourne.

—Ya veo cuán dispuesta está —fue la apagada respuesta de la joven.

—Es lo mejor para usted, milady. —La voz de la mujer era fría y condescendiente al mismo tiempo mientras ascendían por las escaleras—. Si me permite un consejo, podría comenzar alejándose de las amistades que no hacen sino darle malos ejemplos.

¿Malos ejemplos?

Victory supo que el ama de llaves se refería a Clarissa, pero no logró articular palabra para aclarar que la idea de marcharse a Londres había sido suya y que su amiga no había tenido que ver en ella. Se aclaró la garganta justo cuando la señora Coyle se apresuraba para conducir al religioso hacia el salón dispuesto para la reunión.

La joven la vio alejarse con el corazón constreñido por la frustración, una emoción que empezaba a volverse odiosamente frecuente.

¿Por qué? ¿Por qué le parecía que el encierro era alguna clase de castigo que estaba sufriendo en nombre de su madre? ¿Por qué sentía que iba a estar allí de por vida?, se preguntó mientras se preparaba para el primero de muchos sermones que estaban por venir.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Victory se encontraba en la reluciente cocina de Lovelance Manor ayudando a las sirvientas a preparar los alimentos.

Durante la mayor parte de su infancia, había convivido con los criados de la casa de descanso de los Brandon, en Cornualles. En ausencia de una familia propia y con los miembros de la servidumbre como la única compañía disponible, Victory estaba familiarizada con cada una de las tareas domésticas, entre ellas la de cocinar, no solo porque era una forma de mantenerse ocupada, sino porque el trabajo de picar las especias aromáticas y ver el caldo burbujear al calor del fuego le resultaba bastante estimulante.

Una vez convertida en baronesa, se había empeñado en que le permitiesen continuar participando en la preparación de los alimentos. Por fortuna, en lugar de poner resistencia, la adorable cocinera de los McLean la había recibido en sus dominios con total afabilidad. La señora Bird, una mujer de edad avanzada que había trabajado para la familia desde hacía más de cuarenta años, se había convertido en una mentora culinaria.

En aquel momento, por desgracia, Victory no se encontraba de ánimos para disfrutar de la cocina. Allí, frente a la repisa de mármol, estrangulaba furiosamente con las manos una bola de masa, como si se tratara de la garganta de un atacante. Tomaba la densa mezcla con rudeza y le daba vueltas en el aire hasta aplastarla de nuevo contra la superficie cubierta de harina. Luego, volvía a aporrearla y girarla para reanudar la tortura. Dos de las ayudantes que la acompañaban miraban el acto un tanto inquietas, con los ojos abiertos de par en par.

—Milady, ¿por qué está dándole una paliza al pan? —le preguntó una tercera entre risas.

De inmediato, la señora Bird la reprendió con una mirada cruda; le hizo una señal para que abandonara la cocina. La muchacha dejó a un lado el cuchillo con el que estaba cortando el cordero y se fue de la habitación, seguida por las otras dos.

Victory las ignoró. Todavía estaba molesta con Rebecca McLean, con Coyle, con Gosebourne y con la estúpida tradición fúnebre que le impedía salir de casa durante los próximos dos años, como si no hubiera pasado ya demasiado tiempo encerrada en Cornualles. Cuando finalmente había encontrado la oportunidad de viajar a Londres, todo tenía que echarse a perder.

—Querida, ya deja de lamentarte por lo que dijo la señora Rebecca —la consoló la cocinera, con aire maternal—. Ya sabes que solo está molesta, pero no contigo, sino con su padre. Toda la vida ha estado molesta con él.

La extrema confianza, prácticamente convertida en familiaridad con los miembros del servicio, tampoco le era ajena. Todo lo contrario. Si había crecido entre los sirvientes de los Brandon era razonable que cada uno de los lacayos, doncellas, lavanderas y cocineras hubieran jugado un papel determinante en su vida. Algunos habían sido verdaderos padres, madres, hermanos, primos y compañeros de juegos en ausencia de todas estas figuras en la propia familia; una familia que por vergüenza la había mantenido oculta hasta la adolescencia. Aquel contexto de vida tan desolado hacía que le resultara demasiado fácil interactuar con la señora Bird y que Caro, su atolondrada doncella, fuera prácticamente su mejor amiga.

Pero, a pesar del gran cariño que le dispensaban los miembros de la servidumbre de los McLean, Victory no había encontrado en ellos o en los sirvientes de los Brandon una verdadera familia. Siempre supo que aquellos que llevaban su sangre la rechazaban desde que era una niña pequeña. Vergüenza y escándalo eran dos palabras que la habían perseguido desde antes de nacer. Incluso Rebecca McLean con sus duras palabras se había encargado de que no olvidara que los suyos la despreciaban.

Victory resopló, sin apartar la vista y las manos del amasijo.

—No era a su padre a quien estaba gritando.

—¡Tonterías! —insistió la señora Bird—. Deja que se le pase. Le encantan las rabietas; creo que la hacen sentir mucho más importante de lo que en realidad es. Así era de niña y no creo que eso vaya a cambiar nunca. Lo bueno es que ya se ha ido.

Vic se esforzó para esbozar una media sonrisa de agradecimiento, aunque no se había sentido ni un poco reanimada. Las amenazas de Rebecca y la posibilidad de quedarse en Lovelance Manor por dos años más todavía latían en sus sienes.

—Señora Bird, ¿cree que Lucious fue demasiado generoso conmigo?

La mujer resopló.

—Querida, claro que no. Fuiste una esposa espléndida hasta el último día. Te mereces cada penique que te haya legado el barón, que Dios tenga en su gloria.

—¿Y no cree que él hubiera querido que yo fuera feliz?

—Desde luego que sí. ¿Por qué me preguntas eso?

Victory tragó saliva con fuerza.

—Estoy en desacuerdo con algunas cosas que se estilan durante la viudez —susurró después de mirar a todos lados. Desde que el reverendo Gosebourne había encargado a Coyle la tarea de velar por el cumplimiento del luto, Victory había empezado a sentirse vigilada—. No creí que la gente tuviera por costumbre convertir la muerte en esto.

—¿Con qué cosas? —preguntó Bird acercándosele.

—Primero, que debo vestir de negro durante tres años. Y, luego, que no puedo salir de casa los primeros dos, a menos que sea para el cementerio o a la iglesia.

—Oh, querida —musitó la cocinera con una expresión de desazón e impotencia—. Es lo que suele hacerse. Pero ya verás cuán rápido pasa el tiempo. Aun me parece que fue el mes pasado cuando llegaste a esta casa.

—¡Pero es tan injusto! —protestó. Volvió a clavar la bola de masa sobre la repisa de mármol. La señora Bird se quedó estática al ver la inesperada reacción de Victory. Era la primera vez que la veía hacer un berrinche—. Yo quería ir a Londres. Estaba pensando en viajar a la

ciudad que siempre quise conocer.

—¿Londres? —repitió la mujer con los ojos brotados—. Pero es inconcebible.

—No puedo esperar dos años para moverme de aquí, cuando he pasado toda mi vida encerrada. Sé que Lucious me habría permitido ir. Él era bueno conmigo.

La empleada suspiró.

—Vic, tienes razón. El barón no habría dejado que te impusieran ese castigo, pero es lo correcto, querida. Debes hacerlo.

—¿Cuando su marido murió usted se quedó en su casa dos años?

—Claro que no, hija. Alguien debía llevar el pan a casa. Debía trabajar aunque me doliera el alma; no tenía otra alternativa. El luto riguroso es para las clases altas.

—¿De dónde viene esa tradición tan desquiciada?

—Creo que las damas de la aristocracia la emplean para imitar a la reina Victoria. Qué sé yo.

Victory resopló sin comprenderlo del todo. Ella no deseaba emular a aquella lúgubre anciana que regía el imperio desde el castillo de Balmoral. ¿Por qué alguien querría parecerse a una mujer tan desdichada?

—¿Y qué pasa si yo no lo hago?

La señora Bird la miró con seriedad, tomándose el tiempo para responder.

—La gente te tomará como una desfachatada. Además, como tú eres tanto más joven de lo que era el barón, creerán que estás feliz de que haya muerto y que estás impaciente por reemplazarlo con otro marido.

—¡Eso es absurdo! —soltó Victory.

—¡Es lo que pensarán!

—No me encarcelarán por ser una desfachatada, ¿o sí? —preguntó con amargura.

—Claro que no, pero la sociedad te desaprobará, Victory.

Como si ella no conociera esa sensación.

—Es decir que la única forma de demostrar mi respeto por mi marido es convirtiéndome en prisionera en mi propia casa, sepultada en vida con él.

—No tiene que ser así.

—Claro que es así. Señora Bird, ¿no se da cuenta de que es enfermizo? Dios no exige que los hombres vivan para sus muertos.

—Pero la sociedad sí —objetó la mujer—. La sociedad a la que tú perteneces sí.

Vic se la quedó mirando por unos tensos segundos.

—Yo nunca he sido parte de ninguna sociedad, señora Bird —dijo con un hilo de voz—. Nunca he sido parte ni de mi propia familia, usted lo sabe.

—Claro que sí, Victory —insistió la mujer con firmeza, que actuaba como la voz de la conciencia—. Eres parte de esta familia desde que te casaste con el barón, no importa cuáles hayan sido las condiciones. Debes cumplir con la tradición. Son unos pocos años. Eres extremadamente joven; ya verás que el tiempo se va en un abrir y cerrar de ojos.

—No quiero hacerlo. —Sacudió la cabeza; apoyó ambas manos en la repisa.

—¿Qué dices? —preguntó la señora Bird con los ojos entrecerrados.

—No quiero estar en casa dos años vistiendo de negro y usando un velo para mostrar mi pena por la muerte de Lucious —exclamó apretando los puños—. Me duele que él se haya ido, pero nada de lo que haga lo traerá de vuelta. Y yo debo seguir con mi vida.

—¡Victory, por favor, sé razonable!

—¡Estoy tan harta, señora Bird! Estoy tan harta de ser razonable y hacer caso a todo lo que los demás me imponen. A veces quisiera que todo el mundo... —La joven se calló al escuchar una voz afilada a sus espaldas.

—Milady.

La temible ama de llaves de Lovelance Manor había aparecido en la cocina como un espectro. Por alguna razón, Victory no se atrevió a mirarla a los ojos. Se sentía como cuando era niña y las institutrices la descubrían en alguna travesura que acometía junto a los hijos de los criados y que después le hacían pagar muy caro.

—Acaban de llegar más coronas fúnebres con notas de condolencia. Me preguntaba si deseaba leerlas —dijo la señora Coyle

con tono cortante.

La joven tragó saliva.

—Sí —respondió al cabo de un momento—. Sí, ya voy.

La señora Coyle le lanzó una mirada cargada de reprobación antes de darse vuelta y marcharse por el corredor.

Vic estaba segura de que la mujer había escuchado una parte de la conversación. En tanto, la cocinera la miró con un rastro de compasión antes de hacerle una educada seña para que fuera tras el ama de llaves para cumplir con las obligaciones de viuda.

* * *

Por séptima vez ese día, Victory leyó la carta de Clarissa Bailey mientras su doncella personal acomodaba el tético ajuar de viuda en el guardarropa. Tan solo mirar aquellas plañideras y vestidos negros le hacía sentir mareos. La primera vez que se había puesto una de esas piezas que Coyle había mandado a comprar sin antes avisarle, había sentido pavor. Por fortuna, no había espejos que reflejaran lo espantosa que debía verse pues, la mujer los había cubierto todos por temor a que el alma de Lucious se quedara atrapada en uno de ellos.

Estaba tumbada en su cama de doseles, aún se lamentaba por no poder ir a Londres y recordaba la mirada intimidatoria del reverendo Gosebourne, que parecía reforzar el odio desmedido de Rebecca McLean y el profundo desdén de la señora Coyle. Estaba casi segura de que el ama de llaves no tardaría en contarle a la hija menor del barón sobre los planes frustrados de irse de viaje. Dios la librara de que hiciera lo mismo con su abuela.

—Caro, ¿alguna vez has estado en Londres? —le preguntó a la sirvienta con aire casual, sin quitar la vista de la carta de Clarissa.

—No, milady —dijo la muchacha pelirroja frunciendo el entrecejo—. ¿Irá usted?

—No —suspiró—. Una amiga acaba de invitarme, pero obviamente no es el momento de viajar. Todavía me quedan veintitrés meses de luto riguroso —dijo. Reprimió el escozor que le causaba aquella terrible verdad—. En fin.

—¿Una amiga, milady?

—Sí, Clarissa Bailey, la viuda del doctor Bailey.

Caro puso los ojos como platos. Dejó a un lado el sombrero con velo negro de redecilla que estaba sosteniendo.

—¿La de las cartas?

—Sí, ¿qué pasa con ella?

La doncella se sentó en un taburete. Se dispuso a hablar con una mueca de seriedad que Victory jamás le había visto.

—Milady, disculpe que sea tan entrometida, pero no creo que la señora Bailey sea una buena compañía para una dama como usted.

Vic puso los ojos en blanco.

—¿Tú también vas a venirme con eso?

—Usted sabe que no se dicen cosas muy buenas sobre ella —susurró.

—Caro, Clarissa es una mujer de muy buen corazón.

—Seguramente, milady, pero no se trata de eso. Lo que la gente dice de ella no tiene nada que ver con su buen corazón —insistió con una mueca siniestra.

Sabedora de las atrocidades que la gente decía sobre Clarissa y sus enamorados, Victory pasó el comentario por alto. Caro tenía una lengua demasiado larga para su propio bien; quizás en otras circunstancias le habría dado una buena reprimenda, pero si había algo cierto, era que la chica siempre había sido una buena compañera de charla en aquella aburrida casa.

—Mejor olvídale, ¿quieres? —masculló soslayando el tema y volviendo a mirar el trozo de papel—. De todos modos no tengo permitido ir a reunirme con ella.

—¿No tiene permitido? —preguntó Caro con una mueca de incredulidad.

—No. A alguien se le ocurrió que a las mujeres ricas hay que encerrarlas dos años después de enviudar. ¿No te parece la estupidez más grande del mundo?

La jovencísima doncella, que no se guardaba nada de lo que pensaba en presencia de Victory, arrugó la pecosa y diminuta nariz.

—¿Por qué tienen que encerrarse?

—No tengo idea —masculló Victory con un largo suspiro.

Caro en cambio comenzó a buscar respuestas en su mentecilla

atolondrada.

—Tal vez es para que no se vuelvan locas buscando a otros hombres que las consuelen —soltó de pronto.

—¡Caro, qué cosas dices!

—A los hombres les atraen las viudas, porque son mujeres libres y con experiencia. Todo el mundo lo sabe.

¿Libres?, se preguntó con cierta ironía. Victory no pudo reprimir una mueca sarcástica. Si había una sensación que ella no conocía era precisamente la de libertad.

—No me digas —dijo con una ceja alzada.

Caro miró hacia la puerta con cautela, como si estuviera a punto de decir alguna de sus acostumbradas barbaridades.

—Mi papá siempre le decía a mi hermano más grande: «voy a buscarte una viuda para que te convierta en hombre, pedazo de holgazán» —susurró con una risita.

Victory entrecerró los ojos.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Al principio yo tampoco lo entendía —prosiguió la chica inclinándose hacia delante en actitud confidencial—. En mi pueblo se decía que la mujer más desvergonzada era la señora Lowan, la viuda del vicario. Todos los hombres la buscaban, sobre todo los más jóvenes cuando querían, usted sabe, iniciarse —dijo la doncella ruborizándose un poco. Vic tardó algunos segundos en comprender aquello y cuando finalmente lo hizo se llevó la palma de la mano a la boca—. Ni siquiera era guapa o joven, pero decían que era como un buen vaso de agua.

—¿Un vaso de agua? —inquirió sin comprender.

—Sí, no se le podía negar a nadie —respondió con una carcajada sonora.

Victory hizo una mueca incoherente; entre horrorizada y divertida.

—¡No, no es cierto! —respondió con una risa alegre y sonora; una que no había escuchado de sí misma desde hacía demasiado tiempo, tal vez desde antes de que la abuela Olivia hubiera llegado a Cornualles para llevarla a Fort William en calidad de prometida del barón de Lovelance.

—¡Sí lo es! —continuó la descarada doncella sin parar de reír—. ¡Al

menos eso decían mis hermanos!

—¡Ay, por Dios! ¡Que malos son!

Estuvieron riendo a carcajadas un buen rato hasta que Victory sintió que le dolía la barriga y que se iba a caer de la cama.

—En el pueblo, las otras mujeres la veían pasar y...

Unos golpes furiosos contra la puerta de la habitación apagaron violentamente las risas de las dos chicas. Vic y Caro se miraron espantadas, como dos niñas traviesas a las que hubieran sorprendido en alguna diablura.

—Pero ¿qué escándalo es este? —bramó la señora Coyle, que había irrumpido en la habitación antes de ser invitada a entrar. Nerviosa, Caro se puso de pie y Victory la siguió, olvidando completamente cuál era su posición en aquella casa y en aquella familia—. Lady Lovelance, no puedo creer esta terrible falta de consideración con su marido. ¿Estaba usted riendo cuando el cuerpo del barón aún está fresco en el panteón? —la reprendió como una madre castigadora.

De pronto sintió que el color le abandonaba el rostro.

—No, no; lo siento. Solo estaba escuchando una historia que me hizo gracia —dijo Victory con un nudo en la garganta—. No me di cuenta. Lo siento mucho.

El ama de llaves le lanzó una mirada insidiosa a Caro, que ahora contemplaba el suelo con una expresión de total desamparo.

—Después hablaremos tú y yo, descarada —le rugió Coyle antes de volver aquella mirada adusta hacia la joven viuda—. Y usted, lady Lovelance, el pobre barón debe estar retortijándose en su tumba por culpa de su irrespeto. ¿Acaso no ha entendido lo que dijo el reverendo Gosebourne? El luto es un estado de total desconsuelo en las familias, absolutamente necesario para que sus muertos puedan descansar en paz. Si su abuela no le enseñó eso, entonces tendré que hacerlo yo misma —continuó la mujer al tiempo que Vic reprimía una protesta—. Le exijo que no vuelva a estimular este tipo de griteríos y que de ahora en adelante se comporte como una dama respetable, como la viuda de un hombre ejemplo de conducta, y no como una chiquilla insolente y sin educación.

—Señora Coyle, no ha sido mi intención —dijo vacilante.

—No me replique, Victory. —El ama de llaves le mostró la palma

de la mano para hacerla callar—. Sabe que en este particular tengo la suficiente autoridad para reprenderle. La memoria de mi señor no va a quedar ultrajada por culpa de la imprudencia de una jovencita alocada. Ya le llegará el tiempo de volverse una mujer alegre —pronunció esta última palabra con repugnancia—, pero, antes de que ese día llegue, le exijo respeto para con esta honorable familia que me ha dejado en esta casa para velar por sus intereses.

Victory estaba boquiabierta ante semejante atrevimiento. Coyle estaba más que cómoda con su nuevo rol de supervisora moral, que en mala hora le había entregado el clérigo del pueblo. Era inaceptable, pero, a pesar de todo, no se atrevería a despedir a la mujer. Por años, había manejado los asuntos de la casa con el dedo meñique y dudaba de que alguien pudiera hacerlo mejor. Sin su ayuda, los demás sirvientes estaban perdidos.

Lady Lovelance hizo acopio de valor y levantó el mentón.

—Parece que también le endilgó el apellido McLean.

La mandíbula de Coyle chirrió como los embragues de un carromato viejo.

—Tengo el derecho y el deber de defender la honorabilidad de la familia a la que he servido desde antes de que usted viniera al mundo; y a los que usted mancillará si continúa con esa conducta tan impropia.

—Pero, por el amor de Dios, señora, ¿qué es lo que he hecho? —gritó exasperada—. No he ofendido a mi marido ni tengo intenciones de hacerlo.

—Desearía creer en su palabra —dijo Coyle escéptica, cruzada de brazos.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Qué es lo que pretende todo el mundo? —inquirió Victory con una aguda presión en el pecho—. Lo único que quiero, señora Coyle, es seguir adelante con mi vida, ¿eso es mucho pedir?

—Lo hará cuando llegue el momento. ¡Antes no! —replicó enérgica—. Ni piense que podrá sortear sus obligaciones como viuda. Ni los hijos del barón ni yo lo permitiremos. Imagine qué atrocidades dirá la gente de la familia si la ven a usted paseándose por ahí como una cortesana. Con su aspecto atraerá a una horda de sinvergüenzas que

querrán ponerle las manos al dinero del barón.

—Creo que se refiere a mi dinero —la acusó Victory con una frialdad que desconocía poseer.

Los ojos de Coyle destellaron ira.

—Tenga cuidado, milady —la conminó—. Sepa que está bien vigilada y que le va a ir muy mal si intenta ensuciar el buen nombre de esta familia. No le aconsejo desafiar a sus hijastros, ni al reverendo. Ahora usted está en sus manos.

La joven hizo ademán para desafiar a Coyle, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Cuando reaccionó medianamente del aturdimiento, el ama de llaves de los McLean se dio la vuelta y abandonó la habitación azotando la puerta, como si fuera la señora absoluta de la casa.

* * *

Después de muchas prédicas dominicales en St. Andrew, de incontables visitas al cementerio local, de prolongadas sesiones de estudio bíblico junto al reverendo Gosebourne —junto a una comitiva de viudas flemáticas— y de contemplarlo todo a través del negro filtro de crespón que le servía de velo, Victory tocó fondo.

El día en que se cumplían los primeros seis meses de la muerte del barón, la joven despertó agitada y confundida, pero con la certeza de que si continuaba un día más con aquella rutina, enfermaría de claustrofobia. Había tenido una extraña pesadilla en la que era arrojada a la pira funeraria de su marido, como si fuera una mujer india, y las llamas la devoraban con furor hasta los huesos.

Alguna vez, en uno de los gruesos tomos de la biblioteca, había leído sobre el *sati*; un espantoso rito de la India en el que los restos de un difunto eran incinerados en una ceremonia pública junto a la esposa, que perdía todos sus derechos una vez que su marido fallecía, incluyendo el derecho de vivir. Esta tradición milenaria estaba pensada para complacer a los dioses y honrar al espíritu del hombre, demostrando cuán insignificante era una mujer sola en una sociedad como aquella. Victory se había horrorizado de solo imaginar una cultura donde una mujer podía perder todo su valor cuando

enviudaba.

La cultura británica también contemplaba destinos inconcebibles para las mujeres de la condición de Victory. Quizá no la quemarían viva frente a una multitud insensible, pero, al menos, la recluirían en casa contra su voluntad, para robarle el valor y la libertad.

El terror la había despojado del sueño, una angustia creciente se le arremolinaba en la boca del estómago. Probablemente la reina Victoria creyera que era digno vestirse de negro el resto de sus días por la muerte del príncipe Albert, pero Victory lo consideraba un acto irracional. Su Majestad había amado a su esposo; pero ella tan solo había sentido un sincero afecto por Lovelance.

De camino al cementerio, se sumió en los recuerdos de aquel sueño perturbador, recreando en la mente las imágenes de Lucious que ardía en la pira funeraria a la que ella lo seguiría un minuto después. Cerró los ojos y sacudió la cabeza para huir de la reminiscencia.

Miró a Caro, que estaba muy callada, para variar, contemplando el paisaje verde tras la ventanilla del coche: acres y más acres por donde un grupo de alces corría colina abajo. Libres criaturas de la naturaleza, que se alejaban en el horizonte que les pertenecía, al igual que los pájaros que graznaban desde las ramas de los abetos.

Victory añoraba ver el mundo más allá de las colinas verdes que rodeaban Lovelance Manor, donde su vista terminaba. Estaba tan deseosa de dar el salto hacia afuera que de solo imaginarse la vida allí los próximos dieciocho meses, con la única excursión posible como la del cementerio, la hizo sentir enferma.

Cuando la fachada de la majestuosa residencia se había perdido en la lejanía y el carruaje se adentró en las calles del pueblo que conducían al camposanto, lady Lovelance sintió una necesidad incontenible: una mezcla de sentido urgencia y coraje demasiado apremiante como para ignorarla. El corazón comenzó a latirle con una velocidad inverosímil, la respiración se aceleró hasta alcanzar un ritmo de jadeos.

Era su oportunidad: ahora o nunca.

—Wilburg, idé la vuelta! —exclamó antes de que las palabras pasaran por su mente.

—¿Milady? —reaccionó el cochero desde el pescante.

—¡Dé la vuelta! —insistió con aplomo—. No iremos al cementerio.

Caro abrió los ojos como platos.

—¿Entonces adónde vamos? —preguntó el muchacho desconcertado.

—A la estación de trenes.

Victory sintió que las piernas le temblaban después de dar aquella orden.

—¿Disculpe?

—A la estación de trenes, le he dicho.

Wilburg detuvo la marcha de las bestias a un lado del camino; se apeó del carruaje cuando se hubo detenido por completo. La doncella miraba a Victory enajenada, como si hubiera ordenado que arrojaran el coche por un acantilado. El cochero abrió la puerta del landó con gesto de confusión.

—Milady, ¿ha dicho que desea ir a la estación de trenes?

—Sí —respondió Victory manteniendo la postura de autoridad más contundente que era capaz de mostrar.

—Pero... —balbució el empleado.

—No discuta conmigo, Wilburg. Le he dado una orden.

—¿Está esperando a alguien?

—Por supuesto que no. Yo me iré de viaje.

—¿De viaje? —dijo Caro horrorizada—. ¿Ha perdido el juicio?

—¿Por qué tengo qué discutir con ustedes mis decisiones?

—Pero no tiene equipaje —apuntó la chica.

—Lady Lovelance, lo siento mucho, pero tengo órdenes estrictas de llevarla al cementerio y después a casa —objetó Wilburg en un intento de parecer razonable—. Si contradigo a la señora Coyle y la llevo a la estación de trenes para que se marche a Londres, ¡esa mujer me va a azotar!

Victory lo miró con los ojos entornados.

—¿Cómo sabes que pienso irme a Londres?

El hombre dio un silbido por toda respuesta. Caro le lanzó al cochero una discreta mirada represiva que, por suerte, Victory pudo captar a tiempo.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó con perspicacia.

De pronto, fue consciente de que su doncella personal estaba bastante nerviosa. Lo había estado durante la mañana y todo el viaje en coche, pero ella no le había prestado atención, sumida como estaba en los recuerdos de la pesadilla.

—Exijo que me expliquen lo que está sucediendo o les buscaré remplazo —exigió la viuda mirándolos alternativamente, hasta que se detuvo en la doncella—. Caro, habla.

—Milady, perdóneme, se lo ruego —gimoteó la chica—. Le juro que no iba a hacerle caso, pero es que me amenazó con echarme de la casa y mi pobre madre no puede...

—Por Dios, ¿de qué estás hablando?

—La señora Coyle ordenó que la mantuviéramos vigilada y que le contásemos cualquier plan que estuviera tejiendo para escaparse a Londres —sollozó Caro—. No quería traicionarla, milady, pero si me echan no podré seguir manteniendo a mi mamá y a mis hermanitas.

—Yo también tengo familia —intervino Wilburg cauteloso.

Victory apretó los puños con fiereza, pero no a causa de la implícita traición de sus sirvientes. La señora Coyle había llegado demasiado lejos en el rol de carcelera. Convertir a los trabajadores de Lovelance Manor en secuaces, bajo pena de arrebatarles los empleos, era una jugada horrible y despiadada.

—Entiendo —musitó—. Pero yo no soy una delincuente para escaparme.

—No es correcto que se vaya de viaje, milady —intervino de nuevo el cochero—. Su marido murió hace apenas seis meses. Ya saben lo que dicen de las mujeres de clase alta que no guardan el luto debido. Usted no se lo merece.

—Tú también crees que voy a Londres a divertirme y a gastarme el dinero de Lucious en vestidos y en hombres, ¿verdad? —Wilburg sacudió la cabeza para negar—. Me gustaría que ustedes supiesen lo que significa vivir encerrados; tal vez así me comprenderían en lugar de juzgarme y pedirme que baje la cabeza.

—No lo tome a mal, milady. —El hombre se quitó el sombrero y lo apretó contra el pecho—. Sé que no se me permite dar mi opinión, pero creo que debería evitarle ese disgusto a la señora Rebecca y a Coyle. Cuando la hija del barón se entere de esto va a arder Troya y ya

sabe que tiene una lengua de reptil. ¡Se la va a tragar viva!

Firme en su decisión, pese a cierta vacilación que quería asomar, la viuda desdeñó el consejo de Wilburg. Lo más probable era que su pequeño acto de coraje desatara la ira del reverendo Gosebourne y de Rebecca McLean, pero ellos eran quienes menos le importaban. Era la reprimenda de lady Olivia, con una mirada gélida y la voz punzante lo que la ponía a temblar de verdad. Pero, para ser razonable, si iba a asumir su destino, no le quedaba otra alternativa que asumir también las consecuencias de sus acciones. Era el precio a pagar; el precio de su libertad. Ya había esperado demasiado tiempo y no estaba dispuesta a aguardar un día más para acceder a ella. Que Dios la librara de seguir enclaustrada en casa dieciocho meses más, cuando en toda la vida no había visto más que un perenne encierro; elegante y lleno de sirvientes a su disposición, pero un encierro al fin.

Ya no era una niña huérfana, demasiado asustada para desobedecer a una abuela estricta y controladora; ahora era una viuda, como Clarissa Bailey, la dueña de sus propios actos.

—No tengo por qué temerle a Rebecca McLean —dijo con el mentón levantado con gallardía—. Si Coyle les pregunta por mí, díganle que me marché del cementerio sin que ninguno de ustedes lo notara. Si no les cree, escríbanme a la dirección de la señora Clarissa Bailey, en cuya casa me voy a quedar y después, cuando regrese, arreglaremos las cosas.

Abatidos, los dos sirvientes se miraron las caras.

—¿Y cuánto tiempo va a quedarse en Londres, milady? —preguntó Caro.

Victory se quedó pensativa un momento.

—No tengo idea, pero debo irme ya.

Antes de que me arrepienta, pensó.

* * *

Arribaron a la estación de Fort William justo a tiempo para abordar el tren de las diez. Victory se sentía como una ladrona fugitiva. No importó cuánto intentó alejar la sensación de que estaba haciendo algo muy malo: la experimentaba como palpitante e

inevitable.

Era un día soleado, bajo un cielo perfectamente azul y despejado, como en el espeluznante sueño de la noche anterior, pero aun así le pareció un buen presagio. En un poco más de veinticuatro horas, si todo iba bien, llegaría a la ciudad.

Sin apartar aquella mueca de ansiedad y de que estaba haciendo algo indebido, el fiel cochero de los McLean la ayudó a bajar del carruaje; luego se formó para comprarle un boleto de ida sin retorno a la ciudad de Londres. Hacía tiempo ya que, aunque no saliera de la casa más que para ir al cementerio, iba con dinero encima y con la última carta de Clarissa Bailey en la que constaba la reciente dirección de la remitente. De la carta, no se había desprendido un segundo a partir de que la encontró desechada por la señora Coyle. La misiva tenía un valor sentimental para ella, un valor simbólico: un lazo que estaba por fuera de Lovelance Manor. El dinero le daba tranquilidad, la suficiente para escuchar a esa voz que, en el último tiempo, había aparecido con insistencia para decirle: «huye de allí de una vez». Le estaba haciendo caso. Una vez que llegara a Londres, solo tenía que pedirle asilo a la viuda Bailey hasta que pudiera ordenar sus asuntos. Estaba segura de que su buena amiga le tendería la mano.

—Milady, me quedaré hasta que el tren haya partido —le dijo Wilburg al entregarle el boleto de primera clase que había adquirido en la taquilla.

—No es necesario —replicó ella sin mirarlo—. Lleva a Caro a casa.

—¿Señora? —trató de protestar.

—Puedes irte. Estaré bien. —¿Lo estaré?, se preguntó para sus adentros, pero, por nada del mundo, dejaría que el cochero notara la más mínima vacilación—. El tren está a punto de partir; no me ocurrirá nada malo.

Wilburg hizo ademán de insistir, pero luego cerró la boca y asintió a regañadientes.

—¿Está segura de esto? —le preguntó Caro con expresión calamitosa—. Dicen que Londres es muy grande e incluso peligroso. Quién sabe qué clase de bandidos haya por allí esperando aprovecharse de una dama como usted. Recuerde lo que hablamos...

—Tendré en cuenta todo lo que me has dicho, Caro. No te preocupes por mí —sentenció—. Ahora váyanse. Enviaré por mis cosas después.

—¿Por qué no me lleva con usted? —propuso esperanzada—. Le prometo que no molestaré en casa de la señora Bailey. Me puedo acomodar en cualquier lugar y así podré atenderla.

Vic lo pensó por un instante, pero luego decidió que no era lo más conveniente para ella. Lo que en realidad deseaba en ese momento era estar sola y hallar el tiempo para pensar, lo que se volvería imposible con el incesante parloteo de Caro. Un viaje en tren en solitario le aclararía las ideas; luego decidiría qué camino tomar a continuación.

—Mandaré por ti luego —le dijo mientras le sostenía las manos con afecto—. Ahora necesito que regreses a casa y me ayudes a solucionar este embrollo. Sé que te estoy pidiendo mucho, pero hazlo, por favor. Dile a la señora Bird que no la extrañaré.

—Lo haré, milady —musitó.

Victory estaba dispuesta a auxiliar a los dos criados en caso de que Coyle los echara a la calle por haberla ayudado a irse de Fort William. Había enseñado a Caro, que era increíblemente espabilada, a leer y escribir durante todo un año, por lo tanto creía firmemente que la muchacha estaba en capacidad de enviarle una carta para contarle todo lo que aconteciera en Lovelance Manor durante su ausencia. Así se lo indicó; la joven asintió con la cabeza. En un pedazo de papel anotó los datos de Clarissa y se lo entregó a la chica.

—Adiós.

—Adiós, milady —respondieron Wilburg y Caro al unísono.

Después de aquella imprevista despedida, los sirvientes se marcharon cabizbajos; la dejaron sola en la concurrida estación de trenes de Fort William.

Antes de entregar el boleto al empleado de la compañía ferroviaria, Victory contempló la enorme armazón de acero que la transportaría a una ciudad desconocida. Con el ceño fruncido y el corazón galopante se preguntaba si sería segura. Nunca había viajado en un tren tan grande; de hecho, apenas si había viajado en su vida.

La máquina de vapor exhalaba un estruendo que se confundía con

las numerosas conversaciones alrededor. Victory vio abordando a parejas con niños pequeños; hombres solos impecablemente vestidos, con un paraguas en una mano y el *Times* en otra; damas muy elegantes acompañadas por sus doncellas, y ancianos taciturnos apoyados en sus caros bastones. Sin embargo, no había ninguna mujer sola. Aquel curioso descubrimiento casi la hizo recular. ¿Y si necesitaba ayuda? Se volteó para comprobar si Wilburg y Caro habían cumplido su orden de dejarla sola en la estación. Con cierto pavor reparó en que lo habían hecho.

Sola, libre, dijo para sí. Era una sensación confusa.

De pronto, el tren le pareció un enorme dragón, pero no tan malo como los dragones de los cuentos de la niñez, sino uno que en lugar de comerse viva a la asustada princesa la llevaba muy lejos, a un mundo incierto que bien podría ser el edén o un horrible infierno. Tendría que cruzar los dedos para que ese dragón privado no le jugara una mala pasada.

Lady Lovelance saboreó el primer atisbo de libertad mientras luchaba para no sentirse indefensa. A continuación se internó en el tren con resolución. Uno de los mayordomos, con librea azul y negra e impecables guantes blancos, la condujo a lo largo de los elegantes vagones hacia una cabina privada en uno de los coches de descanso situado cerca del área de equipaje. Constaba de una cama individual, que no era propiamente una cama, sino un grueso panel de caoba que se desprendía del muro, cubierto con un suave colchón y sábanas blancas de seda con el logo de la compañía ferroviaria. Allí al lado, había una lámpara de pantalla, situada sobre otro panel y una cómoda para guardar los efectos personales. El amable hombre no podía creerlo cuando Vic le dijo que no traía más equipaje que su sobre de mano.

Al cabo de unos momentos, se quedó sola en el compartimiento, sentada sobre el suave lecho que estaba segura no utilizaría, dado que estaba demasiado ansiosa por llegar a Londres y ver a Clarissa como para intentar dormir.

Fue entonces cuando el dragón comenzó a exhalar vapor y a moverse con ella dentro. Sintió una punzada en el pecho; se aferró inquieta al panel de madera. Se asomó por la ventanilla, con la cortina

de terciopelo retirada. Comprobó que la estación se movía a la izquierda, cada vez más rápido, mientras un cúmulo de personas en el andén despedía a los viajeros agitando las manos.

Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 3

Un nutrido brezal desfilaba a toda velocidad por el amplio ventanal del vagón común. El cielo se fusionaba con el color lila del ancho paraje; embotaba sus sentidos con exquisitas esencias. Luego, un puñado de verdes colinas se apoderaba de aquel inusual escenario; árboles centenarios, rebaños de ovejas guiados por labradores, sembradíos bien cuidados por laboriosos jornaleros y una anchurosa laguna que brillaba al calor del sol, como un enorme espejo dispuesto de cara al cielo: todo un panorama entrañable que se abría ante ella por primera vez.

El viaje la ayudaba a aclarar los pensamientos y, en aquel momento, tenía un nuevo cúmulo de ideas acerca de qué rumbo darle a su vida. Una vez en Londres, buscaría un empleo de medio tiempo y más adelante, con un poco de suerte, tal vez abriría una pastelería, una librería o una tienda de instrumentos musicales; lo que fuera que la mantuviera ocupada, lejos del encierro, de la censura de los McLean y de la intransigencia de lady Olivia. Cualquier actividad que le permitiese independizarse era buena. Ahora más que nunca, Victory entendía que había sido una estupenda idea dejar atrás Lovelance Manor y su lastimera vida de viuda en Escocia.

De pronto, una pregunta inesperada interrumpió sus cavilaciones.

—¿Se siente hoy de buena suerte, *mademoiselle*?

Victory se volvió para averiguar a quién pertenecía la voz. Era un hombre maduro, de mediana estatura, rasgos suaves y cabello negro que se encrespaba bajo un exagerado sombrero de copa. Los ojos negros saltones y los labios curtidors dibujaban al mismo tiempo una sonrisa cálida, que destacaba los dientes sobre la piel oscura, como el chocolate con leche. Llevaba un ajado traje púrpura con detalles en

rojo intenso y botones de latón, que parecía haber sido confeccionado por un sastre con problemas de vista. En su mano derecha, repleta de anillos dorados con gemas incrustadas, sostenía un bastón con empuñadura de plata repujada, donde sobresalían las figuras de dos dados. Pese a aquel aspecto tan extravagante, el hombre le dirigía una mirada sincera y quizás un poco atrapante.

—¿Disculpe? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—¡Oh, que pregunta tan tonta! —Se reprendió a sí mismo, dándose un golpecito en la parte superior del sombrero con el bastón—. Mil disculpas, señorita. Está claro que usted no necesita suerte; alguien que ha nacido con ese rostro ya está lo suficientemente bendecido —pronunció con una voz grave y zalamera antes de hacerle una reverencia.

Vic sonrió al tiempo que el caballero se inclinaba hacia adelante, como si fuera un muro a punto de derrumbarse. Había permanecido tan erguido, que parecía como si se hubiese tragado un mástil.

—Oh, Dios, se lo ruego —continuó el hombre jovial, llevándose el puño al pecho—. No sonría de esa manera; me rompe el corazón.

—¿Quién es usted?

—Delante de una beldad semejante, prácticamente nadie, *mademoiselle*.

La chica frunció el ceño.

—¿Por qué me pregunta si me siento de buena suerte?

—Olvidelo —musitó el hombre mientras se sentaba frente a ella con estudiada confianza. Victory notó que tenía un diente de oro que relumbraba con la luz que entraba a raudales por el ventanal—. No me arriesgaría a que una mismísima hija de la Diosa Fortuna me dejara en la calle.

—¿Qué? ¿Quiere apostar conmigo? No tengo tanta suerte como piensa.

El hombre soltó una carcajada amable.

—Entonces no está viendo en la dirección correcta.

—Señor, soy realista —dijo ella—. Y no me gusta apostar.

El caballero estafalario sacó del bolsillo de su pantalón tres cáscaras de nuez y las colocó en línea recta sobre la mesa, frente a ella. Acto seguido, se zafó del dedo meñique un anillo dorado con un

pequeño zafiro incrustado que puso debajo de una de las cáscaras. La chica se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué hace? —preguntó con una curiosidad infantil.

—Preste mucha atención —la instó con una sonrisa afable—. Le mostraré el alcance de su buena fortuna.

Con la velocidad y pericia de una araña tejedora, el hombre mezcló frente a los ojos de la mano los tres cascarones, incluyendo el que tenía dentro el zafiro, al punto que Vic solo podía mirar la trayectoria de las joyas en esas manos habilidosas, como un solo espiral, dorado y danzante. Los ojos de la chica intentaron seguir aquel movimiento raudo, pero, antes de que transcurrieran un par de segundos, ya había perdido la noción de dónde había guardado el anillo. Podría encontrarse en cualquiera de las cáscaras. Confundida, abandonó el esfuerzo y soltó un suspiro de derrota.

En ese instante, el desconocido se detuvo y los tres cascarones quedaron frente a sus ojos; Victory no tenía idea de cuál contenía el zafiro. Era imposible deducirlo.

—Si adivina dónde está, la joya es suya, *mademoiselle* —dijo el hombre y abrió aún más los enormes ojos negros.

Ella lo miró incrédula. No necesitaba que un desconocido le obsequiara una joya. Pensaba que era más un desafío de orgullo y una oportunidad de demostrarle que no era tan afortunada como él pensaba. Sí, tal vez fuera bonita, pero aquello era tan inútil como lo es una moneda de oro en el fondo del mar.

—¿Y si no...? —preguntó al cabo de un momento.

El amable desconocido se encogió de hombros.

—No significaría mucho. Al fin y al cabo es solo una vulgar piedra sin vida que no compite con sus ojos. Inténtelo, por favor. No hay nada que perder.

Victory tragó saliva; se inclinó hacia adelante. Decidió escoger una al azar. La que tenía cerca de la mano izquierda. Era cierto; no había nada que perder. Al conocer la elección, el hombre le dedicó una sonrisa optimista. Retiró la cáscara de nuez mientras la chica permanecía en vilo.

Estaba vacía. Genial, pensó. Ni siquiera los juegos de azar podían favorecerle de vez en cuando. No se sorprendió demasiado, así que

miró al desconocido encogiéndose de hombros.

—Se lo dije.

El cirquero apretó los labios mirando por la ventana fugazmente.

—Oh, no se desanime; es solo la primera. ¡Dos de tres!

Victory negó con la cabeza.

—Le agradezco su intención, buen hombre, pero preferiría no continuar.

El desconocido chasqueó la lengua.

—¡Vamos! Son solo dos de tres —insistió dejando entrever el diente de oro que brillaba contumaz—. La buena fortuna regresará a usted si la llama, como se llama a una buena amiga —aseguró mientras volvía a arrastrar las tres cáscaras de nuez sobre la mesa.

Los ojos de Victory se movieron con aquel baile acelerado, como una serpiente ante el encantamiento de un curtido flautista. ¿Cómo podía desplazarlas tan rápido? Estuvo a punto de ceder e intentarlo de nuevo, pero hizo acopio de voluntad y volvió a sacudir la cabeza para negar. Tanta amabilidad comenzaba a ponerla un tanto nerviosa.

—No quiero ser grosera —masculló—. Por favor, no siga.

El hombre hizo amago de insistir, pero luego dejó escapar un suspiro de derrota.

Ella divisó el vasto paisaje que se extendía a su izquierda; en algún momento se había transformado en un pueblo industrial de grandes edificios que arrojaban toneles de humo por las chimeneas. Se preguntó dónde estaría. Se inclinó más para apreciar aquel lugar que nada tenía que ver con Fort William, con sus rancias estructuras medievales y monótonas edificaciones palladianas.

—Está en Bradford —apuntó el desconocido con amabilidad.

—Parece un lugar muy sucio.

—Hasta los tuétanos —convino él con una sonrisa templada—. Mil perdones, *mademoiselle* —dijo al cabo de unos segundos mientras se ponía de pie—. Mejor será que me vaya; siento mucho haberla importunado. Le deseo una buena y larga vida. Y que su suerte mejore a partir de este momento.

El sonido de la máquina de vapor coincidió con la despedida del extraño estafalario, que antes de marcharse le dedicó otra perfecta reverencia, como la de un auténtico caballero. Victory le agradeció la

intención de animarla y también le deseó suerte. Al menos había hablado con alguien interesante en medio de aquel viaje interminable. Por un momento deseó creer firmemente en las palabras de aquel gracioso hombrecillo.

Quizá la suerte pudiera cambiarle cuando llegara a Londres.

Se distrajo de nuevo con aquel novedoso paisaje. Las gotitas de una lluvia reciente empañaban el cristal de la ventanilla. El tren redujo la marcha acelerada y le permitió vislumbrar hileras de viviendas, enormes edificios que parecían albergar fábricas y docenas de molinos de arenisca elevándose en el cielo manchado de gris.

Más tarde, se detuvieron en la abarrotada estación de trenes, donde la gente empapada se apresuraba en salir y entrar a los vagones, guiados por los prestos mozos. Sin duda era una parada muy saturada; mucho más que la de Fort William y Edimburgo.

—Milady, ¿qué está haciendo aquí? —le preguntó con asombro uno de los ajetreados mayordomos—. Los vagones de primera clase están adelante; esta área no es recomendable para una dama —le advirtió con un susurro.

Vic le dedicó una sonrisa de suficiencia.

—No hay cuidado, solo me pareció un lugar más despejado.

—Pues ha dejado de serlo en este instante —dijo el muchacho mientras cerraba con prisa los compartimientos para el equipaje—. ¿Está viendo ese tropel de gente allá afuera? —Apuntó a las filas de personas de aspecto humilde que se formaban para abordar el tren. Algunos de ellos, sucios y húmedos de pies a cabeza, se empujaban y daban codazos para intentar subir—. Son obreros de las factorías que acaban de terminar la jornada y van a llenar este lugar en menos de un minuto. Le aconsejo que regrese a su área. Allá estará más cómoda.

Victory asintió. Se puso de pie al instante. Hizo amago para tomar su bolso, que había dejado en el asiento contiguo mientras disfrutaba del inédito paseo por los páramos de Inglaterra. Entonces, un acceso de pánico le arrebató la capacidad para respirar. Todo el vagón se tornó negro, como si hubiera anochecido de golpe o le hubieran derramado tinta china sobre los ojos. El bolso no estaba. Con el corazón desbocado, la joven rebuscó en todo el espacio con la ayuda

del mozo, pero no había rastros de sus pertenencias. Estaba segura de que lo había dejado allí. Muy segura. Un despreciable ladrón con guantes de seda; o, tal vez, con modales de seda, tenía que habérselo llevado sin que ella se diera cuenta.

¡Estúpida!, se condenó.

Poco a poco, el lugar se fue llenando con trabajadores que al verla hincada en el piso le lanzaban piropos indecentes. Victory no les hacía caso. Su mente solo podía albergar una única idea desesperanzadora: que el poco dinero que tenía y la carta de Clarissa Bailey con la dirección –que para su desgracia no podía recordar–, ahora estaban en poder de un rufián vestido de cirquero al que había confundido con un hombre amable.

Un tahúr.

Al cabo de un minuto, tal como lo había pronosticado el empleado del ferrocarril, los trabajadores habían atiborrado el vagón con vociferaciones; un penetrante olor a sudor masculino y lluvia. Victory salió de aquel lugar al otro extremo del tren, adonde nunca debió haber ido. Hizo un esfuerzo gigantesco para no llorar y para no sentirse perdida.

Los piropos de los obreros continuaban resonando a su alrededor mientras se alejaba, pero por irónico que pareciera, ella solo podía escuchar en su mente las palabras que habían servido de cebo para el engaño del tahúr.

¿Se siente hoy de buena suerte?

* * *

Cuando puso un pie en la mullida alfombra del vagón, Casper Pleydell-Bouverie supo que las cosas no podían ir peor.

Estaba empapado por la incipiente lluvia que lo había sorprendido en el concurrido andén de la estación de trenes de Bradford, antes de lanzarse a su destino final. Atravesó el estrecho espacio con gesto de hastío. Ansiaba un trago que lo ayudara a recomponerse o que, al menos, le hiciera olvidar las malas noticias que su administrador le había reportado en su visita a aquella inmunda ciudad. En el fondo, sabía que ni todo el whisky del mundo alcanzaría para borrar el hecho

de que toda la vida que conocía parecía haberse ido al caño, pero ¿qué más podía hacer?

Adonde miraba veía caras felices, regodeadas en el concepto de aquel moderno ferrocarril que concedía mayor importancia al lujo que a la velocidad, justo lo contrario de lo que necesitaba en aquel momento. Estaba ansioso por llegar para poner en marcha un plan, el que había ideado junto a su abogado para tratar de solucionar su nueva y angustiada vida. La vida que alguien le había endilgado contra su voluntad.

Se sacudió el cabello rubio para deshacerse de las gotas de agua y se dejó caer sobre un asiento de piel del coche bar después de pedir un escocés a viva voz. Los demás viajeros de primera clase volvieron las cabezas hacia donde estaba para mirarlo con censura. Malditos aristócratas estirados. Él no les hizo caso y se aflojó el nudo de la corbata con provocación. Era cierto; a pesar de la fina ropa, no era un caballero en toda la extensión de la palabra, y nunca había procurado serlo. Sin embargo, el preciso día en que su querido primo John falleció, toda la vida de Casper había dado un vuelco inesperado. El más infame e inesperado de todos. Hacía un par de meses había recibido la noticia del naufragio del barco de John en el Mar Negro y de que el título que el muchacho recién había heredado del abuelo materno pasaría a manos de Casper.

Al principio le costó demasiado hacerse la idea. Un hombre como él no podía ser conde; aquel derecho debía pertenecerle a un tipo de hombre virtuoso, abocado a darlo todo por el reino y cuya conducta fuera totalmente intachable, pese a los malos ejemplos que abundaban en las altas esferas. Nada más semejante al buen John y más lejos de la verdadera naturaleza de Casper. Así las cosas, empezar a comportarse como lo haría un verdadero lord Radnor, entre otras tácitas exigencias que lo aguardaban, eran más bien una imposición.

Así que eso era ahora: un maldito conde, rumió en su interior antes de vaciar en la garganta el contenido dorado del vaso de cristal que acababa de servirle el mozo. ¿Quién lo diría? Su padre habría estallado de orgullo; su madre habría dado brincos de placer. Al fin, el hijo descarriado había encontrado un lugar respetable en el árbol familiar y en el mundo. Una oportunidad de expiar los pecados y de

comportarse finalmente como un miembro útil de la sociedad.

Un ala de su familia había asegurado que Casper era una calamidad para el condado de Radnor. Nada peor que un rebelde, mujeriego y aventurero, la oveja negra generacional de los Pleydell-Bouverie, para terminar de hundir el nombre de la familia, ya de por sí deslustrado gracias a la mala conducta de los antecesores de John. Pero él no se había amilanado con aquellas malsanas opiniones. Hacía tiempo, se había determinado a cambiar las cosas, sin importar el costo de sus decisiones. Podrían culparlo de atolondrado, pero nunca de mediocre ni de pusilánime.

Bill Pearson, su administrador, había sido extremadamente claro: la situación del condado que estaba recibiendo era la peor en ciento cincuenta años. John había hecho un esfuerzo por solventar las cosas, pero ni siquiera él con todo el entusiasmo y educación había sido capaz de cambiar la realidad. La emblemática industria de lana de los Pleydell-Bouverie había sucumbido por la falta de inversión en tecnología y la carencia de mano de obra, que había emigrado a la ciudad para probar suerte en otras industrias más florecientes. Las deudas del abuelo amenazaban con tragarse lo poco que había dejado. Pearson le había aconsejado vender algunas tierras para recuperar otros negocios esenciales, pero la depresión había devaluado del precio de la hectárea groseramente, y Casper no estaba dispuesto a ofrecer los bienes familiares a costes tan insólitos. Había otra solución para salir del agujero, y él no dudó en llevarla a cabo.

El nuevo conde hurgó en el bolsillo del chaleco hasta dar de nuevo con la carta del abogado y después con la fotografía de la elegida para ser su esposa. ¿Para qué, si no, estaba dirigiéndose a Londres? Para conocer y cortejar a Edwina Leyburne, la hija de un acaudalado burgués industrial. El padre de la joven se había hecho millonario en menos de dos décadas con su compañía ferroviaria, Leyburne Ward, que poseía un capital superior a tres millones de libras, cuando la mayoría de las empresas de este ramo apenas llegaban al medio millón. La próspera empresa tenía presencia en toda Inglaterra y, poco a poco, se había expandido a otras latitudes. Incluso había logrado las concesiones para llevar sus caballos de hierro a Sudamérica, África y Europa Continental. Es decir, el viejo era

asquerosamente rico y tenía una hija casadera con una dote nada desdeñable de la que Casper esperaba echar mano una vez la convirtiera en su mujer. Aunque aún no conocía a Edwina o a su padre, estaba dispuesto a ganarse el favor de la joven haciendo uso de su atractivo y del nuevo título. Después de todo, era bien sabido que podían comprarse mansiones campestres, caballos y acres de tierra repletos de animales, pero no el noble linaje. Por eso, muchos *gentrys* lo codiciaban para sus hijas.

No había más que decir: la obscena dote de Edwina le daría un impulso a la maltrecha economía de los Radnor; y él, a cambio, la convertiría en condesa. Un trato justo.

Con natural descaro, el nuevo conde inspeccionó la fotografía de la hija del burgués ferroviario, ahora que se encontraba a solas. No podía decir que Edwina fuera su más atormentada fantasía, pero la chica era aceptablemente bonita, pese a esa mueca glacial y orgullosa. En aquel retrato, llevaba un vestido de mangas abombadas, cuello alto y guantes hasta los codos que no dejaban ver un vestigio de piel. La chica contemplaba el paisaje más allá de la ventana con suave donaire y arrogancia, como si hiciera gala de un sobrado virtuosismo. Te tengo, Radnor, parecía declamar. Y era cierto, ella lo tenía.

Entonces, su vida de ahora en adelante sería la de un conde casado. Casper se estremeció ligeramente y levantó el vaso para pedirle al mozo que volviera a llenárselo con whisky. Lo necesitaba. Necesitaría más que eso para sobrellevar todo lo que se le avecinaba: un matrimonio, un condado, la vida de un aristócrata promedio.

Maldición, John, ¿por qué me has hecho esto?

Atrás quedarían las correrías, los viajes de placer al otro lado del mundo en los que navegaba mares ignotos, o criticaba arte como si de verdad fuera un experto, o imponiendo la moda en algunos casos, o visitaba viñedos sin decidirse a adquirir uno propio, o probaba a las mujeres más exquisitas en distintas lenguas y horarios, sin responsabilidades ni ataduras. La vida era extraña y, a veces, tenía un sentido del humor nauseabundo. Bueno, había llegado la hora de ser serio, para variar. Si quería acallar a los desagradables Pleydell-Bouverie que siempre lo habían tildado de inútil y recuperar el condado del abuelo, debía de hacerlo.

Se revolvió el cabello con los dedos antes de mirar de nuevo el retrato de Edwina, una muñequita de porcelana china, tan frágil, tan valiosa. Esperaba que también fuera lo suficientemente buena para no aburrirlo, porque él no era ningún santo. Eso de divertirse junto a ella parecía tan improbable. Según la información aportada por su abogado, Edwina había asistido a un colegio de religiosas hasta los dieciséis y aquello solo podía significar una cosa: que era una redomada mojígata. Grandioso, se dijo. Después reflexionó que ya habría tiempo para corromperla como era debido.

Casper deseaba ser capaz de portarse a la altura por el bien de su plan –por el bien de su maltrecho linaje–, pero, si las cosas no resultaban como esperaba, quizá no tardaría en arruinarlo todo al buscarse a una amante que supiera tratarlo como un hombre merece. Suspiró antes de volver a inundarse con el sabor amargo del escocés.

Fue entonces cuando vio a aquella deliciosa criatura miraba con avidez a través del cristal de la ventanilla del vagón. Casper tragó el licor con dificultad, lo que hizo que su nuez subiera y bajara. Aquella magnífica visión le robó la cordura fugazmente. Tenía los ojos azules acristalados, clavados con ridícula fascinación en el paisaje, como si se tratara del umbral del Olimpo o la antesala al cielo. Los suaves colores del crepúsculo sacaban reflejos caoba a su cabellera oscura, que llevaba levantada sobre la nuca en un laxo copete. La tez cremosa le brillaba como el marfil bruñido. Mechones sueltos, luminosos acariciaban a la mandíbula esculpida y a la delicada piel detrás de las pequeñas orejas. Casper parpadeó, mientras estudiaba el perfil de su pequeña nariz, las pestañas como espesos abanicos negros y las líneas de su tersa boca, con las comisuras ligeramente curvadas hacia arriba; inconscientemente se imaginó besándola, mordisqueándola, lamiéndola.

¿Quién era? ¿Se dirigía a Londres, igual que él? ¿Por qué nunca la había visto?, se preguntó con el ceño fruncido, en un intento de sobrellevar un extraño acceso de frustración. Casper se lamentó por no haber sido jamás de los hombres que atienden religiosamente las invitaciones para los bailes de sociedad, donde aquella clase de damas jóvenes y hermosas hacen sus debuts. Las temporadas sociales lo habían aburrido desde siempre; de cualquier otra manera no habría

pedido a su abogado que le elaborara una lista con las damas casaderas más hermosas, saludables y especialmente, más acaudaladas de Londres, a fin de escoger a una candidata para ser su esposa y acelerar el cortejo. Edwina había sido la más prometedor de todas.

Después de observar a la joven misteriosa por un rato, Casper notó que llevaba un vestido negro de seda. Estaba de luto. ¿A quién había perdido? ¿A su padre? ¿A su madre?

Cuando el mozo pasó de nuevo frente a él, Casper lo llamó con disimulo. No podía pasar más tiempo tolerando el picor de la curiosidad.

—Oiga, ¿sabe quién es aquella chica? —susurró sin dejar de mirarla fijamente.

El mozo sonrió con descaro, como si, al igual que Casper, no hubiera podido evitar tener pensamientos sobre ella. El conde frunció el ceño, pero habría sido tremendamente hipócrita de su parte soltarle una reprimenda al empleado.

—Sí, milord. Es Victory Brandon, la baronesa de Lovelance. Es viuda.

Casper volvió a tragar grueso. ¿Viuda? ¿Lovelance? Era un título que le resultaba familiar, pero no lograba identificar de qué o de dónde. Se quedó callado un instante, mientras hurgaba en su mente en busca de alguna conexión. Nada.

—¿Y dónde abordó?

—En Fort William, milord.

Casper asintió; le entregó una propina al mozo, que se marchó sin borrar la estúpida sonrisa, medio soñadora, medio lasciva que la bella joven le provocaba.

¿Viuda, eh? Casper volvió a mirarla con renovado interés. Se preguntó a qué edad había contraído matrimonio una chica que apenas rozaba los veinte años —veintitrés, cuando mucho—, para haber enviudado ya. ¿Estaba enfermo su esposo? ¿Lo habrían asesinado? ¿Habría tenido algún accidente? ¡Al diablo!, se reprendió mentalmente, mientras sacudía la cabeza. ¿A quién le importaba? Estaba muerto, quienquiera que fuera el pobre diablo y ella era libre. Libre y hermosa.

El conde se preguntó qué clase de viuda sería la baronesa Lovelance, y un relámpago de deseo lo atravesó de lleno. Había conocido viudas afligidas, cuyas puertas estaban selladas de por vida, como si la única llave que las abría se hubiera ido en el ataúd del marido. Otras, en cambio, resultaban muy ardientes para las que un solo hombre no era suficiente para sofocar su pena. A decir verdad, Casper Pleydell-Bouverie había visto prácticamente de todo. No podía esperar para averiguar en qué bando se encontraba la hermosa Victory, por lo que la estudió con mayor avidez, para adivinarlo. Ella seguía con la vista fija en el camino, retraída en la visión de las montañas. No parecía muy acongojada por su pérdida, pero tampoco lucía muy feliz de hallarse liberada de las responsabilidades del matrimonio, lista para dar rienda suelta a los deseos femeninos. Más bien parecía un tanto ¿asustada?

De pronto, tuvo una idea tentadora. Aún no estaba casado. Ni siquiera conocía personalmente a Edwina, su futura mujer. Así que, ¿por qué no darse un buen gusto antes de que la soga del matrimonio le constriñera el cuello? La baronesa Lovelance era un banquete bastante apetecible, capaz de calmarle los nervios prenupciales.

En ese preciso instante, la muchacha arrancó la mirada de la ventanilla, como si recién hubiera despertado de un sueño. Casper sintió una punzada de expectación en el estómago. La baronesa pestañeó repetidamente, tal vez para deshacerse del mareo que le produciría contemplar el vertiginoso avance del tren durante tanto tiempo. Acto seguido, se puso de pie mientras Casper hacía lo mismo, temeroso de que fuera a perderse de su vista para siempre. Era algo ilógico, puesto que la próxima parada estaba a un par de horas de distancia y, a menos que se encerrara en su compartimento o se lanzara del tren, no había lugar donde pudiera esconderse de él.

Mientras la joven dejaba el asiento y comenzaba a moverse por el reducido pasillo del vagón, Casper notó que un par de cabezas masculinas se giraban para echarle un vistazo. No era incomprensible, dado que era tan hermosa. Aun en la inestabilidad del ferrocarril, tenía un andar grácil y de movimientos bien dirigidos, aunque sus ojos evitaban cualquier contacto visual con nadie, lo que le hizo pensar que quizá la chica estuviera intentando pasar

desapercibida. Aquella actitud le provocó una sonrisa cínica: era difícil que una mujer como ella pudiera pasar desapercibida, mucho menos para él.

Advirtió de pronto que el vagón estaba desierto y que el sonido de un piano de cola sonaba a la distancia. La mayoría de los tripulantes se habían movilizado al furgón contiguo para disfrutar de un recital, al igual que ella en ese momento.

Sin ninguna prisa, Casper tomó aire antes de ir tras ella como mosca a la miel.

* * *

Victory ingresó a un furgón repleto de espectadores reunidos en torno a un elegante pianista. Aquella parecía una distracción válida en medio de tantos reveses.

Bien se lo había advertido Caro e incluso Clarissa Bailey en las cartas: los hombres insolentes y facinerosos proliferaban como las ratas. Ahora podía entender cuánta razón tenían. Primero, había sido víctima de un vil robo a bordo de aquel tren y, después, cuando iba a los vagones de primera clase, había tenido que escapar de dos caballeros repugnantes que la abordaron para coquetear de la manera más burda.

Uno de ellos la había saludado e invitado a tomar una copa al otro extremo del tren; el otro no dejaba de mirarle los pechos con arrogante descaro, como si mirar a una mujer de esa manera fuera de lo más normal. Era repugnante. Al menos a ella nunca la habían observado de ese modo, como si fuera un plato de comida. Aunque las palabras de los hombres eran cordiales y amistosas, había algo muy repulsivo en el modo en que las pronunciaban. Cuando trató de negarse cortésmente, los tipos se interpusieron en su camino para insistir. No parecía que fueran a rendirse fácilmente. El que había estado mirándole los pechos le preguntó de pronto dónde se encontraba su compartimento. Abrió los ojos como platos ante aquel atrevimiento. Vic no sabía si abofetearlos o salir corriendo de allí. Optó por la última alternativa; caminó como una posesa hasta que fue a dar al coche bar, donde el ambiente parecía mucho más

calmado.

Por esa razón, no había visto a ninguna dama sola a bordo. Las mujeres estaban demasiado expuestas a ser asaltadas por cirqueros embaucadores o a caer en manos de conquistadores abusivos como aquellos dos de los que había huido despavorida.

En un intento por desterrar de su mente a aquellos groseros admiradores, la joven se encaminó hacia el vagón de recreo, que se había colmado de las dulces tonadas del piano. Vislumbró un asiento que acababa de desocuparse, no muy lejos del instrumento, y a continuación, se ubicó en él para disfrutar del recital.

Por fortuna, las limpias y soberbias notas del piano consiguieron despejarla, como era natural. La música siempre había obrado de maravilla para hacerle olvidar los pesares, por ello se había afanado en dominar el violín y el clarinete, pero solo podía decir que destacaba en la ejecución del último, aunque hacía ya varios meses que lo había dejado de tocar. La muchacha estaba tan embebida con la interpretación que no fue capaz de advertir que alguien tomaba asiento a su lado.

Al cabo de un momento, un extremado suspiro de admiración la arrancó del leve embeleso que la envolvía.

—Sublime, ¿eh? —le susurró un caballero rubio y risueño mientras le dirigía una mirada mundana. Ella le obsequió una sonrisa educada, pero se puso en guardia de inmediato. Ahora podía dar fe de que los hombres eran criaturas peligrosas de las que debía cuidarse. Él inclinó la cabeza en dirección a ella para decirle algo en tono íntimo—. Es de lo mejor que he escuchado. ¿No le parece admirable que aún después de su muerte, el maestro Beethoven siga maravillándonos con su genio?

Turbada por la extraña pregunta, Vic dejó crecer una línea en su entrecejo.

—Probablemente, solo que esta pieza es de Berlioz, señor —susurró sin ninguna malicia para sacar al pobre hombre de su ignorancia.

La orgullosa pose de versado conquistador se desmoronó ante el peso de una mueca de perplejidad. Los ojos se le abrieron más, y la boca, incapaz de emitir una palabra, se cerró antes de tragar saliva con

fuerza. El vapuleado galán luchó por reacomodar el semblante, pero Victory, divertida, estaba segura de que su plan había fracasado aun antes de ver la luz. Estuvo a punto de reírse, aunque se mordió los labios para no hacer leña del árbol caído.

—Oh, por supuesto —fue la abochornada réplica.

Pasados unos segundos, Victory no pudo evitar añadir algo para aliviar la conmoción del hombre, que casi podía respirarse en el ambiente.

—Claro, siempre he creído que Berlioz era un émulo de Beethoven.

—¡Oh, vaya! —suspiró él divertido mientras se frotaba la nuca, todavía avergonzado—. Sabía que había alguna explicación que pudiera justificar mi formidable ignorancia.

Cuando la pieza llegó a su fin los espectadores estallaron en aplausos. Las damas y caballeros presentes se deshacían en elogios para el joven pianista.

—Por cierto, mi nombre es Casper y soy el conde de Radnor —farfulló el hombre con entusiasmo renovado—. Y usted es...

Cohibida, Victory se enderezó en la silla. No estaba tan loca como para revelar su verdadero nombre a un completo desconocido.

—Mary —dijo secamente.

—¿Mary? —preguntó el hombre en tono incrédulo e insolente al tiempo que una nueva tonada, mucho más alegre que la anterior, se dejaba escuchar con la culminación de los aplausos—. ¿Mary qué?

Ella se quedó en blanco. Maldición. ¿Con tantos apellidos por qué no podía dar con uno en ese preciso momento? El caballero la puso en evidencia y rio por lo bajo, divertido por su completa incapacidad para mentir. No se atrevió a mirarlo, no sabía cómo o en qué momento había pasado a ser ella la abochornada. En lugar de contestarle, se dedicó a estrujarse los dedos como hacía cada vez que se ponía nerviosa.

—Creo que eso no le hace bien, querida —observó él, ceñudo.

—¡No es asunto suyo!

—¿Qué no es mi asunto? —preguntó en tono burlón—. ¿Su nombre o el hecho de que sus dedos terminen pareciendo salchichas demasiado cocidas?

Ella le lanzó una mirada indignada. ¿Quién se creía que era ese atrevido confianzudo? Decidió usar el silencio como mecanismo de defensa, ya que, además del compartimiento privado, no le quedaba otro lugar en el tren para resguardarse.

El caballero dejó escapar un suspiro de conformidad.

—Lo siento mucho, señorita. No quise molestarla con mis nefastos modales y mi completa falta de educación musical —murmuró concienzudo después de un tenso minuto—. Pero no me pida que me disculpe por haberme acercado a usted. La vi en el coche bar hace un momento. Estaba ensimismada mirando por la ventana y supe de inmediato que era una mujer extremadamente sensible, melancólica quizá. Conozco a pocas damas a las que les conmueva tanto un atardecer; usted contemplaba el horizonte como si lo viera por primera vez. Fue un espectáculo. No, el atardecer, sino usted, querida. Después me di cuenta de que su estado de ánimo se debía probablemente a su pérdida. —Ella se volvió para atravesarlo con una mirada horrorizada; luego recordó que llevaba un vestido negro y que para nadie sería un secreto que estaba guardando luto—. Calma, por favor —susurró él antes de continuar hablando—. Sentí la necesidad de acercarme porque la noté un poco desamparada y desorientada. Es lo que un verdadero caballero haría.

Victory puso los ojos en blanco, negada a mirar fijamente al tal lord Radnor. Era cierto que estaba contemplando embobada el paisaje fuera de la ventana del vagón; le había parecido tan cautivador que no podía despegar los ojos de él, pero jamás creería que ese gesto podía maravillar a un conde ocioso. Al menos el hombre era un algo gentil.

—Qué generoso —masculló sarcástica al romper el breve voto de silencio—. No debió.

—Cómo no. Mi generosidad es reconocida; quienes me conocen han dicho que compensa mis otros defectos.

Victory se volvió para mirarlo con incredulidad y, aunque se condenó por ello, con mucho más detenimiento que hacía un instante. Era extraño que hubiera mencionado los defectos propios justo cuando ella se daba cuenta de lo guapo que era. Porque en realidad era muy guapo.

Llevaba el cabello corto, de un dorado oscuro y brillante a la luz de

las farolas, que formaba un delicado halo en los contornos de la cabeza y los hombros. Aunque no actuaba como un aristócrata, tenía el porte de uno: la nariz recta y arrogante, los pómulos bien marcados, el mentón alargado y férreo, que alzaba ante ella en un desafío silencioso. La piel parecía dorada y tersa bajo el tenue resplandor del vagón, la boca pequeña y provocadora; los ojos tan grises y peligrosos como espadas, capaces de convencer a una mujer de hacer cosas de las que luego se arrepentiría.

A Victory le dio un vuelco el corazón.

—Bien por usted —dijo. Apartó el rostro como una niña malhumorada; se odiaba a sí misma por habérselo comido con los ojos.

—Deje que sea su compañía —le pidió lord Radnor con tono zalamero, con esa voz masculina y atrapante—. Yo también viajo solo y es desesperante no tener con quién hablar, ¿no le parece? Usted podría hacerle un bien a la humanidad enseñándome un poco sobre música.

Prefirió no contestar a aquello; permaneció con la vista apartada para continuar escuchando la impecable ejecución, aunque, en verdad, no lograba concentrarse en la música, ni siquiera recordaba el nombre de aquella pieza. La presencia del caballero a su lado era demasiado envolvente. De cualquier manera, lo mejor que podía hacer era mantener las distancias. La cercanía de ese hombre la ponía muy nerviosa, inquieta tal vez; o probablemente todo lo que sentía se debía a todo aquel cúmulo de emociones ajenas. Apenas podía creer que estuviera en un tren camino a Londres, cuando la noche anterior aún estaba lamentándose de su rol de viuda relegada.

—Mary, ¿son ideas mías o acaso está tratando de ignorar mi presencia? —farfulló lord Radnor. Victory siseó para hacerlo callar; él le respondió con una suave carcajada que hizo que los demás espectadores lo miraran con reparo, pero él los ignoró—. Dígame, ¿tiene miedo de los hombres? —susurró cerca del oído de Victory para no importunar más a las demás personas.

Ella se estremeció ligeramente, a pesar de lo cual alcanzó a poner los ojos en blanco ante el insulso comentario. No se atrevía a mirarlo. Era tan insoportable, más manipulador aun que el tahúr.

—¿Está huyendo? —continuó él.

Giró la cabeza para mirarlo con los ojos desorbitados. Se preguntaba si aquel molesto caballero podía leerle la mente.

—¿Qué?

Él frunció el entrecejo con fingido disgusto.

—Óigame, me precio de ser un hombre muy generoso, pero por ningún motivo voy a proteger a una prófuga de la justicia —continuó burlándose.

La mueca indignada de Victory le arrancó una nueva sonrisa.

—¿Cómo se atreve a hacer ese tipo de bromas?

—¿Les tiene miedo a los hombres, entonces? —insistió el irritante hombre con una diabólica sonrisa—. Al menos no confía. ¿Me equivoco?

—¡Por supuesto que se equivoca! ¡Usted ni siquiera me conoce!

—Ah, pero eso es algo que podemos arreglar fácilmente —dijo con una ceja alzada.

Victory se armó de valor; lo observó con una mezcla involuntaria de temor y cautela. La serenidad reinaba en el atractivo rostro de aquel hombre, cuyos ojos la observaban de una forma insondable, como si quisieran ver dentro de ella, como si la música o todas las personas que los rodeaban en ese vagón fueran simples piezas de decoración. Para su desgracia, no era inmune a esa mirada.

—Puedo ser muy insistente; es otro de mis defectos.

Ella frunció los labios, iracunda.

—Podría quedarme en mi compartimiento hasta que llegue a Londres para evitar su compañía.

El insufrible hombre volvió a sonreír.

—Así que es a Londres adónde va.

Vic tragó se reprochó la propia indiscreción.

—Sí —dijo sin verlo.

—Bueno, yo también —suspiró satisfecho—. ¿Ya ve? Tenemos algo en común. Es un buen comienzo, Mary. Esta relación promete.

—¿Hombre, por qué no se calla? —le lanzó un susurro furioso—. ¿No se ha dado cuenta que esto es un recital?

—¿De veras? —se disculpó burlón mirando a todos lados, como si de verdad no hubiera estado consciente del lugar donde estaban—. Le

ruego que me perdone. No sé si ya se ha dado cuenta, Mary, pero estoy totalmente cautivado por su belleza. Desconozco de dónde ha salido, pero bendito sea quien la haya dejado salir.

Tras escuchar aquellas palabras que la acariciaron sin previo aviso, Victory volvió a mirarlo, pero esa vez su mirada no reflejó disgusto, sino un dulce asombro involuntario. Nadie jamás le había dirigido palabras similares; era incómodo que un desconocido atractivo y lisonjero fuera el primero en hacerlo. Una inesperada sensación de calidez la arropó de tal manera que la obligó a aflojar en una milésima su tenaz resistencia. Las mejillas le ardieron como si estuvieran rociadas del vapor del baño.

El caballero, con el mentón apoyando en la palma de la mano, pareció percatarse del cambio, porque los labios se le curvaron un poco hacia arriba.

—Después del recital, la invito a cenar conmigo.

Las piernas le temblaron tras escuchar aquella inesperada proposición.

—No creo que sea correcto —balbució.

—¿Por qué no? Insisto.

Pese al desconcierto, Victory intentó dar con una respuesta coherente, pero, a decir verdad, no encontraba ninguna, como le había sucedido con el apellido falso. Sabía que no era correcto que una dama compartiera la cena a solas con un caballero, pero nunca había estado del todo de acuerdo con aquella norma, así que: ¿por qué hacer caso de ella ahora que nadie la vigilaba? Después de todo, se hallaban en un tren y el vagón restaurante era un lugar público donde estarían a la vista de todos los demás viajeros. Además, tenía qué comer. Era una estúpida cena y nada más.

Tal vez, lord Radnor pudiera brindarle protección durante el resto del viaje. Tal vez, pudiera ayudarla a encontrar a Clarissa. Tal vez, pudiera hallar la manera de salir de aquel atolladero.

—Está bien.

Capítulo 4

Una hora más tarde, estaban sentados frente a una mesa para dos en el elegante vagón restaurante del ferrocarril de muros panelados con reluciente caoba y ventanillas adornadas con cortinas de damasco dorado. La vajilla era Spode, pintada a mano con reborde a juego con la decoración; las copas eran de cristal y la cubertería de oro, como lo sería en la mesa de una familia de origen noble. Todo estaba elegantemente dispuesto sobre un mantel bordado junto a un diminuto jarrón de cristal con dos rosas rojas.

Casper estaba satisfecho de que la bella lady Lovelance hubiera accedido a acompañarlo a cenar. Había estado a punto de sentirse ofendido por su reticencia, pero, luego, había comprendido que la chica solo estaba teniendo un día fatal, aunque aún no se lo hubiera dicho. Dios lo librara de que aquel fuera su carácter habitual, porque, a decir verdad, lo que menos le atraía en la vida era una mujer hostil.

Se preguntó por qué una muchacha tan joven se encontraba viajando sola, más aun cuando era tan propensa a despertar la lujuria masculina con semejante fervor; lujuria con la que no sabía lidiar en absoluto. Las viudas que había conocido en el pasado poseían un denominador común: aunque fueran devotas esposas o libertinas curtidas, todas ellas sabían manejar la atención de los hombres; eran conscientes del poder que ejercían sobre ellos y siempre se hacían del control con extrema facilidad. Tal vez se debiera a una escasa experiencia o a la corta edad, pero Victory Brandon era como una niña jugando a ser adulta. Estaba tan descolocada que uno no podía soslayar la necesidad natural de protegerla.

Luego de revisar el menú sin mucho entusiasmo, lady Lovelance pidió el estofado de res como plato principal, y Casper el soufflé de

pescado. Para sorpresa del conde, la chica lo miró con un atisbo de arrogancia en cuanto el mesero se marchó con el pedido.

—No debería comer pescado en un tren —le advirtió áspera.

La miró con incredulidad y un poco de diversión, repantigado en el suave asiento de terciopelo dorado.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió ella alzando una de esas preciosas cejas oscuras, como si la respuesta fuera obvia—. No sabe de dónde ha salido o si lo han conservado bien. Podría intoxicarse. Incluso morir.

Él dejó escapar una risita.

—Eso es ridículo. Estamos en un tren de lujo, no en una taberna pueblerina.

Ella hizo amago de objetar, pero luego se encogió de hombros, como si de pronto hubiera comprendido que lo que él pidiera para cenar no era asunto suyo. No; más bien era como si dejara de importarle lo que sucediera con él, lo cual irritó un poco a Casper.

Respiró hondo.

—Como quiera —murmuró Victory.

—De cualquier manera, agradezco su preocupación —le respondió con picardía.

—No es preocupación, sino sentido común, lord Radnor.

—Llámeme Casper.

—Prefiero no hacerlo —replicó sin mirarlo.

Ahí estaba otra vez; esquiva y recelosa. Hizo un esfuerzo para mantener la calma y no abandonar aquella maravillosa potencial conquista. Estaba mal acostumbrado a las mujeres melindrosas que le dirigían sonrisas coquetas y hacían cualquier cosa por agradarle, por lo que los desaires de Victory Brandon lanzaban pinchazos a su orgullo masculino. ¿Quién se creía que era esa pequeña insolente? Pero aun así valía la pena. Anhelaba el momento en que le quitara aquel remilgado vestido negro y mirara dentro de su corsé. Se dejaría azotar cuanto fuera necesario con tal de terminar aquel viaje retozando a su lado. Volvió a tomar aire, dispuesto a romper aquella coraza metálica que ella se había construido para mantener a raya a los pretendientes.

—Dígame, Mary, ¿ese temperamento hurraño es una reacción

natural contra los hombres en general o solo lo saca con aquellos a quienes considera una amenaza?

Ella abrió los ojos aguamarina como platos.

—¿Cree que soy una huraña porque le estoy haciendo un favor? —inquirió con tono beligerante.

—No, lo es por no confiar en mí. Le aseguro que soy un hombre respetable. —Su propia ocurrencia estuvo a punto de provocarle un ataque de risa. ¿Casper Pleydell-Bouverie respetable? No, no lo era. Su fama de seductor y pendenciero lo precedía—. Relájese, Mary. No estamos solos —recalcó mirando alrededor. Los demás viajeros ocupaban las mesas restantes a la espera de la cena mientras charlaban y agitaban sus copas de coñac.

Ella lo miró como si quisiera adivinar lo que él pensaba.

—No muerdo, querida. A menos que usted me lo pida —añadió con una media sonrisa de sátiro; a lo que Victory respondió con una mueca encolerizada—. Fue una broma. Lo siento —se disculpó a toda prisa.

La muchacha no dijo nada. Meditó un momento que le pareció eterno; después de lanzar un suspiro casi doloroso, descruzó los brazos y relajó los hombros.

Los ojos grises de Casper brillaron como los de un halcón hambriento, a la espera del más mínimo descuido de la incauta y deliciosa paloma.

—Este viaje no ha sido lo que esperaba —reconoció con gesto de pesar, aunque no sin cierta vacilación.

—¿Algún problema? —preguntó mientras se inclinaba más hacia ella.

—¡Todos! —exclamó con poca delicadeza, como si por fin hubiera encontrado el momento justo para desahogarse—. Un hombre me ha robado el bolso con todo el dinero que traía; allí también estaba la dirección de mi amiga, en cuya residencia pienso hospedarme a mi llegada a Londres.

—Eso es terrible. ¿Ha sufrido algún daño?

—Solo en mi orgullo.

—Tenemos que hablar con las autoridades abordo.

—No se moleste; ya he hablado con todo el mundo y nadie puede

ayudarme —dijo con un delicado mohín de impotencia—. El bandido se bajó en Bradford. Lo peor de todo es que se portó gentil todo el tiempo; nunca creí que fuera a robarme ese truhán.

Casper hizo un esfuerzo descomunal para ocultar la sonrisa que pujaba por aflorar al imaginar a la chica lidiando con un carterista. No debería divertirse su terrible suerte, pero no podía evitarlo. Ahora entendía el porqué de aquella desquiciada prudencia.

—Sé que hay pillos que acostumbran a cometer sus fechorías a bordo de trenes comunes y corrientes, pero no puedo creer que también suceda en uno de primera categoría como este —murmuró mientras sacudía la cabeza—. En ningún lugar se está a salvo, parece. ¿Guardaba usted algo de dinero en el resto de su equipaje? Ya sabe, para una emergencia como esta.

—No. Era todo lo que tenía.

—Su amiga irá por usted a la estación, ¿no es así?

Ella negó con la cabeza.

—No le notifiqué de mi viaje.

Al comprender cuán grave era la situación, Casper parpadeó. De pronto se sintió culpable por haberla molestado con sus bromas. Aquella pobre chica estaba arruinada y sola. Y él solo deseaba toquetearla. ¿En qué clase se alimaña se había convertido?

—No sabe cuánto lo lamento —le dijo con mayor sinceridad—. Le ofrezco mi ayuda. Podría hacerle un préstamo.

—No, no es necesario, milord —lo frenó ella—. Solo quería preguntarle si usted conocía a mi amiga, la señora Clarissa Bailey. Es la viuda del doctor Noel Bailey, un científico muy respetado y profesor de la Universidad de Cambridge. Falleció hace un poco más de dos años. ¿La conoce usted?

Casper disimuló su estupor al recordar de pronto de dónde le era familiar el nombre de Noel Bailey, así como la baronía de Lovelance. ¡Por supuesto! Se golpeó la cabeza mentalmente por no haber hecho antes la asociación. Aquellos dos ratones de biblioteca lo habían educado —o al menos eso habían intentado— un par de años antes de que hubiera abandonado la universidad para irse al otro lado del mundo tras una falda. Eso solo podía significar una cosa: aquella belleza rozagante que tenía en frente era la viuda de Lucious McLean,

el célebre barón Lovelance. ¿De verdad Victory había estado casada con aquel enjuto viejo?

—¿Lord Radnor? —preguntó ella con sutil impaciencia, para sacarlo del trance.

—Me temo que no lo conozco. Pero de seguro se nos ocurrirá algo cuando arribemos a la ciudad. Podríamos acudir a la sede de la Real Sociedad o las oficinas de la universidad de Cambridge en Londres para obtener su dirección.

—Eso sería fantástico —dijo la chica con una sonrisa que desató en él una alegría eufórica. Aquellos ojos aguamarina se iluminaron como esferas de agua de manantial. Lo cegaron por completo y lo arrojaron implacablemente al más pusilánime estado de fascinación. De pronto, Casper sintió que conquistarla era una necesidad. Le urgía reclamarla para él, poseerla, llenarla del placer que un viejo obsesionado con el movimiento de los astros y de los cuerpos nunca habría podido proporcionarle. Él podría instruirla en algunas teorías mucho más interesantes sobre el movimiento y los cuerpos—. ¿Usted sabe dónde está ese lugar?

—Sí —respondió él con voz ronca, todavía doblegado por la sonrisa de Victory, aquella arma secreta —y altamente peligrosa— que no había visto venir—. Podríamos pedir un coche y acercarnos hasta allá para investigar. Después yo mismo la llevaría con la señora Bailey.

Otra sonrisa cruzó aquel hermoso rostro. Lo dejó sin aliento. El efecto de cada gesto de placer que dibujaba lo atravesaba como un torpedo y él era un barco a punto de sucumbir en el mar incógnito de tono aguamarina de sus ojos. Estaba prendido, irremediablemente prendido de la bella viuda.

—¿De verdad haría eso, lord Radnor? —inquirió la chica, sin una sola idea de todas las imágenes que cruzaban por la mente de Casper.

—Por supuesto, Mary —asintió él con seria determinación.

—Es usted un buen hombre.

* * *

¿Sería un error todo aquello?

Victory intentó convencerse de que no tenía otra opción que

dejarse ayudar por él. Por desgracia, aquella no era una situación que podría manejar sola y nadie, además de lord Radnor, se había preocupado por ella luego de haber perdido el bolso; ni los demás pasajeros ni los empleados del ferrocarril. Aunque odiara reconocerlo, aquel conde odiosamente atractivo y mordaz era su única esperanza.

—Si me lo permite, Mary —murmuró Radnor cuando el mesero hubo servido frente a ellos dos platos de sopa de almendras—, me gustaría preguntarle con qué fin se dirige a la ciudad de Londres.

—Ya se lo dije, voy a visitar a mi amiga, la señora Bailey.

—Cierto; la viuda del científico —dijo invitándola a degustar el primer plato con un elegante gesto manual; Victory tomó la cuchara y probó la sopa. Estaba un poco salada para su gusto, pero le venía bien a su estómago tenso—. ¿Y de dónde conoce usted a esa gente?

Victory titubeó mientras se llevaba una segunda cucharada a la boca. Recordó de pronto lo poco conveniente de dejar al descubierto su identidad. Por fortuna, esa vez, su mente le ofreció una respuesta convincente.

—Clarissa es amiga de mi familia desde hace mucho tiempo; somos muy unidas. Ella ha querido tener una cortesía conmigo invitándome a quedarme en su casa por un tiempo. Es todo —respondió, satisfecha con la propia perorata.

—Pero usted acababa de decir que ella no sabía nada de su viaje.

—No lo sabe. No me esperaba tan pronto; digamos que me he adelantado.

—¿La invitó para ayudarla a superar su pérdida? —Aquella pregunta inesperada casi le hizo soltar el utensilio—. Lo siento mucho. ¿Alguien cercano?

—Mi marido —respondió resignada.

—Oh —se lamentó él antes de también llevarse una cucharada de sopa a la boca—. ¿Algún hijo?

La joven sacudió la cabeza en negativa.

De pronto, el bello semblante de lord Radnor adoptó una mueca de confusión. Dejó la cuchara a un lado del plato, se limpió los labios con la fina servilleta y una pequeña arruga de intriga se abrió paso en su frente.

—Un momento; creí que las viudas... —comenzó a hablar, pero

luego se detuvo, tal vez demasiado consciente de la expresión de decepción de Victory, que ya adivinaba por dónde venía aquel incipiente discurso—. Olvídelo.

—¿Las viudas qué, milord?

—No me haga caso; es solo una percepción personal —dijo con aire relajado, para restarle importancia al tema—. Creo haber notado que las viudas que aún mantienen el luto no suelen viajar.

—Para ser precisa, deben permanecer en casa dos años —declaró tras un suspiro.

—¿Dos años? —inquirió él horrorizado; casi escupió la sopa—. ¿Está hablando en serio?

Victory asintió solemnemente.

—Bueno, en realidad la reina Victoria ha estado mucho más tiempo de luto, usted sabe, por la muerte del príncipe Alberto.

—Nada de eso, querida. Su Majestad está gozando de la vida con un sirviente escocés al que ha convertido su amante —le confió lord Radnor con una media sonrisa sardónica.

—No es posible —declaró casi horrorizada.

—Es un secreto a voces —añadió él con un encogimiento de hombros.

—Es increíble.

—Dejemos a la anciana en paz, si le parece. Ya tiene suficiente con tener que ser reina —continuó él—. Mejor dígame, Mary, ¿qué es lo que hacen las viudas convencionales encerradas durante dos años? ¿Bordar veinte mil pañuelos?

—Preferí no quedarme a averiguarlo.

Lord Radnor elevó una ceja al comprender la osadía que Victory había llevado a cabo. Con aquella declaración, estaba dejando perfectamente claro que había huido de sus responsabilidades de la viudedad y a decir verdad, no le importaba que aquel desconocido lo supiera. Después de todo, ella no lo vería más. En cuanto la dejara a las puertas de la casa de Clarissa, se despediría de él para siempre.

—Ya lo veo —murmuró con sarcasmo—. Y también me doy cuenta de cuánto la agobia esa idea.

—El duelo se asume de manera equivocada, milord. Más que la pena por la partida de un ser querido parece que, para algunos, se

trata de una celebración de la muerte —replicó—. Es solo una formalidad, tan injusta como irracional. ¿Por qué una mujer debería renunciar al mundo exterior por tanto tiempo después de enviudar?

—¿Me está diciendo que no amaba a su esposo, Mary?

Victory se quedó estupefacta.

—¿Eso es todo lo que entendió de lo que he dicho? Soy una mujer que... —se detuvo al darse cuenta de que estaba yendo demasiado lejos en su intento por justificar su temeraria acción. Probablemente, sus ideas no fueran del todo aceptadas y tuviera que enfrentarse a la censura de lord Radnor, la única persona que la había ayudado—. Lo siento, no debí exaltarme.

—No, no. No se cohíba conmigo, por favor. Entiendo su punto de vista —afirmó el conde—. Creo que es una crueldad que la sociedad le exija pagar un precio.

—¿Pagar un precio? —preguntó Vic con los ojos entornados.

Lord Radnor se aclaró la garganta antes de continuar; meditó su discurso con mayor cuidado, como si temiera que las palabras pudieran ser malinterpretadas.

—Me refiero a que usted ahora adquiere un estatus distinto, Mary. No es soltera, no es casada. Es una mujer independiente; es dueña de sí misma; y eso es algo muy bueno, supongo, pero también una gran responsabilidad. Tal vez el duelo sea un estado de transición ideado para prepararla para todo lo que le sobrevendrá, ¿me he explicado?

Se hizo un silencio momentáneo, solo interrumpido por el parloteo trivial de los demás comensales y el zarandeo metálico del tren sobre los rieles, que hacía vibrar con suavidad las copas de cristal.

—Sí. —Victory no había visto las cosas de ese modo, pero ahora, extrañamente, le parecía que todo tenía sentido. En el último tiempo se había sentido perdida, sin una idea de cómo responder ante su nuevo rol, pero en ningún momento había pensado que tal vez la viudedad y la libertad inherente a ella requerían de una preparación inicial que la ayudara a enfrentarse al mundo, a los hombres y a asumir una vida regida por ella misma, dado que nada de aquello parecía sencillo para una chica de veinte años—. Creo que tiene mucho sentido eso que acaba de decir, lord Radnor. De hecho, acaba

de hacer que me sienta una completa inútil.

—No ha sido mi intención —dijo con suavidad, inclinándose hacia adelante—. Pero me atrevo a decir que tomó una decisión muy valiente; eso dice mucho de su carácter. Aunque estoy seguro de que no estará exenta de reprobación. ¿Le preocupa la censura?

—No. Es decir, sí. Bueno, no quiero pensar en la censura ahora mismo.

—Tarde o temprano deberá. Sin embargo, confío en que le irá bien.

—Gracias —respondió ella, aunque no entendía muy bien a qué se refería. De cualquier manera, le agradaba que alguien hubiera elogiado su atrevimiento.

—¿Y qué piensa hacer ahora que se ha rebelado, Mary? —inquirió mientras se erguía de nuevo contra el asiento—. Supongo que esta conducta audaz y escandalosa está acompañada por un magnífico plan de supervivencia.

—No realmente —soltó ella—. No tengo ningún plan.

—No me diga que esta mañana se levantó y dijo: «hoy se me antoja a huir a Londres» —le recriminó con gesto burlón y después soltó una risita—. No parece muy sensato.

Victory apretó la mandíbula. Lord Radnor era exasperante aun cuando intentaba ser amable. Jamás había conocido a alguien como él.

—De hecho —respondió a la defensiva, picada en su orgullo—, sí tengo un pequeño plan. Estaba pensando en abrir un pequeño negocio en la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de negocio? —preguntó con leve gesto de incredulidad.

—Aún no estoy segura.

Victory podía haber jurado que lord Radnor iba a soltarle un discurso para disuadirla de aquella idea. No era bien visto que una mujer emprendiera algo en un mundo gobernado por hombres, pero, para su sorpresa, él esbozó una sonrisa amable y alentadora antes de volver a hablar.

—Le aconsejo que se decida pronto, querida —le dijo—. Y también que sea muy precavida. Si quiere prosperar en Londres debe estar dispuesta a bregar con toda clase de gentuza que no lo pensará dos

veces antes de aprovecharse de usted, como lo hizo el carterista.

Ella asintió afanosamente, en un intento de tomar nota mental de sus palabras. Radnor tenía razón, no iba a lograr nada luciendo asustadiza y necesitada. Su nuevo rol de viuda requería que comenzara a actuar como una mujer fuerte que pudiera valerse por sí misma.

Continuaron disfrutando de la cena hasta que el mesero les acercó un carrito con los platos principales. Al cabo de unos minutos, un joven escanciador apareció con una botella de champaña que había ido vertiendo en las copas de los demás comensales mesa por mesa. El hombre brindó una entusiasta explicación sobre la bebida, originaria de un viñedo de la región de Champagne en Francia, que lord Radnor escuchó extasiado, como si la viticultura fuera su tema favorito en todo el mundo. Hizo múltiples preguntas al muchacho y complementó la exposición con información propia, tan precisa y nutrida como la del experto. Cuando el escanciador quiso llenar la copa de Victory con la champaña, ella rechazó el amable ofrecimiento, pero el conde insistió en que lo probara, con el argumento de que tenía una historia fascinante y un proceso de producción excepcional. Ella no entendía nada de aquel tema, pero no fue capaz de hacerle un desaire a un par de apasionados, por lo que accedió a probarlo. Olfateó el líquido, de un color dorado intenso. Un perfume ácido y potente trepó por sus fosas nasales. Luego, se acercó la copa a los labios, un tanto estimulada por el intenso aroma. Cuando el líquido espumoso y seco le rozó la lengua, percibió un sabor muy agradable; una mezcla de uvas y manzanas ácidas.

—Brindemos porque ese negocio, sea lo que sea, resulte un verdadero éxito, Mary —dijo lord Radnor con la copa alzada en forma solemne que luego chocó con la de ella.

Victory sonrió al escuchar el repique del cristal. No había sido mala idea la compañía de aquel hombre después de todo, pensó, cuando el escanciador se hubo marchado para ofrecerle la bebida al resto de los comensales. Lord Radnor era un caballero alborozado y despreocupado, un hombre que podía hacer, con un estimulante humor y una achispada visión del mundo, que una mujer se olvidara de cualquier infortunio.

—Es una extraña casualidad que nos hayan traído este vino justo en este momento, ¿no le parece? —apuntó él con una pequeña sonrisa.

—¿Lo dice porque el vino se llama «Viuda Clicquot» en francés?

—No solo eso. ¿Conoce la historia de la dama detrás de esta compañía?

—No —respondió Vic después de darle otro largo sorbo a la copa.

—Su nombre era Barbe-Nicole Ponsardin. Fue una diminuta chica que vivió a principios de siglo. Se casó con François Clicquot, el dueño de la compañía, nada menos que en las cavas de las bodegas, a veinte metros de la superficie.

—¿Por qué? —preguntó Victory con los ojos brotados de asombro.

—Con las Guerras Napoleónicas en pleno auge, las iglesias estaban cerradas o habían sido destruidas —dijo él tras ordenar que les rellenaran las copas vacías—. Pocos años después del casamiento, François enfermó de fiebre amarilla y luego murió dejando viuda a Nicole con solo veintisiete años.

—Oh, qué terrible —susurró Victory, inclinada hacia adelante para prestarle toda su atención—. Debió haber sido muy duro para ella.

—Apuesto a que sí. Su familia política la tomó por loca cuando quiso tomar el control de la empresa en ausencia del marido; todos estaban tan desconsolados que habían decidido cerrar la bodega para siempre. Ella insistió, pese a que la idea de una mujer de negocios sonaba un poco más que ridícula en aquellos tiempos. Sin embargo, Nicole alegaba que era lo que su amado François hubiera deseado.

—Es un acto muy hermoso —concedió conmovida—. ¿Qué ocurrió después?

—Ella se salió con la suya, por supuesto. Asumió la dirección de la bodega en plena guerra, con todo el panorama político y económico en contra. Más allá de eso, todos apostaban a su fracaso por el simple hecho de que era mujer. Pero ella decidió no hacer caso a los malos augurios de la gente y se dedicó a trabajar para no dejar que la compañía sucumbiera a la crisis. Compró nuevos viñedos, inició un ambicioso plan de exportación, perfeccionó el proceso de producción. De hecho, muchos de los procedimientos de sedimentación y almacenamiento que nos ha revelado el escanciador fueron ideados

por ella. Hasta inventó las etiquetas para las botellas. Algunos no pueden aceptar que una sola mujer sea la poseedora de tanto ingenio.

—Es fascinante —susurró Victory—. No es solo ingenio sino fortaleza.

—En efecto. La compañía se convirtió en una mina de oro. Y lo demás es historia, Mary. Estamos aquí sentados, en un tren camino a Londres hablando de la *Gran Dame de la Champagne*, una de las primeras mujeres de negocios de la historia y de cómo revirtió el mito de que una viuda es una mujer cuya única tarea es llorar y usar pañíderas negras para honrar al marido. —Y entonces se inclinó hacia ella con una mirada profunda, cargada de ternura y desafío—. ¿Existe una mejor manera de honrar al hombre con el que te has casado que dar continuidad a su sueño después de que ha muerto o que salir adelante y demostrar del material del que estás hecha?

Victory estaba conmovida. Quería perderse en aquellos ojos grises que le planteaban un reto. Después de aquella hermosa historia de valor y fortaleza, no le quedaron dudas de que había tomado una decisión acertada cuando se marchó de Lovelance Manor. Tal vez no llegara a fundar una compañía exitosa, ni remediaría alguna enfermedad incurable, pero al menos podría demostrar que una viuda puede ser fuerte y salir adelante sin convertir el dolor en un blasón de vida.

—No. No hay nada más maravilloso.

—¿Te gustaría ser como ella, Mary?

—Sí —respondió ofuscada, atravesada por una inesperada sensación de plenitud al ver aquel rostro bello y amable. El efecto del vino comenzaba a trepar dentro de ella. Se sacudió la cabeza para deshacerse de la emoción—. Parece que sabe usted mucho sobre vinos —le dijo en tono casual.

—Es solo un pasatiempo —replicó él con un ademán de sincera modestia.

—Lo cual me recuerda que aún no sé nada sobre usted.

—¿Y qué es lo que desea saber sobre mí, Mary? —inquirió con despreocupación mientras recorría el reborde dorado de la copa con la yema del dedo índice. Aquel inocente movimiento le produjo a Victory una sensación inédita: calor creciente, mareo, sensibilidad y

una necesidad instintiva de tragar.

Le dio otro sorbo a su copa. Y luego otro.

—No lo sé; no quiero sonar entrometida —murmuró mientras el mesero de manos blancas enguantadas retiraba los platos. Un segundo después, el escanciador recargaba las copas—. Mejor dígame lo que debo saber sobre usted.

—Veamos: soy un conde —le recordó con un encogimiento de hombros para que viera que no le concedía demasiada importancia a ese hecho.

—¿Dónde está el condado?

—En Derry Hill, es un poblado en Wiltshire. Heredé el título hace unos pocos meses.

—Lo siento. ¿Su padre falleció? —preguntó apesadumbrada.

—No. No lo heredé de mi padre; él falleció hace muchos años. John, el antiguo lord Radnor, era mi primo. Murió en un naufragio y al no haber procreado hijos, me tocó a mí en suerte. —Hizo una pausa que inundó el aire de tensión—. En fin. El título no pudo caer en peores manos —continuó con una risa mordaz; tomó un largo sorbo de su copa. Vic le obsequió una mirada de ternura y compasión. Comprendió que ella no era la única con serias reservas esa noche. Quizás él utilizara el sarcasmo para encubrir la propia tristeza.

—¿Por qué dice eso?

—Para ser honesto, Radnor House es un basurero; la mayoría de los arrendatarios se han ido y los que aún quedan. Digamos que están sentados esperando a que yo fracase. La fábrica de lana de mi familia está desahuciada. Las deudas de mi abuelo están a punto de engullirme. Espléndida bienvenida, ¿no cree? —masculló.

Qué terrible. La joven lo miró con tristeza, deseando poder hacer algo para aliviarlo. Sintió un impulso de levantar la mano y acariciarle las suaves ondas del cabello dorado, pero se detuvo a tiempo. Se estrujó los dedos bajo el mantel.

—Debe de haber algo que usted pueda hacer.

Él dio otro sorbo a su copa, tomándose el tiempo para responder.

—Le agradezco su buena fe. —Y luego añadió sombrío—: también tengo un plan.

En respuesta, Victory le sonrió.

Había visto en lord Radnor un rastro de vulnerabilidad desconcertante, cuando había empezado a pensar que poseía una confianza inquebrantable. En consecuencia, no podía evitar interesarse en él. Las preguntas se le agolpaban en la boca, pujaban por salir. ¿Quién era en realidad aquel risueño y elocuente noble que compartía con ellas ideas sobre la viudedad y hablaba con desparpajo sobre su lamentable situación financiera?

Lord Radnor se la quedó mirando con gesto extasiado y suspicaz mientras la curiosidad comenzaba a roer a Victory por dentro. El conde dejó caer la mitad del rostro sobre la palma de la mano abierta, con el codo perezoso apoyado al borde de la mesa. No era una pose muy elegante, pero ella pasó por alto aquel nimio detalle, prendada como estaba de sus bellos ojos grises, brillantes, como lunas salvajes y la pequeña hendidura que partía su mentón con una delicada sombra. Por un momento se vio a sí misma seguir la trayectoria de aquella línea perfecta con la punta de los dedos y luego con los labios.

Cuando la cordura regresó de golpe, se condenó a sí misma por albergar aquel ridículo anhelo. Apartó la vista de él de forma abrupta. Intentó despejar aquellos pensamientos y enfocar toda la atención en el chocolate con moras que el mesero acaba de servirles.

* * *

A pesar de la inexperiencia, que fácilmente se podía confundir con timidez, lady Lovelance era una viuda con ideas progresistas. Eso agradaba mucho a Casper. Si había abandonado el encierro en una mansión para largarse a Londres tras haber enviudado, ¿de qué no sería capaz? Las cosas habían tomado un matiz mucho más interesante en las últimas horas.

Había notado durante toda la noche las miradas solapadas que le lanzaban los demás comensales del vagón. Los hombres estaban embobados con ella, tanto como él. Las mujeres, por su parte, la estudiaban ceñudas, como si, más allá de lo evidente, se preguntaran qué diablos había en aquella chica vestida de negro hasta el cuello que hacía girar tantas cabezas en su dirección. Casper se sentía afortunado de contar con la atención de Victory. Tal vez, si la fortuna

y el vino lo ayudaban, muy pronto tendría más que eso.

—Fue una idea estupenda venir a cenar juntos —le dijo en tono perezoso.

—¿Por qué lo dice? —preguntó la chica. No quería mirarlo y, para eso, dio otro sorbo a la siguiente copa de vino.

Casper tenía ganas de mordisquear aquellos labios rosados, más prominentes en el centro y curvados en las deliciosas comisuras de la boca. En lugar de ello, se conformó con beber al sentir cómo se quedaba seco, consciente de que nada que no fuera ella lo saciaría. Después se inclinó hacia adelante para hablarle en modo confidencial.

—Tiene usted un talento excepcional para llamar la atención —susurró—. Es como si un ángel disecado, con las alas desplegadas, habitara en el vagón. Si yo no estuviera aquí, de seguro, una veintena de admiradores la rondaría como moscas.

Victory dejó escapar una risita que desató en Casper un estremecimiento salvaje. De pronto, se dio cuenta de que se sentía un poco sofocado y le atribuyó la sensación al deseo creciente que la hermosa viuda avivaba en él con ese delicioso rubor facial.

—No me dé todo el crédito a mí —dijo ella negando con cabeza—. He visto a un puñado de damas mirarlo como si fuese usted un exquisito postre.

Con toda certeza estaba tentándolo. La tan esperada invitación.

Se acercó un poco más. Después de vacilar una fracción de segundo, Victory lo imitó sin dejar de mirarlo a los ojos. Los dos rostros quedaron tan cerca que los demás pasajeros del tren desaparecieron del campo visual de ambos. El conde estaba ansioso por llegar más allá, pero, justo en ese momento, un picor inesperado lo sorprendió en el cuello. Debía de ser su cuerpo, que pujaba porque lo liberaran de la fastidiosa ropa de caballero y exigía que las manos de Victory lo tocaran, lo arañan sin piedad.

¿Cuánto tiempo más tendría que esperar para llevársela a la cama? Juraría que la muy condenada disfrutaba impacientándolo. La miró intensamente, y ella hizo lo mismo, pero con un matiz de curiosidad que le hizo ladear un poco la cabeza. Sus ojos de aguamarina se entrecerraron, como si hubieran visto en él algo atípico. Casper se preguntó si habría visto en su expresión el deseo

devastador que llevaba conteniendo toda la noche. Al mismo tiempo, sintió la necesidad imperiosa de volver a rascarse el cuello. Un segundo después, abandonó ese esfuerzo y lo dirigió a la mejilla y luego al pecho, que también comenzaba a sufrir una inoportuna comezón.

—Maldita sea, ¿hay hormigas en esta mesa? —rezongó.

—Lord Radnor, ¿se siente usted bien? —susurró la chica que retrocedió y lo miró con manifiesto horror, como si de pronto le hubiera brotado otra cabeza del cuello.

—Nunca me he sentido mejor en toda mi vida, querida —mintió, mientras se afanaba en rasgarse la piel con las inútiles uñas romas, sin hallar un poco de alivio.

—Su rostro no parece opinar lo mismo —gimió ella y se tapó la boca con ambas manos.

—¿Mi rostro qué?

—Ay, milord, se lo dije —reconvino ella con un pequeño mohín.

Tomó la tapa esmaltada de uno de los platos, brillante como espejo, para acercárselo al rostro.

Capítulo 5

En todos sus años, Casper nunca se había sentido más imbécil que esa noche, a bordo de aquel ferrocarril con rumbo a Londres.

—Ay, maldita sea —berreó cuando el intenso hormigueo regresó a su rostro, brazos, cuello y pecho. A decir verdad, con un demonio, estaba en todas partes, como si fuera una plaga infernal enviada por algún ángel guardián de lady Lovelance.

Más tarde, otros síntomas de la intoxicación alimentaria por pescado habían aparecido en él; mareos, náuseas y la condenada erupción que lo había enrojecido hasta los dedos de los pies, hasta hacerlo parecer una maldita langosta humana. Para colmo de males, no había un solo médico en todo el tren, por lo que Casper decidió evitar las insistentes disculpas del personal y pasar el resto del viaje en su coche de descanso, no sin antes advertirles que hablaría con la administración de la compañía para informarles de las atrocidades que sucedían durante los viajes: el robo de las pertenencias de lady Lovelance, el completo desdén de los empleados para dar con el culpable y la incapacidad para mantener en buen estado los alimentos. Por lo general, él se abstenía de armar escenas, pero tanta mediocridad había ido más allá de lo que podía tolerar. Toda su noche estaba arruinada. Malditos fueran por privarlo de la compañía de Victory y someterlo a pasar el resto del viaje en aquel tétrico cuartucho que se agitaba como la jaula de un loro.

Cuando se hubo quitado los zapatos, se dejó caer pesadamente sobre el suave almohadón de plumas y se frotó la frente con los dedos, en señal de íntima vergüenza. Estaba agobiado, enfurecido. Nunca antes había hecho un ridículo semejante y en ese momento solo tenía ganas de lanzarse por el vagón. O, mejor aún, lanzar al

cocinero y a sus ayudantes. Claramente iba a pensarlo dos veces antes de volver ordenar pescado para la cena.

En ese instante, alguien interrumpió sus angustiosas cavilaciones al tocar la puerta del compartimiento. Casper hizo un gesto de disgusto. No atendió al primer llamado, ni al segundo, por lo que el tercero fue mucho más contundente.

—Lord Radnor, soy yo.

La voz de lady Lovelance le provocó un ligero estremecimiento. Cómo había deseado que se apareciera así, ansiosa de penetrar su espacio privado, pero, en las condiciones en las que se encontraba, no podía sino esconderse de ella. No deseaba que lo viera en semejante estado de vulnerabilidad. La viuda volvió a tocar.

—Por favor, déjeme entrar. Necesito tomar su temperatura.

Se tapó el rostro con un cojín. Le habría gustado decirle que no hacía falta que le tomara la temperatura, dado que, desde que la vio por primera vez, estaba tan caliente que podía fundir el metal con un toque, pero se abstuvo completamente. No quería recordarse que no podía tenerla.

—Milord, ¿está despierto? —insistió la chica.

Casper no le contestó; ella emitió un gemido que resonó a través del delgado panel de cedro. Dejó de tocar la puerta y sus pasos retumbaron a lo largo del pasillo, por lo que asumió que se había marchado para dejarlo a solas. Satisfecho, lanzó el cojín de seda a un rincón de la estrecha y temblequeante habitación. Se retiró las piezas de ropa que lo hacían sentir ahogado; la corbata, los gemelos de oro y el ajustado chaleco. Con algo de suerte, el descanso lo ayudaría a reordenar los pensamientos y probablemente las erupciones desaparecerían solas al cabo de unas horas.

Cuando se disponía a sacarse la camisa de lino por la cabeza, un chasquido de llaves dentro de la cerradura le hizo entornar los ojos en señal de alerta. En un segundo, lady Lovelance apareció en el quicio de la puerta. Casper pestañeó, sorprendido y un poco molesto por la intrusión, pero las mejillas arreboladas de la muchacha, al notarlo en una facha tan comprometedora, lo conmovieron y lo distrajeran un segundo antes de decidirse a apartar el rostro. Qué ganas tenía de mirar esa expresión azorada, pero más importante aún era ocultar su

rostro de langosta. La joven vaciló un poco, pero finalmente cerró la puerta detrás de ella. El conde se arrellanó en el colchón, alcanzó otro cojín y se cubrió el rostro.

—Lo siento mucho —se disculpó ella, mientras avanzaba por el inestable suelo alfombrado—. Temí que se hubiera desmayado.

Cegado por el cojincillo, Casper emitió una risa sofocada, mientras se rascaba la parte alta del abdomen, que picaba como el demonio.

—Sin duda, eso habría sido un alivio —masculló, más para sí—. Usted debe de estar muy divertida con todo este asunto, admítalo.

Escuchó un delicado respingo.

—Jamás me divertiría con el infortunio de otra persona —reaccionó ofendida.

—Claro que no —respondió él al darse cuenta de que estaba comportándose como un cretino; ella solo se preocupaba por él—. Pero me advirtió que esto podía pasar y no le hice el menor caso. La mayoría del tiempo soy más inteligente, se lo aseguro, aunque no lo parezca.

—No hay de qué avergonzarse —dijo Victory con una ternura embriagadora que lo desarmó—. Algunas personas la pasan peor, créame. Al menos, no se le brotaron los labios como a un sapo.

Una risa sarcástica brotó de su garganta.

—Es cierto, es tanto mejor no croar como un sapo.

Su desesperado intento por encontrarle el lado divertido a la situación se vio interrumpido cuando el colchón se hundió por un lado.

Casper fue consciente de que lady Lovelance se había sentado a su lado y una ráfaga de deseo volvió a escaldar sus terminaciones nerviosas, como si se hubiera recostado junto una chimenea, pero nada comparado con el instante en que la mano de la muchacha se anidó en su cuello para evaluar si tenía temperatura. Una deliciosa convulsión, un brinco fugaz envió el cojín al suelo, desenmascarándolo, desnudándolo; solo quedó el tacto de los dedos cálidos y suaves de Victory sobre la piel indefensa. Con el cuerpo excitado, se rindió a ella. Cerró los ojos con fuerza, para reprimir un suspiro que habría delatado lo que estaba sintiendo, lo que habría querido hacerle en respuesta a aquella plácida invasión.

—No tiene fiebre —dijo muy despacio, como si ella también hubiera sentido aquella corriente térmica.

La chica se apartó con las mejillas aún teñidas de un rosado cristalino, mordiéndose los labios, torturándolo en vez de sanarlo. Casper se incorporó, en una búsqueda inconsciente de cercanía con ella, aquella deliciosa electricidad que la mujer había desprendido de su cuerpo para transmitírsela. Quería aferrarse a ella y quemarse lentamente.

Ya no le importaba el propio aspecto.

Ella levantó la vista del suelo. Lo atravesó con los ojos aguamarina, que en la tenue luz de las lámparas del compartimiento eran grandes y transparentes, como los de una gata despierta. Casper la miró con un deseo que lo aprisionaba más que el chaleco del que acababa de despojarse; tenía todo el cuerpo en tensión, los músculos engarrotados, como los de un animal salvaje a punto de saltar sobre la ansiada presa, después de soportar semanas de hambre y sed.

Un segundo más tarde, un repiqueteo de porcelana llegó de alguna parte. De pronto, se dio cuenta de que Victory traía una taza humeante en su otra mano; los dos miraron el fino pocillo con escaso interés.

—Le traje un poco de té, para las náuseas —ofreció después de carraspear.

—No quiero nada que haya salido de la cocina de este tren —dijo él con serenidad. Quería fingir que la cercanía de ella, que estaba sobre la misma cama, no lo enloquecía.

—Pero si yo misma lo preparé.

Casper tomó aire.

—Si es así, lo aceptaré.

Sostuvo la taza con extremo cuidado; se la acercó a los labios. Habría bebido de ella, aunque fuera arsénico concentrado o los orines de un animal, siempre que Victory lo mirara como lo estaba haciendo en ese momento, con aquella ternura descorazonadora mientras lo tomaba. El líquido bajó hasta su estómago en una cascada delicada, dulce, cálida, como ella. Reconoció en su paladar el picor del jengibre y la dulzura de la miel.

—No tenían marrubio, así que no sé qué tan efectivo será —musitó

ella con timidez, lo miraba con un dejo de preocupación y se retorció los dedos de una mano con la otra, como hacía cada vez que él la ponía nerviosa.

—No tenían marrubio —repitió Casper en un susurro y luego soltó un suspiro burlón—. Una falta más y le juro que los dueños de este ferrocarril le deberán una fortuna a nuestros nietos.

Ella rio; la tensión en los hombros pareció apaciguarse.

—Gracias por todas las molestias, Mary. Es usted una verdadera bendición.

La mirada de ella se volvió excesivamente intensa.

—Es tan extraño —susurró.

* * *

Victory se sorprendió pensando en voz alta. No debió haber abierto la boca, pero ya era tarde. Tendría que haber previsto lo que sucedería antes de irrumpir en la habitación de un hombre, aunque el hombre en cuestión estuviera enfermo y la necesitara.

—¿Qué cosa? —preguntó lord Radnor, al dejar la taza en el panel de cedro que servía de mesa de noche. La miró con sutil interés.

Extraño, el hecho de que hacía unas pocas horas deseaba que aquel conde mordaz e inoportuno desapareciera y ahora solo quería que se quedara. Quería que la tocara y aliviara esa espantosa necesidad de su piel. Se sentía como una mujer pagana adorando a un dios con el que el contacto era el único alivio a un agobio. ¿Era el efecto del vino? ¿Qué había en él que la hacía tambalear de esa manera tan abrupta? Quizá lo que reflejaban esos ojos, que, a diferencia de ella, habían visto tanto mundo, pero sin que ese mundo alterara su esencia; su ternura, su tolerancia, su sensualidad.

—¿Qué cosa? —repitió Radnor más cerca con los ojos plateados que brillaban a la luz de la lámpara.

No, nunca lo diría en voz alta.

—Nada. Buenas noches —dijo atropelladamente mientras se ponía de pie.

Por desgracia, él parecía poco dispuesto a dejarla marchar. Victory soltó un gritito de estupor cuando él la arrastró a su regazo. Los dedos

temblorosos se aferraron por instinto a esos hombros, anchos y fuertes, como una gata que hubiera caído desde el techo. Los brazos de él le rodearon las caderas en respuesta. Victory se dio cuenta de que, aunque debía negarse, no deseaba hacerlo. Intercambiaron una mirada agitada; la del conde se volvió turbulenta ante la íntima cercanía, mientras que ella no sabía cómo reaccionar al verse sentada sobre él, pero antes de que pudiera intentar calibrar sus propias sensaciones, antes de que comprendiera lo inapropiado de la situación, lord Radnor la sorprendió de nuevo con gran agilidad, atrapándole la boca en un beso delicado pero profundo.

Victory hubiera querido tener la fuerza para negarse, para levantarse y escapar, pero lo cierto era que no podía hacer nada, salvo rendirse a aquella sorpresiva invasión, aquellos labios que la acariciaban con pericia, ese aliento cálido que parecía llenar partes de ella de las que nunca había estado consciente, que la hacía estremecerse de un modo delirante. El corazón comenzó a latirle con una fuerza atronadora, como si quisiera saltar fuera de su cuerpo. Los dedos se le retorcieron dentro de los botines de piel cuando la boca de Radnor se abrió más y el beso se profundizó dentro de ella. No era posible que pudiera hacerle perder el control de esa forma, pero ¿qué sabía ella sobre besos?

Las manos de Casper subieron hasta el rostro de Victory. Las yemas de los dedos delinearon la curva de su cuello con soberbia suavidad. Sin dejar de besarla, colocó algunos mechones sueltos tras las orejas y los pulgares le acariciaron la mandíbula, para derramar calidez aun en lugares completamente fuera de su alcance. Un segundo más y la temperatura del cuerpo de ella se había elevado hasta el cielo; la boca cedió gustosa cuando él se amoldó más a ella, cuando la lengua de Radnor, posesiva y voraz, se abrió paso en el interior de Victory.

Él olía a una perfecta mezcla de madera y almizcle, sabía a jengibre y su piel era ásperamente deliciosa bajo las manos. Victory no supo cómo diablos, ni en qué momento sus uñas se clavaron ansiosas en los hombros de él. En lugar de quejarse, Casper saboreó aquel atrevimiento con un suspiro aletargado, bañándola de calor.

Cuando el conde deshizo el beso y desvió los labios hasta el cuello

de Victory, un gemido de angustioso placer escapó de su boca. Un reguero de pequeños besos la aturdió e hizo que el pulso se le despegara a la luna y, al mismo, tiempo se concentrara en un lugar privado situado entre sus muslos, un hormigueo íntimo y desconcertante.

Fue entonces cuando una punzada de culpa la atravesó.

—No —susurró en tono tan poco convincente que le arrancó a él una sonrisa juguetona.

—¿No quieres que pare? —El muy infeliz consiguió desorientarla todavía más cuando se dedicó a desatarle las trenzas de los botines con solícita ternura. Los ojos grises brillaban mientras lograba sacarle los zapatos, sin que ella pudiera reunir la fuerza para impedirselo—. No lo haré —le prometió al oído.

—Casper...

—Eso es, mucho mejor —la elogió con voz suave al escuchar que lo llamaba por su nombre de pila—. Tanta formalidad no es necesaria ahora, ¿verdad?

Después de dejar el calzado a un lado, él tomó uno de los pies envueltos en las medias negras y lo masajeó cariñosamente. Vic se mordió los labios cuando descubrió que aquellas atenciones tenían réplicas en otras partes de su cuerpo.

—Esto no está bien —se las arregló para decir, aunque con esa voz le suplicaba que no se detuviera—. Soy una viuda.

—Lo sé. Necesitas que alguien te ame —ronroneó mientras con la mano subía por la pantorrilla de ella de una forma tan exquisitamente sensual que jamás habría podido considerarlo indecente. Por supuesto, se lo permitió—. Déjame a mí hacerlo. Deja que te ame.

Antes de que Victory hubiera ideado una forma de rebatir esas palabras, Casper se lanzó de nuevo a su boca. Esta vez los labios se volvieron impacientes, febriles mientras la besaba, al tiempo que con los brazos la estrechaba. La arrastró más hacia su cuerpo hasta que, en un movimiento ágil e inesperado, la levantó para ponerla a horcajadas sobre él. Victory no fue consciente de lo que había ocurrido hasta que percibió una dureza debajo de ella. Los pensamientos comenzaron a abandonarle la mente como la arena de un reloj.

La joven levantó la cabeza por instinto cuando la boca curiosa de Casper bajó por el mentón hasta el cuello y después rozó con los labios la superficie de la blusa negra, atravesando la tela con cálidos jadeos. Las manos se aventuraron más arriba, donde comenzaba la línea de botoncitos. Con resolución comenzó a deshacerlos uno a uno.

Victory tenía la blusa abierta hasta el abdomen cuando volvió a abrir los ojos. El corazón le dio un vuelco cuando vio su corsé y las cimas de los pechos que asomaban, hinchados como frutas maduras que clamaban por atención. Casper los besó con escandaloso entusiasmo mientras ella arqueaba la espalda, atravesada por una sensación demasiado pujante como para admitir la vergüenza. Poco a poco, los broches comenzaron a ceder gracias a los dedos expertos de él; lo que la dejaba respirar y le proporcionaba alivio.

Jamás la habían besado de ese modo, jamás la habían tocado así. Cuando su institutriz, la señorita Maher, le explicó lo que sucedía entre un hombre y una mujer, había estado a punto de desmayarse de vergüenza. En ese entonces, la idea del dolor le había resultado perturbadora y que Lucious McLean quisiera hacer todo aquello con ella la mortificaba, o más bien la horrorizaba. Después de la boda, Victory había estado tan aterrada que Caro tuvo que subirle varias tazas de infusión de hierbas para tranquilizarla. Por fortuna, Lucious había sido considerado y delicado. Todo lo delicado que un sexagenario enfermo del corazón podía ser.

Era extraño que ahora también estuviera a punto de desmayarse, pensó cuando percibió la suavidad del colchón en la espalda y los dedos de Casper hurgando por lugares donde ni ella misma se había tocado nunca; se desmayaría de emoción si eso no supusiera dejar de sentir las atenciones de él. El placer que desataban aquellos roces era inédito, demencial, concentrado en cada caricia y en cada beso; un asalto despiadado a los sentidos, pero para el que se sentía más lista que nunca.

Más tarde, la ropa ya no estaba. Victory se vio completamente expuesta debajo de él. Sin embargo, en lugar de sentirse avergonzada, una sensación instintiva de plena disposición la invadió. Quizá todo el mundo en la familia tuviera razón; tal vez ella fuera una ligera de cascos, al igual que su madre, pero no le importaba. Casper respondió

a esa resolución con una mirada hambrienta que se extendió desde sus muslos, le atravesó el vientre y los pechos hasta llegar a sus ojos de nuevo. Los de él brillaban tras un velo de creciente lujuria; la acariciaba con fervor. Le susurró un par de cumplidos sensuales que en cualquier otra situación habrían ameritado una bofetada, pero, en aquella privacidad, las palabras le venían de maravilla; le masajearon el ego y multiplicaban las sensaciones.

Atolondrada, Victory cerró los ojos de nuevo. Soltó un gemido hueco cuando los dientes de Casper atraparon un pezón y el calor húmedo de su boca se cerró sobre él. La sensación la fustigó de tal manera que enredó los dedos y tiró con fuerza del cabello de su amante, sin que reparara en ello. Debió morderse los labios para que los alaridos que pujaban por salir se quedaran dentro, mientras Casper comenzaba a jugar con sus senos, primero con uno y luego con otro. Parecía incapaz de decidir cuál le gustaba más. Tal vez ambos lo complacían por igual.

Los dedos de él eran dulces y voraces a la vez, como si quisieran arrancar algo en ella; ya no había un lugar de su cuerpo que no conocieran a profundidad. La boca de Casper era generosa y seguía el mismo ejemplo de las manos: descubría sin restricciones cada recodo de ella; dejaba una estela de placer. Cuando aquellos labios gentiles llegaron a la parte baja de su cuerpo, los párpados de Victory se abrieron de golpe. Qué escandaloso placer. La señorita Maher nunca mencionó que podía ser besada en aquel lugar indecente, y Lucious no lo había intentado. Probablemente era algo que solo hacía aquel redomado sinvergüenza, pensó con una sonrisa de abandono.

Cuando la lengua de Casper comenzó a moverse inquieta en ella, Victory dejó de pensar; permitió en silencio que la amara de ese modo tan audaz, con los ojos cerrados. Jamás creyó que tanta dicha fuera posible.

Al cabo de unos minutos, vio con el rabillo del ojo cuando él se arrancaba los pantalones con impaciencia y luego regresaba a ella. Su desnudez era espléndida a contraluz; un cuerpo perfecto, una escultura griega. Se acomodó sobre ella con delicadeza, pero antes de continuar, le dio un beso devastador. Victory sintió una presión ligera en el lugar donde se unían sus piernas.

Se aferró a la espalda desnuda de él, tensa y musculosa, más que preparada para lo que venía a continuación, con la certeza de que aquello era lo que más deseaba.

* * *

Cuando llegó hasta donde tanto había anhelado, Casper se detuvo y respiró.

Deseaba ser capaz de controlarse tras aquel sublime prelude que había amenazado con despedazar su control, pero, aun así, no se arrepentía. El inquietante deseo que lo atormentaba había pasado a un segundo plano porque quería complacer a Victory; quería atender a toda la necesidad que había leído en sus ojos. Quería llenarla hasta lo indecible y demostrarle que los cariños de un viejo no se comparaban a lo que él podía proveerle. Él era un amante notable y estaba ansioso por que ella lo supiera.

Cuando abrió los ojos de nuevo, dispuesto a tomarla, se encontró con una mirada abrasadora, casi frenética. Parecía que temblaba, aunque no estaba seguro con la agitación del tren, que provocaba un roce torturador en el punto exacto donde los dos cuerpos estaban a punto de unirse. Los cabellos negros y sueltos desparramados en la almohada, los labios húmedos que suspiraban contra la cara de él, las manos suaves y cálidas que bajaban y subían por los costados del torso: todo lo invitaba a seguir.

Entonces le dio lo que pedía.

En un solo movimiento, súbito y violento, se sumergió en ella.

La esperada invasión arrebató un jadeo de júbilo de los labios de la chica, entretanto que Casper se quedó muy quieto, turbado, disfrutando del íntimo abrazo de su cuerpo. La bienvenida de Victory fue cálida y sedosa, mucho más de lo que había previsto. A decir verdad, su imaginación no podía hacerle justicia a semejante delicia de mujer. Estar unido a ella de ese modo le produjo una felicidad demencial: el cuerpo se le tensó y se agitó con ganas de más, mucho más, de ella.

Incapaz de contener al volcánico deseo, Casper comenzó a moverse sobre y dentro de ella con estocadas profundas, a las que

Victory respondía con gemidos entrecortados.

Las delicadas manos femeninas lo arañaban por doquier, los labios sollozaban su nombre, la cadera se movían hacia arriba al mismo ritmo, como si quisieran encontrar las de él en el camino. Toda ella era una explosión de lujuria contenida en erupción, como si ya no soportara un segundo más encerrada en aquel cuerpo. Casper estaba feliz de que ella lo hubiera elegido para sacar a flote semejante pasión.

Mientras la miraba debajo de él, con los ojos nublados por el placer que le regalaba en cada embestida y que ella le devolvía con esa deliciosa e insólita estrechez, el conde le susurraba palabras sinceras que jamás había desperdigado en ninguna mujer.

—Eres deliciosa.

Ella le respondía con gemidos aturcidos.

Pasados unos minutos, él comenzó a moverse más rápido; quizá demasiado rápido para ella, al punto de resultar brusco. Pero no podía detenerse. Estaba en llamas. Las manos de Victory, sujetas a sus caderas, como si estas fueran indispensables para mantenerla con vida, no lo ayudaban mucho a mantener la cordura. Lo atraía con cada movimiento desesperado y anhelante, lo obligaba a dejar de ser delicado.

Continuó amándola mientras la miraba a los ojos con deliciosa locura, mientras absorbía cada una de sus respuestas, de los jadeos, de las dulces y agresivas uñas que le rasgaban la piel, de los sollozos febriles e inocentes.

De pronto, Victory separó más las piernas hasta casi abarcar el ancho de la cama, se retorció debajo de él, convulsionada de placer entre profundos gemidos que podían haberse escuchado a lo largo del tren. Entonces Casper comprendió que la había llevado al clímax. Aquella maravillosa visión lo empujó a ahogarse con ella en un mar de gozo compartido. Qué delicioso era terminar en su interior, vaciarse sin ninguna reserva. Dárselo todo y recibir todo a cambio. Un escandaloso alivio le arrancó unos gruñidos que se confundieron con los jadeos de ella en un poderoso concierto de lujuria.

Era suyo.

Terminaron abrazados y exhaustos, como dos náufragos que

hubieran alcanzado la ansiada orilla, en aquella minúscula habitación que se agitaba por la velocidad del desplazamiento.

Cuando las réplicas del orgasmo se extinguieron, Casper acarició las curvas de Victory bajo la frágil luz de la lámpara. Sentía los mechones rebeldes de su cabello oscuro en la frente, el cuello y los hombros. Estaba feliz y satisfecho; presa de un placer inédito.

Pasada la tormenta, cuando las dos respiraciones se apaciguaron, el conde sonrió y le dio un beso en los labios, antes de quedarse profundamente dormido.

Cuando despertó de nuevo, ella había desaparecido.

* * *

Londres era una hilera de edificios destartalados de ladrillo rojo oscuro, manchados por la ceniza y el humo que escupían las chimeneas en forma de espirales.

En las afueras de la estación de trenes de Charing Cross caía un diluvio. Decenas de personas desdoblaban los paraguas y otras corrían en busca de refugio en las marquesinas de los viejos establecimientos o en los estrechos pasajes entre los edificios que comunicaban las calles entre sí. Aquellas estructuras, altas y robustas, estaban repletas de ventanas con cristales empañados y cortinas corridas tras las cuales, de vez en cuando, asomaba un rostro.

Victory resistió al instinto de correr para resguardarse del agua helada. Caminó bajo aquel Londres que la recibía en sus negras fauces, como un monstruo castigador que hubiera intuido su escandaloso comportamiento a bordo del tren y que, ahora, se preparara para darle un escarmiento. Era la peor bienvenida de todas.

Estaba empapada de pies a cabeza, no tenía un penique, ni mucho menos una idea de adónde debía dirigirse. Había preguntado en la estación de trenes por la señora Clarissa Bailey, viuda del doctor Bailey, pero todo el mundo respondía con una mueca desdeñosa o de desconocimiento. El chico que vendía los boletos del tren en la taquilla de la estación le había dicho que había cientos de Bailey en la ciudad y añadió con gesto burlón que estaba buscando una aguja en un pajar, pero que de todos modos le deseaba «buena suerte». Por

supuesto, estaba en Londres, no en Fort William o en Cornualles, donde la mayoría de las familias se conocían. Estaba perdida.

Por un momento, pensó en regresar a la estación y tratar de conseguir un billete de regreso a Escocia, pero un ramalazo de sensatez la detuvo. Lo último que deseaba era volver a ver el rostro amenazante de la señora Coyle y que le echara en cara su fracaso. Ello terminaría por confinarla a Lovelance Manor como una viuda prisionera, sin voluntad propia ni sueños. No, no estaba dispuesta a volver a Escocia. Todavía no.

También estaba el hecho de que Casper podía estar buscándola. Había sido muy duro dejarlo dormido una vez que los sonidos de la estación inundaron el compartimiento. Victory sintió como si hubiera sido descubierta en una situación embarazosa; la cordura golpeó sus sienes con violencia. No podía volver a verlo de nuevo. Él seguía siendo un extraño, y ella era una desvergonzada por haberse dejado seducir tan fácilmente. No dejaba de ser una viuda. Una cosa era que se determinara a salir adelante, que se negara al abandono de la viudedad. Otra muy distinta, que se arrojara a los brazos de un desconocido para terminar en la cama con él.

Tal vez pudiera empeñar los pendientes que traía puestos y pagar un carruaje que la llevara a las oficinas de la Real Sociedad. La gente hacía eso cuando necesitaba dinero, pensó esperanzada. Comenzó a desabrocharse una de las alhajas de oro que Lucious le había obsequiado el día de su cumpleaños número diecinueve. Buscó en la memoria algún lugar que pudiera recibir las joyas; estaba convencida de que había visto uno en la recorrida que había hecho por los alrededores de la estación.

En ese preciso instante, un carruaje pasó a su lado a toda velocidad, lo que levantó una ola negra que la bañó de pies a cabeza. Victory soltó un grito de indignación al verse cubierta de aquella asquerosa agua de lodo y basura, que la obligó a correr hacia los adoquines. Así que, además de todo, la gente de Londres era grosera y desconsiderada, se dijo.

Cuando volvió a tratar de quitarse los pendientes, notó con horror que uno de ellos se le había zafado. No podía ser. No podía perder su único bien canjeable. La chica casi entró en pánico; sin pensarlo,

regresó corriendo al lugar donde el carruaje la había empapado de mugre. Se puso de cuclillas en plena calle para tratar de localizar la joya mientras los demás coches pasaban a su lado. Algunos cocheros le gritaban desde los pescantes para que se moviera, pero ella no les hizo caso; sus manos se hundieron desesperadamente en el lodo en busca de la alhaja. Aquel pedazo de metal era su única fortuna y, si no la recuperaba, no podía imaginar qué sería de ella en las peligrosas y húmedas calles de Londres.

En ese momento, otro carruaje pasó a su lado. Se detuvo más adelante, junto a un estrecho callejón, pero la joven no lo notó hasta que una voz resonó a lo lejos.

—¡Victory!

Aquel llamado la sacó de su absurda búsqueda. La joven dirigió la vista hacia el vehículo y reconoció a la hermosa y elegante mujer que se asomaba por la ventanilla. No tenía idea de cómo había llegado allí, pero lo cierto era que ya no tendría que buscarla. Estaba salvada. Se puso de pie muy de prisa y echó a correr hacia el carruaje, no sin antes elevar una plegaria de agradecimiento.

El mozo le abrió la puerta del carruaje y la chica se introdujo sin más dilación.

—¡Victory, por todos los Santos! ¡Cariño, mira cómo estás! —gimoteó Clarissa Bailey al notar la facha que llevaba. Aun así la abrazó con fuerza mientras el carruaje se ponía otra vez en movimiento—. ¿Qué te pasó?

Vic se tomó un momento para responder. Estaba confundida, desorientada. Apenas podía creer que Clarissa estuviera allí, que la hubiera rescatado de las calles malolientes de Londres. Tampoco podía creer de sí que hubiera reunido el valor para apartarse de Casper, cuando en realidad había deseado quedarse dormida a su lado y despertar junto a él.

—Un mal viaje.

Clarissa frunció el entrecejo con sobria elegancia, sin hacer caso de las manchas de lodo que Victory le había dejado en el abrigo y en los elaborados rizos dorados.

—Te hemos buscado por todo Charing Cross —dijo—. Creí que ya te habías marchado y estaba a punto de regresar a casa para esperarte.

—¿Me estabas esperando? ¿Pero cómo?

La dama soltó un bufido.

—Tu doncella me envió un telegrama. Dijo que llegarías hoy.

Perpleja, Victory dejó caer la espalda sobre el asiento del carruaje. Qué buena idea había tenido su difunto esposo al instalar en casa un telégrafo. Por fortuna, el barón se había empeñado en que cada uno de los empleados fuera entrenado para utilizar aquel artilugio en caso de suscitarse alguna emergencia en Lovelance Manor, un lujo que solo unas pocas familias podían darse en toda Gran Bretaña.

Bendito seas, Lucious. Bendita seas, Caro.

—¿Qué ocurrió, Victory? ¿Por qué dejaste Fort William de esa manera? —preguntó Clarissa ofuscada.

La chica suspiró de nuevo.

—Porque no quiero esperar más tiempo para tener una vida.

Capítulo 6

—¿No está muy apretado?

Victory observaba angustiada mientras la modista ajustaba aun más el constreñido corsé de Clarissa frente al espejo de la boutique.

—No lo suficiente —respondió ella con dificultad mientras evaluaba la angustiada apariencia de reloj de arena—. Estos modelitos de ahora la hacen a una lucir como un saco de patatas. Válgame Dios, madame Lavoie, ¿qué inventarán después? —se quejó mirando a la modista con ligero reproche.

—Oh, no es algo de lo que usted deba preocuparse, señora Bailey, tiene una figura que cualquier jovencita envidiaría —contestó la menuda mujer en un acento melindroso, con los labios llenos de alfileres; no obstante, Clarissa se vio a sí misma con escepticismo.

—Tienes problemas de espalda —la sermoneó Victory con la frente fruncida—. Estuviste en cama una semana, ¿recuerdas?

—Sí, créeme que lo recuerdo —le espetó con sarcasmo.

A sus casi cuarenta años, la viuda del doctor Bailey era una mujer de una belleza deslumbrante. Rubia y de ojos violáceos, como el color del cielo cuando está a punto de oscurecer, Clarissa lucía un cuerpo con pronunciadas curvas, que venían bien a su elevada y elegante estatura, aunque ella lo negara tenazmente. Aún conservaba la alegría de la juventud. A veces incluso la insensatez, por lo que se obsesionaba con prendas de vestir y actividades deportivas que ponían en riesgo su salud. A Victory le parecía a veces que Clarissa estuviera tratando de vivir un año en un solo día.

Es filosofía budista, cariño, le había dicho alegremente después de caer de su nuevo bayo cuando daba una cabalgata imprudente por el parque. Un día es una vida; al despertar nacemos y al dormir

morimos, declamaba con una sonrisa eufórica mientras se frotaba el codo raspado con una mano, como si, en vez de dolerle, la caída la hubiera hecho más fuerte. No era el tipo de cosas que diría alguien que creció en un colegio presbiteriano, pero hacía tiempo Clarissa había adoptado como filosofía de vida la idea de que una mente abierta era menos propensa al desencanto y a la frustración.

Para el padre de Clarissa —un científico aficionado, como lo llamaba ella— había sido un honor ofrecerla en matrimonio a un erudito como Noel Bailey, que era, para entonces, presidente de la Real Sociedad de Londres. Era una época en la que la ciencia y la tecnología comenzaban a dejar boquiabierto al hombre mundano y, después de realizar notables descubrimientos en distintos campos, los científicos emergían de sus recónditos recintos de investigación como celebridades, para mezclarse con nobles y *gentrys* en los bailes de sociedad. Incluso se los llegó a considerar buenos partidos para las jovencitas. La madre de Clarissa le había dicho en una oportunidad que un matrimonio con un aristócrata la habría convertido en mártir del libertinaje propio de los pares del reino. Un científico, por el contrario, era un hombre que concedía más importancia a la razón que a las emociones, por lo que estaba sobrentendido que podían ser los mejores maridos que una mujer pudiera desear. Aunque estaba muy poco convencida con aquel discurso, la muchacha, que para entonces acababa de cumplir veintiún años, aceptó la mano del doctor Noel Bailey.

—Si lo desea puedo aflojárselo, madame —ofreció la modista.

Clarissa jadeó resignada. La mujer comenzó a destensar los cordeles hasta que la viuda le hizo una seña para indicarle que estaba cómoda.

—Ya sé cómo se sienten los animales cuando son tragados por boas —murmuró horrorizada cuando madame Lavoie se marchó de la habitación—. Gracias a Dios la crinolina ya pasó de moda; de lo contrario, podría añadir dos posibles causas de muerte a mi lista personal.

Victory puso los ojos en blanco.

—Es un castigo que disfrutas, tonta. ¿Si no, para qué lo haces? Parece que quisieras impresionar a alguien —intuyó con una sonrisa

suggerente. Quería aludir al guapo vizconde de veintiocho años, a quien Clarissa veía desde hacía poco más de dos meses.

—Más bien espero ser capaz de mantener el interés de ese alguien —precisó.

Su interlocutora se encogió de hombros.

—No me extrañaría que muchas quisieran disputarte a lord Felton.

—Y lo harán, querida. La temporada social en Londres comienza dentro de poco, y eso solo significa una cosa: torrentes de jovencitas saliendo al ruedo del mercado matrimonial. ¿Sabes qué tienen todas en común, Victory? Que hasta la menos agraciada o la más vulgar de todas es mejor partido que nosotras.

—¿Quién lo dice? —inquirió la joven arrugando el ceño.

Clarissa rio con amargura.

—¡Oh, por favor! Es una verdad universal. Somos viudas —le recordó mientras volvía a inspeccionar su aspecto en el espejo; esta vez el bello rostro reflejó un destello insatisfacción para luego dar paso a la resignación—. Los hombres jóvenes y con linaje como Harvey están en la obligación de desposar a chicas virtuosas. En cualquier momento, él convertirá en su esposa a alguna de esas mocosas engreídas.

—¿Qué estás diciendo? Lord Felton está loco por ti.

—¿Eso qué importa? —replicó Clarissa con una mirada de estoicismo—. No se casará conmigo. Si tengo suerte podré tenerlo un par de años más. A menos que me quiera como amante aun después de casado.

Los ojos de Victory se abrieron como platos.

—¿Serías la amante de un hombre casado?

Clarissa se distrajo un momento para peinarse los largos rizos dorados frente al espejo.

—Si ese hombre es Harvey, sí.

Contrariada, lady Lovelance apartó el rostro. No tenía ánimos de juzgar a Clarissa, pero lo cierto era que su confesión le había parecido perturbadora. No se había escandalizado demasiado con las visitas que lord Felton le hacía a su amiga en las noches y tampoco se sorprendía de verlo al otro día, sentado a la cabecera de la mesa del desayuno. Había asumido que Clarissa estaba aprovechando la

libertad, pero lo otro era demasiado.

—Madame Bailey, aquí viene su vestido —canturreó la modista mientras hacía entrada junto a un par de empleadas que llevaban consigo una tonelada de satén.

—Crees que es vergonzoso lo que dije, ¿verdad? —inquirió Clarissa al cabo de un momento, mientras las dependientes de la boutique le subían el vestido por la estrecha cintura, conferida por el corsé—. Perdóname —suspiró apesadumbrada.

—No, es solo que no tiene sentido. —Victory pensó un momento qué decir; no quería lastimar a su amiga—. Nada de esto lo tiene. Lord Felton no va a casarse con otra mujer; no si realmente te ama. Si, por el contrario, lo hace, entonces no es digno de tu afecto y mejor será que se vaya al demonio.

Clarissa dejó escapar un suspiro cansino.

—Sí creo que me ama —enfaticó—, pero no es tan sencillo, cielo. Los matrimonios por amor son piezas rarísimas. ¿No me digas que tú amabas a Lucious McLean?

—Es diferente; yo no lo escogí.

—Yo tampoco escogí a Noel. Mis padres me condujeron al matrimonio. Es solo que no quiero hacerme ilusiones, Vic. Si la única manera de conservar a Harvey a mi lado es convirtiéndome en su amante, entonces lo haré. ¡No me importa! —sentenció encogida de hombros mientras una de las empleadas le abrochaba los cientos de botoncitos en la espalda—. Hay distintas clases de finales felices. Muchas veces lo único que un hombre busca con un matrimonio es engendrar un heredero o cumplir las expectativas de su familia. Más si se trata de un vizconde. El matrimonio solo es un contrato, una esclavitud legítima. Vaya, tengo que enseñarte muchas cosas de la vida, pequeña.

Clarissa dijo esta última frase con el resuello de una risa amarga; una risa que delataba su propio escepticismo.

—Lo quieres, ¿verdad? —preguntó Victory, conmovida por esa inútil tentativa de parecer indiferente.

—Para mi desgracia —confesó con un pesado suspiro—. Harvey es un hombre como pocos, Vic. Nos entendemos a la perfección a pesar de la diferencia de edad. Nunca había conocido a nadie como él. Ni

había sentido esto por nadie. No voy a perderlo —dijo con resolución, olvidándose de verse en el espejo.

—Supongo que si a ti no te importa, está bien entonces —murmuró Victory al cabo de un momento.

—Esperé mucho tiempo para sentirme de esta manera. Estuve casada dieciocho años con un hombre mayor y es ahora cuando finalmente tengo lo que merezco; alguien joven y vigoroso que me da todo el placer que una mujer se merece.

Lady Lovelance se ruborizó violentamente ante aquella afirmación tan franca, pero no por el hecho de que estuvieran discutiendo detalles íntimos delante de unas desconocidas. Giró la cabeza para evaluar la reacción de las ayudantes de madame Lavoie: las mujeres eran más tolerantes a ese tipo de comentarios. ¿Qué no habrán escuchado en medio de muselinas y brocados las empleadas de una modista famosa? Era otro motivo el que la hacía sonrojarse: Victory conocía a la perfección la sensación a la que Clarissa hacía referencia. La había descubierto en los brazos de un hombre en el que prefería no pensar. Y entonces tuvo que enfrentarse al hecho de que ella extrañaba esa clase de placer secreto que él le había regalado a bordo del tren.

—¿La baronesa desea tomarse las medidas? —inquirió la diligente madame Lavoie y la arrancó súbitamente de sus cavilaciones.

—¡No! —soltó ella sacudiendo la cabeza—. No, no es necesario.

—¡Claro que sí! —refutó Clarissa—. Vas a venir conmigo y con Harvey al baile.

Victory abrió los ojos con manifiesto horror.

—Clarissa, ¿se te olvida que soy viuda desde hace seis meses?

La rubia elevó una ceja con socarronería.

—Eso no lo pensaste cuando escapaste de Lovelance Manor, querida.

—Es diferente —se defendió con las mejillas arreboladas.

—No, no lo es. Eres una heroína para todas nosotras; te mereces una noche grandiosa por tu coraje.

—Prefiero renunciar a ese derecho.

—No pasará nada, cariño. Es un baile de máscaras, nadie te reconocerá y no tienes por qué revelar tu identidad.

Clarissa tomó el antifaz dorado con arreglos de plumas y piedras preciosas que le entregaba la asistente de madame Lavoie; se lo acercó al rostro con gesto presuntuoso. Era cierto, la pieza ocultaba muy bien su rostro. Aun así, Victory no estaba segura si acudir a un baile en su condición sería tentar demasiado la suerte.

—Vamos, ¡será divertido! —insistió Clarissa con un mohín de niña malcriada—. No vas a dejarme sola mientras Harvey baila con un montón de chiquillas horrendas que esperan arrebatármelo, ¿verdad?

La chica vaciló un momento.

—¿Estás segura de que nadie sabrá quién soy yo y quién era mi marido? No quiero abochornar a mi familia y tampoco a la de Lucious.

—Tú no podrías abochornar a nadie, aunque te lo propusieras —la reprendió Clarissa con las manos en la embutida cintura—. Pero si te sientes más cómoda, diremos que eres mi dama de compañía. ¡Te inventaremos un nombre y todo!

—No lo sé.

—Por favor, acompáñame —suplicó—. No tienes idea de lo malas que son conmigo las mujeres de sociedad.

Victory tragó saliva para no dejarse conmover.

—Lo son porque te envidian.

—¡Lo sé! —convino Clarissa con el mentón alzado con jactancia—. Pero si nos unimos seremos más fuertes —dijo. Caminó hacia ella y entrelazó el brazo con el suyo.

—Pero ya sabes que jamás he asistido a un baile.

Las empleadas de la boutique interrumpieron sus labores para mirar a Victory con brusco escepticismo. Clarissa, sin embargo, le obsequió una sonrisa optimista. Ella, su buena amiga, conocía como nadie su desventurado pasado.

—Madame Lavoie, esta chica necesita un vestido, y una máscara, y zapatos.

—Pronto, ¡tráiganme mis instrumentos! —vociferó la modista dando palmadas para apurar a sus perplejas asistentes—. ¡Muévanse!

Las mujeres salieron de la habitación con largas pasos y, al instante, regresaron cargadas con cintas métricas, fardos de sedas, muselinas, algodones, brocados, rasos, encajes y todo cuanto servía

para vestir a una mujer. Madame Lavoie empujó a Victory a un sillón y una de las ayudantes la agobió con ejemplares de *La Mode Illustrée*, repletos de imágenes de sombreros, chaquetillas, guantes y un montón de fruslerías cuya utilidad apenas podía adivinar.

¿Cuántas veces había soñado con aquella oportunidad? La de estar en un salón lleno de parejas elegantes, moviéndose al ritmo de la música. Ahora tenía ante sus narices la ocasión perfecta. En algún momento de su vida, cuando era una adolescente, había soñado con un hombre guapo y gentil que la sacaba a bailar en uno de aquellos eventos de sociedad; soñaba que se enamoraba, que un príncipe escalaba la torre de piedra en Cornualles, donde se hallaba encerrada desde que tenía memoria y la rescataba. Pero sus ilusiones se anularon después del matrimonio con lord Lovelance. Entonces, había asumido que el amor ya no tenía cabida en su vida.

Y así seguía siendo, por desgracia.

* * *

El trayecto desde la boutique de madame Lavoie, situada en Oxford Street, hasta la residencia de Clarissa en Notting Hill era agitado en pleno mediodía. Victory contempló la fila de edificios de piedra gris que pasaban por la ventanilla del coche, albergando tiendas de toda clase, desde sombrererías hasta establecimientos de antigüedades de todas partes del mundo. Más tarde bordearon un amplio trecho de Hyde Park por cuyas verjas de hierro decenas de artistas callejeros exhibían sus creaciones. Las damas paseaban con sombrillas en mano, con voluminosos vestidos en forma de embudos, mientras los caballeros de punta en blanco les llevaban del brazo.

Hacía un par de semanas que había llegado a la ciudad después de huir de Lovelance Manor y de la viudedad a la que había sido confinada. Por fortuna, Clarissa la había acogido como a una hermana, tal como ella esperaba, y le había ofrecido quedarse en su casa el tiempo que considerara necesario. Victory estaba muy agradecida de que pudiera haber alguien en este mundo en quien se pudiera confiar.

Y ahora estaba a punto de asistir a un baile. Si alguien se lo

hubiera dicho hace un mes, habría soltado una risotada. O quizá no, si tenía en cuenta que ello podría valerle una buena reprimenda de parte de Gosebourne o de la señora Coyle, pero, de seguro, habría dado muy poco crédito a la idea de acudir a un acto social en Londres.

Con toda certeza, Annabelle y Adora, sus primas ciudadanas, tampoco habrían podido creerlo. Desde niñas, aquellas muchachas se habían burlado de su ignorancia; habían convertido en un chiste el hecho de que Victory nunca hubiera estado en Hamley's o en Hyde Park, que desconociera el significado de la palabra «pantomima» o que jamás hubiera visto una jirafa o un marsupial, porque nadie había tenido la generosidad de llevarla a un zoológico, amén de las bromas porque sus únicos amigos eran los sucios y mal vestidos hijos de los criados y sus juguetes, un montón de ollas y calderos de la cocina. Con la adolescencia, las burlas habían cobrado crudeza; las chicas decían cosas como que Victory padecía una rara enfermedad y por ello los Brandon la mantenían escondida o que se casaría con John, el hijo del jornalero y que sus hijos serían sirvientes, por lo que jamás le concederían entrada a un baile de sociedad, ni a ella ni a su enferma familia. Annabelle tenía la odiosa costumbre de llamarla «desadaptada» y Adora se reía como boba mientras celebraba las ocurrencias de su hermana.

Sí, la idea de que Victory estuviera en un baile en Londres sería de ser una sorpresa perturbadora para ese par, se dijo mientras movía la cabeza para tratar de sacudirse los rescoldos de tristeza que aún guardaba de la niñez, pero, desde luego, ellas no debían saberlo. Nadie debía.

—Victory —la viuda Bailey la llamó desde el asiento de enfrente.

—¿Eh?

—Querida, ¿estás bien? Si no quieres ir al baile de máscaras, no pasa nada.

—No, voy a acompañarte.

Clarissa se la quedó mirando un instante.

—No estarás arrepentida de haber venido a la ciudad, ¿verdad?

Recordó la última carta de Caro —y suerte que ella se había pasado un año entero enseñándole a leer y escribir— donde la había puesto al corriente de los más recientes acontecimientos en Lovelance Manor.

El reverendo Gosebourne había sufrido un patatús a raíz de la huida de Victory; la señora Coyle había enloquecido de cólera y, naturalmente, había informado de inmediato a los hermanos McLean, que no tomaron la noticia con mejor ánimo. Por suerte, ninguno de ellos había aparecido en casa de Clarissa para hacerle reclamos.

—Aún no he tenido ocasión de arrepentirme. —Negó con la cabeza—. Me pregunto por qué nadie ha venido a reprocharme por lo que hice; ya han pasado dos semanas. Según Caro, la señora Coyle parecía estar a punto de echar espuma por la boca cuando supo que me había escabullido y no tardó en escribirles a los Brandon y a los McLean. Tengo miedo de que alguna noche lleguen a tu puerta con antorchas encendidas pidiendo mi cabeza.

Clarissa rio.

—Puede que tu querida familia esté empezando actuar con algo de sensatez, querida —suspiró con gesto de aburrimiento—. Ocuparse de sus propios asuntos sería un buen comienzo; o quizá se deba a que ninguno de ellos sabe dónde vivo. No le diste mi dirección a nadie más aparte de tu doncella, ¿cierto?

—No, desde luego que no; y Caro nunca me traicionaría. —Victory frunció el ceño con un repentino acceso de curiosidad—. Nunca me dijiste por qué guardas tu nueva dirección con tanto recelo. No era así cuando vivías Brook Street.

—Lo hago por protección.

—¿Protección?

La joven dejó crecer una sonrisa en los labios, convencida de que la viuda Bailey bromeaba, pero, para su sorpresa, el semblante de Clarissa se mantuvo circunspecto.

—¿Sabes, Victory? Hay hombres que pueden resultar bastante peligrosos cuando no obtienen lo que desean; debes cuidarte de ellos. —La baronesa comprendió de inmediato que se trataba de algo serio—. Primera regla de cómo ser una viuda y no morir en el intento —añadió la rubia en tono jocosos para aligerar el momento de tensión.

—Espera, ¿han intentado hacerte daño? ¿Un hombre en particular?

—Lord Carrick, un verdadero pelmazo; solo ha intentado

acosarme, por fortuna —masculló sarcástica—. Un tipo demasiado arrogante, un infeliz incapaz de comprender el significado de la palabra «no». Una vez, el muy bastardo quiso entrar a la casa a la fuerza; estaba borracho hasta la coronilla. El mayordomo quiso impedirle la entrada, pero le dio un puñetazo. Cuando los empleados lograron echarlo entre todos a la calle, rompió una ventana con una piedra. ¿Sabes cuánto costaron los cristales?

—¿Avisaste a la policía? —inquirió Victory con los ojos brotados.

—Sí, pero no pasó nada. Al parecer, los idiotas de Bow Street son incapaces de atribuir un crimen a un caballero. ¡Pero ya olvídale! Ni él ni la bruja de su mujer han logrado tocarme un cabello y yo encontré una casa bonita, mucho más fácil de mantener que la anterior.

—¿Por qué nunca lo mencionaste en tus cartas?

—Victory, sé que mis historias de la viudez y de lo que vino después del luto te han impresionado; de lo contrario, no estarías aquí. No quería preocuparte.

—¿Preocuparme? ¡Estoy aterrada! ¿Y qué hay de la mujer?

Clarissa apartó la vista.

—Una vez, durante una cena, me derramó una bebida encima y, cómo no, se dedicó a hablar pestes de mí toda la noche. Además, un día, el señor Dinley encontró un bulto extraño enterrado en el jardín, cerca de la verja. —La viuda arrugó la nariz—. Era un animal muerto, envuelto en un pedazo de tela o algo así. Olga me dijo que esas cosas son actos malignos para hacer daño a la gente, actos de brujería. Lady Carrick tiene una criada negra que viene de las colonias. Según dicen, sabe de esas cosas.

Victory estaba horrorizada, con los ojos crispados.

—Increíble —susurró mirando a su amiga con tierna compasión.

—Bueno, tal vez no es muy buena —masculló Clarissa para aplacar la turbación de la muchacha—. De lo contrario, lady Carrick me habría dañado de algún modo y habría recuperado a su nefasto marido, pero ninguna de esas cosas ha ocurrido.

—Pero esa pareja es peligrosa.

—Las cosas han cambiado gracias a Harvey, te lo aseguro. Con su protección, nadie se atrevería a ponerme un dedo encima. —Sonrió—.

Además, no se los ha visto por aquí a ninguno de los dos, así que estoy a salvo. Lo único que debo hacer es evitarlos en los pocos actos sociales a los que me invitan. Además de ser muy discreta para que no se enteren donde vivo. Me hace sentir más segura.

—¿Qué clase de gente hay en esta ciudad?

—Hay toda clase de gente, cielo. Te sorprenderías de cuán malvados pueden ser algunos, incluso los que dicen ser buena gente. Una vez quise donar ropa de cama a un hogar para ancianos, y el comité de damas rechazó mi donativo. Dijeron que estaban sucias y no de un modo literal, por supuesto, porque todo estaba nuevo.

Boquiabierta, la baronesa dejó escapar un quejido de incredulidad. Tomó la mano de Clarissa con afecto. ¿Cómo podría alguien querer hacerle daño a una persona tan generosa como ella? La envidiaban, por supuesto; las mujeres se sentían amenazadas por ella, porque era hermosa y, además, estaba libre. Dos cualidades que en lugar de ofrecer felicidad, traían conflictos y malos augurios. Quizá, si la viuda Bailey careciera de belleza y personalidad, las demás damas de Londres la ignorarían y podrían dormir en paz, pensó con una sonrisa amarga.

Por otra parte, era imposible para Victory no pensar en su propia situación. ¿Cómo serían las cosas una vez que lady Lovelance se introdujera en la sociedad? ¿La admitirían sin ningún prejuicio gracias al título de su difunto esposo? ¿La rechazarían por su escandaloso origen? ¿Despertaría la envidia de otras mujeres sumergidas en matrimonios desdichados? Ella no tenía ni por asomo la belleza de Clarissa, pero, de cualquier manera, todo es posible.

—Bueno, ¿qué esperabas? Tienes una amiga que no es precisamente una monja —bromeó la viuda Bailey, como si pudiera leerle el pensamiento, a lo que Victory contestó con una sonrisa melancólica—. Así que, ¿ahora sí estás arrepentida de haber venido a Londres?

* * *

Un torrente de carruajes aparcaba en perfecto orden en las afueras de Littleton House, la magnífica mansión de piedra gris de Portland

de los amigos de Clarissa. Los lacayos corrían de aquí para allá a fin de ayudar a los invitados a descender de los landós. Decenas de caballeros, ataviados en vistosos fracs y damas enmascaradas con voluminosos vestidos en forma de campanas, se apeaban sonrientes, ansiosos por mezclarse en el baile que estaba teniendo lugar en el interior de la residencia.

En el vestíbulo principal, los mozos se desvivían por recoger los abrigos, sombreros y bastones que los invitados entregaban en la puerta, mientras que un mayordomo los recibía con una estudiada postura señorial para después conducirlos a las puertas romanas del salón de baile. Clarissa y Victory hicieron entrada a la mansión prendadas de brazos de lord Felton, un apuesto moreno de rasgos patricios ocultos tras el antifaz azul y negro. Las mujeres avanzaron por el piso de mármol, embelesadas por la majestuosidad del hogar de Rafe y Claire, los duques de Ormond, una fortaleza donde confluían la pulcritud y la opulencia.

El salón de baile era amplio, flanqueado por sendas columnas corintias y techos de mosaicos con motivos romanos. Tres espectaculares arañas de cristal bañaban el recinto de luz y arrancaban fulgores a las joyas que las damas lucían en los cuellos, dedos y lóbulos de las orejas. Allí se conjugaban al menos doscientas personas, un mar de rostros incógnitos, ocultos bajo la textura de los antifaces de terciopelo en colores extravagantes y bordes de filigrana, plumas de pavo real, caretas plateadas, blancas y doradas de pan de oro con gemas incrustadas. Algunos invitados eran lo suficientemente audaces para usar disfraces de cuerpo entero, como una ruidosa chica rubia, que vestía como una reina de corazones tambaleante, y su acompañante, un demonio rojo que la abrazaba con un tridente falso. También había unos pocos invitados, mayormente caballeros, quienes se rehusaron a velarse el rostro ante la concurrencia, porque rechazaban el estilo de un baile de máscaras.

Después de presentar los respetos a los amables anfitriones, el trío se mezcló en la colorida fiesta. Ansiosa y maravillada, Victory decidió alejarse para apreciar mejor el lugar y otorgar un poco de privacidad a Clarissa y a lord Felton.

El baile ya había comenzado hacía unas horas; las parejas se

movían con ligereza a lo largo del amplio salón, guiadas por las tonadas de una orquesta situada en el rincón más alejado del recinto. Los caballeros sostenían a las damas en lo que parecía un incipiente abrazo antes de hacerlas girar al ritmo de la música, lo que provocaba que las amplias faldas de variados tejidos se arremolinaran con el movimiento.

Victory contempló el minué con fascinación desde el interior de una máscara de plumas blancas con diminutas perlas adheridas en los bordes. Madame Lavoie le había confeccionado un magnífico atuendo para la ocasión: un vestido de seda color marfil con mangas cortas y corpiño brocado con la forma de un corazón. Una preciosidad a la que era difícil resistirse, aunque el polisón bajo la amplia falda le resultara un poco engorroso al caminar. Por último, la estilista de Clarissa, la señorita Garland, le había rizado el cabello con planchas calientes hasta convertirle los mechones ondulados en tirabuzones que rebotaban sobre sus hombros, coronados por horquillas de brillantes y perlas, como las del antifaz. Ni ella misma pudo reconocerse al mirarse en el espejo con todo ese nuevo atavío. Parecía una mujer distinta, nada que ver con la viuda lánguida y sombría que había sido semanas atrás. Fue precisamente esa revelación lo que le permitió tomar la decisión de asistir al baile de máscaras. Nadie asociaría su rostro con el de lady Lovelance, la baronesa viuda que, según confiaba, en un par de años emergería en la sociedad londinense.

El baile continuaba su curso mientras Vic se abría paso entre la gente. Rostros graciosos con miradas camufladas sonreían al calor de las distintas conversaciones. Los murmullos se mezclaban con risas estrafalarias, las copas de champaña se vaciaban en un abrir y cerrar de ojos, las mesas de refrigerios exhibían bandejas repletas de tartaletas, lenguas de ternera, jamón, pavo en salsa y jalea. Victory desdeñó la mesa de la comida y continuó escudriñando el suntuoso salón de baile de Littleton House.

De pronto, avizó en un rincón oscuro, detrás de las columnas corintias olvidadas por el resto de los invitados, dos siluetas sobrepuestas, embebidas en lo que le parecía un ligero forcejeo. Con la curiosidad de un gato, se acercó lentamente; forzó la vista para

aclararse el panorama. Era una pareja refundida en un beso furtivo. En la oscuridad parecían un solo cuerpo que se agitaba y vibraba bajo una extraña fuerza de la que solo ellos eran conscientes. Ella sostenía la cabeza de su acompañante contra la suya, como si temiera que fuera a escapársele; las manos de él viajaban ansiosas por los pliegues del vestido de ella, con el afán de aprovechar cada segundo bajo las sombras seguras del escondite improvisado, mientras los labios de ambos permanecían adheridos.

Por un segundo, Vic consideró hacer caso a su buena educación y alejarse de allí de inmediato, pero sus pies desatendieron la orden; se quedó mirándolos a su pesar, sentía germinar en su interior una emoción muy similar a la más pura y básica envidia. Hizo un esfuerzo de racionalidad e irritada apartó la vista de la pareja. Para su sorpresa, reparó en que, a unos pocos pasos de allí, otro par de amantes se dedicaba caricias y besos antes de perderse en un pasillo ulterior, en medio de un tierno jugueteo. Las máscaras proporcionaban un velo de privacidad adicional a la oscuridad, confiable y generosa, donde la identidad y el pudor respiraban a salvo.

Victory entendió que la intención de toda aquella velada temática descansaba en la posibilidad de dar rienda suelta a los deseos de los hombres y mujeres de clase alta. De esa manera podían hacer lo que se les antojara sin enfrentar las consecuencias.

Bastante ingenioso, dijo en voz baja.

Cuando estuvo lista para regresar a la fiesta, la joven se recogió las amplias faldas y dio vuelta en la esquina de la gruta de los besos, como se le ocurrió llamar a aquel lugar escondido entre discretas columnas, pero al girar chocó de frente contra otra persona que se disponía a ingresar a la galería clandestina. Era una muchacha de cabello castaño dorado, ataviada en un vestido rosa pálido. La chica llevaba un elaborado antifaz escarlata con cuentas brillantes. Después de la colisión, tambaleó un poco, por lo que el caballero incógnito que la seguía se apresuró a servirle de soporte: le rodeó la cintura con un brazo posesivo. Tal vez aquella muchacha había bebido más de la cuenta, dado que el encuentro no había sido tan violento como para hacerle perder el equilibrio.

—¡Mire por dónde va! —rugió con un tono arisco que, a Victory, le

resultaba familiar.

—Lo siento —murmuró—. No la vi.

Vic la estudió con un acceso de curiosidad involuntario, intrigada por la impresión de que alguna vez había hablado con aquella chica, aunque no estuviera segura de dónde o cuándo. La otra se la quedó mirando con los labios fruncidos y las manos aferradas a cada lado de las caderas; una muestra de bravuconería que lady Lovelance le había visto a alguien más en el pasado, pero no lograba generar una certera conexión. Era una sensación extraña.

—¿Está tratando de adivinar quién soy? —la increpó la chica.

—No, no, claro que no. Es decir, me parece que la conozco, pero no sé de dónde.

Vic no podía ver la expresión del rostro de la chica, pero oyó cuando daba un respingo de indignación. Se dio cuenta pronto de que estaba siendo imprudente. La muchacha debía de estar sonrojándose bajo la hermosa máscara escarlata. Estaba claro que lo último que una joven deseaba era ser sorprendida por una conocida precisamente cuando se disponía a entrar con un hombre en la gruta de los besos.

—¿Cómo se atreve? ¿Acaso no tiene idea de en qué consisten los bailes de máscaras? —rugió mientras apretaba los puños y sacudía la cabeza con irritación, lo que provocaba que los largos pendientes de diamantes relumbraran bajo la escasa luz del pasillo.

Aquella visión también le resultó familiar.

—Lo siento, no pretendo juzgarla. No diré una palabra. Ni siquiera estoy segura de quién sea usted. —Se calló de pronto al ver cómo la chica se aproximaba a ella con aire amenazante. Aunque intentaba calmarle los ánimos, estaba claro que lo único que había logrado era provocarla.

—Tranquila, preciosa —le dijo el acompañante al oído, lo suficientemente alto como para que Vic escuchara también—, no creo que a esta dama le convenga decir nada sobre nuestro pequeño encuentro, si es que en verdad te ha reconocido. De seguro también está esperando a alguien para hacer lo mismo.

—¡No! —dijo Victory con los ojos abiertos como platos bajo la máscara de plumas—. Quiero decir que no estoy esperando a nadie.

—Mírame —exigió la chica, amenazadora; Vic obedeció—. ¿Sabes

quién soy?

—No, no lo sé.

—Bien, porque si lo sabes, también voy a averiguar quién eres y voy a hacer que las malas lenguas de Londres hagan un festín contigo. ¿Entendiste? —la conminó.

La baronesa asintió. Sobrellevar las amenazas se le daba bastante bien.

—Sensacional —farfulló la chica—. Porque tengo el poder para hacerlo.

—Mil perdones, señora... ¡Señorita! —se corrigió.

—Oye —la llamó antes de que pudiera girar de nuevo para marcharse de allí—. Dime algo, ¿habías venido alguna vez a una fiesta de máscaras?

—No.

—Ya me parecía —dijo con un marcado tono de burla—. Hazme un favor, ¿quieres? Trata de mezclarte e intenta no parecer una desadaptada.

¿Desadaptada?

Contuvo la respiración al escuchar aquella palabra insidiosa que solo le había escuchado a una persona en toda su vida. Una palabra dicha en aquel tono de voz melifluido y ácido a la vez, al tiempo que los pendientes de diamantes encontraban un rayo de luz y lo reproducían en un millón de destellos. No era posible, demasiadas coincidencias. Dio un paso atrás, horrorizada. Quería darle poco crédito a lo que sus ojos veían, o más bien, intentando aferrarse a lo que sus ojos aún no podían comprobar. El destino no podía haberla cruzado con su prima, lady Annabelle.

Temerosa ante la posibilidad de ser descubierta, la joven se llevó las manos al rostro para aferrarse a su máscara de plumas, como si la continuidad de su existencia dependiera de ello. Sintió la necesidad de correr, pero ello la habría puesto al descubierto más pronto. Se quedó allí, anclada en la entrada de la gruta de los besos, temblando bajo la mirada escrutadora de la chica, cuyo acompañante tiraba de ella, impaciente por llevarla al interior de la galería.

—Oh, santo cielo —le susurró el caballero mientras la conducía con besos ansiosos al amatorio secreto, pero Victory aún podía

escucharlo, para su desgracia—. Eres una arpía despreciable, Annabelle, ¡y eso me encanta!

La chica profirió un grito de horror al escuchar su propio nombre de labios del hombre. Se soltó del abrazo del acompañante, y clavó los ojos, insondables bajo las sombras del pasillo, en los de Victory, que, a su vez, revelaban cuánto había escuchado de aquel susurro sensual sin pretenderlo.

Le dedicó a su prima una mirada culpable y haciendo caso a su desesperado impulso de escapar, echó a correr entre la gente. Lady Lovelance se mezcló con los demás invitados a la fiesta, con el deseo de perderse en aquel mar de caras desconocidas.

* * *

Después de aquel desastroso encuentro con lady Annabelle, Victory comprendió que la fiesta había acabado para ella. Si la hubiera descubierto y le contara a la abuela no solo que estaba en Londres, sino que había acudido a una fiesta de disfraces a unas pocas semanas de la muerte de su marido, habría habido consecuencias inimaginables.

Se abrió paso a codazos en medio de los demás invitados, que a esa hora parecían demasiado ebrios para protestar, a juzgar por las risas grotescas que arrojaban y que enturbiaban el sonido del vals. Cuando giró para mirar sobre su hombro, vio a Annabelle que movía la cabeza en todas direcciones para dar con ella.

Su primer baile no terminaba de empezar y ya se había arruinado. ¿Por qué le había hecho caso a Clarissa? ¿Por qué no se quedó en la casa en lugar de buscar en la calle lo que no se le había perdido? Tenía que encontrar a su amiga y salir de allí cuanto antes.

Se escabulló por entre dos damas que cuchicheaban a un lado del salón, con la vista pegada en los bailarines. Unos pasos antes de alcanzar la puerta del recinto se vio atrapada en medio de un grupo de caballeros enormes que le bloqueaban el paso.

—Oh, ¿qué tenemos aquí? —preguntó uno de ellos, como de dos metros de altura y el rostro velado por un antifaz negro—. ¿La conozco, querida? ¿No es la hermana de la condesa de Hammer? —

insistió inclinándose para mirarla mejor.

—¡Claro que no! —exclamó otro con convencimiento, regordete y de pelo rubio—. Se parece a la hija de sir Milsent, Wilhemina, ¿he acertado, milady?

Victory negó con la cabeza. Quiso seguir adelante, pero los hombres la cercaron con creciente interés.

Otro, después de dar un breve trago a la copa que tenía en la mano, los reprendió con un argumento que sonaba irrefutable:

—Es un baile de máscaras. —Sin embargo, el antifaz de plumas grises y verdes no alcanzó a disimular la mirada hambrienta que le dirigió a la joven—. Señorita, quienquiera que sea, ¿me haría el honor de acompañarme en la próxima pieza?

—Es muy amable, señor, pero resulta que busco la salida.

—¿Se marcha? —le reprochó bruscamente el caballero obeso—. Pero es tan temprano. Aún no estoy ebrio, ni siquiera me siento mareado.

—¿Estás bromeando, Cobley? ¡Estás a punto de salir en carretilla de aquí!

—¿Qué diablos? —reaccionó el caballero ofendido, al tiempo que inflaba el pecho como un pavo real—. ¿Y qué me dices de ti, Orson? Bebes más que un vikingo despechado. Voy a bailar con esta jovencita y verás cuán coordinado estoy.

—Ah, eso será después de que yo la suelte, barril de sebo.

Victory dio un paso atrás. Temía que fuera a armarse una trifulca en pleno salón. Se sentía como una oruga en una disputa de aves de corral, a juzgar por las plumas desaliñadas de las máscaras de aquellos caballeros.

—No les haga caso —musitó el que la había invitado a bailar primero. Le puso una mano en la espalda para apartarla del resto. La acción arrancó a sus compañeros un reguero de aullidos de decepción—. Cuando se trata de damas, estos dos son como una manada de elefantes en un bazar de cacharros. Sería de muy mal gusto si se marchara tan pronto de una fiesta tan entretenida, señorita... —le susurró en modo confidencial, a la espera de que le revelara su nombre en secreto.

La joven se apartó de él.

—No voy a decirle mi nombre.

—Está bien; no importa —concedió con una sonrisa despreocupada—. Me gusta el misterio. Ahora, vayamos a bailar, ¿quiere?

—¡No! —insistió ella—. ¡Déjeme marchar, por favor!

Entonces, él la tomó del brazo sin ninguna delicadeza.

—No se haga rogar, querida —insistió con el aliento inundado de licor—. Su reputación está a salvo conmigo. Se lo aseguro.

—¡He dicho que no! —berreó Victory tratando de zafarse—. ¡Suélteme!

—Escúchame, amorcito, ¿crees que soy de los que se rinden con facilidad?

Lo que sucedió a continuación fue súbito, tanto que Victory no fue capaz de comprenderlo del todo. Antes de que pudiera decir algo más, antes de que pudiera respirar o incluso parpadear, un brazo fuerte la separó del desagradable tipejo. Se produjo un forcejeo, un intercambio de maldiciones y, al segundo siguiente, el hombre que la había atenzado para obligarla a bailar con él estaba en el suelo, con la máscara torcida mientras sus compañeros lo miraban perplejo.

La chica soltó un suspiro.

Después de aquella revuelta, de seguro Annabelle iba a encontrarla más pronto, se dijo antes de considerar aprovechar la distracción e intentar retomar la huida. Poco importaba quién había acudido en su auxilio. Ya le daría las gracias otro día... o en otra vida. Pero, para su sorpresa y horror, la misma mano que la había arrebatado de las garras del ebrio grosero, la tomó con aun menos delicadeza. Se le cerró sobre el antebrazo con una furia posesiva.

Un caballero, cuyo rostro no había alcanzado a vislumbrar, la arrastró en medio del gentío hasta que ambos se perdieron en el mar de caras enmascaradas, entre las conversaciones triviales, ajenas a la música de vals y al conato de altercado que acababa de tener lugar a unos pocos pasos. Todos aquellos sonidos y cuerpos entrometidos ahogaban las protestas de la gente; la fuerza de ese brazo resistía a sus esfuerzos por zafarse mientras regresaban a la pista. Victory no lo entendía, ¿qué diablos le pasaba a los hombres? Este era el más maleducado y abusivo que había conocido jamás.

Pero entonces, cuando estuvo a punto de hacérselo saber, la joven se vio a sí misma en medio del torrente de bailarines que giraban al son de un vals que su abuela hubiera juzgado de indecoroso. El hombre se volvió hacia ella con un elegante ademán, como si ello salvara el hecho de que la hubiera llevado hasta allí a la fuerza y, aunque no pudo verle el rostro, oculto tras una careta dorada y brillante, como su perfecto pelo ondulado, por mero instinto supo de inmediato de quién se trataba.

—Baila.

La orden sonó tan áspera que casi parecía imposible que unos labios tan bellos la hubieran arrojado. Victory lo miró paralizada, con los ojos velados por la conmoción.

Casper.

Capítulo 7

Bueno, ahí estaba ella, ¡maldita sea!

Con ese maravilloso atuendo que le vestía las blancas curvas, Victory era hermosa y cruda, como una siniestra fusión entre Afrodita y Kali, la diosa india de la destrucción. Casper la observaba fijamente, henchido de rabia y deseo. No sabía si devorarla a besos o pedir a gritos que la encarcelaran, como a una delincuente, cuyas andadas hubieran causado ya suficiente daño. El primer impulso fue más poderoso, pero se armó de voluntad, decidido a contenerse.

Y pensar que había estado preocupado por ella, que había pasado horas buscándola por cada pulgada de la estación, por las calles de Charing Cross, bajo la lluvia implacable. Ahora podía comprobar que no solo se encontraba a salvo, sino que estaba muy contenta. Incluso había hecho un espacio en su agenda para acudir a un baile de máscaras en casa de los duques de Ormond.

No estaba bromeando cuando dijo que no pensaba guardarle luto al marido.

Fue apenas consciente cuando los demás bailarines comenzaron a colisionar con ellos, que estaban allí paralizados, mirándose el uno al otro, ajenos al minué. Victory estaba lívida. Sus grandes ojos azules, que asomaban tras los orificios de la máscara de plumas blancas, lo miraban con espanto. Él sintió un aguijonazo de satisfacción cuando pudo plantársele al frente y demostrarle que Casper Pleydell-Bouverie nunca era burlado, ni mucho menos abandonado por una mujer. Era él quien decidía cuándo había obtenido suficiente de una dama.

Finalmente, con mucho cuidado, le rodeó la cintura con un brazo. El roce de ese cuerpo cálido, envuelto en capas de seda, fue como una horrible quemadura y una aliviadora compresa al mismo tiempo.

Cerró los ojos un instante para disfrutar de ella en silencio; un placer pernicioso que necesitaba con desesperación. A pesar de su rencor, de su decepción, de ese sentimiento insidioso y enfermizo que lo había aquejado los últimos días, debía admitirlo: la había echado de menos. No era agradable despertar desnudo y solo en el vagón de un ferrocarril, aturdido por el alarido de la máquina de vapor, las voces de cientos de extraños que pululaban del otro lado de la ventanilla y, finalmente, la voz del mayordomo tras la puerta, que le avisaba que era hora de bajar. La ausencia de Victory en su cama, la inminente desaparición lo habían inquietado de una manera indecible. Lo habían empujado a hacer locuras como tratar de averiguar la dirección de la tal Clarissa Bailey, aunque todo esfuerzo fue infructuoso. La mujer se había mudado recientemente y nadie en la Real Sociedad conocía su nuevo domicilio.

Casper percibió la respiración agitada de Victory en el cuello, su intención de hablar frustrada por el temblor en los labios, mientras ambos se movían en medio de un tropel de parejas.

Al cabo de un momento, la muchacha se aclaró la garganta, dispuesta a confrontarlo.

—¿Cómo me encontraste? —Su voz era tan suave que Casper no estaba seguro de haberla escuchado realmente.

—¿Te refieres a cómo supe que vendrías a esta fiesta o cómo te descubrí detrás de esa máscara? —preguntó en tono impreciso, una amalgama de resquemor y deseo.

Victory se mordió los labios.

—Las dos cosas.

—No supe que vendrías. —La hizo dar una vuelta delicada que provocó que la falda del vestido, erguida por el polisón, le golpeará las piernas a Casper, como una invitación secreta—. Me la he pasado de fiesta en fiesta las últimas dos semanas, así que si venías a una de seguro te iba a encontrar. Además, no conozco a nadie que se retuerza los dedos de esa manera. Parece que fueras a arrancártelos.

—Oh.

—Otra pista —añadió con un susurro sombrío—, ¿quién, aparte de ti, podría sacar lo peor de un hombre en segundos? —Una risa ronca, empapada de resentimiento brotó de su garganta—. Estás disfrutando

de la excesiva atención masculina, ¿no es así?

Ella se tensó entre sus brazos. Alzó la vista para encararlo.

—¿Cómo te atreves? ¿Crees que buscaba la atención de esos hombres?

—Seguramente, sí. Para enloquecerlos. Para lograr que te adoraran y luego burlarte de ellos como lo hiciste conmigo, lady Lovelance.

Ahí estaba. Finalmente lo había escupido. El pequeño secreto de la baronesa puesto a la luz, pero, en lugar de verse aliviado, Casper sintió que había echado un puñado de sal a su propia herida. La mención de su nombre hizo que la chica apretara los párpados; los músculos de su sedosa espalda se tensaron bajo la palma de la mano de él, pero en ningún momento dejó de bailar.

—¿Cómo supiste?

—¿Cómo supe quién eres realmente? —inquirió después de dar otro giro que pareció desorientarla—. Me lo dijo el diligente empleado del ferrocarril, que, por cierto, también te deseaba, al igual que todos los demás hombres a bordo, al igual que el bastardo que acabo de golpear, y que yo, Victory —confesó con rabia y adoración.

La mirada de él se tornó incisiva y lo que fuera que la baronesa hubiera visto en ella, le hizo dar un paso atrás.

—Estás borracho —adivinó.

—Todo el mundo lo está en esta maldita fiesta.

—Bien; cuando estés sobrio, hablaremos.

Victory intentó apartarse, pero Casper la sostuvo con más fuerza, impidiéndole mover un músculo fuera de sus brazos.

—No te atrevas a dejarme de nuevo.

—¿Qué es lo que te sucede, lord Radnor?

—Que me he dejado encandilar por una víbora mentirosa y vana. Aparte de eso nada. —Se encogió de hombros—. Pero, por supuesto, supongo que es mi culpa; trataste de apartarme, y yo insistí en quedarme a tu lado como un cachorro.

Ella estaba sin palabras, los ojos húmedos detrás del antifaz.

—Casper, no es así —alcanzó a decir con la voz rota, pero él no estaba dispuesto a dejarse conmover con lloriqueos. Había llegado a su lado en busca de respuestas.

—¿Por qué desapareciste?

Ella parpadeó muchas veces seguidas.

—Porque... Porque estuvo mal —masculló—. No debió haber sucedido.

—¡No me vengas con eso! ¡Si estuviste encantada! ¿Tienes idea de cuánto te busqué por la maldita estación y después en la calle? Estuve toda la noche intentando dar contigo; incluso me hice ayudar por la policía. Creí que te habías extraviado. Creí que podías estar en peligro —le dijo con mayor agitación de la que hubiera querido mostrar. Sacudió la cabeza para deshacerse de aquella mísera emoción que lo dejaba a merced de ella. Aquella chica no lo merecía—. ¿Preferiste arrojarte a la lluvia antes de que confiar en mí? Realmente quería ayudarte, quería que estuvieras a salvo.

—No lo entiendes —susurró mirando a un punto ubicado a sus espaldas.

—Sí que lo entiendo. —Se acercó más a ella, hasta que el delicioso aroma de jazmín del cuello femenino le inundó las fosas nasales—. Me tomó algo de tiempo hacerlo, pero ahora sé que descubriste el encanto de ser una viuda joven y hermosa. Supongo que ahora vas a probar a todos los hombres de Londres que te apetezcan.

Pálida bajo el antifaz, Victory entornó los ojos y lo miró furiosa. Se había detenido por completo frente a él, poco dispuesta a fingir que bailaba.

—Ya es suficiente. —Trató de apartarse de nuevo, pero Casper, de nuevo, no se lo permitió—. Ya me has insultado bastante, ¿no te parece?

—¿Insultarte? Vaya, solo estoy diciendo la verdad.

—Púdrete, ¡me voy de aquí!

—¿Con quién? —rugió Radnor mientras echaba un vistazo furioso a la dirección en que ella miraba, pero no vio más que ebrios enmascarados tambaleándose por el salón—. ¿Con Orson... o con Copley tal vez? ¿Quién es tu nueva conquista, mi vida?

—No tengo conquistas. Soy una viuda.

—Sí, una viuda alegre que asiste a bailes de máscaras y fornicación en el tren —musitó él con agrio humor. La tomó de los hombros. Victory apretó la mandíbula con tanta fuerza que su rostro se endureció—. Tienes bastante estilo, tengo que reconocerlo.

—Tú no sabes nada de mí —susurró inflada de rabia.

—Pero puedo adivinar muchas cosas, milady. Puedo adivinar por qué tanta urgencia de huir de tu hogar en Escocia. ¿Desde cuándo no agitaban tu cama? —escupió.

Victory abrió los ojos como platos y enfurecida retrocedió para lanzarle una mirada lacerante. Entonces, Radnor obtuvo su merecido. La palma de la mano enguantada se estrelló contra su rostro con una fuerza brutal, tanto que envió la careta dorada a los pies de los otros bailarines. ¡Cómo le dolió!

Había sido abofeteado por unas pocas damas en el pasado, pero ninguna había logrado herirlo de ese modo: física y emocionalmente. Si esas brujas despechadas pudieran ver cómo lady Lovelance lo estaba castigando ahora, exponiéndolo al ridículo; si supieran cómo le había pisoteado el orgullo y algo más que eso, de seguro la condecorarían.

Victory tenía los puños apretados, dispuesta a asestarle más golpes si se los buscaba. Por más absurdo que resultara, a él le pareció adorable en aquella postura. Se había defendido como una leona de un bruto abusador como él. Era tan encantadora cuando se enfurecía. Pero cuando Casper recordó lo que había dicho, cómo la había ofendido: maldita sea. Se merecía ese golpe, sin duda. Se sentía como si el tortazo le hubiera curado de la borrachera.

El conde fue escasamente consciente de que los demás invitados habían hecho silencio para prestar atención al pleito. Decenas de pares de ojos estaban posados sobre ellos. Incluso los músicos hicieron un alto para deleitarse en el pecaminoso encanto de una discusión de enamorados. Por lo visto, hacía tiempo que en los salones de Londres no se suscitaba una escena como aquella.

Desde el fondo del recinto, resonó una risa seca y grotesca. Prescott, el ebrio hijo menor del marqués de Berkeley, al que había golpeado minutos antes, se tambaleó hasta ellos, seguido por sus más acérrimos aduladores. Casper soltó una maldición entre dientes.

—Oh, Radnor, pobre de ti. ¡Mira cómo te han dejado! —se burló al tiempo que le entregaba su copa a Orson—. Supongo que eso significa que es mi turno. ¿Qué pasa con la maldita música? —gruñó en dirección a los músicos.

Entonces, caminó en dirección a Victory y la tomó del brazo con rudeza para obligarla a bailar con él. La sangre de Casper ardió como lava; todos los músculos del cuerpo se le tensaron como los de un animal salvaje desafiado en sus dominios.

Sin mediar palabra, sin meditar sus actos, se fue contra el tipejo. Lo empujó con todas sus fuerzas, hasta que le hizo perder el equilibrio. Prescott cayó sobre el suelo de mármol como un saco de desperdicios, pero pese al evidente estado de embriaguez, pudo ponerse de pie en el acto. Las damas profirieron chillidos de horror ante la escena. Los caballeros hacían un círculo en torno a los peleadores, en busca de la mejor perspectiva. A Casper le pareció escuchar algunos llamados a apuestas que ya lo daban como ganador.

Poco dispuesto a irse sin la revancha, Prescott arrojó a un lado la desaliñada máscara de plumas, lo que reveló un ceño iracundo; apretó los puños mientras profería una sarta de palabrotas. Naturalmente, la riña estaba lejos de terminar.

Casper, que no hacía gala de un mejor equilibrio, esperó con avidez la primera estocada del otro ebrio. Una sensación de vigor y hombría le recorrió las venas, como cuando estaba en el colegio y los bravucones lo azuzaban con ofensas hasta sacarle de sus casillas.

«Perdedor», «ignorante», «pobre diablo», aquellas palabras resonaron en su cabeza, e incrementaron las ganas que tenía de partir a Prescott en dos. Se vio de nuevo en los jardines del instituto, descargando toda su rabia contra todo aquel que se lo buscara.

Le dio tiempo de quitarse la levita negra mientras observaba a su contendiente, los dos giraban en círculos por el cuadrilátero improvisado, como animales enfrentados.

Entonces, Prescott se lanzó con un puñetazo que pasó muy cerca de su mandíbula; Casper lo esquivó con sobrada habilidad. El conde aprovechó para asestarle un golpe en el pecho, pero Prescott sabía responder, y se lo devolvió con una fuerza demoledora. Sintió el poder de los nudillos de su oponente en la sien, sin embargo el dolor no hizo sino envalentonarlo, al igual que los gritos de los demás invitados, que se habían convertido en espectadores.

—¡Basta! —gritó una mujer muy cerca de allí, pero Casper apenas la escuchó. Estaba demasiado ocupado esquivando y repartiendo

golpes—. ¡Que alguien separe a este par de bestias!

El conde aprovechó un descuido del hijo del marqués y lo tomó por la solapa de la levita antes de estamparle otro certero puñetazo. Otro, y después otro, hasta que volvió a desplomarlo con facilidad. La concurrencia lo ovacionó, en tanto Victory lo miraba horrorizada. Casper, sin embargo, no podía verla; estaba sumido en un trance de violencia febril que no terminaría hasta que Prescott estuviera acabado.

De pronto, los dos se echaron al suelo, girando como dos pandilleros o como los reos de una prisión. Radnor estaba encantado con cada gimoteo de dolor que soltaba el infeliz; quizá lo pensaría mejor la próxima vez que osara maltratar a una mujer, pensó mientras lo golpeaba repetidas veces, deseoso de ver sangre. Pero los aduladores del otro peleador reaccionaron al verlo anulado. Dos hombres corrieron a sujetar al conde por los brazos mientras que un tercero comenzaba a golpearlo, no estaba seguro de quién.

—Deténganse de una vez —gritó, sobre las voces de los ebrios alborotados por la pelea, la misma mujer que había hablado hacía un instante.

Pero Casper no era capaz de ver ni escuchar nada; solo sentía un par de puños que le molían el estómago. Uno de ellos provino de Prescott, que se había puesto de pie para cobrarse todos los golpes que Radnor le había descargado. Sonreía como un desquiciado, cuando le propinó una patada que arrancó gritos de angustia entre las damas. El dolor alcanzó el esternón de Casper y lo neutralizó por completo; sus esfuerzos por liberarse se diluyeron, por lo que los hombres lo soltaron en el suelo.

Maldito cobarde: solo había conseguido vencerlo con la ayuda de tres acólitos.

Satisfecho por su victoria, Prescott se volteó para mirar a Victory, que estaba paralizada, con los ojos clavados en el jadeante lord Radnor.

—Y tú, ¿quién carajo eres? —masculló mientras caminaba hasta ella.

Entonces, de un tirón, le arrancó la máscara, lo desparramó las diminutas perlas en el suelo de mármol. El rostro de Victory estaba

deshecho de pánico al verse descubierta, en medio de aquella marea humana de rostros inexpresivos, todavía ávidos de perversa diversión. Todos la examinaban bajo la invulnerable sombra de las máscaras. Aprovecharon aquel desafortunado momento para juzgarla sin ninguna contemplación. Prescott le sonrió con lascivia, regodeado en esa atrapante belleza, antes de que un grupo de hombres lo tomara por ambos brazos para evitar que continuara sembrando el caos.

Luego, los anfitriones aparecieron para intervenir, al igual que una pareja que se llevó a Victory de allí con premura, no sin que antes ella le dirigiera a Casper la mirada más afligida que había visto jamás. Algo en su interior se rompió en mil pedazos, como si le hubieran disparado una bala de cañón en el pecho. El alma le pesó tanto que no fue capaz de levantarse del suelo.

En medio de la borrachera, de la rabia y del despecho, un destello de lucidez sobrevoló su mente. Lo único que había logrado acercándose a ella era humillarla. Nada de lo que Victory le hubiera hecho antes justificaba que le hubiera dicho a todos los chismosos de oficio de la ciudad, que de seguro merodeaban entre el conglomerado de invitados, como serpientes pitón en la hierba, que ella era una viuda en un baile de máscaras, celebrado en la mansión de los duques de Ormond, la pareja más escandalosa de todo Londres. La había arruinado.

* * *

De un salto, Casper se levantó del suelo. Salió a toda prisa de Littleton House. Evitó a los fisgones que se atravesaban en su camino; dejó algunas preguntas imprudentes inconclusas y miradas divertidas tras de sí.

Con suerte, la alcanzaría antes de que se marchara. Sin embargo, una vez que lo hiciera, ¿qué iba a decirle para justificar ese infame comportamiento? ¿Cómo diablos iba a enmendar su error? ¿Cómo decirle que solo estaba tratando de defender lo que consideraba suyo? ¿Cómo le explicaría que tenía una fijación a las peleas que había adquirido desde la adolescencia y que se había activado allí mismo, en el lugar y el momento menos oportuno?

Sus atropelladas preguntas se interrumpieron cuando la vio abordar un carruaje apostado en la calle, junto a una dama rubia que le ofrecía un pañuelo. Casper concluyó que aquella mujer era Clarissa Bailey. Un caballero alto, desprovisto del antifaz, les cerró la puerta del coche. A Casper le resultó conocido, pero, en lugar de molestarse en averiguar de quién se trataba, corrió hacia ellos para evitar que Victory se fuera. El hombre golpeó la puerta para indicar al conductor que partiera. Antes de que él pudiera hacer algo para impedirlo, el coche había salido a toda velocidad para fundirse con la noche.

Casper echó a correr tras el vehículo, pero media calle más adelante, los caballos se burlaron de él y lo dejaron atrás, mientras jadeaba desconcertado. Con los ojos entornados y el corazón ardoroso de impotencia, vio cómo Victory se alejaba.

Una palabra malsonante escapó de sus labios.

Aturdido, se dio vuelta y echó una mirada al caballero que la había ayudado a salir de allí. Él ya lo estaba viendo con reprobación, mientras se acercaba a reunirse con él en mitad de la calle.

—Pleydell —lo saludó ceñudo.

—Felton —respondió Casper con recelo.

—Qué sorpresa verte aquí —dijo el caballero con voz serena—. ¿Estás bien? —Casper asintió, todavía jadeante por la inútil carrera—. Supe lo de tu primo, John; mis condolencias. Supongo que ahora debo llamarte Radnor.

—Llámame como te plazca. —De pronto, un acceso de celos, esos diminutos demonios que recién había conocido, le atronó en el pecho—. ¿Estás con ella? —Con el pulgar señaló el carruaje, que ya había dado vuelta en la esquina.

—No, no, no. Estoy con Clarissa —aclaró rápidamente para alivio del otro—. ¿Qué diablos pasó allá adentro? Creí que tu afición a las peleas era cosa del pasado, en la época cuando estábamos en el colegio.

Casper sacudió la cabeza. Se llevó los dedos al puente de la nariz y cerró los ojos para recuperar el ritmo de la respiración.

—Escucha, tengo que hablar con Victory.

—Creo que dejó claro que no está de humor.

—Felton, tienes que llevarme con ella.

—¿No te parece que ya hiciste suficiente esta noche?

—No lo comprendes, la he buscado por días —confesó, como si aquella información le concediera el derecho de llegar a su lado—. Sabía que estaba con la señora Bailey, pero, por más que lo intenté, no pude dar con el domicilio.

—Clarissa se ha mudado recientemente —murmuró Felton mientras lo examinaba con suspicacia. Esa rabia, esa decepción, ese dolor debían de parecerle inconcebibles, incluso debían de hacerle gracia al muy bastardo—. Un antiguo pretendiente ha tratado de molestarla últimamente.

—¿Molestarla? —preguntó Casper sin entender muy bien.

—Es bastante curioso. —Felton suspiró reflexivo; se volteó para mirar la calle por donde el carruaje se había perdido—. Para algunos hombres las viudas bellas terminan siendo como una droga. Una vez que tienes un poco de ellas, ya no puedes dejarlas. —Casper frunció el entrecejo. No necesitaba que un viejo compañero de la escuela le recordara algo que ya había descubierto en brazos de Victory—. En fin; está a salvo ahora. Clarissa sabe lidiar con admiradores desquiciados, pero no estoy seguro de que Victory esté lista aún.

Una ola de exasperación lo recorrió al comprender la indirecta.

—¿Crees que la estoy acosando?

—¿Qué crees tú que se ve desde aquí, Radnor? —soltó lord Felton con el objetivo de razonar con él—. No sé qué diablos le habrás dicho para que te diera ese tortazo, pero apostarí a que te lo ganaste. Victory es una chica dulce y buena que solo está tratando de salir adelante sin que se lo condene por ello. ¿No te parece que ya la ha pasado bastante mal?

Casper se revolvió el cabello con una mano.

—Yo la insulté —confesó un tanto avergonzado, consciente de que no podía decir nada más. Felton hizo una mueca sarcástica de decepción, pero por alguna razón Casper sabía que no estaba tratando de burlarse de él—. Es más complicado que eso, creo. Debo disculparme.

—Ella no va a escucharte ahora. Déjala descansar.

El conde sacudió la cabeza con impaciencia. Si la dejaba mucho tiempo sola, podría hacérsele más complicado perdonarlo. Los turbios

pensamientos de Casper fueron estorbados, cuando una sonrisa condescendiente cruzó por el rostro de Felton.

—¿Qué diablos es tan gracioso? —preguntó airado.

—Perdóname, viejo amigo, pero nunca creí que te vería así.

Le dirigió una mirada hostil, interrogante.

—Estás enamorado.

El conde parpadeó molesto y se llevó las manos a las caderas. Estaba cansado, adolorido, fastidiado; aquella apreciación no hacía más que dejarlo todavía más exhausto.

¿«Enamorado» había dicho Felton? Esas eran palabras mayores.

El vizconde le palmeó el hombro amistosamente.

—Conozco una taberna cerca de aquí —le informó con una sonrisa socarrona—. Busca a tu cochero; el mío se acaba de ir.

Capítulo 8

Victory despertó al escuchar un cúmulo de voces provenientes de la calle que se colocaba por la ventana de la habitación.

Era difícil acostumbrarse a dormir con los molestos sonidos de la ciudad: el traqueteo de los coches, el golpeteo de los cascos de caballos, las conversaciones de los transeúntes, los pregones de los vendedores de diarios. En los lugares donde había vivido anteriormente reinaba un silencio ceremonioso en las noches; podía conciliar el sueño con una facilidad envidiable, se levantaba con el gorjeo de los pájaros o el canto afinado de un gallo en la lejanía. Incluso, en Cornualles, había llegado a escuchar las olas romper en los riscos y a las gaviotas graznar durante la pesca matutina.

Aunque sabía lo que aquello implicaba, no podía evitar sentir nostalgia de aquellos lugares. Deseaba volver a quedarse dormida y despertar en su lecho de Lovelance Manor o en Cornualles, donde sus únicos amigos, los hijos de los sirvientes, la esperaban para jugar en las barracas abandonadas de los acantilados. Añoraba volver a sentir que la realidad empezaba en los linderos del pueblo y terminaba donde el cielo se rehundía con el mar. Más tarde, quizá, la idea de regresar a su encierro le parecería absurda, pero, de momento, nada la reconfortaba más que los recuerdos de la niñez, cuando confundía el sometimiento con la seguridad y la compasión con el cariño.

Las voces afuera de la ventana mantenían una charla altisonante en aquel extraño acento *cockney* que aún le resultaba demasiado incomprensible: algo relacionado con ladrillos, costales de cemento y yeso. Victory se dio vuelta en la cama justo cuando la puerta del dormitorio se abría. Clarissa apareció con una sonrisa relumbrante, deseándole buenos días. La chica le contestó soñolienta. La viuda

Bailey llevaba puesto un sencillo vestido amarillo de cuello abierto y mangas ajustadas. Detrás de ella, Olga, la doncella rusa, traía una bandeja de comida que colocó sobre una mesa cercana.

—Ay, Vic, lo siento —dijo Clarissa aproximándose a la ventana—. Han venido a reparar el muro de enfrente, pero les diré que empiecen cuando te hayas levantado.

—No; no es necesario. Ya pensaba dejar la cama.

—¿Estás segura?

Asintió con la cabeza. Se sentó con cuidado.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¡No puede ser! —Se levantó de la cama a toda prisa. Corrió tras el biombo para cambiarse de ropa—. Debes de estar bromeando, jamás duermo hasta tan tarde.

—Insisto en que descanses un poco más, si lo necesitas —dijo la rubia que la miraba con preocupación.

—No estoy cansada —masculló mientras se sacaba el camisón por la cabeza. Olga corrió a ayudarla—. ¡Maldición! Tenía pensado ir al mercado para comprar algunas cosas para la cena. La cocinera me habló de un lugar donde venden buenos quesos. Espero que sean tan buenos como los de Escocia. Pero los mejores se terminan pronto y hay que llegar muy temprano para escoger los mejores, de lo contrario solo te venden los desperdicios. ¿Qué más da? Tendrá que ser mañana. ¿El mercado está abierto mañana?

—No tienes por qué parecer fuerte delante de mí.

—¿De qué habas? —inquirió sin mirarla.

Clarissa le hizo un gesto a la doncella para que se retirara. Solo volvió a hablar cuando la mujer salió por la puerta.

—Victory, ¿qué sucedió anoche? ¿Quién era ese caballero? ¿Por qué le pegaste? ¿Por qué se peleó con el otro?

—Son muchas preguntas.

—Hablo en serio.

—No vale la pena hablar de él —murmuró mientras se sentaba frente al espejo de la peinadora de caoba. Tomó un peine y comenzó a desenredarse con furia los mechones de cabello. Lo último que necesitaba era recordar cómo lord Radnor la había humillado y cómo

aquel ebrio repugnante la había expuesto delante de toda esa gente horrible. Victory solo rogaba porque todos estuvieran tan borrachos que no fueran capaces de recordar su rostro en el futuro.

Con los ojos entrecerrados, Clarissa se sentó en un sillón cerca de la ventana.

—Pero era muy guapo —comentó en tono casual, con un interés solapado que Victory alcanzó a distinguir—. ¿Te dijo su nombre? ¿Está casado?

Pasmada e incrédula, la chica dejó de peinarse. Con el ceño fruncido miró a su amiga a través del espejo. La viuda Bailey, todo encanto y coquetería, extendió una mano para contemplar la impecable manicura francesa a la luz de la ventana. Para ser justa, Clarissa era tan bella que parecía un ángel bajo el dorado resplandor de la mañana. Un ángel perfectamente capaz de conquistar al hombre que se propusiera.

—¿Para qué quieres saberlo?

—No te interesa, ¿verdad?

—No.

La rubia sonrió mientras se ponía erguida.

—Verás, cariño, si las cosas no salen bien con Harvey, me gustaría tener otras opciones de las que echar mano, ¿comprendes? —Y le dirigió una discreta sonrisa cómplice que hizo que todos los vellos del cuerpo se le erizaran de puro horror—. No me estoy haciendo más joven.

Victory se puso de pie de golpe lo que provocó que el peine cayera a sus pies.

—Clarissa, no puedes... —suplicó con palabras atropelladas—. ¡No!

—¡Lo sabía! —La viuda Bailey se levantó de golpe, con la certeza de algo reverberando en los ojos azules—. No vale la pena hablar de él, ¿eh? ¿Te gustaría ver qué cara tienes, lady Lovelance? —La tomó por los hombros; la giró para que se viera a sí misma en el espejo.

Tenía las mejillas carmesí, el labio inferior le temblaba como gelatina. El eco de un molesto sentimiento que se negaba a reconocer. Satisfecha por haberla alterado con esa pequeña interpretación, Clarissa la tomó de la mano para llevarla a la mesita donde estaba la bandeja del desayuno.

—Come algo y, cuando estés lista, puedes contarme lo que pasó. Me voy a quedar aquí a esperar que reúnas el coraje.

¡Qué gran embustera! Victory la miró avergonzada pero desafiante. Tomó una tostada, la untó con mantequilla y le dio un pequeño mordisco, aunque había perdido el apetito. Clarissa sirvió el té. Permanecieron en silencio un largo rato, mientras Vic intentaba hallar las palabras adecuadas para relatar el desastroso viaje en tren desde Fort William y la manera cómo había conocido a aquel grosero insufrible, en cuya cama había terminado. No debería preocuparle demasiado lo que Clarissa pensara de ello pues, la viuda Bailey era increíblemente tolerante con el comportamiento escandaloso. De hecho, ella misma había estado a merced de las malas lenguas gracias a sus aventuras amorosas. Además de eso, Victory ya la había puesto al tanto del secreto de la familia Brandon, ¿qué más daba si le confesaba que ella había terminado siendo tan ligera de cascos como Sabrina?

Finalmente se lo contó todo.

Clarissa estuvo a punto de escupir el té cuando Victory le reveló, con extrema dificultad, lo que había sucedido en el compartimiento del tren. La mujer hizo una mueca de reproche cuando le contó que se había marchado de puntillas en cuanto el tren se detuvo para después arrojar a las calles húmedas y frías de Charing Cross.

—¡Ahora entiendo por qué tenías esa cara! —exclamó desternillada de risa—. Cariño, eres un cofrecito de monerías. ¿Cuántos más secretitos tienes bajo la manga?

—No te rías —le recriminó enfurecida.

—¿Por qué le pegaste anoche? ¿Te faltó al respeto?

—Sí, me dijo cosas horrendas de las que no quiero acordarme, si no te importa.

—No es para menos: lo abandonaste. Los hombres son demasiado orgullosos para permitirse ser abandonados en semejante situación.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué me quedara con él y me fuera a su casa como su querida? Ya es bastante duro saber que para él no soy más que una viuda descarada de piernas flojas. Una desvergonzada, una desconsiderada que no esperó a bajarse del tren para subirse la falda hasta el cuello.

Clarissa estalló en carcajadas; Victory se quedó muda de indignación.

—Ay lo siento, cariño —se disculpó sin mostrar el menor arrepentimiento—. ¿No dejaste una zapatilla de cristal en la escena de tu pequeño crimen? Porque esto me recuerda demasiado al cuento de *La cenicienta*.

—Si tan solo *La cenicienta* fuera una viuda licenciada —masculló antes de darle otra mordida furiosa a una tostada.

—Vic, es verdad que esto ocurrió más pronto de lo que esperábamos, pero ¿qué importa? Encontraste a un hombre que te gusta realmente. Nadie tiene por qué saberlo. Mis labios están sellados. —Hizo un gesto fugaz en su boca con los dedos que dibujó una equis sobre los labios.

—Creo que estás dejando de lado un pequeño detalle: toda esa gente nos vio.

—Londres no sabe quién eres. Cuando aparezcas en público, los chismosos habrán olvidado lo que pasó, y felices todos.

—¿Eso crees? —inquirió escéptica—. ¿Debo estar tranquila y confiar mi vida a la mala memoria de los ebrios chismosos de Londres?

—¿Por qué te preocupas tanto? ¡Dios santo, pareces de mi edad! —Victory hizo chirriar los dientes; estuvo a punto de lanzarle migajas de pan para obligarla a actuar como una mujer sensata. Clarissa, despreocupada, mordisqueó una fruta—. Si me preguntas a mí, creo que deberías ir a casa de ese caballero y disculparte por haberte comportado con tan poca cortesía.

—¿Estás loca? No quiero volver a ver a ese hombre en mi vida —repuso con el ceño fruncido—. Se portó como un cerdo. Lo único que buscaba era aplacar su orgullo herido por lo que le hice. Ha de estar feliz con lo que me sucedió.

—No digas eso.

—¿Por qué lo defiendes, Clarissa? —La miró con seriedad—. Hace unos días decías que debía cuidarme de los hombres como él y ahora quieres que lo busque.

—Cariño, si no hubieras visto algo bueno en él, no habrías dejado que te sedujera —razonó de modo muy convincente—. ¿Me equivoco

acaso?

Victory bajó la mirada hacia su taza de té, como si la respuesta a esa pregunta estuviera en el fondo del líquido humeante.

—Yo no soy nadie para juzgarlo —continuó la viuda Bailey con una sonrisa culpable—. De seguro estaba ebrio, igual que el resto de los invitados. ¿Qué puedo decirte? Los Ormond no son famosos por su virtuosismo, pero nadie se resiste a sus fiestas. —La muchacha pensó fugazmente en lady Annabelle y en el caballero con quien se besuqueaba. ¿Qué diría la abuela Olivia si supiera que su nieta favorita estaba hecha de la misma pasta que Victory y Sabrina Brandon?—. Noté cómo te miraba. Parecía herido. Y creo que esa mirada amerita una oportunidad. Hazlo, por favor. Me encantaría verte junto a él.

¿Junto a ese grosero, altanero y resentido?

—No sabes lo que estás diciendo.

Lo que fuera que hubiera mostrado su rostro, hizo que Clarissa sonriera.

—Te gusta. Puedo ver cómo te encanta ese rubio, pequeña zorra —bromeó, a lo que— —Eres una descarada.

—¡Ya somos dos!

Antes de que tuviera oportunidad de responder a aquella impertinencia, alguien llamó a la puerta. Era una de las doncellas para avisarle a la dueña de casa que lord Felton la esperaba en el vestíbulo. Se puso de pie de un salto.

—No creas que te libras de mí —le dijo apuntándole con el dedo—. Volveré para terminar esta conversación. Te convenceré de darle una oportunidad a nuestro querido y misterioso caballero.

—Te deseo mucha suerte —masculló con ácido sarcasmo.

Sin mostrar la más mínima señal de darse por vencida, Clarissa se marchó con paso ceremonioso, mientras Victory desechaba fehacientemente la idea de volver a ver a lord Radnor.

* * *

Avanzó por el pasillo tarareando una canción y alisándose la vaporosa falda amarilla. Era un día precioso, pensó cuando pasó junto

a los amplios ventanales del tercer piso que ofrecían vista a Hyde Park a lo lejos; perfecto para salir a dar un paseo. Quizá no gozara de los privilegios de residir en otras zonas más elegantes, como Brooks Street, donde había pasado los últimos veinte años de su vida, pero estaba segura de que aquel nuevo comienzo, en aquella nueva casa, estaba lleno de maravillosas promesas. Ahora que se había habituado al nuevo hogar, no podía sino sentirse feliz y privilegiada.

—Señora Bailey.

Dio un salto al escuchar la voz de la doncella a sus espaldas.

—Sally, no estoy sorda, por favor —masculló sin dejar de caminar hacia la escalera.

—Mil disculpas, señora. No quise asustarla, pero es que tiene que saber algo que me acaba de contar la cocinera y que escuchó en el mercado esta mañana.

Clarissa se detuvo un segundo antes de descender el primer peldaño. Se llevó las manos a la cadera con una mirada de reproche a la inoportuna Sally, que, aunque era una buena trabajadora, perdía demasiado tiempo con las murmuraciones.

—Querida, ¿has visto al hombre que me espera allá abajo? —Confundida, la doncella asintió con la cabeza—. Bien, ¿tú qué harías en mi lugar: correrías a sus brazos o te quedarías a escuchar rumores de mercado? —Sally pestañeó sonrojada, mientras evaluaba la respuesta. Clarissa le sonrió de modo socarrón—. Eso pensé.

Se dispuso a descender para encontrarse con su amado Harvey.

—Pero es importante, señora.

—Ay, no, Sally; no me vengas con eso.

—Hoy en el mercado había damas que le contaban a otras que la viuda del barón Lovelance estuvo anoche en una fiesta indecente y que dos hombres se pelearon por sus favores. —La dueña de casa se detuvo de golpe. Miró horrorizada a la doncella, que tomó el silencio como una invitación para continuar—. Dijeron cosas muy desagradables. Que era una mujer fresca y vulgar, que se había casado con el barón por dinero. Una de ellas incluso dijo que lo había envenenado para deshacerse de él.

—¡Pero qué cosa tan absurda!

La viuda Bailey palideció. Apretó los puños y la mandíbula, cuando

una sensación hartamente conocida la asaltó de repente. Cuántas mentiras, cuánta maldad la de algunas personas que se creían con el poder de juzgar a otras, de inventar atrocidades con el único fin de entretenerse y hallarle algo de sentido a sus míseras vidas. Lo mismo habían dicho de ella cuando Noel falleció. En más de una oportunidad, debió contenerse para no lanzarse encima de una que otra vieja chismosa, ya fuera en la calle, en un baile o incluso en la iglesia.

Pero ¿cómo demonios habían averiguado aquellas víboras la identidad de Victory si durante toda una vida había vivido al margen de ellos? La pobre chica ni siquiera había sido presentada en sociedad antes de contraer matrimonio con Lovelance. ¿Quién la había delatado? Si los chismes habían llegado a un pequeño mercado, entonces era de esperarse que a esa hora todo Londres estuviera enterado de lo sucedido en Littleton House. Ahora era el turno de Victory de enfrentar a todas esas mujeres mezquinas.

—Gracias, Sally —susurró y la doncella se marchó por el pasillo.

Clarissa descendió los siguientes peldaños de la escalera con un molesto palpitar en el pecho. Sabía demasiado bien cómo era estar en los zapatos de Vic. Cuando tuvo el primer amante, después de haber completado cabalmente el luto riguroso, los amigos de la familia le dieron la espalda, sus compañeras viudas de la Real Sociedad comenzaron a evitarla, hasta la modista que la había vestido desde los trece años le pidió que no volviera nunca más a la boutique, por cuanto las demás clientas se negaban a compartir sus servicios con una mujer de poca respetabilidad. Y todo ello aun habiendo cumplido su pena de dos años de encierro, de soportar interminables sesiones de bordado colectivo con viudas mayores de las que no era amiga, de no poder ser visitada por familiares del sexo masculino por ser ello considerado inadecuado, de ver en el espejo cómo su belleza se marchitaba día tras día. ¡No! Por nada del mundo permitiría que Victory sufriera el mismo castigo que ella.

—Mi adorada señora Bailey, no me había dado cuenta hasta ahora de que mi visita suponía para ti un castigo.

Harvey estaba de pie en el vestíbulo, ataviado en un favorecedor atuendo de montar de domingo con relucientes botas marrones que le

llegaban hasta las rodillas. Su rostro hermoso y juvenil dibujaba una mueca de burlona curiosidad mientras la observaba. Entonces, Clarissa se percató de que había estado pensando en voz alta. De inmediato, sacudió la cabeza para desechar los pensamientos quejumbrosos e ir a saludar a su amado lord Felton.

—Eres un bufón —lo reprendió con cariñosa.

Él la recibió con un beso en los labios, suave y profundo, que le recordó lo frustrada que se había sentido la noche anterior, entre sábanas frías, con el tic tac del reloj que le reprochaba la soledad.

—Creí que habías dicho que te quedarías a dormir anoche.

Lo condujo al luminoso salón principal.

—Así era —suspiró él—, pero mi buen corazón me ha privado de ti por una noche.

Ella se lo quedó mirando sin comprender. Harvey soltó una carcajada sonora y juvenil, del tipo que podía hacer que le rebotara el corazón hasta el cielo. ¿Cómo alguien podría criticarla y exigirle que se comportara como una mujer de su edad? Harvey Felton le recordaba a cada instante lo bien que se sentía ser joven. Nada en la vida tenía más sentido que vivir al margen del reloj cuando se hallaba al lado de aquel espécimen.

—No me mires así —musitó—. Me encontré con un viejo amigo del colegio después de que lady Lovelance y tú se marcharon. Fuimos por unos tragos.

—¿Y a eso llamas tener buen corazón? —Se cruzó de brazos y lo miró con un divertido reproche—. ¿Embriagarte con un amigo? ¿Me lo dices así, tan alegremente?

Harvey la neutralizó con una encantadora media sonrisa. Le rodeó la cintura con un brazo hasta que quedaron tan cerca que Clarissa tuvo ganas de pedirle que callara de una vez y que la acompañara al dormitorio.

—¿Podrías dejarme explicarte? —Embobada por la cercanía, asintió con la cabeza—. Te estoy hablando de Casper, lord Radnor, el caballero que nos regaló el espectáculo pugilístico anoche.

Recuperada de la languidez, la viuda Bailey dejó caer los brazos a los lados.

—¿El pretendiente de Victory?

—El mismo.

—¿Y es tu amigo?

—Algo así. Nunca fuimos tan cercanos, pero sé que es un buen tipo. —Harvey adoptó una expresión cautelosa—. Fuimos a una taberna y me contó lo que sucedió entre ellos antes de anoche.

Clarissa cruzó los brazos; lo miró con la misma discreción.

—¿Exactamente qué te contó?

—Todo, creo —dijo con él con una perversa sonrisita masculina.

Las alarmas de Clarissa se encendieron. Se llevó las manos al rostro.

—Puede que haya sido él quien descubrió a Victory. ¡Ese bastardo!

—¿Qué estás diciendo?

—Harvey, estoy aterrada por ella. Ya hay comentarios malintencionados sobre lo que sucedió en Littleton House. No sé cómo diablos se enteraron de que Victory es la viuda Lovelance, pero, dentro de poco, los santurrones de Londres van a condenarla. Alguien tuvo que haberle contado a todo el mundo.

—Es espantoso, pero doy fe de que Radnor no contribuyó con eso.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Estuvo conmigo todo el tiempo. Está arrepentido por haberla molestado. Aunque se dedicó a defenderse la noche entera, creo que está prendido de nuestra querida amiga.

La expresión de Clarissa se suavizó.

—A mí me pareció lo mismo de parte de Victory.

—Apuesto a que a alguien nos escuchó hablando de ella. Luego, ese mismo alguien sacó conclusiones que resultaron ser acertadas —conjeturó él.

La abrazó para consolarla. Clarissa se sintió aliviada de que aquellos malos momentos que también le tocó enfrentar un año atrás hubieran sido recompensados con la compañía de Harvey. Si tan solo él pudiera ser suyo para siempre, ya no tendría que pedirle nada más a la vida. Excepto que Victory, su única amiga, pudiera gozar de la misma felicidad. Entonces, todo sería perfecto.

—Sí, puede ser —dijo un tanto distraída; reconfortada por aquel tierno abrazo—. Pero Harvey, tenemos que hacer algo para evitar que esto se riegue, aunque me temo que ya es tarde. No sé si Vic está

preparada para esquivar todas las flechas; la pobre tiene una abuela que es una leona y unos hijastros que parecen enviados de Satán — masculló con una mueca de horror cuando se separaron—. No podemos dejarla sola.

—Se me ocurre algo —soltó Harvey de pronto. Un brillo en sus ojos negros atrapó toda la atención de Clarissa—. Tal vez no sea una solución definitiva, pero estoy seguro de que va a ayudar un poco.

—¿Qué está tramando, lord Felton? —preguntó ella con la cabeza ladeada.

Su mirada se tornó enigmática.

—¿Confía en mí, señora Bailey?

Clarissa lo observó con total veneración, con el amor que poco a poco crecía imparable, para su desventura.

—Totalmente —dijo con resolución. Esperaba que Harvey pudiera ver más allá de esa respuesta, que no se limitaba al tema en cuestión. En realidad, ella confiaba en él, aunque aquello suponía poner en riesgo su corazón.

—Entonces déjalo en mis manos.

Le regaló otro beso seductor antes de conducirla a hurtadillas a la habitación que lo había reclamado la noche anterior.

Capítulo 9

—No estoy segura de ser una buena compañía en este momento, pero haré mi mejor esfuerzo —dijo después de exhalar un pesado suspiro.

—Es todo lo que necesito escuchar.

Clarissa la tomó de la mano mientras el carruaje subía por una pronunciada colina. Estaba decretado que aquella iba a ser una larga semana.

Victory habría preferido quedarse en Londres para evitar interferir entre ella y lord Felton en su visita al vizcondado, pero la viuda Bailey había sido increíblemente insistente. Casi la había arrojado al coche junto con sus pertenencias después de rebatir todas las excusas. Tenía que aprender que la viuda Bailey siempre se salía con la suya. Aquel nuevo intento por animarla era adorable, demostraba el alto grado de solidaridad de Clarissa, pero Victory no deseaba arruinarle las vacaciones con su lánguido humor. Después de lo sucedido en Littleton House, había empezado a creer que lo mejor era evitar ver la luz del sol hasta cumplir los dos años de luto riguroso.

Los campos de trigo y cebada de Shropshire se enlazaban en la lejanía bajo un cielo azul incisivo. Atravesaron una pequeña villa poblada por los trabajadores agrícolas de la zona; luego se toparon con una pequeña iglesia de piedra, un edificio donde funcionaba una escuela gratuita que lord Felton había mandado a construir hacía unos años, según le explicó Clarissa. Al fin, arribaron a la finca del vizconde, cuyo camino de entrada estaba bordeado por abedules.

El carruaje se detuvo frente al hogar de lord Felton, una imponente mansión georgiana de ladrillo rojo, fundada junto a un anchuroso lago y flanqueada por jardines de rosas. Un mozo les abrió

la puerta del landó con solemne eficiencia. Después de descender, Victory observó los alrededores de la propiedad con mayor atención. De inmediato se sintió cautivada por tanta belleza. Quizá no había sido una mala idea venir, después de todo.

—Queridas damas, les doy la más cordial bienvenida. —Lord Felton apareció por la amplia puerta principal para recibirlas. Dos enormes labradores salieron detrás de él para familiarizarse con los visitantes—. Espero que los caminos de Shropshire hayan sido generosos con ambas.

—¿Bromeas? ¡Es un paisaje que merece la pena ver! —exclamó Clarissa después de saludarle con un beso—. ¿No es así, Victory? Shropshire es un encanto.

—Estoy de acuerdo —concedió—. El pueblo parece encantador, y lo que ha hecho con la escuela es admirable.

—Se lo agradezco mucho, milady —respondió el vizconde con una sonrisa modesta—. Pero aún nos queda demasiado por hacer; apenas estamos comenzando.

—Me encantaría conocer el lugar.

—Con gusto, podemos acercarnos cuando lo desee. —La expresión de Felton se tornó mucho más seria después de intercambiar una mirada con Clarissa. Carraspeó—. Bien, señoras. He invitado a alguien más a acompañarnos. Espero que no se incomoden —dijo mientras un caballero salía por la puerta principal.

Los tres se voltearon para mirarlo, pero fue Victory la que palideció al reconocerlo.

¿Qué hacía él allí? El corazón le dio un vuelco cuando lord Radnor descendió por el último escalón de la entrada, con una elegancia inconsciente, totalmente ajena a ese lado salvaje que había mostrado en el salón de baile de Littleton House.

Era la primera vez que lo veía a la luz plena del día. En el tren, lo había conocido con la luminosidad decreciente del atardecer. Luego, solo lo había tenido cerca de noche. Aunque le pareciera una idea absurda, le resultaba mucho más hermoso así. Las suaves líneas de su rostro se acentuaban con el juego de luces y sombras del día. Victory reparó en un par de pequeños moratones en la mandíbula, producto de la reciente pelea. El cabello dorado le brillaba como si estuviera

hecho de retazos del sol; los labios eran todavía más sensuales de lo que había notado, de un rosado orgulloso y vivaz. Tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón y una expresión imperturbable en el rostro. Victory podía notar con mayor nitidez el color gris de sus ojos, con algunos puntitos violetas que saltaban del iris como chispas de agua. Era tan atractivo que casi olvidó las horribles palabras que le había arrojado en la pista de baile, en medio de aquella multitud de ebrios desconocidos.

Con un poco de esfuerzo, logró apartar la vista de él. Encontró la de Clarissa, que estaba teñida de culpabilidad. Al final, la de lord Felton, que le sonreía con orgullo, como si le hubiera hecho un favor. Por supuesto, todo era una artimaña de los dos para reunirla con aquel hombre. Victory le dirigió una mirada airada a la viuda Bailey en la que le prometía que muy pronto pagaría por su imprudencia.

—Bueno —comenzó el vizconde cuando la tensión saturó el aire—, señora Bailey, permítame presentarle al conde de Radnor, que ha venido desde Londres para discutir ciertos asuntos de negocios. Nos conocemos desde que estábamos en Eton.

Así que Harvey y Casper se conocían del colegio. Qué conveniente casualidad, murmuró Victory para sus adentros, apretando la mandíbula de coraje.

—Antes de que me echaran a patadas de allí —añadió a su presentación.

Clarissa soltó una risita mientras el conde depositaba un beso en sus nudillos.

—Qué simpático.

—Pero es cierto. Lo echaron —aclaró lord Felton sin prejuicios, por lo que la viuda Bailey se calló de golpe, sin saber cómo reaccionar ante aquel dato perturbador.

Casper esbozó una sonrisa para dejar claro que aquel hecho no le causaba una pizca de remordimiento o vergüenza.

—Está bien, no hay cuidado, señora Bailey —murmuró—. Ahora me resulta una historia muy graciosa. Espero poder contársela durante la cena.

—¡Maravilloso! —concedió ella con una sonrisa complaciente.

Cauteloso, Casper se volvió para ver a Victory.

—Milady.

Su mirada se volvió mucho más cálida, casi intensa cuando la encontró. Aquellos labios parecían a punto de soltar algo más; alguna palabra que los ojos grises, como espadas brillantes a la luz del día podían secundar, pero Victory se le adelantó. No tenía alternativa. Si iba a pasar los próximos días allí, en su compañía, tenía que aprender a hacerle frente con frialdad. Podría resultar una buena práctica para desarrollar su actitud de viuda severa con los hombres. Sin traslucir una sola emoción, le mostró el dorso de la mano, donde él depositó un pequeño beso.

—Déjeme adivinar. Fue por una pelea.

—¿Disculpe?

—Lo echaron por una pelea, ¿no es así?

Clarissa y lord Felton intercambiaron una mirada divertida; estaban intentando contener la risa, ese par de traidores. Casper se mantuvo imperturbable después de rozar la mano de Victory con los labios, pero un parpadeo incesante lo delató. No había esperado aquello. Claro que lo habían echado del colegio tras una pelea. Victory no estaba sorprendida de que además de un seductor incorregible, grosero y mordaz, también fuera un pendenciero de tiempo completo.

—Lady Lovelance, un hombre, incluso uno como yo, debe saber cuándo renunciar al comedimiento y apelar a otros recursos menos civilizados para defender su honor. O el de las personas que le importan —dijo con un tono de voz ceremonioso, como si ese esfuerzo lo disculpara por su terrible comportamiento.

Victory torció el gesto.

—Bien, esperemos que sus dilemas no vuelvan a avergonzarnos en público.

Se marchó de allí para dirigirse a la puerta de la mansión.

* * *

Había olvidado que lady Lovelance podía ser muy malvada cuando se lo proponía. Casper decidió ignorar los desaires y confiar en que, con el paso de los días, se ablandaría un poco. Después de todo, gracias a la gentileza de lord Felton, pasarían allí toda una semana

juntos.

Esa noche durante la cena no pudo quitarle los ojos de encima. Se había puesto un vestido de seda verde con detalles en rosa, de talle ajustado y escote provocador; llevaba el cabello suelto en negros tirabuzones cayendo sobre sus espléndidos hombros. Desprovista del atuendo de viuda, Victory era mucho más hermosa.

Aunque la chica se esforzaba por mantener la vista lejos de él, sus miradas se cruzaron en más de una ocasión; aquellos ojos le lanzaban puñales silenciosos que él atrapaba estoico. Seguía molesta por lo sucedido en el baile, desde luego, y Casper reconocía su derecho de estarlo. De hecho, él estaba allí para hacer que lo perdonara.

¿Cómo había sucedido todo eso? ¿Cuándo se había convertido en uno de esos perseguidores de mujeres, en un acosador de viudas, como diría Felton? ¿Cómo podía haber viajado hasta Shropshire tras una mujer que lo quería lejos de ella? ¿Debería estar asustado por aquella sufrida actitud? Se perdió la mayor parte de la conversación tratando de responder a esas preguntas. Solo se permitió dejar de mirar a Victory cuando el vizconde le hizo una pregunta sobre la producción de lana en Wiltshire.

—Pensamos reactivar la producción para el próximo trimestre —dijo de un modo tan convincente que hasta él mismo estuvo a punto de creerlo—. Hace poco estuve en Bradford para adquirir maquinaria imprescindible para la fabricación de nuestros textiles—. Claro que, cuando escuchó los precios, estuvo a punto de sufrir una apoplejía, pero no era información que estaba dispuesto a compartir. Al final había regresado a Londres con las manos vacías. Aunque tal vez no tan vacías, concluyó al mirar a Victory de nuevo—. Lo más difícil en estos días es conseguir esquiladores que trabajen por un salario justo. Por desgracia los sindicatos han convertido todo el tema de la igualdad en un espectáculo callejero. Apostaría a que pasan más tiempo en huelgas que en el trabajo.

—Pienso igual —dijo Felton con un asentimiento—. Es decir, estoy a favor de la lucha por las reivindicaciones de la clase trabajadora, pero hay muchas manos sucias en esto.

El vizconde soltó un tedioso discurso acerca de los derechos de la clase obrera y la distribución del capital, discurso que, por suerte,

sepultó el tema de la mediocre industria de lana de los Pleydell-Bouverie. Casper le prestó poca atención, al igual que Victory, que parecía concentrada en su plato de ternera de una manera que se notaba excesiva. Estaba claro que la presencia de él en la mesa no le causaba ninguna gracia.

La única que parecía absorta en la soflama de Felton era Clarissa, que lo miraba con un brillo de adoración bajo las largas pestañas. Para ser mayor que él, la amiga de Victory, que actuaba como una devota esposa, le hacía mucho bien a Harvey. A su lado, el amigo del colegio de Casper lucía mucho más centrado, totalmente domesticado; feliz incluso. Radnor sintió una pequeña punzada de envidia al notar que Felton estaba realmente dichoso junto a la mujer que deseaba, una viuda hermosa y atenta que mostraba a todas luces un sincero interés en cada cosa que mencionaba. De vez en cuando, Clarissa le tomaba la mano sobre el mantel y, con la mirada, le enviaba mensajes en el lenguaje particular de dos almas afines. Era incómodo de ver.

Los ojos de Casper volvieron a Victory en el preciso momento en que ella lo observaba con el ceño fruncido. Incapaz de resistir más esa hostilidad, el conde se decidió a enfrentarla. Las otras dos miradas volaron con asombro hacia él. Casper no estaba seguro de lo que estaba interrumpiendo, tampoco le importaba. Se sentía obligado a romper aquella horrenda barrera de hielo.

—Entonces, lady Lovelance, ¿cómo la ha pasado estos días? — Podía sentir la ansiedad vibrando en la propia voz.

Ella hizo crujir la vajilla. Dejó el cubierto de plata a un lado. Antes de contestarle, desdobló la servilleta y se secó los labios con un gesto elegante.

—Estupendamente, milord —contestó con una sonrisita de suficiencia—. Gracias por su interés. Para ser una viuda, me he divertido un montón.

No esperaba aquella agria demostración de sarcasmo femenino. Quizá lo decía para molestarlo. La expresión de Casper se endureció sin siquiera advertirlo. Los celos le nublaron la vista con asombrosa rapidez. Ella sabía cómo provocarlo.

—Me alegra mucho oír eso —mintió. Toda la sangre se le subió al

rostro en un latido de corazón—. ¿Podría saber qué la ha tenido tan entretenida? ¿Qué ha estado haciendo últimamente?

Ella le lanzó una mirada glacial.

—¿Qué más, milord? Probando a todos los hombres de Londres.

Casper creyó escuchar el jadeo de incredulidad de Clarissa y el carraspeo nervioso de Felton. Ninguno podía creer que hubiera dicho tal cosa. Tampoco Radnor. Aquello le dolió en lo más profundo de su ser. Maldita sea, había olvidado aquella horrible acusación, fuera de toda lógica, que le había soltado en pleno estado de embriaguez. Los ojos de Victory reflejaban amargura y un rastro de dolor cuando se la recordó.

—¿Alguien quiere postre? Tenemos *clafoutis* —propuso Clarissa Bailey para calmar los ánimos después de un incómodo minuto.

Pero ninguno de los dos la escuchó: Casper y Victory no dejaban de mirarse como duelistas; ella le enviaba una dura advertencia que él no estaba dispuesto a cumplir.

—Creo que malinterpretó mis palabras, milady.

—¿Eso cree? —lo retó cruzándose de brazos con rudeza; su mirada era un témpano de hielo: azul, hermoso, implacable—. ¿Le gustaría que las repitiera ahora mismo? Las recuerdo muy bien.

Él tragó saliva. El esfuerzo le dolió como si tuviera dolor de garganta.

—No tenía idea de dónde estabas —dijo con los dientes apretados—. Me preocupé.

—No necesito de su preocupación, lord Radnor.

—Yo quiero un trozo. —Felton reaccionó a la propuesta de su amante con un entusiasmo impropio de él.

—Aun así me importa.

—Hay muchas otras cosas en las que podría ocupar su tiempo, milord. Por ejemplo, su condado. ¿Quién está a cargo mientras usted visita a amigos? —inquirió con una ceja alzada.

—Laura, ¿podrías traer el postre? —Clarissa Bailey seguía fracasando en su intento por reconducir la conversación.

El conde sonrió para parecer imperturbable.

—No estoy tan quebrado, lady Lovelance. Puedo permitirme un administrador —declaró con el pecho inflado. Reunió toda la dignidad

que aún tenía—. Además, estoy seguro de que usted también, ya que, al igual que yo, ha dejado su propiedad para venir a visitar a los amigos.

Victory palideció; los labios rosados y prominentes formaron una pequeña «o». *Touchée*.

—¿Ahora le parece algo impropio que una viuda salga de su casa? —resopló indignada—. ¿Es eso lo que está tratando de decirme?

—Usted conoce mi opinión al respecto; no ha cambiado en lo absoluto.

—¿Entonces por qué las acusaciones? ¿Qué es lo que pretende? — La chica giró el rostro, solo para comprobar que Clarissa, lord Felton y los sirvientes habían desaparecido de la mesa, para dejarlos solos, enfrascados en aquella discusión. Radnor tampoco los había escuchado marcharse, pero lo agradecía. Victory volvió a mirarlo. Su tono de voz fue más íntimo y cambió al tuteo—. ¿Si me desprecias tanto, cómo es que estás aquí, Casper? Si crees que soy una víbora, vana y alegre, ¿cómo es que te empeñas en estar cerca de mí? ¿Quieres seguir desquitándote conmigo por lo que pasó? Deja que te diga algo: no hay nada que me haga sentir peor de cómo me siento ahora.

Él sintió que una ola de tristeza lo recorría. Dios, no. ¿Así era como se sentía? Por supuesto que no la despreciaba. Se lo había hecho creer, pero aquello estaba muy lejos de ser verdad. En realidad la estimaba demasiado. Era la mujer más valiente, hermosa y a la vez la más exasperante que había conocido jamás. Y estaba loco por ella; loco por reconquistarla; loco por volver a besar esa pequeña y venenosa boca rosada.

No habría llegado hasta el lugar más insignificante de toda Inglaterra para buscarla, si no abrazara la posibilidad de volver a dormir a su lado. No habría abandonado sus caóticos asuntos financieros si Victory no fuera tan importante para él.

—Yo realmente no pienso así, ni quiero vengarme de ti.

Victory lo miraba incrédula. Esperaba algo mejor que eso. ¡Maldición! ¿Por qué las frases correctas no acudían a su mente? ¿Por qué no podía ser esa clase de hombre elocuente?

—Tienes razón. Me comporté como un cerdo. Y lo que dije sobre

tu viudedad... —sacudió la cabeza para ahuyentar el vergonzoso recuerdo—. He venido a pedirte perdón. Estaba ebrio cuando te dije esa sarta de estupideces en Littleton House. Ebrio y dolido.

Ella esperó.

—¿Y?

—Y estaba preocupado por ti, aunque te fastidie.

Victory se enderezó en la silla, mirándolo con cautela. Aquellos torpes argumentos estaban lejos de satisfacerla. Él podía distinguir el rastro de una emoción desconocida mariposeaba por los ojos. Por favor, lady Lovelance, ¿qué quieres de mí?, quería gritarle. ¿Qué es lo que quieres oír?

—¿Cuando estás ebrio acostumbras a comportarte como un cerdo?

—A veces ni siquiera eso es necesario. —Casper esperaba poder arrancarle una sonrisa, que nunca llegó. La expresión de la viuda seguía siendo prudente y a la defensiva. Ahora le parecía un poco decepcionada—. Realmente lo siento. ¿Me perdonas?

Ella vaciló.

—¿Por haberme expuesto delante de todo el mundo con tu demostración de barbarie?

Maldición, eso también se lo debía.

—Sí, por eso también —murmuró abatido—. ¿Qué dices?

Victory se tomó su tiempo para hablar; parecía confundida y preocupada.

—¿Por qué tenías que dar ese espectáculo de violencia? —Su delicado gesto emulaba un dolor físico—. Es lo más espantoso que he visto. Hasta parecía que lo disfrutabas.

Casper sintió que se ruborizaba; hacía años que aquello no le sucedía.

—Ya te lo he dicho; es lo que un hombre hace.

—No es un comportamiento para un caballero.

—Nunca dije que fuera uno.

—Bueno, no es de gente civilizada. No tienes que pelear como un animal para demostrar que eres un hombre —dijo ella razonablemente.

—Tenía que defenderte, maldita sea —masculló con los dientes apretados—. Ese infeliz de Prescott te estaba haciendo daño, ¿no

puedes ver eso? Él te quitó la máscara, no yo.

—No, Casper, fuiste tú. Fuiste tú quien me hizo daño.

El conde frunció el ceño, dispuesto a protestar, pero ella no le dio tiempo. Le soltó ese zarpazo al corazón que lo dejaba fuera de combate.

—Te he pedido perdón —logró decir con extrema dificultad al cabo de un momento.

—Bien, te perdono. Ahora ten la bondad de dejarme en paz.

La viuda se puso de pie; masculló un áspero buenas noches antes de marcharse y dejarlo solo y aturdido en la mesa.

* * *

Refugiada en la calidez de la almohada y en la oscuridad del dormitorio, Victory cerró los ojos. Por fortuna, la mansión de lord Felton era silenciosa. Allí podría dormir sin complicaciones, aunque los recuerdos de la discusión con Casper no le prometían un sueño placentero.

La memoria le trajo de vuelta las palabras que había escupido en la mesa, enferma de rabia. Probando a todos los hombres de Londres. Un jadeo de exasperación brotó de sus labios. Por el amor de Dios, había hablado como una moza de taberna. Qué vergüenza con Clarissa y lord Felton. Bueno, se lo merecían por haber urdido aquel encuentro sin su consentimiento. Estaba ansiosa por comunicarles que habían fracasado.

¿Arrepentido? ¡Por supuesto que no! No había creído ni una sola palabra. Él solo buscaba reclamarla como una posesión, porque se creía su dueño. No porque sintiera haberla lastimado con sus duras palabras, ni por haber llamado la atención de toda esa horrible gente con la riña. Mucho menos porque la quisiera.

Recordó cuán angustiada se había sentido al mirar cómo esos ebrios infelices lo golpeaban sin que nadie pudiera intervenir; no debió haberse sentido de ese modo. Un hombre como él estaba acostumbrado a los pleitos. Victory estaba segura de que en el fondo, lord Radnor disfrutaba de aquella exposición de brutalidad.

Qué estupidez de su parte haber esperado una palabra cálida, una

disculpa sincera. Aquellos habían sido los segundos más absurdos de toda su existencia. Aspirar a que el Señor Explosivo, cuya lengua era filosa y letal como un hacha, pudiera ser delicado y sutil era como esperar a que llovieran monedas de oro. Casper solo era un hombre detrás de una viuda, al igual que los antiguos perseguidores de Clarissa. ¿Por qué no podía ver todo el mundo que solo estaba buscando diversión con una mujer que creía disponible?

Victory se había habituado a que la gente la tuviera en consideración, pero aún no alcanzaba a imaginar lo que se sentía ser amada realmente. Sacudió la cabeza para desechar la idea de que un hombre como Casper Pleydell-Bouverie pudiera quererla. No, él no la quería. Ella no deseaba ser querida por él. Aunque así fuera, las circunstancias evitarían cualquier tipo de relación entre ellos. Ella era una viuda que tal vez estuviera desafiando a su propia familia con un comportamiento esquivo, pero no estaba tan loca como para buscarse también un amante cuando Lucious llevaba solo medio año muerto. Ello terminaría por condenarla.

En ese instante, alguien llamó a la puerta. Victory levantó la cabeza de la almohada con los ojos entreabiertos. En el umbral estaba Clarissa, envuelta en un camisón de satén dorado. Sostenía una pequeña lámpara mientras miraba a la muchacha con una mezcla de pena y remordimiento.

—Sí, sé que debes de estar odiándome. No te culpo. —Lady Lovelance la miró de forma inexpresiva—. Harvey y yo solo pensamos que sería una buena idea.

—Las dos sabemos cómo terminan tus buenas ideas —murmuró mientras devolvía la cabeza a la almohada. Recordó cuando la viuda Bailey le propuso acudir a ese baile de máscaras y deseó poder haberse negado entonces.

Clarissa se acercó, luego de dejar la lámpara sobre la cómoda.

—Dime que no estás molesta.

—No, no estoy molesta —dijo Vic soñolienta.

Clarissa soltó un suspiro cansino. Se acomodó en el colchón junto a ella. La miraba de una forma muy inquietante. ¿Qué era? ¿Preocupación? ¿Compasión?

—¿Tanto te ha lastimado?

Sacudió la cabeza.

—No; es solo que es... —Victory no sabía cómo continuar, por lo que prefirió callar. Todavía estaba muy turbada con lo sucedido en el comedor. A lo mejor nunca debió haber ido a Shropshire—. No quiero volver a ver a ese hombre, Clarissa. Eso es todo.

—Ustedes dos parecían perro y gato. Están más cerca de ser un matrimonio que cualquier pareja que haya conocido.

La chica puso los ojos en blanco.

—Ese hombre y yo nunca seremos nada que se le parezca a una pareja. ¿No pudiste buscarme otro prospecto? —le espetó de forma burlona—. Creí que me conocías mejor.

—Yo también. Si estás de acuerdo, Harvey le pedirá mañana que se marche.

—Claro que no. Es infantil.

—Pero es lo correcto.

—No, lo correcto es que yo me vaya. Ni siquiera tengo una razón para estar aquí.

—¿Adónde irás?

—A Londres.

—Por supuesto que no —exclamó la viuda Bailey con excesivo ahínco.

Victory la miró confundida, al tiempo que esperaba una razón lo bastante buena para mantenerla en Westfall Hall, pero Clarissa solo se quedó allí, con los ojos abiertos de par en par y una furiosa negativa que flotaba en el aire.

—Creo que empezaré a empacar ahora mismo.

—¡No! —insistió. La tomó por el brazo para impedirle que se moviera—. Les di vacaciones a todos los criados mientras estamos en Shropshire. No hay nadie en casa, salvo el señor Tame, el velador.

—No necesito criados; sé arreglármelas sola.

—No seas testaruda. No viajarás sola hasta Londres.

—He viajado sola precisamente hacia allí.

—Sí. La consecuencia de ello duerme tras una puerta de este mismo pasillo.

La joven la miró con amargo reproche; no era justo que a cada momento le echaran en cara lo que había hecho, el error que había

cometido. Sí, había sido una insensata lujuriosa, al igual que su madre, pero ¿por qué aquella estúpida proeza tenía que perseguirla tan lejos?

—Oh, lo siento, querida.

—Olvídalo.

—Tú te quedas; él se va —sentenció—. Le diré a Harvey que le pida marcharse.

Victory negó con la cabeza.

—No lo hagas —insistió. No iba a salir corriendo de nuevo, pensó antes de exhalar un suspiro—. Me quedaré. Nos quedaremos todos si eso los hace feliz. —Clarissa estuvo a punto de decir algo, pero luego cerró la boca ante la mirada siniestra que Victory le envió—. Pero olvida la idea de hacer de celestina conmigo. No quiero más problemas.

—Como tú digas —asintió antes de darle un abrazo cargado de solidaridad—. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien. Que tengas dulces sueños, querida. ¡Ah! —Se detuvo en el umbral de la puerta—. Quería recordarte que mañana iremos a cabalgar. Espero que hayas traído ropa de montar.

Sacudió la cabeza con un gesto culpable.

—Vaya, qué negligencia de tu parte. ¿Cómo es que lo has olvidado, muchachita? —Se llevó la mano a la cadera con gracilidad, como si ese gesto solo implicara una recriminación—. Ya veo que sí has estado muy ocupada probando a todos los hombres de Londres.

Victory se dejó caer en la cama con un gemido de vergüenza.

—Te ruego que olvides que me escuchaste decir eso.

—No lo haré nunca —respondió Clarissa entre carcajadas mientras se alejaba en dirección a la puerta—. Jamás saldrá de mi cabeza mientras viva.

* * *

Por la mañana, Victory salió del dormitorio con el atuendo de amazona que la señora Bailey le había enviado a través de la doncella: botas de cuero, una chaqueta marrón con cola, camisa blanca y una falda pesada con un extremo más largo, que se abotonaba en la parte

posterior mientras no estuviera sobre el lomo del animal.

Montar estaba muy lejos de ser uno de sus pasatiempos; todos esos riesgos innecesarios y el detestable olor a caballo que le quedaba en la piel y en la ropa la habían mantenido lejos de los establos desde la niñez; por ello, no era una amazona excepcional. Al menos era capaz de cabalgar sin caerse, a veces, incluso, hasta lo disfrutaba.

En ese momento, en cambio, Victory estaba reacia a bajar para encontrarse de nuevo con Casper e ir a cabalgar. Quizá deba fingirme enferma y quedarme en cama el resto de la mañana, consideró mientras caminaba hacia las escaleras, pero entonces lord Radnor pensaría que se estaba ocultando de él. No estaba dispuesta a cederle semejante triunfo. Claro que no. Iría allí para demostrarle a ese arrogante que no se sentía intimidada por él. La idea de que estarían toda la semana allí, juntos, le produjo un retortijón en el estómago.

Cuando se disponía a descender, unas efusivas voces femeninas se escucharon en el piso principal de la mansión. Victory se detuvo en seco.

—Sí, por favor, dígame que asistirá al primer baile de temporada. Me aseguraré de reservarle el primer vals y tal vez el segundo. Sí, definitivamente, el segundo sería buena idea, ¿no es así, señorita Hobart?

¿Tenía visitas el vizconde? Nadie le había dicho que tendrían compañía. ¿Quiénes eran? Cualquiera de aquellas damas podría haber estado en Littleton House durante el baile de máscaras, que era aún tan reciente que, de seguro, la reconocerían. Quizás aquella fuera una buena excusa para evitar ser vista ese día. Cuando se disponía a darse vuelta para regresar al dormitorio, Clarissa apareció por la curva de la gran escalera de caoba.

—Ahí estás, cariño —la saludó con una sonrisa cordial—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

—Ven, te estamos esperando para desayunar.

—¿Quién está allá abajo?

—Visitas inesperadas —respondió con una mueca de irritación—. Acaban de llegar. Son la hermana menor de Harvey y una amiga de ella, además de la señorita Hobart, institutriz y centinela. Se suponía

que iban a estar en Kent hasta el otoño. No sé por qué aparecieron precisamente hoy.

La joven comenzó a tronarse los dedos sin darse cuenta.

—¿Crees que debería quedarme en el dormitorio hasta que se vayan?

—¡Claro que no! No vas a esconderte de un par de mocosas debutantes. Además, han venido para quedarse. Las verás bastante a menudo.

El tono de la viuda Bailey le revelaba que tampoco ella estaba nada cómoda con las inoportunas chicas.

—¿Estás segura de que no hay riesgo de que me conozcan después de lo de lo del baile?

Clarissa puso los ojos en blanco.

—Victory, esas muchachas vienen de un colegio y ni en sueños asistirían a una fiesta de los Ormond. O al menos no aún. Por favor, olvida ya el asunto. Estás a salvo aquí.

Se tranquilizó un poco. Tomó el brazo que su amiga le ofrecía. Juntas descendieron por la gran escalera hasta el vestíbulo.

En el piso inferior, se encontraban dos muchachas que rondaban los dieciocho años, ataviadas con ropa de viaje a la última moda. A sus espaldas, los lacayos se movían de aquí para allá para dejar los baúles y demás pertenencias donde otros sirvientes pudieran recogerlos para trasladarlos a las habitaciones respectivas.

Aunque ambas eran notablemente bonitas, las expresiones en los rostros juveniles no podían ser más dispares, para sorpresa de Victory. Por un lado estaba una, pelirroja y sonriente, de un aspecto aniñado. El largo viaje en carruaje no parecía haberle afectado el buen humor. Los ojos verdes revelaban un ligero cansancio, combinado con un destello de admiración recién adquirido. Por otro, había una morena, ceñuda y con aspecto de duendecillo, que contemplaba todo a su alrededor con el más absoluto desdén, especialmente a Clarissa.

Victory le devolvió a la pelirroja una mirada intranquila, dada la inquietante visión delante de ella: estaba colgada del brazo de Casper, parecía especialmente entusiasmada con él. Ante la mirada desaprobatoria de una mujer mayor, quien suponía que sería la tan mentada institutriz, la joven revoloteaba a un lado del conde como

pájaro. Casper mantenía una expresión serena, pero no parecía desagradarle la atención que la chica le dispensaba.

Antes de que Vic pudiera decidir si aquello le molestaba o la tenía sin cuidado, lord Felton la presentó ante las recién llegadas con ese habitual tono ceremonioso.

—Lady Lovelance. —Era extraño que incluso el vizconde pareciera incómodo con la presencia de aquellas damas; la voz masculina sonaba educada pero forzada—. Quiero que conozca a mi hermana, lady Sophia Felton, quien ha venido con su amiga, la señorita Bessie Wilson y la señorita Hobart. Queridas damas: esta es Victory, la adorable baronesa Lovelance.

Después de hacer la presentación, la boca del vizconde se redujo a una línea dura. La pelirroja, que resultó ser la señorita Wilson, saludaba a la baronesa mientras la otra chica, lady Sophia Felton, le dirigía una mirada punzante a la viuda Bailey. Victory trató de ignorar ese hecho y las saludó con una sonrisa etérea.

—Es un placer, milady —dijo la señorita Wilson con una sonrisa achispada, pero también un tanto críptica. Curiosamente, le recordó a lady Annabelle Thomas; toda buena educación y encanto, pero uno siempre sospechaba que bajo esa bonita fachada había algo muy siniestro.

La señorita Hobart le dirigió un saludo seco, seguido de una perfecta reverencia.

—Su nombre me resulta conocido —continuó Bessie Wilson con la cabeza ladeada.

El brazo que se enroscaba a Casper se estrujó más a él, de modo que el rubio conde se retorciera un poco. Victory se tensó.

—¿Ah, sí? —preguntó sacudiendo un poco la cabeza, con una sonrisa nerviosa.

—Sí, o quizás es solo el nombre, milady. No tengo idea. —Bessie se encogió de hombros como una pequeña de siete años—. ¿Dónde está su marido? ¿Vino con usted?

Un incómodo silencio inundó la habitación. Todas miradas volaron hacia Victory, que contenía la respiración sin darse cuenta. No estaba lista para mentir, pero, si decía la verdad, podía ponerse en peligro y poner en peligro a otros. Cualquiera de esas chicas podría

asociar su nombre con el de un hombre mayor, muerto hacía poco menos de siete meses, entonces el caos comenzaría. La presencia de una viuda emancipada iba a escandalizar a ese par de chicas casaderas, así como a su acompañante. No era justo para ninguna de ellas, ni para lord Felton o Clarissa, que se habían portado de forma tan espléndida.

—No, lord Lovelance está de viaje por el continente —intervino Casper con estudiada naturalidad. Tanto el vizconde como la viuda Bailey giraron para mirarlo, presas de la incredulidad—. La baronesa está de visita mientras su marido regresa a Inglaterra, ¿no es así, milady? —continuó él con una sonrisita de suficiencia.

Victory estaba entumecida; apenas podía creer que se hubiera tomado semejante atribución. Mentir por ella: ¿quién le había dado el derecho de hacerlo? Le lanzó una mirada airada, pero luego comprendió que era lo mejor.

Lord Felton y Clarissa la observaban, atentos a la respuesta que aún no salía de sus labios.

—Así es —convino—. Muy pronto vendrá por mí.

Bessie sonrió. Se encogió de hombros en señal de simpatía, mientras que lady Sophia permanecía aburrida con aquella conversación.

El ama de llaves no pudo ser más oportuna cuando llegó para anunciar que el desayuno estaba servido.

* * *

—Pensándolo bien, creo que este par haría desastres en un baile de los Ormond, sea de máscaras o no —Clarissa hizo el comentario en voz muy baja, de modo que solo Victory la escuchó, pero, a diferencia de su amiga, la más joven no sonrió.

Tenía los ojos puestos en aquel trío: Bessie Wilson batía las largas pestañas en dirección de Casper, rivalizaba.

por su atención con la ahora templada lady Sophia. La hermana del vizconde sonrió por primera vez cuando Radnor le hizo una pregunta, algo relacionado con planes para el otoño.

—No puedo creer que haya mentido por mí —susurró Victory al

recordar la osadía que había cometido aquel embaucador.

—Y yo no puedo creer que seas tan hostil después de que nos salvó —la reprendió la viuda Bailey. Después, sin embargo, la voz se le suavizó para ponerla en contexto—. Cariño, es una circunstancia fortuita, nadie planeó que esas chicas vinieran y con ellas aquí todo es más difícil. Solo he visto a lady Sophia en una ocasión antes de hoy, y no ha sido nada agradable. El hecho de que yo esté aquí con su hermano debe de parecerle un escándalo. Te lo ruego, no dejes que estas mentecillas mojigatas te vean también como un foco de libertinaje. Es mejor que mantengas un bajo perfil.

—Descuida, lo entiendo, pero ¿por qué él? —Volvió a mirar al conde, cuya sonrisa amigable y cordial aplacaba muy bien el temperamento de lady Sophia y acentuaba aun más la jovialidad de Bessie.

—Es obvio: le importas y tiene una mente rápida. Dos cosas que yo valoro en un hombre —dijo Clarissa en tono confidencial—. Recuerda darle las gracias.

—Quisiera saber dónde ha escuchado mi nombre la chica pelirroja —murmuró Victory con los ojos aún puestos en la escena.

Súbitamente, Casper la descubrió observándolo, pero ella apartó la vista con rapidez.

—Supongo que no en un libro de física —replicó Clarissa con una risita—. No le hagas caso. Seguro solo quería sonsacarte algo de información para hacerse una opinión de ti. Para ser tan joven es muy calculadora y astuta, la pequeña perra.

—¿Quién es?

—¿Bessie? Es la hija de un comerciante de pieles muy acaudalado y una de las más fervientes admiradoras de Harvey —respondió con los dientes apretados—. Verme aquí con él debe de haberle causado una impresión de muerte. Bueno, mejor para mí; así se lo pensará mejor antes de comérselo con los ojos en mi presencia.

—Me parece que la señorita Wilson ha encontrado otro entretenimiento de momento. —Fue casi imposible esconder la amargura en su voz.

Casper estaba absorto en el discurso de la hermana de lord Felton.

—Radnor parece un tanto fastidiado. No lo culpo.

¿Fastidiado? Parecía que, por el contrario, la pasaba de maravilla. Y pensar que alguna vez la había acusado de disfrutar demasiado de la atención del sexo opuesto.

—Señorita Hobart, creía que las chicas pasarían una temporada en Kent. —De pronto, lord Felton atacó a la institutriz, para captar la atención de todo el mundo en la mesa. No estaba nada contento con la improvisada llegada de las jóvenes—. ¿Tiene algo que decirme?

—Le ruego me disculpe, milord —dijo la mujer solemne—. Ayer en la mañana recibimos noticias del padre de la señorita Wilson; hay una especie de... brote de fiebre en Nettlestead, nada de cuidado, pero el señor Wilson creyó conveniente mantener a las niñas alejadas del pueblo, usted sabe, para evitar un posible contagio.

—En ese caso, creo que hizo bien trayéndolas al condado. ¿Qué tal el viaje?

—Bastante tolerable, milord. Pasamos la noche en una encantadora posada en Bayston Hill, donde fuimos muy bien acogidas en cuanto les dije a los posaderos que lady Sophia era su hermana. Debo decir que goza usted del respeto y consideración de todos los lugareños. —El aludido asintió con poco entusiasmo—. Niñas, ¿no es cierto que pasamos un rato agradable en el camino?

—No es cierto —intervino Bessie con hostilidad infantil—. Fue una tortura. Creí que el carruaje no iba a ser capaz de subir esas colinas tan empinadas y que terminaríamos volcando en el camino. No veía la hora de llegar.

—Es parte del encanto de Shropshire —opinó Clarissa—, no me canso de recorrer esas colinas a caballo cada vez que vengo. Deberías intentarlo, Bessie.

Lord Felton miró a su amante con un dejo de reproche silencioso que ella no fue capaz de captar; lady Sophia, en cambio, frunció el ceño en señal de alerta.

—Sí, tenemos las colinas más pronunciadas de Inglaterra —añadió el vizconde.

—Hermano —lo llamó la muchacha con una voz que, aunque era suave y cantarina, estaba teñida de hostilidad—, que me perdonen tus invitados si me equivoco, pero parece que te desagradara nuestra visita.

—En lo absoluto. Es solo que me tomas desprevenido.

—Ya lo he notado —señaló con una sonrisa fría, antes de enviar a Clarissa una mirada biliosa—. De haber sabido que tenías visitas, nos habríamos quedado en Nettlestead. ¿Qué es una fiebre en estos días con tantas curas novedosas? El boticario del pueblo nos habría recetado algo. ¿No es así, Bess?

—¡Por supuesto que no! ¿Y privarnos de Marton Pool y de tan buena compañía? —farfulló y le dio un vistazo a Casper—. Si me lo preguntas, cada segundo de sufrimiento ha valido la pena.

Clarissa, que no era ajena a la hostilidad de la chica, le habló con aquella inflexión de malicia femenina que Victory solo le había escuchado un par de veces, cuando la gente la provocaba en serio:

—Lady Sophia, no minimices los efectos de una fiebre. He oído que se te puede inflamar el hígado. No queremos eso para ti.

—Lo mismo me podría causar un disgusto.

—Procura no tener uno, entonces.

—No me lo deja fácil, señora Bailey.

—Por favor —intercedió Felton irritado—, no quisiera pensar en un hígado inflamado mientras como mi desayuno. Les ruego le que demos un vuelco más placentero a esta conversación.

—Me disculpo con todos por esa horrible mención —musitó Clarissa, pero la mirada que compartió con la hermana del vizconde fue un dardo venenoso. La chica se lo devolvió en el acto—. No ha sido mi intención incomodarlos.

—No hay problema —susurró Harvey.

—Yo no he oído nada —dijo Casper con una pequeña sonrisa pacificadora.

Lady Sophia se volvió hacia el conde con entusiasmo renovado:

—Lord Radnor, ¿vendrá con nosotros a Marton Pool esta tarde?

—Sí, ¡por favor! —la secundó Bessie—. Me han dicho que es lugar muy entretenido. Bueno, en realidad me ha dicho que es lo único entretenido hasta Gales.

—Lo lamento mucho, Bessie, pero ya tenemos planes para esta tarde —dijo Clarissa—. Hemos invitado a lord Radnor y a lady Lovelance a un paseo a caballo por la propiedad, pero, si lo deseas, lady Sophia y tú pueden unírsenos. El viernes iremos a Marton Pool.

—Pero yo quiero ir hoy —reaccionó la hermana del vizconde con los dientes apretados.

—¿Estás segura de que no quieres descansar? —preguntó Felton—. Has viajado toda la noche.

—Tomaré una siesta después de comer. Bessie también, ¿verdad, Bess?

La señorita Wilson asintió con fervor mientras apuraba el té.

—Bueno, si a Clarissa no le importa.

—De hecho, me importa, milord —dijo la aludida entre dientes.

Lord Felton vaciló bajo las miradas inquisidoras de su amante y su hermana. Ninguna de las dos parecía darse por vencida en su intento de ganar el apoyo del vizconde.

—Lo siento, hermana, ya tenemos planes —sentenció.

Henchida de furia, la chica lanzó la servilleta sobre la mesa; se puso de pie para marcharse del comedor con paso airado. Los ojos de la señorita Hobart la siguieron velados con el más profundo horror. Aun así, no hizo nada para detenerla. Lord Felton se frotó la frente con los dedos, a todas luces, avergonzado por el comportamiento grotesco de su hermana. Clarissa le acarició la mano para consolarlo. Para sorpresa de Victory, él se apartó de inmediato.

—Bueno, entonces, ¿vendrá con nosotras a Marton Pool el viernes, lord Radnor? —soltó sonriente la imperturbable Bessie Wilson.

—Lo siento, no será posible —se disculpó él, todavía ofuscado por la escena—. Es lo que iba a decir. Estaba preparándome para partir esta tarde a Londres.

Los gemidos de decepción de la chica resonaron en el comedor del desayuno. Victory parpadeó, impresionada.

—¿Tan pronto? Lord Felton, no permita se marche tan rápido.

—Señorita Wilson, le ruego que se comporte.

El tono cortante de la señorita Hobart bastó para hacerle saber a todos el alcance de la autoridad que poseía, aunque parecía no surtir ningún efecto en el comportamiento de la muchacha. Escarmentada, Bessie se enderezó en la silla para prestar atención a la comida.

Felton carraspeó educadamente, recuperado del terrible desaire de su hermana.

—Radnor, sería un honor tenerte como invitado en la finca el resto

de nuestra estadía. Aún no has visto la granja y la escuela. Me gustaría mostrártelas, ¿qué dices?

Casper miró a Victory de reojo; el corazón de ella dio un brinco fugaz. No deseaba que él pensara que debía irse debido a la discusión durante la cena anterior. De hecho, la idea de que se marchara empezaba a producirle un vacío doloroso en el estómago.

—Después del suceso de anoche, no estoy seguro de que sea una buena idea —dijo el conde con una mueca.

—Oh, no. Créeme, toleramos muy bien el escándalo —respondió Felton sarcástico.

—Lord Radnor, realmente apreciamos su compañía —añadió Clarissa—. Nadie desea que se marche, ¿no es así, lady Lovelance?

La aludida sintió un aguijonazo en el pecho; una oleada de rubor le cubrió todo el rostro.

—Por mí puede quedarse. No tengo ninguna objeción.

Lo que fuera que hubiera visto el conde en sus ojos, le provocó una sonrisa.

—Por mí también —agregó Bessie, aunque nadie le había preguntado.

Radnor asintió con la cabeza, convencido.

—Si es así, entonces, muchas gracias. Me quedaré.

Capítulo 10

Las verdes praderas de la hacienda Westfall eran interminables e irregulares, con algunas áreas salpicadas de flores silvestres. Más allá estaban las vertiginosas colinas de las que Bessie Wilson se había quejado, donde un grupillo de animales pastaba en la lejanía. Por aquellos días, hacía un clima benevolente en Shropshire, pese a que el verano estaba bien avanzado, por lo que el sol aparecía encendido en el cielo. Aun así, Victory no podía pensar en un día menos adecuado para ir a cabalgar, dadas las circunstancias.

Había dejado que Clarissa y lord Felton se adelantaran en el paseo. Después de la incómoda escena en el comedor del desayuno, estaba claro que ambos debían hablar en privado sobre lady Sophia y aquella visita inesperada que había tensionado el ambiente. Felton no deseaba tenerla de visita, al igual que la chica odiaba haber llegado a casa justo cuando su hermano estaba pasando unos días de descanso en compañía de una viuda de mala reputación. ¿Cuál habría sido entonces la reacción de la joven al saber que no era una sino dos las viudas que estaban en la casa? Y más importante aún, ¿qué pensarían lady Sophia y sus acompañantes si supieran que una de ellas era una viuda que había rehuido al luto y, después, protagonizado un escándalo público?

—Su montura, milady.

El diligente mozo de cuadra le acercó el magnífico caballo andaluz rojizo, elegante y de rígida constitución, que la llevaría por la propiedad. La chica lo observó con sobrada admiración. Le acarició el pelaje aterciopelado y la larga crin oscura; una belleza muy bien cuidada que a todas luces pertenecía a un hombre con un gran amor por los equinos. Sin embargo, en cuanto notó que la silla dispuesta

sobre el animal era para un jinete, se volvió hacia el empleado con el ceño fruncido.

—Hay algo mal aquí.

—¿No le gusta el caballo? Podríamos darle otro, milady.

—No es eso. No puedo usar esta silla. Yo monto con silla de amazona.

—Perdone usted —dijo el mozo rascándose la cabeza—, creí que usaba la silla del jinete, igual que la señora Bailey.

Victory puso los ojos en blanco. Por supuesto que Clarissa lo hacía.

—No; tenemos estilos distintos.

El muchacho se encogió de hombros con impotencia. Victory se cruzó de brazos. Debía de haber una silla en ese establo para ella, ¿o no?

—Lady Lovelance, sucede que las sillas para amazonas están en mantenimiento. No disponemos de una ahora mismo.

—¡Pero eso es ridículo!

—No es nada complicado —resonó una voz conocida a espaldas de ella.

La baronesa se giró para ver a Casper, que entraba al establo con paso resuelto, tan sigiloso que había sido incapaz de escucharlo acercarse. Iba ataviado en un impecable traje de montar marrón oscuro; llevaba botas altas y relucientes, un atuendo que le resaltaba las musculosas piernas dentro de los estrechos pantalones.

—¿Cómo dices? —rezongó Victory. Se negaba a mostrar una pizca de admiración.

—No vas a ir al infierno por montar como jinete. Déjame mostrarte de qué manera hacerlo.

—No tienes por qué, no voy a ir sin una silla adecuada.

—¿Quién dice que esta no es adecuada? —masculló palmeando el cuero.

Ella le envió una mirada taladrante como respuesta.

—Vamos, es más seguro e imagino que también más cómodo —dijo mientras comprobaba con seriedad la silla y los arneses—. Siempre me han parecido ridículas las sillas de amazona. ¿Qué sentido tiene permanecer erguida como un palo y hacer un esfuerzo

tres veces mayor para saltar los obstáculos? Son demasiadas molestias solo para mantener las piernas juntas, ¿no crees?

Sin descruzar los brazos, la baronesa lo miró con los ojos brotados de furia.

—Te equivocas, es más segura la silla de amazona; y más femenina.

—Tu amiga monta a horcajadas, por lo que escuché. ¿Te atreverías a afirmar que Clarissa Bailey es poco femenina? —inquirió con aquel acostumbrado tono mordaz y atractivo. Ella no supo cómo contestarle —. Si te preocupa que yo te vea con los pies colgando de cada lado del animal, descuida —susurró malicioso, en modo confidencial—. No me escandalizo con facilidad y estoy seguro de que los criados de Felton tampoco. Han de haber visto cosas peores.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía siempre irritarla con el mínimo esfuerzo? Victory se tragó las protestas que pujaban por salir e hizo el intento de apartarse de él para regresar a la casa, pero la mano enguantada de lord Radnor la tomó por el brazo para impedirselo.

—Qué grosera: me preocupo por tu seguridad y así es como me tratas.

—No deberías preocuparte tanto.

Las palabras de Victory fueron bastante elocuentes, tanto como lo había deseado. Él interpretó correctamente aquel reproche. De inmediato se puso serio, pero sin dejar de sostenerla. Le habló, sin embargo, con distancia.

—Cómo no. Si no me preocupara, ahora mismo estaría en problemas, lady Lovelance. Como estoy al tanto de su nula habilidad para mentir, sé que habría confesado delante de aquellas damas que su marido estaba muerto. Después, la lengua Bessie Wilson habría señalado lo joven que es y habría dicho que es sencillamente imposible que fuera viuda. Las mujeres le habrían preguntado la edad, hace cuánto se casó y usted les habría revelado todo sin titubear. Allí las cosas empezarían a ponerse feas.

Vaya, Clarissa tenía razón. Radnor poseía una mente rápida.

—¿Estarías feliz si te diera las gracias? —masculló con agrio sarcasmo.

—No, lo estaría si pudiera... —Se contuvo antes de lanzar una de

sus típicas provocaciones, pero la mirada lasciva que le envió fue lo bastante contundente como para dejarle saber cómo culminaba la frase—. Ya súbete, ¿quieres? —le dijo con brusquedad, de regreso al tuteo.

—¡No! —gruñó mientras se soltaba de la mano de él.

No estaba dispuesta a darle el placer de verla tambalearse sobre un caballo, en una posición tan comprometedora. Era una soberana estupidez. Casper elevó una ceja; la miró con desafío.

—No me digas que eres una mojigata, precisamente tú. La viuda fugitiva. La que desprecia los absurdos convencionalismos sociales ingleses.

—No estoy vestida para esto —arguyó con la mandíbula apretada.

—Trata de adaptarte un poco.

A sus oídos, aquella frase sonó como una invitación maliciosa. Lady Annabelle siempre la acusaba de ser una desadaptada. Se aprovechaba de ello para maltratarla. Como Victory sabía que aquello era cierto, poco podía hacer para evitar los abusos, salvo encerrarse en su dormitorio, esperar a que las vacaciones terminaran y que los tíos se la llevaran de allí.

Pero ya no tenía edad para encerrarse.

Se cuadró de hombros. Después de echar un vistazo a cada lado del establo y lanzarle a Radnor una mirada rebelde, procedió a desabrochar el botón que sujetaba el extremo más largo de la falda de amazona. No estaba segura de por qué lo hacía; quizás era el hecho de que él era insoportablemente insistente o porque no quería regresar a casa y encontrarse con Bessie Wilson para continuar alimentando la mentira. O porque en verdad deseaba poder vivir de otro modo, adaptarse a un nuevo entorno, desafiar a quienes la habían convertido en lo que era. Cualquiera que fuera la razón para ceder, lo había hecho y la sonrisa torcida de Casper mostraba cuán satisfecho estaba al respecto.

—Puedo ayudarte con eso —musitó él sin disimular la diversión que experimentaba.

—¡Hazlo y te arrepentirás!

Él emitió una risa ronca mientras veía caer la falda en toda su longitud.

—Sí; muy buena chica. Unos pocos arreglos y estarás lista.

La ayudó a subirse a la silla de jinete ante la mirada curiosa pero disimulada de un par de sirvientes. Sin poder creer lo que estaba haciendo, Victory tomó la mano del conde al tiempo que ponía el pie derecho sobre el estribo. Se impulsó con la asistencia de él. Pasó la otra pierna por encima la grupa del animal. Cuidó que la tela de la falda cubriera todos sus movimientos. Era mucho más difícil de lo que parecía. Por suerte, llevaba puestos unos calzones largos, se dijo cuando estuvo a horcajadas sobre la silla de cuero.

Solícito, Casper comenzó a extender la tela para que cubriera en forma adecuada las piernas de Victory, que colgaban a uno y otro costado del animal. Aunque a ella le pareció que era algo estrecha, la falda se ajustaba muy bien a la nueva posición. De todos modos, no dejaba de sentirse extraña.

Radnor tiró de la brida, la condujo fuera de las caballerizas, como si ella fuera una niña paseando sobre un poni.

—¿Estará bien, lady Lovelance? —le preguntó burlón, con la brida todavía sujeta, como si no confiara en que la baronesa pudiera mantenerse a salvo a sí misma.

—Sí —respondió ella con sequedad.

Él se encogió de hombros. Dejó que ella se hiciera cargo del caballo. Luego, otro mozo le entregó al conde la montura; un exquisito corcel negro. De un salto se encaramó en el animal.

—Lo haces muy bien —la alabó mientras avanzaban por el prado en una cabalgata parsimoniosa—. Me cuesta creer que sea la primera vez que lo haces.

Aunque le había gustado escuchar aquello, Victory se negó a replicar o siquiera a sonreír. Desvió la mirada hacia el extenso valle de distintos tonos de verde. Cerca de allí, los dorados campos de trigo que ondeaban al viento parecían dunas bajo el resplandor del sol. En la cima de una pronunciada colina, una manada de ciervos rojos pastaba con aire perezoso.

—Dime una cosa, lady Lovelance —preguntó él al cabo de un momento para romper el apacible silencio que se había instalado entre los dos—. ¿Haces algo para entretenerte? Y estoy hablando en serio. No me hables de los hombres de Londres.

Victory lo miró de forma hostil, con los ojos entrecerrados, como si tratara de preguntarle por qué aquello venía al caso. Él le obsequió una risa juvenil, inmune a los desplantes.

—Vamos; debes de tener algún pasatiempo —murmuró—. ¿Acaso eres buena en la costura, el bordado y esas cosas? No lo pareces. —Vic puso los ojos en blanco. Lo decía como si estuviera familiarizado con ese tipo de damas, aunque ella sabía que no era así—. ¿No? Entonces pintas. —La chica negó con la cabeza; él se acarició el mentón con irritación. La observó con la intención de descifrarla. Sin pretenderlo, aquel intento por descubrir sus aficiones empezaba a divertirla—. ¿Te gusta la horticultura? ¿Coleccionas insectos? ¿Juegas a los naipes? Tiene que haber algo.

Ella suspiró.

—Toco el clarinete. Y cocino —soltó para acabar con su molesta curiosidad.

Lord Radnor se quedó sin habla un momento; parecía un poco aturdido con la información. Victory se preguntó qué de raro tenía que una mujer pudiera hacer esas dos cosas tan elementales. Al cabo de un momento, se volvió para encararlo. Puede que creyera que el clarinete no era un instrumento interesante o que cocinar era una tarea reservada para las criadas.

—¿Qué sucede? —Lo miró con recelo.

—Estaba tratando de recordar si conozco a una mujer que sepa cocinar.

—¿Y?

—Creo que eres la primera —dijo con una media sonrisa, pero ella podía percibir que no estaba burlándose; en cambio, parecía bastante impresionado—. Y sobre el clarinete: definitivamente me gustaría escucharte tocar.

—Para ser sincera —confesó—, hace mucho tiempo que no lo hago.

—¿Por qué no?

—Mi ama de llaves escondió mi instrumento. —Casper se la quedó viendo con curiosidad, esperaba oír el resto de la historia—. Ella cree que la música es una ofensa para los muertos. No he tocado desde que lord Lovelance murió.

—Es una estupidez —masculló con seriedad—. ¿Lo sabes, verdad?

Ella se encogió de hombros; ya ni siquiera se preocupaba por ello. La señora Coyle era una mujer de ideas arcaicas a la que solo había enfrentado cuando era vitalmente necesario. No valía la pena causar una refriega con ella para tocar un instrumento.

—Ya no importa.

Él sacudió la cabeza con desacuerdo y, tal vez, un poco de tristeza.

—Al menos has dejado de vestir de negro; eso me agrada —dijo al cabo de un momento. Sus ojos emitieron un brillo enigmático—. En el baile de los Ormond te veías hermosa.

—¿En serio? —inquirió al recordar las duras palabras que intercambiaron aquella noche infame—. No creo que lo hayas mencionado.

Él se infló el pecho con aire, como si estuviera dándose valor.

—Esa noche en particular estaba demasiado...

—Lo sé: ebrio.

—Iba a decir irritado, pero sí, eso también. Aunque no estaba tan bebido como para no notar que parecías una diosa.

—Casper, no vas a conseguir nada alabándome —murmuró sin mirarlo a la cara.

—¿No? —preguntó decepcionado y divertido—. Bien, entonces no mencionaré que por un momento pensé en desechar todo mi enojo y besarte en medio de la pista.

A su pesar, Victory se estremeció, pero no por las razones correctas. Sabedora del encomiable talento para seducir de lord Radnor, debía acabar aquella conversación de inmediato. Para su desgracia, sin embargo, solo consiguió imaginar el momento.

—¿Con toda esa gente mirándonos? —inquirió con un disgusto fingido.

—Sí. —Casper la observaba como un sátiro que busca tentar a una inocente hada del bosque. Aquella mirada le produjo a ella un leve espasmo que se esforzó por anular—. Nadie nos habría juzgado. Había parejas besándose en cada rincón de la mansión. Es lo que suele hacerse en las fiestas de los Ormond, por lo que escuché.

La joven recordó a Annabelle Thomas y a su misterioso amigo intercambiando atenciones en la gruta de los besos de Littleton House. Si el baile de los Ormond hubiera sido un evento tradicional y

alguien más la hubiera sorprendido, ahora mismo su prima estaría arruinada. Por suerte, Victory era una completa desconocida para la sociedad de Londres. Aunque hubiera protagonizado un escándalo incluso más degradante que involucraba una bofetada y una pelea de caballeros, nadie sabría jamás que ella era la viuda Lovelance, ni la marginada pariente de los Brandon.

Bueno, al menos nadie lo sabría si los próximos dos años se mantenía alejada de las malas lenguas y de hombres como lord Radnor, que personificaban la tentación, como una serpiente enviada para ella directamente desde el infierno. Un beso suyo la habría arrastrado a la gruta prohibida y, quizá, después hasta su casa. El efecto que él causaba en ella era tan demoledor que lo habría hecho posible en un abrir y cerrar de ojos.

—Si me hubieras besado, te habría abofeteado más pronto — mintió con el mentón alzado.

—No, no lo habrías hecho.

—Casper, si vas a actuar como un pesado, será mejor que dejemos esta conversación.

Él sacudió la cabeza, pero no parecía sorprendido por el rechazo de ella.

—¿Por qué siempre tiendes a huir? ¿Qué es lo que tanto te asusta?

—¿Qué quieres decir con eso?

—No haces más que evadir a las personas y a las situaciones que exigen un poco de ti —la acusó—. No eres una niña, Victory, tienes que enfrentar la vida con madurez.

El pulso se le aceleró; ¿quién le había dado licencia para cuestionar su vida con semejante desparpajo? ¿Por qué precisamente él se creía con derecho a juzgarla?

—¿Crees que es un acto de inmadurez negarme a cumplir dos años de encierro?

—¡Maldición! ¡Ya olvida eso! —gritó exasperado—. ¡Me refiero a mí y a lo que hicimos en el tren! —rugió. Ella se lo quedó mirando por un momento. Desde luego que se refería a eso—. Sabes que no vine para hacer negocios con Felton. Estoy aquí por ti.

—Ya veo —masculló, ignorando el suave hormigueo que le producían aquellas palabras—. ¿Qué no haría un hombre como tú por

conseguir el favor de una viuda disponible?

Casper la miró horrorizado; el rostro se le contrajo con una mueca de indignación tan genuina que Victory estuvo a punto de creer que de verdad la había ofendido.

—Tienes razón; no estoy para perseguir faldas, sean negras o no. — Hizo una pausa para recomponer el semblante o quizá para preparar una arremetida verbal contra ella; entonces comenzó a hablar muy rápido y en un tono muy alto que la hizo encogerse—. Estoy que me lleva el diablo por las deudas de mi familia. No tengo un penique. ¿Sabes qué debería estar haciendo al respecto? Debería estar en la mansión, cortejando a una de aquellas chicas. —Señaló la opulenta silueta de Westfall Hall que habían dejado atrás—. La dote de cualquiera de ellas acabaría con todos mis problemas y, seamos sinceros, no tendría inconvenientes en quedarme con la que más me interesara. Pero, en lugar de eso, estoy aquí, lady Lovelance. Ha de ser porque me importas un poco. O tal vez demasiado si también soy capaz de soportar tus desaires.

Desarmada ante aquel vehemente discurso, Victory apartó la mirada.

Bien, parecía bastante lógico que, a falta de dinero para solventar los problemas de su finca, Casper considerara la posibilidad de desposar a una joven con una buena herencia. Algo similar le había sucedido a lady Olivia en su juventud, según había oído alguna vez. Antes del matrimonio de los abuelos maternos de Vic, los Lorens, que se ufanaban de ser descendientes de los duques de Rockingham, habían sufrido un violento descalabro económico, por lo que los padres de lady Olivia pactaron un enlace con el joven Logan Brandon, un hombre sin título ni procedencia aristocrática, pero con una fortuna incalculable debido a exitosas inversiones en la bolsa. Los Lorens lograron salir a flote gracias a la ayuda del nuevo yerno, lo que hizo que la vida de lady Olivia hubiera sido opulenta.

Sí, la gente recurría a los matrimonios ventajosos para huir de la pobreza. Casper no era la excepción. Para él, sería muy sencillo escoger a una joven de gran fortuna para convertirla en su esposa. La idea le resultó perturbadora, por no decir dolorosa. Pero también era cierto que él había optado por buscarla a ella en lugar de ir tras

aquellas chicas.

—Has decidido vivir una vida sin las restricciones de tu condición de viuda —dijo con suavidad, lo que interrumpió las cavilaciones de la muchacha—, ¿por qué no me dejas entrar en ella?

Casper la miró enternecido y al mismo tiempo electrizado. ¿Cómo podía valerse de una simple mirada para hacer que el corsé cobrara vida y amenazara con engullirla? Su manifiesto interés, sus palabras llenas de deseo, también le habían aflojado las rodillas. Inexplicablemente, ahora creía las palabras de la noche anterior, cuando se disculpó por el horrible comportamiento en el baile de máscaras.

—No deseo hacerlo —mintió. Su voz fue un susurro áspero; trataba de asirse a una renuente hostilidad, el único soporte que la mantendría a flote.

—No te creo —susurró mientras la mano masculina viajó hasta la cara de la chica, pero ella la apartó, impaciente por recuperar la cordura.

—¡Ya basta! —exclamó con los ojos cerrados—. Esto no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque lo único que deseo tener una vida tranquila —dijo exasperada; después, un rubor ardiente le abrasó las mejillas—. Aunque sea una a medias, donde tengo que permanecer escondida para evitar que mi propia familia y hasta gente que ni siquiera conozco me destroe. En dos años quiero salir a la calle y saber por primera vez lo que se siente ser aceptada.

Victory temió haber revelado demasiado de sí misma en aquel arrebatado de palabras, pero Casper se limitó a mirarla.

—Puedo entender que no sea sencillo para ti.

—No, Casper, ¡no tienes ni una maldita idea de lo que significa!

Lo que siguió fue un minuto meditabundo. Victory no pasó por alto el semblante serio pero combativo de lord Radnor, como si estuviera librando una embarazosa lucha interna.

—Entonces dime qué ocurre. No quiero dejar que te enfrentes a esto sola —dijo con suave resolución después de un largo silencio; ella creyó ver un atisbo de vulnerabilidad en esos ojos—. Lo que he venido a decirte es que quiero que me dejes estar a tu lado, bajo las

condiciones que consideres apropiadas.

El viento cálido le sopló en la cara. Victory estuvo a punto de caerse del caballo por la impresión. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. El siempre arrogante, burlón y resentido lord Radnor estaba dispuesto a quedarse a su lado. Sería ella quien decidiera la naturaleza de la relación. Escéptica, clavó la mirada en él, para dilucidar la mentira en sus palabras, pero para su sorpresa, solo se encontró con un rostro sincero. Peligrosamente sincero.

Dada la viudedad, Victory había esperado una proposición atrevida, pero no había nada lascivo en las palabras de Radnor. Todo lo que aquellos ojos grises reflejaban era una dulzura descorazonadora, cargada de promesas muy fáciles de creer.

—Casper, eso sería... —tartamudeó.

Victory se sorprendió sopesando las posibilidades de un romance con él, pero la voz se le quebró antes de culminar la frase. Temblaba ante el riesgo de que la abuela, las hermanas de su madre, Rebecca McLean o todas juntas descubrieran que estaba con un hombre cuando la muerte de su marido era tan reciente. No tenía la fuerza para enfrentar a esas mujeres. Podía lanzar arañazos cuando la provocaban, pero, en el fondo, era tan cobarde como un gato asustado. Si la descubrían, la sociedad la condenaría al ostracismo, como a Clarissa; su familia quedaría arruinada.

Por otra parte, ¿qué le esperaba entregándose a un hombre como lord Radnor? Era cierto que le gustaba más de lo que podía admitir, que la hacía fantasear con situaciones bastante comprometedoras, pero ¿adónde la arrastraría todo aquel desvarío carnal? Corría el riesgo de enamorarse de él como una tonta. ¿Cuán dolida podía terminar si un buen día la abandonaba? Después de todo, como decía Clarissa, un hombre de su posición debía contraer matrimonio algún día, aunque fuera para engendrar un heredero. Para ello debía escoger a una dama respetable, no a una viuda fugitiva, bastarda, sin más familia que unos hijastros iracundos y una anciana demasiado inflexible que la había escondido desde su nacimiento por vergüenza.

Lo que más le convenía a Casper, que estaba quebrado, era hallar una esposa acaudalada que le proporcionara una dote con qué enmendar los problemas financieros; una esposa como lady Sophia

Felton o Bessie Wilson.

—¿Cómo va la búsqueda de pretextos? —le preguntó él con humor, inclinado hacia adelante sobre el caballo—. Deberías ser capaz de responderme en diez segundos, de lo contrario es que no hay razones para que no te vayas conmigo al matorral más cercano —susurró de un modo tan sensual que le erizó los vellos de la nuca.

Ella no había notado que los caballos se habían detenido en medio de un caminito de grava a cuyos lados se extendían los campos de trigo. Tenía el campo visual eclipsado por la visión de Casper, por ese rostro de facciones fuertes y varoniles, suavizados por las emociones que acababa de descubrir en él, tan diáfanos como el agua de un manantial. La hendidura en el mentón le creaba una pequeña sombra en forma de media luna debajo de su boca. El suave olor a madera y almizcle de la piel de Radnor, mezclada con su sudor, le trepó por la nariz, embriagándola. Solamente él podía decir algo tan soez como que la llevaría al «matorral más cercano» y hacer que su cuerpo reaccionara.

Pero su mente seguía tomando la delantera.

—No voy a tomarte por amante —murmuró ahogada por los nervios. Se negaba, aunque, en verdad pronunciara con deseo aquella última palabra. Quería que todo fuera distinto y poder estar con él. Estaba así: luchando contra aquello con todas sus fuerzas—. Aunque quisieras no podrías llenar los zapatos de mi marido. No voy a traicionar la memoria de Lovelance con un hombre como tú —dijo por fin.

El conde la miró con mudo asombro; deliraba por un golpe que no había visto venir. Ni siquiera ella pensó que podía echar mano al matrimonio con el barón para mantener a Radnor a raya, pero no sabía qué más hacer.

Victory no le dio oportunidad para replicar. En ese instante, por suerte, lord Felton y Clarissa surgieron delante de sus ojos: cabalgaban en una colina cercana. La joven espoleó el caballo para reunirse con ellos, con la esperanza de que aquellas palabras que acababa de pronunciar bastaran para mantener a Casper alejado de ella.

* * *

El día siguiente por la mañana, visitaron la pintoresca villa de los trabajadores de la finca Westfall.

El lugar era un caserío agrícola con un notable encanto medieval, rodeado de pastos y tierras cultivables hasta donde alcanzaba la vista. La estrecha calle principal estaba flanqueada por una hilera de casas de piedra con techos de pizarra y algunas viviendas rurales de arcilla. Los alféizares de las ventanas estaban atiborrados de flores de estridentes colores. En los patios, la ropa recién lavada ondeaba al viento, lo que propagaba un olor a jabón en el aire. Una mujer que usaba delantal se asomó por una de las ventanas. Saludó con la mano a los visitantes que venían al galope.

Mientras se adentraban en la ocupada comunidad, lord Felton les hablaba a sus invitados de las labores de la finca Westfall, cuya actividad esencial era el cultivo de trigo, avena, cebada, nabos y guisantes. No obstante, también había gente en la villa que se dedicaba a la cría de alces, la fabricación de ladrillos o, incluso, a la alfarería, lo que contribuía cuantiosamente a la economía de la zona.

A poca distancia de la villa fluía, el río Perry, sobre el que se elevaba un arqueado puente de arenisca que comunicaba el caserío con los terrenos. Allí, los campesinos se afanaban en el trabajo con la ayuda de una máquina de arado de tracción a vapor, una gran armazón de hierro, similar al vagón de un tren, que se movía sostenida por correas a lo largo del terreno. Según les había comentado Felton, la finca estaba dotada con la más avanzada tecnología disponible.

Tras avistar los cuatro caballos que se aproximaban a la villa, tres hombres corrieron a recibir a los visitantes. El vizconde los saludó e hizo las presentaciones de rigor. Uno de ellos era el señor Burroughs, un hombre fornido, a pesar de su edad madura, cuya aura de autoridad era bastante notoria. Era el responsable de la siega de granos. Los otros dos aldeanos, muy jóvenes en apariencia, parecían ser ayudantes.

Después de intercambiar un par de comentarios sobre el trabajo que se estaba llevando a cabo en el campo, Burroughs se ofreció a

guiar a los invitados de su señor en un recorrido por la villa. Conocieron la escuela, que era un pequeño edificio anexo a la iglesia donde los niños recibían lecciones por parte de maestros pagados por lord Felton. El lugareño condujo a los visitantes por un pasillo principal antes de pasar por la rectoría, el salón de reuniones y el comedor mientras les contaba cómo él y un puñado de muchachos de la aldea habían construido la escuela con sus propias manos.

Como era sábado, no habría rastro de los niños hasta el próximo lunes, pero el espíritu infantil se respiraba en cada rincón del lugar; desde las paredes que exhibían pinturas de paisajes al óleo hechos por los alumnos, hasta una fotografía en grupo donde más de treinta niños posaban en el patio en perfecta formación.

Luego, el amable hombre les mostró una de las aulas. El recinto de clases era amplio y ventilado, equipado con pupitres de madera, un escritorio de haya, escaparates repletos de tomos forrados en cuero y un pizarrón negro sobre un caballete. El lugar contaba, además, con un sinfín de recursos didácticos que no eran abundantes en muchas escuelas, al menos no en las rurales. Aunque hacía ocho años que la educación primaria gratuita se había implantado en Inglaterra, era bien sabido que no todos los poblados del país contaban con escuelas públicas. Por ello, la intención de lord Felton de ofrecer una a los hijos de los trabajadores de su propiedad se volvía a todas luces admirable. ¿Cuántos pares del reino se gastaban miles de libras en prostitutas, joyas, ropas de modistos famosos, carruajes o incluso despilfarraban montones de dinero en las mesas de juego? Harvey Felton, en cambio, dedicaba una parte considerable de sus recursos en ayudar a otros. Casper no podía decir que conocía a muchos hombres con tan buen corazón.

Por un momento, se imaginó haciendo lo mismo en la finca Radnor. Después fue consciente de que primero debía solventar algunos problemas con el dinero.

El conde siguió a Victory con los ojos cuando se acercaba a un globo terráqueo situado en un rincón del aula. La miró absorto, sin olvidar por un segundo la dolorosa discusión del día anterior, cuando había rechazado la proposición en la que él había depositado todas sus esperanzas. Con las yemas de los dedos, la chica recorrió los

países y continentes a escala, extasiada por la complejidad del mundo, sumida en un ligero trance de estupor. Casper habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando en ese momento.

—Me gustaría mucho donar algunos libros —dijo de pronto con la vista elevada hacia las estanterías—. Mi esposo, escribió varios volúmenes de ciencia para niños. Estoy segura de que serán de mucha utilidad.

Radnor se frotó la nuca con la palma de la mano. No era agradable recordar que el marido de Victory había sido un hombre infinitamente más listo que él; tampoco lo era pensar en cómo lo había alabado. Aunque quisieras no podrías llenar sus zapatos, le había restregado aquellas palabras en la cara para dejarlo dolido y más confundido que nunca.

A pesar de todo, el gesto de obsequiar los libros a la escuela del poblado le pareció adorable. Era evidente que la obra la había conmovido, como lo revelaba esa mirada atenta y maravillada. No podía reprocharle nada en ese momento.

—Milady, es muy generoso de su parte —concedió el señor Burroughs con grato asombro, como si no hubiera esperado un detalle semejante por parte de una dama tan distinguida. Desde luego, la generosidad que Felton ponía de manifiesto no era muy imitada en el condado.

—Muchas gracias, lady Lovelance. Es usted un encanto —añadió con dulzura la directora de la pequeña escuela, la señorita Minton—. Me encargaré de que todos en el pueblo sepan de su buen corazón. Y, por favor, dele las gracias a su marido también por esta magnífica contribución.

La chica le obsequió una sonrisa forzada. Aún no estaba cómoda con la mentira que se le había ocurrido a Casper en el vestíbulo, cuando aquella chiquilla atolondrada llamada Bessie Wilson la había interrogado de la manera más invasiva. De todos modos, ambos sabían que había valido la pena.

Cuando la visita a la escuela culminó, las mujeres se adelantaron entre cuchicheos. La señorita Minton, que le había tomado cariño a Victory, las llevó a ella y a Clarissa hasta su casa para ofrecerles té y pastel de moras. Radnor y Felton declinaron la invitación convencidos

de que allí los esperaba una buena dosis de cháchara femenina. Además de ello, una nube de tensión estaba empezando a cernirse sobre ellos, no solo por el hecho de que Victory había decidido ignorar tenazmente a Casper, sino porque las cosas al parecer no pintaban bien entre Clarissa y Felton.

Aquel día, los empalagosos amantes apenas se habían saludado. Habían hecho de todo para evitarse el uno al otro; sus temas de conversación se habían agotado y sus miradas cariñosas se habían tornado esquivas. La mayoría del paseo hasta la aldea había transcurrido en silencio, hasta que el conde hizo un par de preguntas y Harvey comenzó a hablar de su finca.

Radnor los había escuchado discutir en los establos la mañana anterior, antes de ir a cabalgar. Aunque se había alejado de allí con rapidez, no había podido evitar ser testigo de una parte de la discusión.

—¿Estás bromeando? —le había preguntado el vizconde, irritado y escéptico a su amante—. ¿Quieres que le pida a mi hermana que se marche de nuestra casa?

—Por favor, Harvey. Eso no es lo que he dicho —se defendía Clarissa—. Tan solo creo que, si fueras un poco más firme con ella, no se comportaría de esa manera. La has mimado demasiado, y cree que puede hacer lo que le plazca.

—Sophia se comporta de esa manera porque tú estás aquí.

—Y crees que tiene razones para sentirse ofendida, ¿no es así? —atacó—. Después de todo no soy más que una viuda con terrible fama que ahora está con su hermano.

Es una suerte que mis padres no hayan tenido más hijos, pensó Casper mientras se alejaba de las caballerizas. Quizás él no sería tan condescendiente con una mocosa maleducada como Sophia Felton, por lo que, a esa altura, ya se habría deshecho de ella casándola con el mejor postor. Aunque, por supuesto, él no tenía hermanas, por lo tanto, no tenía idea de lo que su amigo estaba sufriendo.

—Deberías venir conmigo a ver los silos —dijo Felton de pronto para recomponer el semblante abatido—. Tengo una nueva máquina que puede segar el trigo dos veces más rápido que el resto.

—Esto estaría bien —concedió Radnor en tono amigable—, pero

¿qué te parece si antes me cuentas qué es lo que está sucediendo? — Miró a las mujeres que se alejaban en dirección a la vivienda de la señorita Minton.

El vizconde suspiró con amargura.

—Nada. Nada aparte del hecho de que mi amante y mi hermana menor están bajo el mismo techo queriendo matarse, y que las dos están volviéndome loco.

—Celos femeninos —exhaló Casper con la intención de restarle importancia al asunto—. Ya conoces a las mujeres; si no poseen todo lo que las rodea, no se sienten a gusto.

—Quisiera creer que se trata de algo tan simple como eso — murmuró el vizconde mientras retomaban la caminata hacia los silos —, pero las conozco demasiado. No dejan de acusarse la una a la otra ni de exigirme cosas. Sophia está convencida de que Clarissa es una viuda inmoral que solo persigue mi título. Por su parte, Clarissa piensa que mi hermana es una chiquilla malcriada y manipuladora que busca controlarme. Si no hago algo pronto para detener esto, el resto de la semana va a ser un infierno.

—¿Por qué no las animas a que se conozcan un poco?

—Créeme, Radnor, eso no va a funcionar. Por el bien de todos, yo mismo me he encargado de mantenerlas a millas de distancia. Todo se fue al diablo cuando la fiebre llegó a Nettlestead. —Casper lo miró con curiosidad, ralentizando su paso por el sendero—. Clarissa no es la clase de mujer a la que llevarías con tu familia, mucho menos cuando tienes una hermana menor a la que se supone debes ofrecer un ejemplo paterno.

—¿Y qué piensas hacer?

El vizconde suspiró de nuevo; cuadró los hombros determinación.

—Espero que lo correcto.

—Espera, no estarás pensando terminar con ella, ¿verdad? —El vizconde no contestó; Casper asumió el silencio como una afirmación—. Felton, ¿qué diablos te pasa? Ella es perfecta para ti. Los he visto juntos. No demasiado, pero lo suficiente para darme cuenta de que esa mujer te va de maravilla.

—Lo sé, maldita sea —gruñó con impotencia—. Pero lo nuestro no iba a durar para toda la vida. Los dos lo sabíamos. —Después añadió

pensativo, sin deshacer el ceño fruncido—: Ya tengo edad para casarme.

—¿Y no has considerado hacerlo con ella?

—No. Ni hablar: no es la indicada. Su pasado es inaceptable; además, es demasiado mayor para concebir. Si no pudo tener hijos con su marido, mucho menos lo hará a esta altura.

—El marido de Clarissa era un viejo.

—Da igual.

Se detuvieron bajo la sombra de un árbol, a mitad de camino hacia uno de los depósitos de granos. Meditabundo, el vizconde apoyó una mano sobre el tronco áspero mientras contemplaba la hilera de casas, más allá de los campos dorados de trigo.

El conde lo miró atónito, escéptico. ¿Era ese el perfecto lord Felton al que todo el mundo ensalzaba?

—Te casarás, ¿eh? ¿Y tienes a alguien en mente?

—Podría ser cualquiera. Da lo mismo —dijo con marcado desdén.

—¿Y cuándo se lo dirás?

—Supongo que cuando regresemos a Londres. Cuanto antes, mejor.

—Felton, ¿no crees que estás llevando esto demasiado lejos? —Casper lo miró con seriedad; quería razonar con él—. Te sugiero que lo pienses unos días, con mente fresca. Sophia madurará muy pronto; en cuanto comience a asistir a bailes y conozca a un bribón que la decepcione por completo tendrá otras cosas en las que pensar además de torturarte.

—Esto no se trata de Sophia ni de Clarissa, Radnor —gritó el vizconde—. Se trata de mí. Lo que está haciendo mi hermana es recordarme cuál es mi deber con esta familia. No puedo desposar a una viuda que se ha acostado con al menos tres de mis conocidos y que no está en capacidad de darme un heredero. Sería el hazmerreír de Londres. Mi única hermana me perdería el respeto. ¿Eso es lo que quieres que me suceda? ¿Quieres verme caer en desgracia?

—¿Puedo confesarte algo, Harvey? —usó su nombre de pila de manera intencional. El aludido asintió—. Esta mañana, cuando vi tu finca, la escuela y todo lo que has construido para tu gente, después de escuchar las maravillas que todo el mundo habla acerca de ti, me

dije a mí mismo que, aunque lo intentara el resto de mi vida, jamás podría ser tan bueno como tú. Pero ahora me doy cuenta de que no eres tan distinto al resto de los lores que conozco. —Al decir esto último hizo una floritura exagerada con la mano—. No, mi buen amigo. Eres otro bastardo prejuicioso auto condenado a envejecer al lado de una bruja refinada y de buena familia, a la que solo le importan las joyas y a la que terminarás engañando con prostitutas cuando tengas la menor ocasión.

Felton lo escuchó lívido, con los ojos como platos.

—¿Qué bicho te ha picado? ¿Por qué la tomas conmigo?

—Si yo tuviera una sola maldita migaja del cariño de Victory, tan solo una ínfima parte, ¿sabes que haría?: me aferraría a él con todas mis fuerzas. ¡Mandaría todo al diablo! Podría incluso obviar el hecho de que estoy en la ruina y de que, si no hago algo pronto para conseguir dinero, Radnor Court se caerá a pedazos. —Casper esperaba una reacción de estupor ante aquella atropellada confesión; Felton, sin embargo, no hizo más que observarlo con frialdad—. Haría todo por ella, ¿entiendes? —añadió con más emotividad de la que podía permitirse—. Tú, en cambio, tienes a una mujer a la que veneras, pero de la que quieres deshacerte porque no cumple a la perfección con los altos estándares morales de tu hermanita y de la gente que te rodea. Gente que te hará pedazos a tus espaldas de todos modos por cualquier otra razón, en cuanto te des vuelta.

Una ráfaga de viento estremeció las plantas de trigo e hizo susurrar las hojas del árbol que les protegía del sol. El vizconde hizo silencio por un instante, pero luego su pecho se infló de amarga determinación.

—Tú puedes hacer lo que te plazca, igual que siempre —dijo desdeñoso—. No tienes a nadie a quien rendirle cuentas.

—Si tengo, Felton. A mí.

—Me alegro por ti, entonces.

La mirada trastornada que el vizconde le envió fue bastante elocuente. Cómo te envidio, gritaba silenciosa. Casper jamás creyó que podría sentir lástima por Harvey, el hombre que hasta hacía unos pocos días parecía tenerlo todo, pero que, en esencia, estaba tan quebrado como él mismo.

—Ojalá ella te reciba de nuevo cuando cambies de parecer —le dijo de manera amigable, pero Felton apartó la vista. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Creo que ya no me apetece ver los silos.

Dicho esto, se marchó de los cargados campos de trigo.

Capítulo 11

Casper entregó el caballo al mozo de cuadra antes de regresar exhausto a la mansión. Había pasado la tarde cabalgando a solas por los campos de la finca de lord Felton para despejarse un poco. Sin embargo, los asuntos que tan cargado lo tenían habían terminado por superarlo.

Las palabras del administrador de Radnor Court le resonaban en la mente, estridentes como campanas. En la carta que le había sido entregada ese día, Pearson le solicitaba una autorización escrita para vender algunas piezas de arte de la colección familiar, a fin de saldar las cuentas del sepelio de John, las facturas de los proveedores y los salarios demorados de los miembros de la servidumbre. Ya antes había tenido que firmar autorizaciones para deshacerse de los magníficos caballos del abuelo. Lo había hecho mientras se tragaba una sarta de maldiciones. Ahora debía hacer lo mismo con los cuadros que habían permanecido en la vieja casa por generaciones, a sabiendas de que probablemente no sería la última vez que debiera saquear el patrimonio familiar para atender las interminables deudas.

Frustrado, dolido, inútil; así se sintió mientras firmaba el trozo de papel con un nudo en la garganta. Temía encontrar un edificio desolado a su regreso a Radnor Court.

En varias ocasiones había considerado solicitar un préstamo e incursionar en algunos negocios incipientes que parecían muy atractivos, entre ellos, la construcción de tranvías eléctricos de uso público o una de esas compañías navieras que transportaban carne congelada desde América del Sur. Después, sin embargo, se había recordado que no era momento para aventurarse. Casper nunca había sido un hombre de visión cortoplacista, pero, dadas sus precarias

condiciones, sabía que embarcarse en inversiones tan inciertas podría terminar de hundirlo en la miseria. Estaba convencido de que lo único que podía salvarlo de la ruina sería hacerse con una buena suma de dinero contante y sonante.

La carta de Pearson no era la única que le había sido entregada esa tarde. Jendring, el abogado de la familia, también tenía noticias; buenas noticias, según él mismo. El astuto viejo había logrado conseguirle una invitación para un baile que los Leyburne ofrecerían la semana siguiente en su mansión de Belgravia Street: la oportunidad que tanto había aguardado para conocer a Edwina, su futura esposa. Naturalmente, aquella habría sido una buena noticia de no ser porque ahora le importaba muy poco lo que sucediera con la chica.

Para desgracia del conde, lady Lovelance había aparecido para desbaratar sus planes de conseguir una esposa rica. Desde el mismo momento en que le hizo el amor en aquel trémulo vagón de tren, se sintió unido a ella de un modo inexplicable. Ahora podía confirmar que aquella emoción lo había arrastrado a un territorio peligroso donde sus esperanzas eran pisoteadas y su orgullo vapuleado. Se había vuelto consciente de que no debería estar en la finca de Felton sino en la propia, de que tenía que ocuparse de los problemas en lugar de suplicar por el cariño de una chica huraña y testaruda que se empecinaba en rechazarlo. Empezaba a tocar fondo.

Casper luchó para despejarse la mente atribulada mientras cruzaba la puerta de la habitación de huéspedes de Westfall Hall. Debía asearse y prepararse para la cena. Se deshizo de los guantes y de la casaca de montar con un movimiento brusco; luego, desbarató el nudo de la corbata. Con las manos sudorosas, desabrochó uno a uno los botones de la camisa de lino. Ansiaba un baño que lo despojara del olor a caballos y sudor. Tenía demasiadas cosas que decidir esa noche.

Entonces, un movimiento furtivo en uno de los rincones del dormitorio lo sobresaltó. Se puso en guardia, como un animal amenazado, pero, en cuanto divisó a la bella intrusa, la conmoción dio paso a la curiosidad.

—Vamos, milord, no se intimide por mí —dijo la pelirroja con una vasta sonrisa de admiración femenina—. Por favor, continúe con su

rutina.

Bessie Wilson, la amiga de lady Sophia Felton, estaba sentada en un sillón al fondo de la habitación, con la postura de una aplicada alumna de catecismo y la mirada de una meretriz codiciosa. Casper entrecerró los ojos mientras asimilaba la situación con la mayor frialdad posible. Las atenciones de la chica no le habían pasado por alto los últimos días. La hija del magnate maderero parecía bastante entusiasmada con él, aunque Casper no había hecho el menor esfuerzo por corresponderla.

No era la primera vez que una mujer se colaba en su alcoba sin ser invitada, pero ni en sueños alguna de ellas había sido una debutante.

—Señorita Wilson, ¿no le parece que este es un lugar un tanto inapropiado para una visita?

—No, milord. Encuentro su dormitorio bastante sereno y agradable. —Bessie paneó el lugar con una mirada maravillada, como si en lugar de una aburrida habitación se encontrara en el interior de un palacio persa—. La brisa favorece mucho más este lado de la mansión. Es injusto para los que habitamos del otro lado, ¿no le parece?

—Me temo que no me corresponde la decisión de ubicar a los invitados. ¿Qué le parece si hace la petición al mayordomo? —replicó con una sonrisa educada.

—No es necesario. —La chica sacudió la cabeza, divertida.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, señorita Wilson?

—Esperaba que fuera todo lo contrario.

El conde le obsequió una sonrisa interrogativa, aunque era consciente de que toda cortesía que le dispensara a aquella chica solo alentaba su juego. A esa altura, un caballero con dos dedos de frente la habría puesto en el pasillo y cerrado la puerta en las narices.

—¿Disculpe?

—Es usted un hombre admirable, lord Radnor.

—¿Me lo dice a mí? —Enarcó una ceja con leve asombro.

Bessie elevó las comisuras de la boca mientras se ponía de pie con gracilidad.

—Me atrevo a decir que su forma de caminar y de hablar es la de un hombre muy seguro de sí mismo.

—Me ha estado observando —reconoció mientras se abotonaba la camisa de nuevo—. No sé si sentirme halagado o empezar a temerle.

Encantada con el humor mordaz del conde, la chica soltó una risita. Luego lo observó con un dejo reflexivo.

—Pero nadie creería que, debajo de toda esa tenacidad, hay un hombre en una situación económica tan lamentable.

Las palabras de Bessie fueron como un gancho a su orgullo.

—¿Qué?

—Lo siento: no pude evitar echarles un vistazo. —Señaló con el mentón las cartas del administrador y el abogado, desplegadas desfachatadamente sobre el secreter—. Sé que es un caballero y sabrá disculpar esta pequeña insolencia —dijo con un mohín de falso arrepentimiento.

Maldita mocosa entrometida, berreó para sus adentros en tanto que contenía las ganas de echar a la odiosa muchacha. Una cosa era que no la reprendiese por colarse en su habitación para coquetear o para un revolcón furtivo, algo que él no deseaba proporcionarle. Otra muy distinta, que la dejara curiosear en su correspondencia y burlarse de su precaria situación financiera; a ella, precisamente, una condenada *gentry*. No iba a divertir a una burguesilla caprichosa con sus apuros económicos.

—Señorita Wilson, le ruego que se marche de mi habitación en este instante —le espetó.

—¿Por qué? Todavía no he hablado con usted.

—Me temo que no se lo han dicho, pero el dormitorio de un hombre no es lugar para hablar.

—Mi padre me legará trescientas mil libras cuando me case —le soltó ella desafiante cuando Casper se disponía a acompañarla a la puerta—. ¿Le gustaría ser el feliz cobrador?

El conde se detuvo en seco, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Bessie Wilson le proponía matrimonio y usaba como carnada la astronómica cifra de su herencia. La muy desgraciada sabía cuánta falta le hacía el dinero, se estaba aprovechando de ello. El lado práctico de su mente sugirió dar el consentimiento inmediato, antes de que Bessie cambiara de opinión. Trescientas mil libras era justo lo que necesitaba para salir del agujero de deudas en el que lo habían

depositado sus predecesores. Jamás soñó una oportunidad como aquella. Comprometerse, sin embargo, con aquella jovencita desfachatada y conspiradora significaba acabar para siempre con las posibilidades de recuperar a Victory. La disyuntiva le produjo un estremecimiento repentino en la columna vertebral, un hálito de culpa y anhelo reprimido. A pesar de sus esfuerzos, la vacilación se hizo evidente; Bessie sonrió con sobrada convicción.

—Piénselo si lo desea —insistió con la tenacidad de un vendedor de enciclopedias—. Nos convendría a ambos. Yo podría ser una excepcional lady Radnor, se lo aseguro. Además, creo que nuestros hijos serían hermosos, ¿no lo cree así?

Luego de reprimir un silbido de estupor, Casper apeló al cinismo.

—Señorita Wilson, su propuesta ha sido tan poco romántica que voy a echarme a llorar.

—No sea tonto —dijo y lo atravesó con la mirada.

—Estoy anonadado con sus habilidades para la negociación —se obligó a decir—, pero debo declinar la oferta.

—¿Por qué? ¿No lo está viendo? Soy su salvación. Si no se casa pronto con una heredera o asalta un banco terminará en la calle, Radnor.

—Asaltar un banco. No lo había pensado. Tomaré nota mental de la sugerencia.

—Estoy ofreciéndole un trato muy atractivo.

—No quiero su dinero.

—Por favor, no se haga el imbécil —chilló Bessie mientras daba un fiero taconazo en el suelo de madera—. Sé lo que está tramando, Radnor. Le tiene el ojo puesto a Edwina Leyburne. ¡Lo dice la carta!

—Eso es asunto mío —rugió él—. No debió haberla leído.

—¿Qué tiene esa bruja presumida que yo no?

—¿La conoce?

Bessie puso los ojos en blanco, como lo haría una niña impaciente.

—Por supuesto. Estoy segura de que no le conviene: es una perra.

—Esa palabra no es adecuada para una dama.

—¿O acaso es a esa insípida lady Lovelance a quien persigue? —La chica desdeñó las palabras burlonas de Casper en tanto que empezaba a observarlo con ojos suspicaces—. He visto cómo la mira. Me

pregunto si el marido de ella sabe que usted le tiene tanto aprecio.

—Es muy atrevida al venir aquí a hacerme una proposición. Si su institutriz pudiera verla ahora, de seguro le provocaría un ataque de urticaria.

—No se preocupe por ella, Radnor. Debería agradecerme que esté dispuesta a ofrecerle este trato. Por lo que vi en esas cartas está así de cerca de la mendicidad, cariño. —Acercó el dedo pulgar al índice hasta dejar un espacio de más o menos un centímetro. Sí, la pequeña arpía había acertado—. Estoy segura de que el señor Jendring y el señor Pearson intercederían a mi favor si pudiesen oírnos. —Se cruzó de brazos con una sonrisa de autocomplacencia.

La paciencia de Casper comenzaba a resquebrajarse.

—Querida, estoy seguro de que otros condes, marqueses y puede que hasta duques estarían encantados de tomarla por esposa.

—No quiero a otros: lo quiero a usted —prorrumpió acercándose más a él. Con las palmas de las manos le rozó el pecho provocándole un estremecimiento inesperado; los dedos de Bessie subieron hasta alcanzarle el cuello—. Casper... —susurró.

Entonces, antes de que el conde pudiera lanzar otro de sus comentarios sarcásticos, Bessie lo sorprendió con la guardia baja. Se puso de puntillas, le rodeó los hombros con los brazos y le plantó un fogoso beso en los labios. Malditos fueran sus instintos que reaccionaron con inusitado ardor. Por un segundo, su mente se obnubiló ante el contacto de unos labios suaves y hambrientos, el calor de un cuerpo con curvas y un delicado perfume femenino. Estaba tan necesitado que se dejó llevar hasta que la cordura regresó de golpe. Se separó de ella tan rápido como le permitieron los reflejos.

—Lo siento, querida Bessie —jadeó—. La respuesta es no.

La chica lo miró con ojos de incredulidad. A decir verdad, él tampoco podía creer que hubiera rechazado aquella oportunidad.

—Olvídelo. Es mejor que se marche antes de que alguien la vea —le dijo con seriedad—. Y cierre la puerta al salir, ¿quiere?

—Bastardo —le gritó antes de cruzar la puerta hecha una furia.

* * *

—¿Por qué no me cuentas qué pasó?

Clarissa sorbió por la nariz; se dio vuelta en la cama. Los ojos azules, enrojecidos después de una tarde de llanto tendido, se rehusaban a mirar a Victory. Ella jamás la había visto en semejante estado de desamparo, por lo que comenzó a preocuparse de verdad. La hermosa viuda que siempre había mostrado un semblante de vivacidad y fortaleza, ahora le parecía sorprendentemente frágil, como una niña perdida.

Después de volver de la cocina de Westfall Hall, donde había pasado la tarde charlando sobre recetas con la señora Kidwelly, la cocinera de la mansión y sus ayudantes, Victory había encontrado a la viuda Bailey tendida en la cama, deshecha en llanto. Sabía que todo guardaba relación con lord Felton y su ponzoñosa hermana porque había oído algunos débiles cuchicheos de las sirvientas. Se decía que una terrible discusión se había desarrollado en la biblioteca, que lady Sophia había terminado herida. Sin embargo, lady Lovelance no lograba todavía sacarle una palabra a la viuda Bailey. Estaba demasiado abatida para hablar. Por lo tanto, lo único que la baronesa había podido hacer era hacerle compañía y ofrecerle pañuelos para las lágrimas.

—Ese día que tanto temía ha llegado, Vic —susurró finalmente.

Sabía exactamente a qué se refería. Consternada, se tapó la boca con ambas manos. No podía ser cierto.

—¿Te lo dijo?

—No hizo falta.

Clarissa se sonó la nariz con un pañuelo que su amiga le tendió.

—Cuéntamelo.

La viuda se tomó el tiempo para hablar.

—Harvey y yo estábamos en la biblioteca tratando de tener una conversación sobre nuestro futuro. No sabes cuánto me costó lograr que me diera la oportunidad de defenderme de todas las cosas horrendas que ha dicho su hermana de mí. Creí que todo iba a solucionarse. De pronto, llegó Sophia con ese acostumbrado mal humor. Parece que estaba determinada a negarnos un solo minuto a solas. Enloqueció cuando notó que yo llevaba puestos los aretes de esmeraldas que Harvey me regaló en mi cumpleaños, ¿los recuerdas?

—Victory asintió sin dejar de peinarle los estropeados rizos dorados—. No tienes idea de lo que hizo. Quiso saltarme encima para arrancármelos como una salvaje. Harvey tuvo que agarrarla para impedir que me golpeará, pero daba patadas al aire como una demente. Luego comenzó a insultarme. Dijo que los aretes eran de su madre, que no podía creer que me los hubiera dado a mí, que no los merecía —sollozó—. Y dijo que yo no era más que una vulgar prostituta que solamente debería usar bisutería barata.

Victory dejó escapar un resoplido de furia. Si hubiera tenido a lady Sophia enfrente, de seguro la habría abofeteado.

—¿Qué hizo Felton?

—Cuando Sophia se dio cuenta de que no podría golpearme, se rindió y comenzó a llorar como una niña. Harvey la tomó en brazos para consolarla. —Las lágrimas retornaron al rostro de Clarissa—. Debiste haberla oído, Vic. Le suplicaba que terminara con lo nuestro, que no siguiera haciéndole daño, que no podía soportarlo más.

—No puedo creer que sea tan manipuladora.

—Lo peor fue lo que Harvey hizo después.

—¿Qué hizo?

—Me pidió que devolviera los aretes y que me marchara de la habitación —sollozó la viuda Bailey; la voz se le quebró en un par de ocasiones.

Lady Lovelance no sabía cómo reaccionar ante eso. Felton bien podía haber tratado de calmar a su hermana, pero ¿por qué tenía que ser tan cruel con Clarissa? Estaba claro que esa chica era una desquiciada; ese comportamiento no era el de una persona en sus cabales.

—Estoy segura de que vendrá a disculparse en cualquier momento.

—No va a hacerlo, Victory. ¿No te das cuenta? Es ella o yo. Llevo todas las de perder. —La joven abrió la boca para replicar, pero ningún argumento logró salir de su boca, a su pesar—. Llevo varias horas aquí y solo tú has venido a verme. No puedo seguir así. —Hizo una larga pausa; después se incorporó en la cama—. ¿Estaría bien si nos marchamos mañana a Londres?

—¿Marcharnos? —le preguntó con los ojos como platos.

—Sí; está claro que ya no soy bienvenida aquí. Es la peor humillación que he sufrido en toda mi vida, y han sido demasiadas. — Al cabo de un momento le preguntó—: ¿Vendrías conmigo?

Luego de pensarlo un instante, Victory asintió.

—Por supuesto.

—Bien —susurró.

—¿Quieres que te traiga la cena?

—No tengo hambre. —Sacudió la cabeza—. Ve tú a cenar con ellos. No quiero que te juzguen de maleducada por mi culpa.

La chica trató de negarse, pero Clarissa le dedicó una de sus miradas autoritarias, con esos ojos llenos de lágrimas. Volvió a recostarse; esa vez parecía decidida a dormir un poco, lo que era una buena idea para serenar los nervios. A Victory le dolió terriblemente verla así. Se puso de pie, fue hasta la puerta, no sin antes darle un beso en la frente. Deseaba asegurarle que todo estaría bien, pero, por desgracia, la certeza de ello no estaba en sus manos.

Cuando estuvo en el pasillo, agarrada todavía del picaporte, Victory suspiró invadida por una lánguida tristeza. No era justo que a una persona tan noble como Clarissa también le estuviera negado el amor. Se detuvo allí un momento. Unos pasos golpeaban el reluciente suelo de madera.

—¿Qué es lo que ocurre?

Alzó la vista para percibir a Casper que se acercaba con una mirada de ternura y preocupación.

—Es Clarissa. Tuvo una discusión muy fuerte con Harvey.

—Sobre Sophia.

—¿Lo sabes?

—No, pero no es difícil de imaginar.

La joven suspiró.

—Me duele mucho verla así. Si alguien merece ser feliz, esa es Clarissa. —Tragó saliva mientras se debatía si decirle o no lo que estaba pensando. Finalmente se decidió—. Casper, ¿sería demasiado pedirte que intercedas por ella ante Felton?

—Ya le he dicho lo que tiene que oír.

De pronto, Victory recordó que la tarde anterior los había visto hablar bajo aquel árbol en medio de los campos de trigo. Se

encontraba tomando té y charlando junto a Clarissa y la señorita Minton en el jardín de la última, pero su atención estaba volcada a los dos caballeros que parecían sostener una discusión. Le pareció bastante extraño porque lord Felton no parecía ser la clase de hombre que participa en una riña; al contrario de Casper, que era un pependenciero empedernido. No podía imaginar por qué peleaban, pero temía que lord Radnor terminara propinándole un puñetazo al vizconde.

—¿En los campos? Los vi ayer. Parecían discutir.

—No, no llegamos a eso —aclaró—. Él está loco por Clarissa, pero hasta que no lo asuma ni tú ni yo podremos hacer nada.

—Lo sé. Detesto verla sufrir —dijo y dejó caer los hombros.

—No es la única persona que lo hace bajo este techo.

Aunque estaba conmovida por aquella indirecta, Victory le envió una mirada de advertencia, no lo bastante rígida como para frenarlo, pero sí lo suficientemente seria para que comprendiera que no era el momento de sacar el tema a relucir. Si comenzaba a hablar no estaba segura de poder detenerlo esa vez. Evitar correr a sus brazos era un ejercicio físico y emocional que la dejaba exhausta.

El conde se puso un dedo en los labios para hacerse callar, pero su mirada gris destilaba una ternura mucho más elocuente que cualquier palabra.

—Todo va a estar bien. Deja que las cosas tomen un curso natural. Esos dos saben que se quieren, y dudo que una mocosa malcriada tenga el tesón que hace falta para separarlos.

—Creí que Sophia te agradaba —musitó con una ceja elevada.

—¿En serio? —preguntó él burlón, cruzado de brazos—. No sé por qué te he dado esa impresión.

—Sonríe cada vez que abres la boca y cada vez que te mira.

—Entonces no es tan mala —bromeó—. Quizá su única virtud sea el buen gusto.

Debió haber puesto los ojos en blanco, pero lo cierto era que Victory había terminado riendo con él. Casper era la única persona en el mundo que podía hacer una monería en el momento menos oportuno y ponerla a reír como una tonta.

Al cabo de un momento se quedaron allí: se miraron el uno al otro

en silencio. Él, con un atisbo de anhelo que le relampagueaba en los ojos grises; ella quería recordar de qué estaban hablando. Cuando la mente se le aclaró, apartó los ojos de lord Radnor con las mejillas arreboladas y el pulso descontrolado.

—Piensa dejarla, ¿no es así?

—Es un idiota prejuicioso, pero sé que en el fondo está aterrado de perderla —dijo a modo de confirmación.

—Casper, por favor —susurró ansiosa, mientras unos pasos comenzaban a resonar en el corredor, a espaldas de ella. Lo miró suplicante, antes de que alguien los interrumpiera—. Tienes que hacer algo.

Las palabras de Victory se apagaron en cuanto escuchó la voz de lady Sophia. Retrocedió un paso.

—Lord Radnor, al fin lo encontramos. Mañana es el día de Marton Pool. Vendrá con nosotras, ¿no es así?

—Por supuesto, milady, no me lo perdería por nada.

—Estupendo —canturreó la chica dando un saltito—. No imagino qué hubiera sido de nosotras si se hubiera marchado, milord. ¿No es así, Bess? Nunca recibimos visitas tan interesantes. Últimamente, mi hermano solo trae gente con la que una familia respetable no debería ser vista. —Luego volteó a mirar a Victory—: no se ofenda lady Lovelance, no lo digo por usted.

Vic desdeñó los comentarios de la hermana de lord Felton en cuanto notó la extraña mirada que le envió Bessie Wilson a Casper, algo que podía fácilmente interpretarse como reproche. Supuso que la chica estaba celosa por las atenciones que este le concedía a lady Sophia. El conde carraspeó incómodo.

—¿Nos acompaña a la mesa? Ya casi es hora de cenar —prosiguió la joven con exigencia; colocó el brazo debajo del de él—. Usted también puede venir —le dijo a Victory.

—Gracias, lady Sophia.

Se marcharon hacia del comedor mientras discutían sobre los entretenimientos que hallarían al día siguiente en Marton Pool, ese lugar con el que todo el mundo parecía estar obsesionado.

En el vestíbulo se encontraron con un distraído y meditabundo lord Felton, que miraba por la ventana mientras la señorita Hobart le

hablaba sin parar. Cuando se saludaron, Victory tuvo que morderse la lengua para no exigirle una explicación por lo sucedido con Clarissa. El vizconde tenía un semblante tan abatido que prefirió cerrar la boca.

—Disculpa, Felton, ¿no vamos a esperar a la señora Bailey? —preguntó Casper cuando la cena fue servida y todos estuvieron sentados a la mesa.

Lady Lovelance miró al aludido, agradecida por la oportuna pregunta. El dueño de casa se removió incómodo en la silla, sin saber qué contestar. Antes de que dijera una palabra, Sophia se le adelantó.

—No deberíamos tolerar este desaire, hermano. Por favor, empecemos sin ella —exigió con un tono ligeramente autoritario. El vizconde la ignoró.

—¿Qué dice usted, milady? —preguntó de pronto a Victory por sorpresa, cosa que la tomó por sorpresa.

—Clarissa está indispuesta, milord. Se quedó a descansar en mi dormitorio mientras se recupera de... Usted sabe. —Le envió una sutil mirada acusadora—. Estoy segura de que está aguardando el momento para tener una charla privada con usted.

Felton asintió con suavidad mientras Sophia se cruzaba de brazos de un modo poco elegante. Miró a Victory con un viso de pura malicia, quizá demasiado aguda para una chica de dieciocho años. La baronesa estaba segura de que acababa de ganar una enemiga.

—Bien, resolveremos esto luego —murmuró Felton.

En voz baja le ordenó a un criado que le subiera la comida.

El resto de la cena transcurrió bajo una tensa calma. Sin Clarissa y su característica energía, Westfall Hall era un panteón. En lugar de los comentarios ocurrentes y agudos que la viuda Bailey hacía en cada tema de conversación, Victory tuvo que escuchar una sarta de tonterías de parte de Sophia y Bessie. Desde las aventuras durante su estadía en Kent y en la escuela de señoritas, hasta las ideas para la organización de un baile en la mansión. Nadie les prestó atención excepto por supuesto, Casper, a quien involucraban en cada uno de sus planes.

Después de cenar, las damas se dirigieron a un salón de largos ventanales abiertos de par en par para dejar pasar el aire estival. Los caballeros, por su parte, salieron a fumar a la terraza. Victory estaba

atenta a lo que Casper pudiera hablar con Felton por lo que, a la menor oportunidad estiraba el cuello para mirar hacia donde ellos se encontraban. Aun así, no logró ver algo o escuchar una palabra, lo que fue bastante frustrante.

—Lady Lovelance, parece usted distraída esta noche.

—Oh, no. —Le dedicó a Sophia una sonrisa forzada—. Estaba pensando en cuán bien estaríamos afuera. El calor de estos meses es tan insufrible que desearía que fuéramos nosotras quienes usáramos la terraza.

La hermana de lord Felton le devolvió una sonrisa maliciosa.

—Sí, es una lástima que mi hermano y lord Radnor se nos hayan adelantado.

—¿La podemos llamar Victory? —preguntó Bessie.

—Desde luego.

—Qué nombre más curioso. ¿Por qué Victory y no Victoria?

—Tuve una madre excéntrica —fue su súbita respuesta.

—¿Y su marido es también un excéntrico?

La joven se tensó.

—¿Por qué lo pregunta?

—No lo sé. —Con un ademán infantil Bessie se encogió de hombros—. Se ha ido dejándola a usted aquí tirada. Cuando me case, no dejaré que mi marido me abandone en casa de unos amigos para largarse al continente. Encontraré la manera de que haga lo que me plazca.

Victory parpadeó ante la áspera franqueza de la muchacha.

—Eso no lo convierte en un excéntrico, Bess —replicó Sophia—. Es lo que hacen todos. De seguro está con otra mujer burlándose de usted, Victory. —La baronesa la miró con los ojos como platos, todavía más pasmada que hacía un momento—. No, no me vea así. Usted sabe que es cierto. Todos los hombres son unos cerdos.

La viuda carraspeó, mientras Bessie soltaba una risita; volteó a mirar a la señorita Hobart para saber si había escuchado las desfachateces de Sophia, pero la mujer dormitaba en un sillón alejado con un libro entre las manos. Ahora podía entender que tratar de disciplinar a ese par de demonios dejaba exhausta a la pobre mujer.

—Lady Sophia, me parece que eres muy joven para hacerte una

opinión sobre los hombres —la reprendió de una manera sutil.

—¿Y usted cuantos años tiene? —replicó con recelo.

—Eso es irrelevante.

—Mire, si quiere hacerse la tonta es su problema. —Se inclinó hacia adelante para hablarle en modo confidencial—. Está bien que Bessie quiera hacer que su marido la obedezca, aunque sepamos que eso es inútil. Por otro lado, ¿le gustaría saber qué voy a hacer yo? Tendré amantes —confesó elevando una ceja con jactancia—. No uno. Muchos. Solo así estaremos a mano.

—Buena suerte con ello —musitó la baronesa tensa.

Al final de la noche, las intenciones de Victory de hablar con Casper se desvanecieron en cuanto las dos chicas lo arrastraron con ellas a la sala de música. Lord Felton, por el contrario, se quedó en la terraza, triste y meditabundo. Sintió ganas de acercarse a hablar con él, pero luego cayó en cuenta de que ella no lo conocía tanto. Acercarse para pedirle que considerara darle una oportunidad a Clarissa sería un atrevimiento imperdonable que podría empeorar las cosas en vez de arreglarlas. Tendría confiar en que al día siguiente sucedería algo.

Cuando regresó al dormitorio, miró a Clarissa que se había quedado dormida. Tenía los ojos hinchados y el cabello desgreñado. No tuvo el valor para despertarla, por lo que se hizo un lugar en la cama junto a ella. Muy pronto se quedó dormida.

* * *

—Vic, despierta.

Abrió los ojos al escuchar la voz de Clarissa.

—Buenos días —la saludó soñolienta—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Confundida. —Le entregó un trozo de papel al tiempo que se sentaba en la cama, a su lado—. Mira esto. Me lo acaba de dar una doncella.

Victory lo tomó mientras se incorporaba. Era una nota de lord Felton donde le pedía a Clarissa que se encontrara cuanto antes con él en Marton Pool porque había algo realmente importante que debían discutir.

—¿Qué crees que quiera decirme? —preguntó inquieta. Tenía miedo de especular, pero lo cierto era que aquel asunto podía terminar de la peor manera. El silencio de Victory delató que sabía mucho mejor que Clarissa lo que sucedería a continuación—. Lo va a hacer, ¿verdad?

—No estoy segura.

La mirada de Clarissa se oscureció de golpe detrás de un caliginoso velo de tristeza. Por un instante pareció una mujer mayor. Toda la vivacidad que ostentaba se había opacado de forma abrupta. Los ojos azules se le humedecieron al punto que pronto parecieron dos pozos profundos llenos de dolor. A Victory le dolió en el alma verla así.

—Bien —susurró la viuda Bailey para que la voz no delatara el nudo que le constreñía la garganta—. No debería estar sorprendida. Te dije que pasaría.

—Clarissa, por favor.

—Mejor así —soltó súbitamente en un intento desesperado por recuperar la frialdad a la que por tantos años se había aferrado. La máscara que velaba la inmensa vulnerabilidad de Clarissa Bailey—. Pero no me iré de aquí hasta haberle dicho a ese bastardo blandengue lo que se merece y que nadie ha tenido el valor de decirle aún. Si se me da la oportunidad también le cantaré las cuarenta a la mocosa desquiciada de su hermana.

Armada de determinación, la rubia se puso de pie. Se disponía a vestirse para acudir a la última cita con su amado lord Felton.

Capítulo 12

Por la mañana, el vizconde llevó a sus invitados a Marton Pool, un club campestre que las familias aristócratas de Shropshire frecuentaban durante los ratos de ocio.

La atracción principal del lugar era un espléndido lago de veinticinco acres, flanqueado por hileras de tejos y abedules que ofrecían un panorama alternativo a las tradicionales e interminables colinas del condado. Cada domingo, un nutrido grupo de aficionados se reunía en el club para practicar la pesca con mosca, una modalidad deportiva que esos días cobraba gran popularidad en Inglaterra.

El club comprendía además unos sesenta y cinco acres de bosques y prados donde la gente joven solía reunirse para practicar distintas actividades al aire libre. Había senderos para paseos en triciclo, una pista de equitación, un campo de *cricket*, tiendas de descanso y espacios abiertos junto al lago para picnics o sesiones colectivas de pintura y lectura.

Recientemente, el propietario del club había mandado a construir una cancha de bádminton, un juego muy moderno y estimado entre los jóvenes de ambos sexos debido a que alentaba a la sana socialización. Inventado hacía unos pocos años en Gloucester, el nuevo deporte se jugaba en una cancha rectangular dividida por una red. Los dos equipos, conformados por parejas de damas y caballeros, tenían la misión de pasar una pelota de plumas sobre la malla utilizando una raqueta. El objetivo de cada equipo era evitar que la pelota cayera al suelo dentro de su terreno, por cuanto el juego favorecía a aquellos participantes con mayor precisión y agilidad.

Pese a que las manifestaciones públicas de efusividad eran mal vistas en cualquier otra ocasión, durante y después un partido de

bádminton, las damas tenían permitido celebrar las anotaciones con saltos y chillidos. Lady Sophia y Bessie Wilson se tomaban muy en serio las concesiones que otorgaba el juego. Las dos chicas armaron un escándalo tras ganar una partida a un par de caballeros que las estudiaban como buitres hambrientos. Ausente de todo, la señorita Hobart se mezclaba con un grupo de institutrices que parecían tan felices como ella de abandonar por un rato sus obligaciones de centinelas.

Lord Radnor se desperezó. Fijó la vista en el juego de *criquet* que se desarrollaba a poca distancia. En definitiva, el lugar estaba ideado para desterrar la rutina que para mal caracterizaba a la campiña inglesa. En todo el parque había gente regodeada en los diversos entretenimientos disponibles, pese a que la época vacacional había prácticamente terminado y la mayor parte de las familias aristócratas del condado ya había vuelto a Londres.

Aquel detalle captó su atención mientras se repantigaba en la cómoda poltrona extensible. Estaba claro que Felton no era uno de esos nobles holgazanes que vivían para el placer —aunque en ese momento parecía tan ocioso como él mismo—; por lo general, los diputados respetables no se tomaban toda una semana libre en esa época del año. Tras darle un sorbo a su copa, el conde se dirigió al anfitrión, que descansaba meditabundo en una butaca contigua: todavía repasaba mentalmente lo que estaba a punto de decirle a Clarissa Bailey.

—Bonito lugar. ¿Vienes por aquí a menudo?

—No, y no debería —respondió él mientras sonaba una ringlera de aplausos para celebrar una anotación en el *criquet*—. De hecho, tengo un proyecto de ley sobre el nuevo alumbrado público de Londres esperándome en el escritorio.

—¿Una cortesía con la señora Bailey entonces?

Felton lo miró con prudencia.

—Sí, algo así —dijo—. Por cierto, ¿ha habido algún progreso? —inquirió clara alusión a la baronesa.

—Ninguno —admitió—. Esta semana lady Lovelance y yo hemos dejado claras un par de cosas, pero ello no significa que vayamos a entablar alguna relación en el futuro.

—Es una pena. Espero que estés consciente de que tal vez este no sea el mejor momento para ella. Es decir, la muerte de Lovelance aún es escandalosamente reciente.

—Puede que tengas razón, pero algo me dice que su negativa no tiene que ver con el viejo —murmuró—. Estoy seguro de que hay algo más. Algo que está dispuesta a callar a toda costa. Podría ser alguna preocupación que desconozco, y eso me mata de frustración —suspiró—. Maldición, Felton, me he ofrecido a ella de una manera casi indigna, le he propuesto una relación a su voluntad. Lo ha rechazado todo. No es posible que un hombre pueda caer más bajo.

—Radnor, no soy dado a las murmuraciones —comenzó a decir después de soltar un gruñido de resignación—, pero siento la necesidad de decirte por qué estamos en Shropshire ahora que es obvio que hay suficientes asuntos en Londres para mantener ocupado a un hombre.

Casper despegó los ojos del partido; miró al vizconde con gesto interrogativo.

—Ella no lo sabe, pero la gente en la ciudad ha estado hablando atrocidades a costa suya después de lo ocurrido en Littleton House. —Felton lo observó con cruda e irónica familiaridad masculina antes de susurrar—. Los dos estamos conscientes de lo que suele decirse de las viudas bellas que abandonan el crespón negro antes de tiempo, ¿no es así?

Por supuesto que lo sabía. Toda aquella presión se había cerrado sobre el cuello de Victory como un grillete. Sin embargo, Casper no estaba dispuesto a interrumpirlo. Con el corazón desbocado esperó a que Felton terminara de contarle lo que él había ignorado por días.

—Los hijos de Lovelance y los Brandon saben que abandonó Escocia y están furiosos con ella —continuó el vizconde—, pero si se enterasen de que renunció al luto y de que ha estado en un baile de los Ormond, de seguro le irá mucho peor. —Hizo una pausa en la que Radnor exhaló un suspiro cargado de amargura—. Clarissa asegura que los Brandon han sido implacables con ella desde niña, incluso hasta la maltrataban. Y los McLean sencillamente la detestan. No consigo imaginar qué podría ocurrirle si la descubrieran teniendo un romance.

—No es ningún crimen negarse a guardar luto a un marido, Felton —dijo Radnor finalmente.

—Lo sé, pero Clarissa cree que si su familia se entera de lo que hizo le harán la vida imposible. Está convencida de que Victory se los permitirá. Lo más probable es que ya lo sepan.

—Así que por eso la trajeron —gruñó presa de la rabia e impotencia.

—Creímos conveniente alejarla del ambiente de Londres unos días hasta que las malas lenguas se olviden de ella. Ya sabes cómo es la gente: en cuanto encuentran un chisme más jugoso dejan cualquier otro de lado —murmuró con desprecio.

—Ha sido una magnífica idea —suspiró—. Puede que así sea. Se los agradezco mucho.

—No, soy yo quien debe agradecerte. —Negó con la cabeza al recordar la conversación que habían tenido la noche anterior, en la terraza. Una sonrisa de gratitud afloró en los labios del vizconde—. No puedo creer que me hayas convencido de esto.

—¿Yo te he convencido? —preguntó Casper—. Te he salvado de tener que arrastrarte, Felton, porque eso era lo que ibas a hacer en menos de tres semanas, cuando te arrepintieras. Quizá, para entonces, Clarissa no sería tan piadosa contigo.

—Es verdad. No es de las que dan más de una oportunidad.

Cuando vio llegar a la viuda Bailey junto a lady Lovelance, el vizconde decidió no decir nada más. Ambos hombres se pusieron de pie casi por instinto. Ellas, en cambio, se sentaron en un sofá de mimbre con cojines granates, dispuesto bajo una lona en la orilla del lago.

—Parece que te ha llegado la hora, compañero —masculló Casper por lo bajo—. ¿Estás listo?

Harvey asintió, sin apartar la vista de la hermosa mujer a la que había lastimado con su comportamiento.

—Deséame suerte.

—La suerte es para los perdedores —le dijo palmeándole el hombro—. Solo ve.

Con el paso firme y la espalda erguida, el vizconde se dirigió adonde se encontraban las damas.

* * *

—Buenos días, señoras. —Lord Felton saludó a las recién llegadas con su habitual tono de voz, suave y ceremonial.

—Buenos días, milord —respondió Victory, a diferencia de Clarissa, que permaneció glacial, como una estatua de hielo ornamental—. Qué lugar tan encantador. Le agradezco mucho que nos haya invitado.

Él le respondió con una inclinación de cabeza.

—Señora Bailey, ¿podemos hablar un momento?

—No lo sé —musitó jactanciosa mientras se abanicaba—. ¿Crees que tu hermana se opongá? Quizá debas ir a preguntarle primero.

—No podemos seguir así —dijo el vizconde la miró un instante con el entrecejo fruncido.

—Tienes razón, ya fue suficiente —le respondió ella con brusquedad—. Lo que sea que tengas que decirme, Victory puede escucharlo. De todos modos lo sabrá.

—Los dejaré solos —dijo la aludida cuando intentaba ponerse de pie, pero Clarissa se lo impidió tomándola por el codo con delicadeza.

—No me dejes.

—Clarissa, no juegues con mi paciencia —susurró el vizconde.

—Tú eres quien ha jugado con la mía, Harvey Felton.

—Hablemos —la instó en tono pacífico, como un hombre que sabe a la perfección cómo controlar sus propias emociones. A pesar de eso, Victory se dio cuenta de que la pequeña discusión a orillas del lago había hecho que un par de cabezas se giraran para mirarlos. Ninguno de los dos, sin embargo, parecía advertirlo—. Mira, siento lo que sucedió en la biblioteca, ¿está bien? Siento no habértelo dicho, pero Sophia no está bien.

—Esas no son noticias.

—Clarissa, te estoy hablando en serio. Te lo ruego.

—No, Harvey. He venido aquí por una sola razón: para despedirme. —Luego, añadió con la voz quebrantada al tiempo que se ponía de pie—: para siempre.

—¿Despedirte? ¿A dónde vas?

—Yo tenía una vida antes de conocerte. La retomaré.

—¿Me estás dejando?

—¡Así es! ¡Yo a ti! —farfulló con el mentón elevado y las manos a ambos lados de las caderas en gesto petulante—. No quiero estar con un hombre que basa sus decisiones de vida en función del estado de ánimo de su hermana menor. El Harvey Felton que yo conocí es otro muy diferente a este que estoy viendo. Ese era un hombre sensato, con determinación, con personalidad, no un guiñapo que se deja manipular por una mocosa malcriada, ni un santurrón ridículo que en privado me dice que me quiere y frente al resto del mundo se avergüenza de mí.

—Clarissa, cállate —la regañó Victory, incapaz de escuchar más tiempo cómo echaba por la borda su futuro con esa larga lengua.

Felton en cambio permanecía neutral, erguido, como si fuera inmune a las palabras de ella. Sus ojos negros centelleaban, pero sin traslucir emoción alguna.

—Ha sido un placer, señora Bailey —dijo finalmente.

Clarissa tragó saliva.

—Adiós —le respondió con la voz ahogada.

La viuda giró. Con pasos furiosos se alejó del lago seguida por Victory, que tuvo que prácticamente correr para tratar de alcanzarla. La joven, que la conocía muy bien, sabía que tenía que impedir que cometiera alguna locura de la que luego se arrepintiera. En aquel estado de vulnerabilidad podía convertirse en una amenaza para sí misma.

—Clarissa, por favor. Ni siquiera lo dejaste hablar —le decía, pero la mujer parecía sorda de ira—. ¡Detente!

—Si quieres quedarte en Shropshire, puedes hacerlo, Vic —sollozó sin detenerse—. Yo me largo. He aceptado el hecho de que todos los hombres me vean como a la viuda más lujuriosa e indecente de Londres, pero jamás aceptaré que el único que me importa de ellos no tenga el valor para juzgarme por sí mismo y que, en vez de ello, se deje llevar por la demente de su hermana. ¡No puedo hacerlo!

Entonces, unos pasos acelerados las alcanzaron cuando casi arribaban al aparcamiento de carruajes.

—Lo lamento mucho, señora Bailey, pero esta vez no voy a

complacerte. —La voz de Harvey sonaba efervescente y resuelta cuando llegó hasta ellas—. Vas a venir conmigo tanto si te gusta como si no.

Antes de que Clarissa pudiera siquiera reaccionar, el vizconde se inclinó y la tomó por la cadera con un poderoso brazo. La elevó en el aire, se la subió a un hombro sin gran esfuerzo. Un asombro infantil asomó en las facciones de Clarissa mientras Harvey se la llevaba consigo como a un saco de patatas.

—¿Qué estás haciendo? —gritó la amiga de Victory apenas fue capaz de hablar—. Bájame en este instante, Harvey Felton o te juro que voy a romperte la crisma.

Sin más intercambio de palabras, se alejaron del gentío en dirección a una arboleda cercana. Todo el mundo había estado observando la escena de los amantes con los ojos brotados y la mandíbula colgando, incluida Victory. En cuanto se perdieron en el bosque, la joven se atrevió a sonreír, divertida con aquel método impulsivo y desesperado del vizconde.

Entonces, cuando se daba la vuelta para regresar al lago, divisó a lady Sophia, que daba zancadas kilométricas hacia donde Clarissa y lord Felton se habían perdido. A todas luces la chica estaba negada, como Clarissa lo había apuntado, a permitirles un solo momento de privacidad. Tenía la mandíbula rígida, los puños apretados y una mirada furiosa que podría intimidar hasta a un criminal. Tan furiosa que parecía estar al borde de las lágrimas. De solo verla, Victory sintió pánico mezclado con un rastro de compasión. Recordó lo que Harvey había dicho de su hermana: Sophia no está bien. Podía jurar que no estaba hablando de los berrinches que armaba para imponer su voluntad o de la insana intención de tener una colección de amantes una vez estuviera casada para vengar la eventual infidelidad de su esposo, sino de algo mucho más serio. En realidad, se trataba de algo que nadie, ni siquiera ella misma podía controlar. Las emociones de Sophia eran una espiral de pólvora a la espera de una nimia chispa de provocación para volar todo alrededor.

Cuando la enardecida muchacha estaba a punto de adentrarse en el bosque para ir detrás de Clarissa y Felton, la mano de un caballero le rodeó el brazo lo que hizo que se detuviera en seco. Victory entornó

los ojos cuando Casper le habló a Sophia con aquellos atractivos ademanes masculinos mientras se le acercaba con familiaridad. Para su sorpresa, le dirigía una mirada cálida que ella conocía muy bien, que hasta ese momento creyó que le pertenecía en exclusiva. Era el tipo de mirada que le dedicaba cuando deseaba apelar a sus sentimientos, cuando le rogaba que le permitiera dejarse querer.

Le dio un vuelco en el corazón, en contra de todo razonamiento.

La expresión de la hermana de lord Felton varió vertiginosamente; pasó de hostil a fascinada con ridícula facilidad. Casper sonrió, dejó que la chica le enroscara el brazo alrededor de él. En un abrir y cerrar de ojos se la llevó de allí, totalmente apaciguada, como si hubiera obrado una magia en ella que la hizo olvidar la intención de acabar con la felicidad de una pareja. Toda la furia desatada de Sophia Felton ahora yacía hecha polvo bajo los encantos del rubio conde de Radnor.

* * *

Cuando las damas fueron convocadas junto al lago para conformar los equipos de *stoolball*, Victory se escabulló para ahorrarse la molestia de participar.

Decidida a alejarse de las actividades sociales, se internó en un sendero trazado para el paso de las bicicletas. Para entonces, el lugar se hallaba desierto, en tanto que la mayoría de las damas estaban reunidas en la tienda de la comida o planificando otras diversiones cerca del claro.

En el caminillo, bordeado de hayas y abedules, se respiraba una fascinante quietud que hacía tiempo no había experimentado. Cada sonido, visión o aroma la transportaba a casa, a la naturaleza que había conocido lejos de los murmullos colectivos de la ciudad. Cuando la senda se tornó monótona, Victory se internó en el bosque, seducida por el suave perfume de las campanillas silvestres y el azafrán que crecía como maleza. Caminó entre los altos abetos, cuyas ramas el viento mecía con sutil insistencia.

Percibió el canto de los pájaros, que revoloteaban en algún lugar del cielo. Había escuchado que los bosques de Shropshire estaban cuajados de colirrojos, alondras y buitres. Levantó la vista con la

esperanza avistar algunos en las ramas de los árboles. Más adelante divisó los robles y alerces cubiertos de musgo, que se elevaban con jactancia sobre un prado salpicado de violetas. Las mariposas batían sus alas sin poder decidirse en cuál de los cientos de pétalos detenerse a descansar.

Envuelta por aquel sereno entorno, con la espalda y la cabeza apoyadas en un alerce, Victory cerró los ojos. Estaba dolida. Aunque su mente le repetía sin cesar que no tenía por qué estarlo, lo estaba. Era inevitable. Ver a Casper apaciguando la ira de lady Sophia, con aquellos ojos grises posados en ella, había sido un golpe tan doloroso como inesperado. Sabía que él lo había hecho para evitar que Clarissa y Harvey fueran interrumpidos, pero, aun así, dolía mucho. El lado más perverso y práctico de su mente le susurraba que Casper estaba muy cerca de cansarse de ella, de buscarla sin lograr más que palabras de desprecio. Muy pronto se decantaría por una mujer a la que no le costara aceptarlo. Si no se trataba de Sophia Felton, podía ser cualquier otra. La idea la aterrorizaba.

Entonces, cuando el silencio del bosque se intensificó, un leve crujido de hojas bajo una pisada le hizo abrir los ojos de golpe. La visión que halló a unos pocos metros de distancia provocó que el corazón comenzara a latirle más de prisa. Él la observaba inmóvil, con profunda abstracción. Tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, todo el peso depositado en un solo pie. Claramente había estado allí un buen rato, observándola, por lo que Victory se sonrojó.

—Qué rápido te ha soltado la hermana de Felton.

—Lady Lovelance, cuando te pones celosa te tiembla el labio inferior —observó él.

Sin reflexionar aquello, Victory levantó los dedos hasta los propios labios, en busca de algún temblor involuntario que la delatara. Entonces, una sonrisa devastadoramente hermosa afloró en los labios de él. Comprendió que se estaba burlando de ella, aunque no por ello dejaba de tener razón.

—¿Me seguiste?

—Siempre —dijo él mientras se acercaba con lentitud, como si midiera cada paso, como si esperara que en cualquier momento ella le ordenase que debía detenerse.

Ya habría querido ser capaz de frenarlo, fruncir el ceño, darse vuelta y largarse de allí, pero lo cierto fue que se quedó inmóvil, como si hubiera echado raíces junto a los árboles. Victory se vio a sí misma en el medio del bosque, vulnerable, despojada de su escudo, lejos de la torre fortificada. Estaba acorralada por ese ser mitológico del que había huido tenazmente las últimas semanas; un unicornio o quizás un elfo, dada la rubia estampa. Estaba demasiado aturdida para discernir, demasiado cansada para seguir corriendo.

Cuando Casper llegó hasta ella, fue muy tarde para arrepentimientos. En un movimiento brusco, sin ningún miedo al rechazo, el conde le poseyó la boca con un hambre incontenible. La abrazó con fuerza, al tiempo que su lengua se abría paso, voraz y exigente. Aturdida, mareada por el placer, Victory se dejó llevar. Le rodeó la cintura con los brazos trémulos. Vencida, dejó que la besara. El solo contacto de aquella boca suave y cálida, la respiración precipitada, la cercanía de aquel cuerpo, cuya forma de amar ya conocía, la dejó fuera de combate. Ahora podía entender cuánto había necesitado de aquel contacto, cuánto podría sanarla en lugar de lesionarla.

Los recuerdos de la noche a bordo del tren regresaron en tropel, cargados de mágicas sensaciones, desde las más primitivas hasta las más profundas, todas revueltas en una sola. El beso se intensificó hasta convertirse en una posesión frenética. Casper la atrajo más hacia él. De pronto, notó en la espalda la rigidez del tronco musgoso; después la rodilla de él separándole las piernas dentro del vestido. En algún momento que no fue capaz de recordar, Victory le había introducido las manos bajo el gabán para tocarle la espalda sobre la camisa de lino, una perfecta armazón de músculos contraídos donde una vez había encajado las uñas.

Ella cerró los ojos cuando sintió que la boca de Casper comenzaba a jugar con una oreja. Mordisqueaba el lóbulo, introducía la lengua en el oído, lo que le provocaba un estremecimiento novedoso en el vientre. No estaba sorprendida de que conociera mejor que ella los lugares de su cuerpo que se conectaban con otros más recónditos. Le besó la vena que palpitaba enloquecida para después hacer lo propio con los hombros y las clavículas, hasta que una brisa fría en el

pecho le advirtió que tenía la blusa abierta y el corsé bajo. En medio del bosque.

Por un segundo entró en pánico, pero el placer que estaba sintiendo extinguió de lleno cualquier indicio de pudor. Lo dejó continuar. Casper besaba con desparpajo la piel exhibida, lamía los pezones rígidos y expuestos. Se inclinó más para tener mejor acceso a sus pechos. Victory echó la cabeza hacia atrás para dejar que la amara. Apoyó las manos en el tronco cubierto de musgo, que estaba húmedo y sedoso. Sin darse cuenta, arrancó algunas hojas con los puños, mientras él se agachaba para besar su vientre. Y más abajo.

Cuando comenzaba a levantarle la falda, un ruido fugaz entre la maleza la sacó de concentración. Soltó un grito de horror ante la desagradable posibilidad de ser descubierta con los pechos al aire en el bosque. Casper se puso de pie de golpe. La cubrió con el cuerpo para proteger la parcial desnudez. Ella comenzó a arreglarse la ropa mientras su compañero echaba un vistazo alrededor.

—Es un tejón —le dijo entre risas.

—¿Qué?

La joven se asomó por el hombro de él mientras se volvía a abotonar la blusa con las manos temblorosas. En efecto, era un tejón grande que había emergido de su cubil y había hecho crujir las hojas secas. Al notar la presencia de los humanos, el animal salió disparado para regresar a su escondrijo.

—No creo que se lo cuente a nadie.

Vic suspiró con alivio. Dispuesto a retomar lo que habían dejado a medias, Casper se volvió a ella con una sonrisa ladina.

—La próxima vez será una persona —le advirtió mientras lo apartaba con suavidad.

—¿Una persona? Estamos solos. Aunque puede que haya más tejones.

—Por favor. —Lo miró con ternura y un atisbo de diversión, pero también con la promesa de que muy pronto lo complacería en otras circunstancias menos riesgosas—. ¿Podríamos tratar de no armar un escándalo en cada condado que pisamos?

Lord Radnor apoyó las manos en las caderas. Soltó un suspiro de resignación.

—Bien. Ven aquí —susurró.

Se fundieron en un cálido abrazo.

—Te he extrañado tanto —confesó él.

—Yo también.

—Pero me has estado evitando como a un zorrillo apestoso. — Victory no podía refutar aquello—. Lo sé —dijo él antes de soltarla. Su rostro se volvió irónico—. Quieres por primera vez saber lo que significa ser aceptada.

Ella volvió a mirarle, esta vez con los ojos velados de asombro.

—Vaya, recuerdas eso.

—Yo recuerdo todo lo que me dices, incluso las cosas espantosas. —Le acarició la curva del cuello con los labios—. Pero no sirve de nada si no me dices lo que eso significa. ¿Por qué no habrías de sentirte aceptada, Victory? ¿Qué es lo que te han hecho?

La viuda resopló. No era el momento de revelarle su ignominioso origen, ni el desprecio de la familia Brandon, aunado al de los McLean. Tan solo le había hablado a Clarissa de su niñez. Ni siquiera Caro que era la imprudencia personificada, había logrado sonsacarle por qué su familia materna no había asistido a la boda con Lovelance y no la habían visitado ni un solo día desde la llegada a Escocia.

Mientras Victory cavilaba, él la miraba de forma inquisitiva, en un esfuerzo agotador para entender lo que estaba sucediendo o, quizás, adivinarle el pensamiento. De cualquier manera, ella no pensaba decirle una palabra. Todo era demasiado triste y vergonzoso. No estaba dispuesta a que él también le tuviese lástima, a que imaginase a esa niña abandonada y triste que había sido.

Comenzó a tronarse los dedos, sin darse cuenta. Él la detuvo con delicadeza.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Me vuelve loco. —Se los acarició y besó—. Dime, Vic, ¿todo esto tiene que ver con el hecho de que de niña eras maltratada?

Ella lo observó estupefacta, se apartó de él de repente.

—¿Clarissa te lo ha dicho?

—¿Eso qué importa? ¿Por qué lo hacían?

—Eso no es del todo cierto.

—¿Ah, no?

—¡Claro que no! —Levantó la barbilla de manera jactanciosa.

Él no le creyó, por desgracia. Sus ojos le imploraban que fuera sincera.

—Mi vida no ha sido ejemplar, como ya sabes. Tampoco me amaron mucho cuando era pequeño —dijo el conde con naturalidad. La joven se estremeció. Jamás le habría pasado por la mente que un hombre tan vivaz y adorable como lord Radnor hubiera carecido de amor familiar—. Puedes confiar en mí, Victory. Cuéntame lo que sucede. Lo entenderé y te apoyaré.

Por un segundo, sintió la necesidad de ceder a sus peticiones. Casper acababa de demostrarle que ella le importaba. Jamás la había juzgado, ni le había mentado. Y, si en la niñez se había sentido tan rechazado e infeliz como ella, entonces tenían más cosas en común de lo que había imaginado. Él se acercó de nuevo. Le rodeó los hombros; la estrechó con dosificada fuerza, con ese cuerpo cálido y fuerte que parecía que podía protegerla de cualquier embate.

—Es obvio que mi familia va a matarme cuando me encuentre —admitió para dejar pasar el tema de la infortunada infancia—. Lo que hice le resultará imperdonable. —Apretó los párpados—. Mi abuela también es viuda, Casper. Ella cree en esto. Ha vestido de negro desde que yo tengo memoria. Para ella es lo correcto. A esta altura, ya debe saber que me fui de Escocia, se preguntará dónde estoy y si aún me visto de negro. A veces imagino qué decirle. La mayoría de las ocasiones, sin embargo, no se me ocurre nada.

—Ya no eres una niña. Nadie puede decirte cómo vivir. —Tomó el rostro de la chica entre sus manos—. Si tu familia cree que lo que más conveniente para ti es que estés encerrada en un castillo en contra de tu voluntad, por tradición, por decencia o por lo que sea, entonces no te ama. No importa lo que diga el protocolo. Si tú no deseas esto no los obedezcas, Vic.

Ella habría querido decirle que no era tan fácil como lo pintaba. Prefirió callar, sin embargo. Casper puso un pequeño beso en sus labios.

—No vuelvas a la vida que ellos han querido endilgarte.

—Ya me he ido de Lovelance Manor y no pienso volver. —Infló el pecho con resolución—. Al menos no para volver a ser la tétrica mujer

de negro a la que el reverendo Gosebourne leía salmos sobre la muerte.

—Pobrecilla, no puedo imaginar todo lo que has debido pasar.

—Suerte que no saben nada de Littleton House. —Rio la viuda con sarcasmo—. Eso sí que sería una catástrofe.

Pero entonces, la expresión de él se oscureció.

—Ven, volvamos al club antes de que vuelva a intentar seducirte. No me lo haces fácil.

La tomó de la mano; los dedos quedaron enlazados. Juntos caminaron entre la maleza del bosque. Sorteaban los troncos caídos y las piedras.

—Por cierto, gracias —le dijo ella—. Sé que hablaste con lord Felton sobre Clarissa.

Él se encogió de hombros con modestia.

—No hice más que darle un empujoncito oportuno. Eso fue todo.

—Ella es muy importante para mí, Casper. Es mi única amiga. No soportaría verla sufrir.

—Lo sé, cariño. Si tiene tu confianza y cariño, entonces estoy de su lado.

—Me alegra oír eso, porque es tu más ferviente defensora —confesó con una sonrisa pícaro.

Él elevó las cejas con admiración.

—Vaya. —Sonrió—. De haberlo sabido antes habría movido mejor mis piezas.

—¿Crees que se hayan reconciliado?

—No tengo idea. Tu amiga parece tener un carácter bastante endemoniado.

—Sí, así es ella —suspiró.

—Y Felton es orgulloso e intransigente. Me temo que no va a ser sencillo; uno de los dos tendrá de dar su brazo a torcer.

Victory reparó de pronto en que el paisaje le era desconocido.

—Casper, no recuerdo haber pasado por aquí.

—Vaya, yo tampoco —dijo mirando a todos lados.

Entonces, cuando el conde estaba a punto de soltar uno de sus clásicos comentarios satíricos, percibieron un susurro de hojas y luego un extraño gruñido muy cerca de allí.

Se detuvieron al mismo tiempo.

—¿Otro tejón? —preguntó Vic.

—No lo creo. —Aguzó el oído con un rastro de humor en los ojos—. Los tejones no hacen ese ruido, que yo sepa. Quédate aquí.

Vic se quedó donde estaba, al tiempo que Radnor caminaba sigiloso hacia los rododendros detrás de los cuales provenía el sonido, justo cuando cobraba intensidad. La joven se preguntó si podía tratarse de un animal peligroso. Sintió un repentino temor por Casper. Sabía que debía quedarse allí. La curiosidad y el sentido de alerta, sin embargo, anularon la prudencia. Impaciente, corrió tras él con el mismo cuidado hasta que juntos se asomaron entre los matorrales.

Entonces, con embarazosa sorpresa vieron lo que había detrás.

Clarissa y lord Felton yacían en el suelo, desaliñados, sudorosos y con la ropa revuelta. Él estaba sobre ella, despojado de la camisa y con los pantalones hasta las rodillas. Ella, cuya falda estaba levantada hasta la cintura, jadeaba entrecortadamente, abrazándolo en cada movimiento y en cada estocada.

Vic chilló involuntariamente al ver semejante espectáculo, advirtiéndoles que tenían compañía. Se tapó la boca con ambas manos. La pareja se sobresaltó al verse descubierta. Trataron de incorporarse rápidamente, alarmados y ruborizados, quizá por la vergüenza de haber sido encontrados *in fraganti* o por el calor del acto amoroso que habían estado ejecutando. Casper masculló una disculpa y se llevó a Victory de allí.

Los dos se alejaron rápidamente de los matorrales con risas sofocadas.

—¿Eso responde a tu pregunta?

Capítulo 13

—Milady, todas sus pertenencias ya están dentro de los baúles.

—Muchas gracias. —Victory le sonrió a la doncella a través del espejo—. Es todo por esta noche. Puedes marcharte a la cama.

La muchacha le hizo una reverencia antes de salir por la puerta sin hacer ruido.

Cuando se encontró sola en el dormitorio, volvió a mirar su aspecto en el espejo oval. La criada le había realizado un peinado, alto y distinguido, con algunas horquillas que dejaban escapar intencionalmente unos cuantos rizos negros. Llevaba puesto un vestido azul pálido muy ceñido en la cintura y voluminoso en la parte trasera que madame Lavoie le había confeccionado. Lo único que le incomodaba del atuendo era el elevado escote que parecía catapultarle los pechos hasta el cuello.

Con un suspiro, recordó cómo Casper había besado esa parte de su cuerpo la mañana anterior, cómo la había amado de ese modo tan tierno y salvaje. Un estremecimiento de placer le resbaló por la columna vertebral. Estaba decretado que aquel atrevido corpiño solo iba a servir de recordatorio de la pequeña aventura que habían compartido bajo los árboles.

Se reacomodó el vestido no sin cierto esfuerzo. Por desgracia, nada de lo que hacía lograba disimular la prominencia del escote. Cualquier movimiento solo hacía que los pechos se asomaran más y parecieran a punto de saltar. Al cabo de unos minutos se rindió con un gemido de exasperación. Debía bajar cuanto antes para encontrarse con Casper, Clarissa y Felton. Se miró al espejo una vez más. Finalmente abandonó la habitación a regañadientes.

Era un gran alivio saber que Clarissa y Felton se habían

reconciliado, aun cuando habían estado tan cerca de romper para siempre, pensaba Victory mientras caminaba sonriente por la galería. Tras ser descubiertos en aquel matorral, el vizconde y la viuda se habían vuelto más inseparables que nunca. Incluso parecían inmunes a la vergüenza de haber sido vistos haciendo el amor en la maleza.

Ni siquiera lady Sophia, con su mal genio, había logrado sabotear aquella felicidad. Casper se había encargado de distraerla. Le dirigía toda la atención, compartía juegos de mesa y la llevaba a largos paseos por la propiedad bajo la supervisión de la señorita Hobart.

Victory se sentía satisfecha por el curso que habían tomado las cosas las últimas horas.

Mientras se acercaba a la curva de la escalera de la mansión percibió unos cuchicheos. Se detuvo al entrever que Bessie y Sophia reían en voz baja. No estaba de ánimos para saludarlas, mucho menos después de ganarse la enemistad de la joven anfitriona, pero si deseaba reunirse con Clarissa, Felton y Casper debía pasar por allí en algún momento. Cuando avanzó otro par de pasos, los murmullos se hicieron más audibles.

—Es lo más gracioso que he visto —le decía Sophia a Bessie—. ¿De dónde la sacaste?

—Me la dio un cochero en Marton Pool.

—¿Te la dio un cochero? ¿Desde cuándo hablas con cocheros?

—Estaba coqueteando con él y, de pronto, vi que la traía en las manos. Cuando me la mostró no podía creerlo. Estuve a punto de caerme para atrás por la impresión —dijo Bessie desternillada de la risa—. Te la iba a dejar ver ayer, pero tenía miedo de que Hobart o lord Radnor la vieran. ¿Puedes creer lo que ha hecho?

—¿Estás segura de que es ella?

—Por supuesto, ¿no estás viendo su nombre en el pie de página?

—Es que me cuesta creerlo —dijo Sophia con asombro y diversión—. Vaya perra.

—Sabía que había escuchado ese nombre —masculló Bessie—. Mi padre tiene un libro del marido de esta señora en la biblioteca, aunque jamás lo he tocado. Siempre lo está nombrando con deleite. Parece que es una especie de celebridad científica o algo así.

—Lo era, Bess —corrigió Sophia—. La mujer es viuda.

Cuando escuchó la clara alusión a lord Lovelance y a sí misma, Victory sintió un pinchazo de horror en las entrañas. De pronto, se sintió mareada. Con la mano temblorosa buscó apoyo en la pared más cercana. Permaneció oculta de las dos muchachas.

—Entonces nos mintió —gruñó Bessie.

—Era de esperarse. Es una perra, igual que su amiga.

—Creo que es más perra que ella, dado que le gustan los hombres de a dos por uno.

—Y mi hermano la ha encubierto todo este tiempo.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué los sucesos de Littleton House eran del conocimiento de Bessie Wilson y Sophia Felton? ¿Cómo se habían enterado del escándalo? ¿Qué era lo que habían conseguido de manos de un cochero?

Un impulso repentino la llevó a dar los siguientes pasos. Las chicas dieron un respingo cuando escucharon el caminar de lady Lovelance por el suelo de madera. Como niñas descubiertas por la institutriz en plena travesura se pusieron erguidas en el acto. La viuda les lanzó una mirada amenazante, animada por los dos rostros descolocados. A continuación, miró las manos de Bessie, que sostenían el último número de *Punch*, una revista muy popular, dedicada a satirizar al gobierno a través de caricaturas y a publicar artículos humorísticos sobre la vida social en Londres.

Sin mediar palabra, Victory se las arrebató. En lugar de protestar, la señorita Wilson parecía encantada de mostrársela, a juzgar por la risita ladina que soltó.

En una página impar aparecía una de las tantas caricaturas del primer ministro Disraeli, cuyo título era *Un resplandor de triunfo*. Allí se lo veía caminado, como si fuera un acróbata de circo, sobre lo que parecía una cuerda floja. A sus espaldas trepaba el sultán turco Abdul Hamid II. Era una crítica a la convención anglo-turca que establecía la defensa por parte de Gran Bretaña de las provincias de Turquía en Asia. Sin embargo, fue lo que vio en la página siguiente lo que hizo que lady Lovelance sintiera náuseas. Era la caricatura de una mujer que danzaba con una pierna elevada, cual bailarina de canacán, en medio de una concurrida pista de baile. La dama, de cabello oscuro y sonrisa descarada, estaba posada sobre un ataúd, ajena a la mirada

atónita de los demás asistentes. Muy cerca de ella un par de hombres se enfrentaba a puño limpio. La visión del título de tan horripilante dibujo le produjo una aguda punzada en la boca del estómago: *La nueva consentida de Londres*. Por si fuera poco, también había una nota a pie de página:

Una distinguida dama ha llegado a la ciudad para darle un nuevo significado al popular mote de «viuda alegre». Un pajarillo nos ha dicho que su nombre es Victory, muy apropiado, si me permiten acotarlo, dado que en esta publicación estamos exhaustos de cierta mujer de negro con un nombre bastante similar y desmedidas ínfulas reales. Se trata de la enlutada esposa del célebre barón Lovelance, ahora famosa por su poco célebre debut en sociedad, nada menos que en el más reciente baile de máscaras de los duques de Ormond. Se dice que la dama en cuestión fue objeto de una disputa entre dos caballeros, cuyos nombres no tuvimos la suerte de verificar. Vale la pena decir que el barón falleció el invierno pasado en Escocia. ¿No es algo pronto para comenzar a agitar las faldas, lady Lovelance? De cualquier manera, querida, bienvenida al esplendor vacío del Londres que mata de hambre a miles mientras ensalza a sus reinas viudas.

Cuando terminó de leer aquellas desalmadas líneas, Vic tenía los ojos congestionados con lágrimas no derramadas. Una sola palabra, tan obvia como ruin, centelleó en su mente: Annabelle. Estaba claro que había sido ella quien la delató. Nadie más podía saber quién era, nadie más podría disfrutar tanto con su desdicha.

—Lady Lovelance, ¡es una mentirosa! —masculló Bessie con fingida reprobación.

—Y una descarada —añadió Sophia—. Vamos, ¿qué podía esperarse de una amiga de Clarissa Bailey? Apuesto a que se intercambian los hombres. Dígame, ¿también se ha acostado con mi hermano? —Ladeó la cabeza con obscuro interés—. ¿Es Harvey bueno en la cama?

Victory le lanzó una mirada despavorida, encolerizada. Cerró los dedos alrededor del sucio pasquín que la había llamado viuda alegre, con tanta fuerza que los dedos perdieron color. Antes de cometer alguna estupidez se obligó a alejarse de allí. Descendió a trompicones por las escaleras dejando tras de sí un reguero de risitas. Cuando llegó a la planta principal corrió por los pasillos de Westfall Hall hasta la biblioteca, donde Clarissa y lord Felton se reían por un comentario

hecho por Radnor. Al verla en el quicio de la puerta, con las lágrimas desbordadas por las mejillas, los tres sofocaron las risas. Se pusieron de pie en el acto.

—Querida, ¿qué es lo que tienes? —musitó Clarissa que corrió hacia ella.

—Tú sabías de esto, ¿no es verdad? —le reclamó agitando la revista en el aire—. Por eso me trajiste. Por eso insististe tanto en que viniésemos.

Confundida, Clarissa tomó la publicación. Se tapó la boca con una mano, horrorizada, luego de echarle un vistazo. Después de arrebatarse la revista a la mujer y mirar la vergonzosa caricatura, Casper soltó una palabrota.

—¿De dónde sacaste esta basura?

Pero Victory lo ignoró. Era a la viuda Bailey a quien taladraba con los ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Creí que no pasaría de ser un chisme de mercado —sollozó—. Esperaba que lo olvidaran en unos pocos días, pero no sé cómo llegó eso allí.

—¿Cuántas cosas más me has ocultado, Clarissa?

—Te juro que lo único que deseaba era protegerte de esas víboras.

—Es demasiado tarde —susurró.

—Haré cerrar ese miserable folleto —intervino el vizconde.

—Muchas gracias, lord Felton, pero ya no tiene caso. —Se secó las lágrimas, derrotada—. Todo el mundo debe de saberlo a estas horas. Es una publicación de hace un par de días.

—Pero ¿cuánta gente puede haber leído esta porquería? —reaccionó Casper—. Es solo un vulgar entretenimiento para proletarios.

—Sea lo que sea correrá y todo el mundo lo sabrá; eso incluye a mi familia. Se acabó. —Miró a Clarissa, que lloraba en brazos de Felton, como si rememorara su propia desgracia. Solamente ella sabía cómo se sentía en ese momento. No podía culparla de haberla llevado allí bajo engaños porque, lo único que había hecho la viuda Bailey desde que pisó Londres por primera vez era protegerla, aunque ya nada tuviera sentido—. Gracias por haberlo intentado, Clarissa. Gracias a

todos —masculló con la voz destrozada.

Salió de la habitación hecha un mar de lágrimas.

* * *

Casper corrió tras ella. La llamó repetidas veces sin lograr que se detuviera.

—No quiero hablar ahora —sollozó mientras avanzaba por la escalera—. Déjame en paz, te lo suplico.

—No lo haré. Me parece que es el momento para que me digas qué es lo que pasa.

Victory se detuvo de golpe.

—Qué es lo que pasa —repitió iracunda; giró para mirarlo—. ¿Acaso no acabas de verlo? No solo mi vida está más arruinada de lo que pensaba, también la reputación de los McLean. He salpicado a Lucious cuando él no ha tenido que ver en todo lo que he hecho. Jamás se cansarán de decir blasfemias de nosotros. Seré para siempre la viuda más indecente de toda Inglaterra.

—Entonces, al final, todo se reduce a eso —le dijo para provocarla, para ver si así podía sacarle algo más—. Lo único que te importa es preservar el prestigio de tu familia. La del viejo y la tuya. No creí que fueras así.

Ella lo miró con los ojos desorbitados.

—Me temo que todo esto va más allá de tu entendimiento, Casper. Se giró para continuar por la escalera hacia arriba. Él la siguió.

—¡Perfecto! Me gustaría que me lo explicases todo muy despacio para que mi pobre cerebro pueda procesarlo.

—No hay nada qué explicar —gruñó—. No lo comprendes porque jamás has tenido que responder ante nadie. —Ahí estaban las mismas palabras que Felton le había escupido en el trigal, como si se tratase de algo malo.

—¿Por qué presiento que no estás siendo sincera? Todavía no me has dicho lo de tu niñez. No creas que lo he olvidado. ¿Por qué tienes tanto miedo?

—Me parece que eso no te incumbe, lord Radnor —masculló cuando llegó a la puerta del dormitorio de huéspedes.

Victory intentó entrar y estrellarle la puerta en la cara. Él fue más rápido, sin embargo. Tomó el picaporte con determinación, lo giró. La empujó dentro. Cerró la puerta a su espalda. Ahora se hallaban a solas en la habitación de huéspedes.

—Me importas demasiado como para obviar el hecho de que hay algo muy grande que te aflige. Algo que no tiene que ver con las creencias de tu abuela, con el buen nombre de tu marido o con tu propia reputación. —Ella se quedó mirándolo fijamente; ríos de lágrimas retornaron a sus ojos—. No me pidas que simplemente me aleje, que crea que tu única preocupación en la vida es parecerte a esas mujeres vacías que viven para ser admiradas y envidiadas. Esas mujeres para quienes la decencia y el título privan antes que la libertad de conciencia. Tú no eres así. Me lo demostraste en el tren, cuando ni siquiera me conocías. Has sido sincera conmigo porque no tenías qué temer. Te conozco, Victory. No me iré hasta que me digas por qué carajo tienes tanto pavor de que se sepa lo que hiciste. ¿Por qué le temes tanto a tu propia familia?

La muchacha apartó la vista, acorralada, compungida. Casper estaba satisfecho de haberla hecho tambalear. Estaba hablando en serio. No se iría hasta lograr que hablara. Solo si conocía la verdad podría hacer algo por ella, podría salvarla.

Al cabo de unos segundos, la chica asintió.

—Lo que hice... —La voz le falló. Se tapó la boca con las dos manos un instante—. Soy la peor de todas, Casper. Ha sucedido de nuevo. Soy como ella.

—¿Eres como quién? —Se acercó para tomarla por los hombros con delicadeza.

—Como Sabrina —confesó—, mi madre. No sabes todo lo que causó.

—Espera, no puede ser tan mala. —La acarició con devoción para ofrecerle consuelo. Las palabras que le dirigió no se oyeron convincentes a sus propios oídos. Edith, su progenitora, tampoco había sido un gran modelo de afecto. Casper sabía que el desamor de una madre podía hacer más daño que el puñetazo de un enemigo—. ¿Qué te hizo?

—Traerme al mundo. —Se encogió de hombros—. Eso fue lo que

hizo.

—Eso es lo mejor que pudo hacer, mi amor —le respondió con ternura.

—¡No! —Casper se la quedó mirando con una tristeza lacerante. Confundido e impaciente vio cómo las lágrimas de la chica desbordaban por las mejillas enrojecidas. Se las secó con un pañuelo que extrajo de la chaqueta—. Nada de eso. No soy más que un detonador de desgracias. ¡Soy una bastarda!

El rostro de Casper dibujó una mueca de desaprobación.

—Qué palabra tan horrenda. Te prohíbo que vuelvas a llamarte así.

—Es la verdad —insistió ella—. ¿No es así como llaman a las personas que nacen fuera del matrimonio?

—Te sorprendería saber cuántas personas han nacido fuera del matrimonio y no por esa razón son menos dignas que el resto —le replicó, molesto con aquel razonamiento tan lastimero—. He conocido a gente con más títulos que la reina que no son hijos de sus padres.

—No lo entiendes —negó furiosa.

—¿Qué es lo que no entiendo? Háblame, por el amor de Dios.

—Mi madre tuvo un amorío a los diecisiete años —soltó. Inconscientemente, pronunció la palabra «amorío» con rudeza, con desprecio. Claro estaba que le habían enseñado a odiarla—. Lo hizo para molestar a lady Olivia, porque quería casarla con un duque mucho mayor que ella. Mi madre se rebeló, desafió a toda la familia. Eso enfadó mucho a la abuela.

—Imagino que fue un verdadero escándalo.

Ella lo miró con tristeza, como si aún no consiguiera explicarse correctamente.

—Cuando mi pobre abuelo supo que mi madre estaba embarazada, enfermó de dolor y vergüenza. Después murió. —Él se llevó una mano al rostro con pesar—. Luego de eso, mamá pareció rendirse en su intento por llevar a la familia a un precipicio. Estaba arrepentida de todo, rogó para que la perdonaran, así que la abuela volvió a aceptarla, pero bajo sus propias condiciones. Vivió todo el embarazo en la casa de verano de Cornualles, mientras todos sus conocidos creían que estaba en un colegio en Europa. Cuando me dio a luz falleció.

»Nadie fuera de la familia supo jamás lo que había sucedido. Lady Olivia estaba decidida a mantener todo en secreto para evitar las habladurías. Le dijeron a todo el mundo que mi madre había enfermado de fiebre amarilla en Francia y que había muerto poco después de pisar Inglaterra de nuevo. Incluso inventaron que el abuelo había enfermado de tristeza por la lejanía de Sabrina.

Radnor estaba estupefacto. Jamás había sabido de un intento tan miserable para preservar el honor de una familia. Y podía jactarse de conocer a mucha gente que hacía hasta lo imposible por esconder sus perversiones. Aquello era una auténtica monstruosidad.

—¿Y qué hay de ti?

Victory se encogió de hombros, sin mirarlo.

—Crecí en Cornualles —susurró—. Toda la familia se encargó de que mi existencia fuera un secreto. Jamás salí de casa hasta que fui a contraer matrimonio con Lovelance.

—¡Hijos de puta! ¡No puedo creer esta atrocidad! —rezongó. Propinó un puñetazo a la puerta, cuyo estruendo hizo estremecer la habitación. Los nudillos resquebrajaron el fino acabado de la madera —. ¿Así que nadie fuera de los Brandon sabe que existes?

—Y una que otra familia muy cercana, como los McLean —confesó ella. Hizo caso omiso del arrebatado de violencia.

—¿Quién es tu padre?

—No tengo idea.

Casper se apoyó con ambas manos en la pared más cercana: buscaba desterrar la cólera de su torrente sanguíneo. La respiración se le había convertido en un furioso y pesado resuello. En momentos como esos sentía que podía cometer un crimen múltiple. Malditos fueran por creerse con el derecho de decidir sobre la vida de una niña pequeña, de obligarla a vivir apartada, como si tuviera alguna clase de malformación o enfermedad contagiosa. Todo por evitar el escándalo, para algunos, la más terrible de las maldiciones. Era peor que el maltrato físico que él sí había recibido de pequeño.

Al cabo de un minuto se incorporó, sin reponerse del todo. La vio recostada en uno de los postes de la cama, encorvada, con las manos tomadas tras la espalda y la mirada clavada en el suelo alfombrado. A todas luces, una chica vulnerable que había sufrido más de lo que

hubiera sido capaz de imaginar. Cuánto deseaba consolarla. Más que eso, deseaba aliviarle la tristeza, regalarle la vida que tanto merecía, que jamás había conocido gracias a las mezquindades de otros.

—¿Por eso te casaron con un viejo escocés retirado cuando apenas tenías diecisiete? ¿Para qué te llevara lejos antes de que la gente notara siquiera que existes?

—Lovelance era muy cercano a los Lorens, la familia materna de lady Olivia —dijo de forma mecánica—. Ella creyó que era lo mejor.

—¡No me vengas con esa mierda! —bramó; ella apretó los ojos espantada—. Te casaron con él porque te llevaría lejos, pero no contaron con que enfermaría y moriría tan pronto.

—Supongo que es así —musitó sin dejar de contemplar el suelo.

Él se pasó la mano por el cabello de manera que se lo revolvió con furia.

—Espera, ¿cómo diablos supieron quién eras en el baile? Nadie te conocía.

—Mi prima Annabelle estaba ahí. Ella me delató. Siempre ha disfrutado atormentándome.

Casper soltó un bufido.

—¿Y esa gente es a la que temes decepcionar? ¡Son una jauría de hienas! ¿No puedes ver que se están aprovechando de tu viudedad para mantenerte cautiva, no un par de años, sino de por vida? Así nunca los delatarás. Te llevarás su sucio secreto a la tumba.

—¡Es mi familia de la que estás hablando, Casper! —rezongó—. Lo que han hecho es terrible, lo sé, pero ellos son lo único que tengo. Tuve suerte de que no me dejaran en un hospicio, ¿no te das cuenta? Cualquiera me habría echado a la calle, era la salida más sencilla. Pero ellos no lo hicieron. Nunca me ocultaron mi origen. Me alimentaron, me educaron.

—¡Por supuesto! ¡Mientras te mantuvieran encerrada en el ático como a un fenómeno! —La muchacha se quedó estática, conmocionada ante el uso de aquel término tan cruel—. No, no. Perdóname —se disculpó rápidamente. Había hablado sin pensar—. Escúchame bien, Victory. —La tomó de los hombros para reclamar su atención—. Eres una mujer extraordinaria, que inexplicablemente ha sobrevivido a la mezquindad de quienes se suponía que debían

protegerte. Ellos no son lo único que tienes, cariño. Yo estoy aquí.

Le tomó el mentón con los dedos lastimados por el puñetazo propinado a la puerta. Buscaba sus ojos. Ella se negó a mirarlo, por lo que se vio obligado a forzarla un poco. La tomó por el cuello. Aun así, Victory se resistió. Apretó los párpados mientras que con escasas fuerzas trataba de apartarlo de ella, temblorosa y sollozante.

Entonces, cuando lo comprendió, notó que un dolor la desgarraba en lo más profundo de su ser. Estaba avergonzada. ¿Tenía vergüenza delante de él? Que absurdo; como si su infancia hubiera sido ejemplar. Tan absurdo como pensar que aquella chica herida, rota por dentro, era la viuda despreocupada que había creído en un principio. Cuán equivocado estaba entonces, cuán torpe había sido. No había razones para tener vergüenza, pero resultaba evidente que aquellos miserables le habían instalado aquel sentimiento pernicioso para que lo llevase a cuestras el resto de la vida.

—No, no, Vic, por favor —suplicó con ternura. Se las arregló para atraparla entre los brazos. Ella se desplomó en él, cansada de luchar. Comenzó a llorar a lágrima viva mientras Casper le besaba el cabello y las sienes. Deseaba ser capaz de sanarla—. Son ellos quienes deberían avergonzarse por lo que te han hecho. No merecías toda esa mierda.

Para él era una mujer fascinantemente contradictoria. Frágil y fuerte, tierna y resabiada, vacilante y resuelta. Había acometido el acto más valiente de todos a pesar del miedo: escapar del encierro donde había sido confinada para tratar de labrarse un camino propio, desafiando todo lo que conocía, sin ningún plan concreto. Y aquella proeza no hacía sino inflar el ya de por sí desmedido amor que Casper sentía por ella. Porque él la amaba. La amaba con una fuerza que lo atemorizaba. Por ello estaba allí mientras su propio mundo se caía a pedazos en otro condado. Por ello la había buscado en la estación de trenes y en la humedad de Charing Cross, dolido, enloquecido ante la posibilidad de no volverla a ver. Por ello había ido a buscarla a Shropshire, en contra de las protestas de su abogado y administrador, que le exigían la presencia en la decadente finca de Wiltshire. Por ello no le importaba un pepino que Radnor House fuera devorada por las ratas en su ausencia. Con una devoción insólita e inédita, Casper Pleydell-Bouverie solo deseaba estar cerca de Victory Brandon,

porque desde que la amó en el tren, la chica le reveló una parte de su ser que desconocía que poseía. La vida misma había dejado de pertenecerle.

Colmado por aquellas sensaciones tan abrumadoras, de esa verdad tan irrefutable, Radnor la alzó en brazos. La llevó con cuidado hasta el colchón. La dejó sentarse para ayudarla a serenarse. Victory, sin embargo, no estaba lista para soltarlo. Se sentó en su regazo. De nuevo enroscó los brazos alrededor del cuello del conde, lo que le arrancó un asomo de sonrisa. Se quedaron así por un buen rato.

—Te protegeré de todos quienes intenten dañarte. Te lo juro —dijo Casper cuando ella volvió a mirarlo—. Y eso incluye a tu familia.

—¿Vas a golpear a todos los santurrones de Londres?

—No me tientes, lady Lovelance.

La chica sonrió, pero fue una sonrisa taciturna. Los ojos acristalados como enormes gotas de lluvia lo observaron con veneración.

—¿Por qué haces todo esto por mí, lord Radnor? ¿Por qué después de que te he tratado tan espantosamente y de saber el lío que soy, sin mencionar tu propia situación, sigues aquí?

Él suspiró. Abrió la boca, sin saber exactamente qué contestar a eso. Su mente le ofreció tres simples palabras, aunque, quizá, no fueran tan simples.

—Bien, cariño. —Trató de infundirse un poco de valor. Le acarició la espalda. Ella lo miró atenta, como si el curso del mismísimo universo dependiera de esa respuesta—. Verás...

Muy pronto, las vacilaciones se tragaron sus palabras. La chica agachó la mirada, desencantada. Hizo amago de ponerse de pie. No obstante, él volvió a atraerla con brusquedad.

—¿No es obvio que te amo demasiado, Victory Brandon? —confesó—. ¿No es obvio que he dejado todo para correr detrás de ti como un loco? Eres mi oxígeno, mi complemento. Eres la única razón por la que deseo luchar cada día. Te sueño en las noches y me despierto pensando en cómo sería si pudiéramos estar juntos; si me dejaras amarte sin...

Ella lo interrumpió con un beso frenético, desesperado. Lo tomó del rostro con vehemente y posesiva determinación. Casper estaba

pasmado ante aquella inadvertida manifestación de fogosidad. Tardó unos segundos en reaccionar. Sintió la lengua de ella dentro de la boca, que azuzaba a la suya con tiernas y voraces caricias. Le mordisqueó los labios, le acarició el torso con dulce impaciencia. Cuando le tiró del lazo de la corbata con los dedos inquietos, él ya no necesitó de más alicientes. La elevó hasta dejarla boca arriba en el colchón, se subió sobre ella para dejarla inmóvil, jadeante, con los ojos desorbitados de necesidad. Antes de continuar, la miró con infinita ternura, no exenta del deseo turbulento que por largas semanas había intentado contener. Quería convencerse de que todo estaba sucediendo en realidad. Que por fin podía ser suya.

—Casper, te necesito. Por favor —insistió. Comenzó a deshacerse del vestido con ansiedad, como si no pudiera llevarlo un segundo más puesto. Su dulce esfuerzo dejó al descubierto aquel magnífico par de pechos con los que Radnor había fantaseado hasta el cansancio. Unos pechos que cabían perfectamente en sus manos como si hubieran sido diseñados especialmente para él. Se humedeció los labios con la lengua—. Por favor. Ámame —suplicó.

Él no pudo más que obedecer.

* * *

Más tarde esa noche, Victory se desperezaba como una gata mimada.

Se sentía extraña, liviana y satisfecha. No solo por haber sido amada por Casper durante horas enteras, sin ninguna prisa ni pudor, sino por haberle hablado sin reservas sobre el pasado. Al contrario de lo que había augurado, resultó ser un verdadero acto de redención. No tenía nada que temer, dado que él le había dicho que la amaba, se lo había demostrado. Lo había hecho todo ese tiempo, ahora lo entendía. En consecuencia, todo lo demás había dejado de importar, al menos, de momento. Las emociones habían tomado el control.

Él reposaba a su lado, en silencio. Era hermoso cuando dormía. Las luces de las lámparas enaltecían su belleza. Le sacaban reflejos áureos al cabello rubio y la piel parecía de porcelana dorada. Un dios de fuego, pensó mientras lo devoraba con la mirada, mientras se

deshacía de ganas de acariciar los surcos de su abdomen, de jugar con el precioso y perfecto ombligo, pero no quería despertarlo.

Por fortuna, Clarissa había ordenado que les subieran la cena hacía unos diez minutos. Una doncella se había aparecido en la puerta, golpeando con la solicitud y discreción que debió de haber aprendido gracias a la práctica frecuente. Desde luego, la viuda Bailey sabía que estaban juntos y por nada del mundo deseaba interrumpirlos, pero tampoco dejaría que muriesen de hambre. Victory sacudió la cabeza, sonriente. Mañana le daría las gracias y le pediría disculpas por haberle hablado de aquel modo tan tosco.

En ese instante, Casper comenzó a moverse. El aroma de la comida comenzaba a hacer efecto. Parpadeó un par de veces.

—Si quieres seguir durmiendo, hazlo —le susurró ella al oído.

—No, gracias. Podrías volver a escapar de mí. —Ella sonrió con nostalgia. Se preguntó si las cosas habrían sido distintas si aquella noche en el tren se hubiera quedado a su lado—. No estoy dispuesto a dejarte ir de nuevo, milady.

—Esta es mi habitación, te recuerdo. No voy a ir a ningún lado.

—No correré ese riesgo.

Victory le obsequió un mohín. Después de ponerse una bata sirvió la comida, que consistía de pollo en salsa de ciruelas y queso azul, ensalada verde con tomates secos, pan tostado y una botella de vino blanco. Como postre, había dos *muffins* de chocolate en un plato con tapa. Un menú ideal para reponer fuerzas.

—Vic, ¿Lovelance era bueno contigo? —le preguntó él en cuando le entregó el plato. La inquietud la tomó por sorpresa.

—Sí, por supuesto.

—Quiero saber si en verdad era bueno contigo.

—¿Qué es lo que estás preguntando, Radnor? —Frunció el ceño.

—Quiero saber si te trataba bien en la cama.

Elevó las cejas con asombro.

—Bueno, supongo que sí. Es decir, nunca me hizo daño. —Se encogió de hombros—. Aunque no lo hicimos demasiadas veces.

—¿Por qué?

—Después de que enfermara el médico se lo contraindicó. ¿Por qué me preguntas eso?

—Lo siento, no ha sido mi intención incomodarte —dijo mientras descorchaba la botella con el tirabuzón que habían dispuesto en la bandeja—. Pero la idea de imaginarte con otro hombre, me vuelve loco.

—Está muerto, Casper.

—Lo sé. —Sacudió la cabeza—. Perdóname. Estupideces de celoso. Le entregó la copa servida. Ella le sonrió.

—Basta de hablar de mí. —Hizo un gesto con la mano—. Hay tanto que necesito saber de ti. Dime, ¿qué hacías antes de ser un conde? —Dio un sorbo.

—Todo y nada —fue la desolada respuesta—. Cuando dejé la universidad me dediqué a viajar por el mundo para gastarme mi herencia. Lo único que deseaba era divertirme, embriagarme, conocer mujeres. En fin, una garrafal pérdida de tiempo —masculló.

—¿No tenías un propósito?

—Sí, más o menos. Quería convertirme en empresario de vinos. Tenía todo listo para adquirir un viñedo en Francia, pero a última hora me eché para atrás.

—¿Por qué? —preguntó afligida. Recordó cuánto le gustaba a él la viticultura.

—Creía que una propiedad supondría una atadura a la vida real. O quizá pensaba que jamás iba a poder con tanta responsabilidad. Todavía no estoy seguro de qué sucedió. —Frunció el ceño—. Vic, hace falta más que el amor por el vino para llevar un negocio.

—Pero tú eres brillante.

—No, no es así. —Soltó una risa amarga antes de comer un bocado de ensalada.

—Por supuesto que lo es —dijo con seriedad. ¿Cómo no se daba cuenta lo maravillosamente hábil y capaz que era? ¿Quién diablos lo había convencido de lo contrario? Lo observó perspicaz—. ¿Por qué me dijiste que de niño no te sentiste amado?

—Porque es la verdad. Mis padres tenían altas expectativas conmigo. Querían que me convirtiera en un hombre de poder, de recursos. Ya que no habíamos sido bendecidos con un título, al menos esperaban que hiciera dinero de algún modo, pero yo me consagué a decepcionarlos. Empecé por la escuela: nunca fui bueno en nada. —

Sacudió la cabeza con desfachatez—. O tal vez sí fui bueno en una cosa: las peleas. Pregúntale a Felton. Es una lástima que los boxeadores sean celebridades de quinta categoría.

—Casper, no digas eso.

—No es más que la verdad.

—Tus padres estaban decepcionados de que no fueras lo que ellos esperaban y te hicieron creer que no valías nada. Ello no quiere decir que seas malo. Sabes negociar, tienes una mente rápida y un talento para lograr lo quieres de las personas. De seguro hay mucho más que eso.

—Oh, sí. Tú sabes que hay más. —Deslizó los dedos bajo la fina bata de algodón.

—Deja de bromear. —Lo apartó con un manotazo—. No hemos terminado con esto.

Él dejó el plato a un lado y le estampó un beso en los labios.

—Vic.

—¿Qué sucede?

—Sé que es pronto para preguntarte esto, pero ¿qué has pensado después de lo de hoy?

Exhaló un suspiro cansino.

—Nada aún.

—Si lo deseas, podemos quedarnos un tiempo en Westfall Hall. Le pediré a Felton que nos permita estar un par de semanas más.

—¿Y eso en qué ayudaría? Ha pasado más de una semana luego de lo sucedido en la mansión de los Ormond, y nuestro desastroso primer baile es noticia digna de retratar en las revistas de humor. O más bien mi primer baile. Olvidé que no tuvieron la suerte de verificar tu nombre.

—Daría lo que fuera por cambiar las cosas —musitó con tristeza.

—Pero no puedes, Casper. Nadie puede. —Hizo una pausa para sopesar los riesgos que le aguardaban en la ciudad—. Debemos regresar mañana, como estaba previsto. No me esconderé más, no tiene caso. Me enfrentaré a las consecuencias. Algún día tendré que hacerlo.

—Cásate conmigo —soltó de pronto. Victory bajó el plato hasta su regazo. El corazón le dio un vuelco—. Casémonos. Nadie se atreverá a

señalarte si te conviertes en lady Radnor. Habrá un hombre a tu lado que te defenderá. Ni siquiera esa gente horrible que es tu familia te condenará. Es una magnífica idea, ¿no lo crees?

Ella titubeó. No era así como había imaginado que sucedería.

—Casper, eso complicaría más las cosas. Me parece que me blasfemarán más si me hago con otro marido el mismo año en que murió el anterior. No es tan fácil como parece. —Él la tomó de la mano. Le besó los nudillos—. No ahora. No me pidas eso.

—Ahora, en dos años. Por favor, piénsalo. Prométemelo.

Ella asintió.

—Está bien. Lo prometo.

* * *

Cuando abrió los ojos de nuevo, se vio adormitada sobre el hombro de Casper. La ventana entreabierto del coche le mostró de nuevo la señorial catadura de Londres, las calles adoquinadas repletas de vendedores ambulantes, los sonidos estentóreos de múltiples voces entremezclándose. La gran ciudad se burlaba de ella solapadamente. Todo lo que desde la ignorancia consideró fascinante una vez, ahora le parecía sórdido e inquietante.

Unas pocas calles más, y ya estaban en la residencia de Clarissa. Dado que Casper y Victory habían sido los primeros en abordar el carruaje, eran los primeros en llegar. La joven se incorporó con cuidado, bajo la mirada protectora de él, su amante. Era una palabra con una connotación obscena. Sin embargo, Victory estaba empezando a verla de otro modo muy diferente.

Descendieron del coche con la ayuda del mozo.

—Dime que podré visitarte esta noche —le susurró Radnor.

—Eso no lo sé.

—Vamos; la señora Bailey no se opondrá. Recuerda que es mi defensora.

Victory se mordió el labio, indecisa.

—O salgamos a pasear. Te llevaré a mi habitación del hotel Claridge's —le susurró de un modo que le pareció sencillamente irresistible—. Es donde me hospedo cuando estoy en Londres.

—Bien —asintió—. Me gusta más esa idea.

Antes de marcharse, él le dio un beso breve en los labios, ya que la calle estaba desierta y que los lacayos eran de confianza. Ella lo miró con fingida reprobación.

—Recuerda mi propuesta.

—No la he olvidado.

Le obsequió una sonrisa pícaro antes de darse vuelta para entrar en la casa.

En la puerta, el señor Peel, el rechoncho y solícito mayordomo, le dio la bienvenida con una reverencia. Luego le comunicó que tenía visitas. La sonrisa de Victory se borró en una fracción de segundo: una pequeña punzada de expectación le surgió en el pecho. Cuando preguntó de quién se trataba y el amable sirviente le contestó, una ola de puro horror le recorrió todas las terminaciones nerviosas. Su rostro perdió todo rastro de color, por lo que Peel le preguntó si se sentía bien. Victory asintió, pero lo cierto era que estaba deshecha por el pánico.

Con el corazón descontrolado, la joven caminó hasta la sala de visitas, donde se la esperaba, mientras repasaba mentalmente lo que diría al llegar allí. No tenía ningún discurso preparado. Tampoco podía dar con las palabras idóneas. Abandonó el inútil esfuerzo al llegar a la puerta. Lentamente, giró el pomo. Trató de infundirse valor.

Lo que vio allí dentro la desconcertó por completo.

Lady Olivia Brandon estaba allí; cargaba toda la habitación con su habitual y conspicua aura de autoridad. Estaba asomada por la ventana. La había observado junto a Casper como una diosa colérica a la espera del juicio final, dispuesta a enviarla al infierno. Cuando aquellos ojos azules, pálidos y fríos la encontraron, Vic sintió que se desmoronaba. El curtido rostro mostraba un rictus extraño, invariablemente mórbido y aterrador. Tenía los labios húmedos y la mirada tétrica. Se preguntó de pronto cómo una mujer que parecía tan vulnerable podía causarle tanto terror.

Pero entonces notó que estaba en silla de ruedas. Victory olvidó por un segundo que se trataba de la mujer que más temía en el mundo. Se acercó de prisa, dominada por la preocupación.

—Abuela, ¿qué te ha sucedido?

La joven se detuvo en seco. Vio delante de sí un bastón extendido que le impedía avanzar un paso más. Siguió la trayectoria del mismo hasta ver la mano morena y fortísima que lo sostenía. Era Prayag, el criado indio y más devoto servidor de lady Olivia desde que Vic tenía memoria. No había reparado en su presencia al entrar a la habitación. A pesar de ser un hombre fornido e intimidante a la vista, el sirviente parecía contar con el don de la invisibilidad cuando le convenía. De pequeña, Victory le temía a muerte. El instinto de supervivencia le sugería evitar quedarse a solas con él, por lo que siempre corría en dirección contraria de donde se encontraba.

Prayag la miró con una fiereza criminal que le hizo tragar saliva. De pronto deseó haber invitado a Casper a entrar a la casa. Volvió a mirar a la anciana, que permanecía inmóvil.

—Deberían azotarte solo por hacerme venir a este prostíbulo — masculló de un modo casi incomprensible; movía tan solo una parte del rostro para hablar.

Victory la vio con pesar. Comprendió que tenía la mitad del cuerpo paralizado.

—Abuela, ¿qué te ha pasado?

—¡Esto es tu culpa, descarada!

—Milady ha tenido un ataque de nervios al ver su vergonzosa caricatura —dijo Prayag con su característico acento, sin borrar aquella mirada de hondo desprecio—. Aun así ha insistido en venir a hablar con usted.

Apesadumbrada, se llevó las manos al rostro.

—Abuela, lo siento tanto.

La anciana le envió una mirada siniestra antes de dirigirle una orden silenciosa al lacayo. Prayag asintió conforme. Avanzó hasta Victory frenético, con los ojos negros que destilaban veneno, al tiempo que ella retrocedía, aterrorizada. Entonces, cuando no tuvo más lugar a donde ir, el indio la acorraló. Le estrelló el puño, enorme y curtido de cicatrices, justo en el rostro.

Victory cayó al suelo atrapada por el dolor. Un hilito de sangre le brotaba de la mandíbula. Un ramalazo mil veces más atronador se anidó en su pecho al ver que lady Olivia sonreía.

—Una razón de peso para que vuelvas a usar el velo negro.

—¿Por qué me haces esto? —sollozó la chica, sin ánimos de levantarse del suelo.

—Debí haberte entregado a los gitanos cuando tuve oportunidad. Debí haber enviado a que te dejaran en la puerta de una iglesia. Pero no: tu madre tenía que suplicarme en su maldita agonía que te conservara. ¡Y yo tuve que hacerle caso! Si no creyese como lo hago en la sagrada unción de los muertos, ahora mismo tu vida sería muy distinta, muchacha.

—¿Solo por eso no me entregaste?

—En efecto. Como ves, me arrepiento de no haberlo hecho —rugió—. Me has traicionado, como lo hizo ella. Tú y Sabrina nos han traicionado. Solamente llegaste al mundo para completar la tarea que tu madre dejó inacabada. La de destruir a esta familia, la de exponernos al escarnio de la sociedad —sollozó—. La de salpicar nuestro apellido con bajezas.

—Pero, abuela, yo no quise eso —sollozó. Se quedó sentada en la alfombra, como una niña castigada.

—Los diarios han hecho investigaciones bastante concienzudas. Saben quién eres y de dónde vienes. Saben lo que hizo Sabrina hace veinte años. Los Brandon somos la comidilla de Londres. Nos acusan de ser unos retorcidos, unos canallas. A ti te han llamado puta de diez mil maneras. —La joven se quedó lívida—. ¿Tienes idea de cuánto ha perjudicado eso las posibilidades de un matrimonio ventajoso para Annabelle y Adora? ¡Son objeto de toda clase de habladurías! En los bailes, en la iglesia, en la calle no se habla de otra cosa que el carácter ligero de las Brandon. Esas pobres niñas están pagando por tu desfachatez. —Victory bajó la cabeza. Las lágrimas retornaron a sus ojos—. Esto sin contar la espantosa vergüenza con la familia del barón. Ha afectado la vida del señor McLean, de Rebecca y de sus hijos. Todos están muy dolidos y avergonzados por todo lo que los has hecho pasar. Yo misma estoy postrada en esta maldita silla al enterarme de tus andadas. —Frunció los labios con escasa movilidad—. Y para colmo, te exhibes con un hombre por las calles, como si todo lo que has causado no tuviera ninguna importancia.

—Lo siento tanto, abuela —sollozaba compulsivamente—. No

quería causar todo esto. No tenía idea de que... —Fue incapaz de continuar. Las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos, le nublaban la vista. Vic se sintió como cuando era una niña pequeña. En cientos de oportunidades había tenido que disculparse por su mal comportamiento.

—Hay una manera de que endereces todo este entuerto, Victory —murmuró sombría la anciana. La joven la miró con sufrida curiosidad—. Volverás a usar tus trajes negros. Ahora mismo —sentenció—. Te marcharás a Escocia y cumplirás tu período luto de dos años a partir de hoy. Quiero que te encierres hasta que el mundo haya olvidado lo mal que te has comportado. ¿Me has entendido?

La chica asintió de forma mecánica. Tenía las mejillas y la nariz enrojecidas por el llanto. Por el labio inferior le corría un hilito de sangre que se limpió con la manga.

—Si lo haces me sentiré mucho mejor y estoy segura de que tus primas te lo agradecerán —añadió serenamente—. Será lo mejor para todos.

—Sí, señora —respondió con la cabeza gacha.

Lady Olivia pareció conforme con la respuesta. Giró otra orden silenciosa al sirviente. Prayag se colocó detrás de la silla de ruedas; luego, la empujó para llevarse a su señora de allí.

Victory se levantó del suelo solo cuando escuchó el carruaje de los Brandon alejarse por la calle.

* * *

Casper hizo sonar la campanilla de la puerta de la residencia de Clarissa Bailey. Para su sorpresa, no fue el mayordomo quien lo recibió sino la propia señora de la casa. La viuda estaba hecha un manojo de nervios.

—Radnor, qué bueno que llegas. —Lo hizo pasar tirando de él por un brazo.

—¿Señora Bailey, sucede algo? ¿Se encuentra bien?

—¡No! Es Victory: ha enloquecido. Tienes que hacer algo, te lo ruego.

—¿Qué pasa con ella? —inquirió alarmado.

—Tienes que verla. No sé qué le ocurre. Esta mañana recibió una visita.

No fue necesario que lo llevase hasta donde se hallaba la joven. Sobrecogido, Casper la vio descender por las escaleras. Los dos la miraron boquiabiertos. Supo que aquella columna de seda negra era Victory por su andar grácil y refinado. No pudo, sin embargo, mirarle el rostro porque estaba escondido tras un terrorífico velo negro. La observó de pies a cabeza, con los ojos brotados.

—Victory, ¿por qué diablos te has vestido así?

—Soy una viuda —argumentó ella con voz ronca.

Él miró atónito cómo se movía con naturalidad en dirección a la puerta.

—¿Qué es todo esto? ¿A dónde vas?

—Me marchó.

Él supo de inmediato lo que implicaban aquellas palabras. Negó con la cabeza.

—Clarissa, ¿podrías dejarnos a solas?

La mujer asintió abatida. Se retiró al cabo de unos segundos.

—¿Me puedes explicar qué demonios es todo esto?

Trató de levantarle el velo para mirarla, pero ella se lo impidió. Se quedó inmóvil por un instante, sin siquiera darle la oportunidad de verla a los ojos.

—Mi abuela ha venido a verme —susurró—. No sabes todo lo que he causado, Casper. Está postrada en una silla de ruedas desde que supo lo que hice. Mis primas podrían no casarse con hombres adecuados por el solo hecho de estar emparentadas conmigo. Mi origen es ahora de conocimiento público. Toda la familia está sufriendo una crisis que no puedes ni imaginar.

Él masculló una maldición.

—¿Tu abuela te ha convencido de regresar a Escocia?

—Me ha hecho ver las cosas de otro modo —corrigió a toda prisa—. Debo hacer esto, Casper. Debo cumplir esos dos años.

—¡No! —gruñó él.

—Es mi última oportunidad de redención. Debo enmendar todo lo que he causado. Si no lo hago, las cosas empeorarán. Nunca tendré paz.

—¿Crees que todos estarán más felices si te depositas en un hueco oscuro lejos de aquí?

—Lo merezco.

—¿Estás loca? —gritó colérico—. Esto es inaudito; otra vez has dejado que te convenzan.

—Por favor, comprende.

—¡No! ¡No te irás!

—Ya lo he decidido —insistió ella—. Me iré, Casper. Cumpliré mis dos años y después volveré. Las cosas serán distintas...

—¡No te dejarán volver! Hallarán la forma de mantenerte allí hasta que tengas canas. ¿Es que eres tan tonta que no puedes ver eso?

—No te estoy pidiendo permiso —gruñó.

Salió de la casa como una exhalación cuando un carruaje de alquiler se estacionó en la calle. Casper la siguió, aterrorizado ante la posibilidad de que el amor de su vida, la única persona que le importaba en este mundo se subiera en él y nunca más volviera a verla. Para su desgracia, esas eran las intenciones de Victory. La muchacha intentó subir cuando el lacayo le abrió la puerta del landó, pero él la detuvo. Desesperado, la tomó por un brazo de manera poco caballerosa. No le importaba importunarla con su rudeza. Debía hacer que se quedara. Si era necesario, se arrastraría.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —sollozó a su pesar—. Te lo suplico, no te vayas.

Escuchó que a ella se le escapaba un gemido de dolor, amortiguado por el cendal.

—No puedo hacer otra cosa que irme. Ojalá algún día lo entiendas. No espero que lo hagas. —La voz se le quebró. Se acarició el rostro con la mano enguantada de negro bajo el horrible velo—. Tengo que hacerlo. Necesito hacerlo.

—Pero qué será de nosotros. Quiero que nos casemos, Vic. Quiero que seas mi esposa... Por favor, escógeme a mí. No a esa gente horrible a la que llamas familia. Te lo imploro...

Ella se soltó de un tirón; se valió de que él estaba debilitado.

—No, lord Radnor. No me casaré contigo. No soy lo suficientemente rica para salvar tu condado de la ruina —masculló con rabia. Casper supuso que una puñalada en el pecho podría

resultar menos punzante que aquellas palabras. Retrocedió instintivamente. Sus manos comenzaron a temblar—. Lo siento, has perdido tu tiempo conmigo.

Estaba demasiado aturdido para pensar o para rogarle una vez más que se quedara, Sin más intercambio de palabras, la mujer de negro ascendió por la escalerilla y abordó el vehículo. El lacayo azuzó a las bestias. Con rapidez, el coche se puso en movimiento.

Una inmensa ola de frenesí barrió su mente hasta que lo dejó sumido en medio de una espesa polvareda a orillas de la calle. Casper comprendió que, a partir de ese instante, ya no sería el mismo; podría cambiar para bien o para mal. Pero ni en sueños sería el mismo hombre cuyo corazón acababa de ser violentamente pisoteado.

Segunda parte

Capítulo 14

*Lord Radnor
Radnor House
Wiltshire, South West England
Inglaterra
18 de agosto de 1880*

Querido Casper,

Aunque desearía no aburrirte con mis repetidos lamentos, debo admitir que en Lovelance Manor no tengo sino momentos de inercia y melancolía.

Poco ha sucedido desde mi carta anterior. Hago un esfuerzo más allá de mi resistencia por ser optimista, por no pensar en los días de encierro que aún me quedan, pero el tiempo no hace más que dilatarse y burlarse de mí. Y yo sigo aquí, rezando porque llegue el momento...

Victory apartó la vista de la carta cuando alguien llamó a la puerta. Sonrió al ver al niño de seis años que entraba en la habitación dando brincos. Apenas podía creer que ese pequeño, ahora fuerte y rozagante, fuera el mismo que semanas atrás había estado muy cerca de abandonar este mundo a merced de una fiebre.

—¿Qué pasa, Lucas?

—Lady Lovelance —dijo con dificultad a falta de los dos incisivos que recién hacía perdido—. Mi mamá va a explotar la casa.

La viuda abrió los ojos con desmesura.

—¿Qué has dicho?

—Mi mamá va a explotar la casa. ¡Venga! ¡Rápido!

Escéptica y divertida a la vez, Victory soltó la plumilla. Se puso de

pie. Por lo visto, Lucas estaba lo suficientemente aburrido como para ponerse a fantasear.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama este juego? —dijo cruzada de brazos.

—¡No es un juego! —Lucas dio un brinco impaciente para llamar la atención de la viuda—. Todos vamos a morir de verdad, como en la guerra.

¿Qué rayos? Un niño no debería hablar de la guerra, mucho menos de la muerte; aunque ella bien sabía que no siempre se podía evitar que aquellos males torciesen la inocencia de muchos pequeños. Ese era el caso de Lucas y el de sus hermanitos, por desgracia.

—Querido, no es divertido que hagas ese tipo de bromas. Es de mal gusto.

Impaciente, Lucas puso los ojos en blanco. La tomó de la mano para llevarla en carrera por los pasillos y luego escaleras abajo, hacia las áreas del servicio de Lovelance Manor. La soltó al llegar a la cocina, donde la madre del chico, Margaret, mantenía una discusión con Wilburg y Caro. Cuando vieron llegar a la baronesa, los tres empleados cerraron la boca.

—Lady Lovelance, ¿se le ofrece algo? —preguntó Margaret con una sonrisa nerviosa—. ¿Una taza de té? ¿Chocolate?

—Ahora no. Muchas gracias. Lucas ha subido a buscarme. Dijo algo sobre una explosión y que todos moriríamos. —Elevó una ceja—. ¿Usted sabe a qué se refería?

La mujer tragó saliva. Echó una mirada furiosa al niño, que salió disparado hacia el patio. Comenzó a reír de esa manera tan suya; ingente y compulsiva, que a Victory le había costado trabajo aprender a sobrellevar.

—Qué imaginación la de ese pillo. No le haga caso.

—Mejor dígaselo —murmuró Caro—. No se me ocurre otra mejor idea.

—Esto va a estar bueno —soltó Wilburg, cruzándose de brazos.

—¿Decirme qué? —inquirió Vic que alternaba la mirada entre cada uno de los sirvientes.

Margaret se llevó las manos a la espalda.

—Milady, verá, cómo decirlo, tenemos una pequeñísima duda

respecto a la manera de usar la nueva cocina a gas.

—Acaban de instalarla, pero no tenemos una idea de cómo funciona —reafirmó la idea Caro con una mueca de hastío.

—Al menos no sin volar toda la casa —remató Wilburg.

—¡Margaret, dijiste que sabías usarla! —protestó Victory.

—La verdad es que creía saberlo. —Se apartó a regañadientes para mostrarle el nuevo artilugio de Lovelance Manor—. Sin embargo, esta es más sofisticada de lo que pensé.

La nueva estufa era enorme, fabricada en hierro esmaltado con patas arqueadas, de un diseño bello y vanguardista. Era el obsequio de una compañía inglesa, cuyo propietario había mantenido desde hacía muchos años una estrecha amistad con el difunto marido de Victory. Uno de los primeros modelos comercializables era aquel que ahora tenía frente a sus ojos, ofrecido en un gesto de respeto y admiración hacia el visionario Lovelance, cuya actividad abarcaba el asesoramiento e incluso, en algunos casos, el apoyo económico para el desarrollo de invenciones que en el último tiempo estaban viendo la luz. En vida, el barón se relacionó con un sinnúmero de inventores y empresarios de la tecnología que, una vez que veían sus productos convertidos en realidad, los hacían llegar a la mansión para agasajar a la viuda. En estas mismas condiciones, Victory había recibido decenas de trastos de uso casero con los que los sirvientes estaban más que felices de contar.

Con la minuciosidad de una verdadera devota de la cocina, la viuda Lovelance tanteó el nuevo regalo. Tenía una caldera incorporada, un horno donde cabía un pavo entero, una plancha idónea para los huevos y seis pequeños círculos operados por palancas de donde salía fuego que permitían calentar una paila sin problemas. Una pieza innovadora, a todas luces, pensó mientras acariciaba el acabado, como una niña a una preciosa casa de muñecas. Comenzó a hurgar dentro de las portezuelas al tiempo que imaginaba todo lo que podía hacer allí: hornear, gratinar, hervir.

Wilburg carraspeó, lo que la sacó del ensimismamiento.

—Sospecho que Margaret no tendrá que aprender a usar la estufa puesto que milady la acaparará por completo —murmuró divertido.

La baronesa sonrió mientras cerraba la portezuela del horno.

—Es muy probable. Recuérdenme enviar una nota de agradecimiento por esto.

—Lady Lovelance, no me diga, ¿cocina usted? —le preguntó Margaret asombrada.

—Así es. Es un pequeño pasatiempo que últimamente no he podido practicar a gusto.

—¿Un pasatiempo? ¡Pero si es una cocinera formidable! —exclamó Caro.

Victory notó un ligero calor en las mejillas.

—Lady Lovelance, creí que las damas de la sociedad tenían otra clase de pasatiempos —dijo la nueva cocinera y estalló de nuevo en carcajadas.

—¿Cómo tomar el té y entregarse a las murmuraciones?

La mujer palideció; las risas se le atascaron en la garganta.

—No, lo siento.

—Descuida —farfulló Vic encogida de hombros para que Margaret supiera que no la había ofendido—. Aquí una no se entera de muchos chismes. Ahora veamos. —Giró hacia el nuevo trasto. Examinó los mecanismos de la estufa, que consistían tan solo de tubos de metal recién encajados en la pared de ladrillos. Para familiarizarse con el nuevo artefacto manipuló las pequeñas palancas que hacían desprender el gas. Se escuchó un ligero siseo; un aroma metálico inundó el aire. Lo cerró de inmediato—. Bueno, no parece complicado de utilizar. ¿Dónde están las cerillas?

—Tenga cuidado, milady. —Margaret retrocedió con los ojos brotados—. Conocí un panadero al que se le chamuscó la barba por culpa de una de esas cosas y he sabido de casas enteras que han quedado vueltas carbón. Ese objeto es el aliento del diablo.

Victory agradeció que ni el reverendo Gosebourne ni la señora Coyle estuvieran por ahí para condenarla por sus risas desaforadas.

—Margaret, por el amor de Dios, deja de atraer la mala suerte —masculló Caro mientras se alejaba temerosa de la estufa—. ¿No ves que es un artefacto de última tecnología? No hay posibilidad de que explote. ¿No es así, milady?

—Espero que no.

Abrió la puerta del horno. Wilburg le alcanzó la caja de cerillas.

—Mejor será que tenga cuidado —le advirtió ceñudo.

—Pero qué cobardes.

Con la ayuda de Wilburg, Victory retiró la plancha metálica que cubría el piloto de la estufa. Encendió la cerilla. La acercó al quemador mientras el hombre vacilaba con la mano en la palanca que activaba la salida del gas. Margaret y Caro no dejaban de observarlos, atentos a cada movimiento, incapaces de ver como de apartar la vista. Finalmente, Wilburg giró la palanca. Un leve retumbo impulsó la salida del gas. El quemador se encendió. Luego de unos segundos, un fuego perfectamente controlado se extendió por la vara de metal, listo para cocinar cualquier manjar que colocasen allí dentro.

Las mujeres soltaron suspiros de alivio, felices de que la mansión no hubiera volado en pedazos. Rompieron en aplausos para celebrar el éxito de la misión y el inmenso coraje de su señora.

—Wilburg, jamás te había visto sudar de ese modo —dijo Victory entre risas cuando volvían a poner la lámina metálica sobre el fuego.

—Es el calor, señora —masculló el sirviente. Se limpió la frente para tratar de retornar a su sobria postura.

Los trabajadores ensayaron cada uno de los pasos a ejecutar para utilizar la nueva estufa sin volar la casa entera. Se familiarizaron con el aroma del gas, idearon estrategias para detectar fugas y minimizar riesgos. Margaret continuaba temerosa de usar el nuevo artefacto, por lo que la viuda le sugirió seguir utilizando la cocina de leña mientras se habituaba a la nueva. Para ella, que había aprendido a cocinar desde muy pequeña, al igual que la señora, los beneficios de un fogón tradicional jamás podrían ser igualados por las nuevas invenciones.

Más tarde, Victory se quedó con Margaret a picar especias para la sopa del almuerzo.

—¿Extraña a su marido, milady? —Se sintió repentinamente desencajada al escuchar aquella pregunta—. Otra vez esta boca mía. Perdóneme. Por supuesto que lo extraña. —Y añadió abatida:— como yo extraño a mi Sean.

—Margaret, por favor. —Victory la miró enternecida. Recordó la triste historia que la muchacha le había relatado a su llegada a Lovelance Manor, hacía poco tiempo—. Es tan injusto lo que le sucedió a tu marido. Lo amabas mucho, ¿verdad?

—Con todo mi corazón —musitó—. ¿No es extraño hacer planes para envejecer con alguien, criar hijos, luego nietos, y que luego todo se desbarate de la peor manera?

Ella conocía esa sensación, aunque nada tenía que ver con lord Lovelance. En cuanto tuvo un soplo de tiempo para pensar en un futuro hermoso, este se había desmoronado ante sus ojos.

—Es desgarrador —contestó con toda sinceridad.

—Supongo que debí esperar que sucediera. —Margaret se encogió de hombros con agria resignación—. Era un soldado en batalla, así que resultó natural cuando un día vinieran a avisarme que mi Sean había muerto en algún lugar al otro lado del mundo, a manos de alguien que quizá no pague por ello. ¡La guerra es lo más detestable que existe, lady Lovelance! —Dejó el cuchillo a un lado—. Jamás comprenderé por qué hombres de familia, con salud y futuro son enviados a morir por Gran Bretaña a los lugares más extraños del mundo. ¿Y qué nos dan a cambio? Alimentos costosos. Impuestos exorbitantes. Miseria.

—No puedo entender cómo no recibiste alguna clase de indemnización, al menos para el sepelio. Creí que el Ministerio de Guerra se ocupaba de esas cosas.

—Eso es para los oficiales de alto rango, señora —suspiró—. Los soldados rasos son tratados tan mal después de muertos como cuando están en el frente. Es decir, la comida que les dan es una basura. Las condiciones higiénicas de los sitios donde pernoctan son deplorables. Muchas veces la ayuda médica tarda demasiado en llegar y cuando llega es insuficiente. Los soldados mueren enfermos antes siquiera de pisar el campo. Al menos es lo que contaba Sean en sus cartas. En fin, muchos mueren y no se les da ni las gracias a las familias por haberlos ofrecido como carne de cañón.

—¿Pero qué hay de las viudas y de los niños huérfanos?

—Sobreviven con lo que pueden. Tratan de librar otra guerra, pero con la vida. Conozco a otras viudas como yo. Créame, lady Lovelance, yo he tenido suerte.

Margaret era tan solo un par de años mayor que Victory, con tres hijos pequeños y nada más que un talento para ganarse la vida: una extraordinaria habilidad para la cocina. Aunque no hubiera tenido

ninguno, la joven viuda la habría aceptado de todos modos, la habría acogido como lo hizo aquella medianoche lluviosa en la que llegó a la mansión con sus niños, uno de ellos, Lucas, que ardía por la fiebre. Con lágrimas en los ojos, que se confundían con el aguacero, la mujer suplicaba que dejaran quedarse. El reverendo Gosebourne la había conocido en la iglesia Saint Andrew esa misma tarde. Apiadada de su penosa situación, la había enviado con la baronesa porque confiaba que ella le ofrecería un trabajo en Lovelance Manor o, cuando menos, una noche de alojamiento.

Compadecida de la desesperación de la joven madre, también viuda, Victory mandó a buscar al viejo médico de la familia, quien atendió al pequeño hasta que la fiebre cesó. Después de evaluar las habilidades culinarias de la mujer, contrató a Margaret como nueva cocinera de la mansión en sustitución de la pobre señora Bird, que acababa de jubilarse debido a su avanzada edad y las fuertes dolencias en los huesos que le impedían mantenerse de pie por mucho tiempo. Desde entonces, la muchacha y sus pequeños ruidosos, llenos de vida eran parte de la casa. De pronto, se habían convertido en el lado alegre que Lovelance Manor, con ese sobrio y adusto semblante, jamás había poseído.

Después de conocer la historia de Margaret Ringer, Victory no podía más que sentirse avergonzada de sí misma por haber transformado su propia viudedad en un drama desmesurado. Había mujeres en este mundo cuya situación era peor que la de ella. Mujeres que habían amado a sus maridos, que tenían hijos, que no contaban con el calor de una cama limpia, un techo donde resguardarse del tiempo o comida que llevar a la boca de sus pequeños. Mujeres que lidiaban con la enfermedad y la miseria no durante dos años, sino para el resto de la vida.

Durante las sesiones colectivas de oración y las visitas a Saint Andrew, Vic había conocido a muchas mujeres como la que ahora tenía frente a sí. Algunas de ellas eran muy jóvenes, habían perdido a los maridos en accidentes, víctimas de enfermedades o incluso asesinatos. Unos pocos habían muerto en la reciente guerra que Gran Bretaña mantenía con Afganistán, donde Sean, el esposo de Margaret había perecido. Ninguna de ellas tenía una historia tan desgarradora

para contar como la última. La mayoría de las viudas que había conocido eran mujeres acomodadas que podían darse el lujo de encerrarse en casa y vestir de negro por dos años, sin tener que mover un dedo para garantizar la subsistencia del resto de los familiares.

—Margaret, hay miles de mujeres en tu misma situación. Esto es inaceptable.

—Lady Lovelance, las cosas pudieron haber salido peor —razonó—. He tenido suerte por haberla hallado. Si el reverendo Gosebourne no me hubiera enviado aquí, no sé a dónde habría ido a parar. —Un silencio sombrío subsiguió a aquellas palabras—. O tal vez sí lo sepa.

—¿Qué quieres decir?

Margaret miró a todos lados antes de atreverse a decir palabra. Se inclinó hacia adelante para poder susurrar.

—Cuando ya no pude pagar el alquiler de la casa y tuvimos que entregarla a los dueños, usé el poco dinero que aún nos quedaba para pagar un alojamiento barato en los barrios bajos de la ciudad mientras conseguía empleo de sirvienta. En las buhardillas conocí a unas mujeres de malas costumbres, usted sabe. Me dijeron que era guapa, que podía ganar buen dinero si no temía ensuciarme un poco. Me prometieron que si me esforzaba y tenía suerte, con el tiempo podía encontrar a un protector que me mantuviera a mí y a mis hijitos. —Victory la miró con el corazón encogido—. ¿Sabe una cosa, lady Lovelance? Por varios días lo pensé. Alguien como yo no tiene muchas perspectivas de salir del agujero, ¿cierto? Una noche fui al lugar donde se reunían ellas. Ya no me quedaba nada, ni siquiera para la cena de esa noche. Era un burdel, un sitio inmundo, lleno de hombres groseros y espantosos. La que me había invitado al lugar me dijo que me había conseguido un cliente, que él conocía mi situación y que me trataría bien, pero, por alguna razón, yo sabía que no estaba siendo sincera. Me llevó hasta una habitación. Me dijo que lo esperara allí. Así lo hice. Estaba aterrada, lady Lovelance. No podía hacer más que caminar por todo el cuchitril hasta desgastar los tablones. Después, escuché el sonido de unas botas por el pasillo. Era él.

—¿Qué pasó, Margaret? —inquirió Victory, que había escuchado el relato con los ojos obnubilados, abiertos de par en par.

Ella sacudió la cabeza.

—No pude hacerlo, milady —musitó—. Antes de que llegara a la puerta, me escapé por la ventana. —La baronesa suspiró un tanto aliviada—. Corrí por toda la calle como una loca, no quería volver a pisar ese sitio en toda mi vida. Me fui a la buhardilla donde estaban mis niños y me los llevé conmigo a Saint Andrew. Alguien me había dicho que en la iglesia daban de comer a los necesitados.

—Y así fue como conociste al reverendo Gosebourne.

—Sí, milady. Él me dijo que usted era una mujer buena. Indisciplinada, pero buena.

Una sonrisa nostálgica le sobrevino. Victory estaba satisfecha de que el párroco del pueblo reconociera su buen corazón, pese a todos los dolores de cabeza que le había causado antes y después de la escandalosa huida a Londres.

—Me alegra que lo haya hecho.

De pronto, Margaret se cubrió el rostro con las manos.

—No debí haberle contado esto —rezongó—. ¡Qué vergüenza, milady! Debe de estar perturbada con mis historias.

—No de la manera que crees, Margaret. —Puso la mano sobre la de ella—. Eres una mujer fuerte y me haces sentir muy pequeña a tu lado. No sabes cuánto me gustaría tener la mitad de tu valor.

La cocinera rio con sorna. Sacudió la cabeza, negada a recibir el cumplido.

—Yo iba a decir lo mismo de usted, por encender el horno de gas con tanto desenfado.

—Eso no es nada.

Compartieron una sonrisa.

—Lo hice por Sean —confesó Margaret—. Puede que él esté muerto, pero no quería que pensara mal de mí desde el cielo. Además, lo amo todavía. —Se sorbió la nariz.

—Eso se nota.

—¿Algún día se irá, lady Lovelance? ¿Algún día dejaré de sentir tanto dolor?

—No, Margaret. El dolor se hará más soportable, pero siempre estará ahí.

Cuando la sopa estuvo lista, Victory regresó a la habitación para

terminar de escribir la carta que había dejado inacabada. Lo hizo con la cabeza llena de pensamientos y reflexiones. Lo que había escuchado la había hecho tambalearse de un modo inesperado. ¿Cómo es que durante tanto tiempo se había autocompadecido cuando más allá de las puertas de su elegante mansión había miles de mujeres infinitamente más desdichadas que ella? ¿Cómo podía ser tan tonta, frívola y jactanciosa? Toda la desgracia que había convertido en bastión de vida se reducía a la imposición de quedarse dos años encerrada en casa, vestida de negro, rodeada de comodidades, de sirvientes y sin que los alimentos o las cosas más básicas le faltasen.

Lo más importante de todo era que el hombre al que amaba seguía vivo. De solo pensar cuán estúpida había sido, la piel se le ponía de gallina.

Llegó a la habitación. Se sentó nuevamente ante el secreter. Tomó la plumilla.

Casper, me he ausentado un momento mientras escribo estas líneas. La señora Ringer, la nueva cocinera, estaba hecha un lío con la cocina de gas de acaban de traernos. Ha sido muy gracioso. Debiste verla. Creyó que la casa estallaría en pedazos si giraba la manecilla. Bajé un momento, y entre todos aprendimos a utilizarla. Me encantaría poder prepararte algo allí algún día no muy lejano. Quizás una gallina de guinea guisada, un faisán en salsa de ciruela o un pescado que no te provoque salpullido.

También quería hablarte de la señora Ringer. Su nombre es Margaret. Es viuda, al igual que yo. Tiene tres pequeños que son un verdadero milagro de amor, pero no imaginas todo por lo que ha tenido que pasar la pobre para salir adelante, para no dejarlos morir de hambre. El marido de Margaret murió en Afganistán. Desde entonces, su vida ha sido una lucha constante por la supervivencia. Oí su historia y me siento tan vacía, Casper. He sido una estúpida al pensar que mi vida era miserable. Acabo de tener una conversación que me ha hecho abrir los ojos. Las cosas realmente no son tan malas para mí, pero lo son para muchas mujeres allá afuera, por desgracia. Las viudas pobres sufren más que la pérdida del amor de sus vidas; muchas también pierden todo lo demás. Sin trabajo ni ayuda del gobierno, no tienen posibilidades de sostenerse. Algunas se desvalorizan de un modo alarmante, no se creen capaces de hacer algo más que convertirse en sirvientas o en prostitutas para mantener a sus hijos. Tampoco hay

muchas posibilidades para ellas. ¿Qué hay de las ancianas? ¿Qué hay de aquellas que ya no poseen las fuerzas para trabajar, como mi antigua cocinera, la señora Bird? ¿No es esto atroz? Yo estoy en capacidad de ayudar a Margaret, a la señora Bird, a las viudas pobres del pueblo que conozco en la iglesia, pero no es suficiente.

¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos en el tren en la que te dije que deseaba emprender un pequeño negocio? ¿Y recuerdas cuando estábamos en la villa de lord Felton y conocimos la escuela y la maravillosa obra del conde para los hijos de sus trabajadores? Mi mente está inquieta ahora mismo, no sabes todo lo que comienza a fluir en ella. No dejaré de dar vueltas a esta idea que recién comienza a esbozarse en mi cabeza. En cuanto logre trazar un plan concreto, puedes apostar que te lo haré saber de inmediato.

Te digo hasta pronto, con el risible anhelo de que mis besos, y todo el amor que he depositado en estas líneas, lleguen directo hasta ti, tan veloces como flechas, y que no tardes ni un segundo en contestarme. Muy, muy pronto volveremos a encontrarnos, ello es lo que me mantiene con vida. Rezo porque el tiempo haya tenido la capacidad de suavizar todas nuestras asperezas.

Tuya,

Victory

Luego de cerrar el sobre y estampar el sello de lacre dorado en él. Victory se dedicó a escribirle a Clarissa. Estaba ansiosa por hablarle de Margaret y de la incipiente idea que con cada segundo que transcurría comenzaba a tomar forma en su mente. Extrañaba mucho a su amiga, así como los momentos que habían compartido en la visita que ella había realizado a Lovelance Manor hacía un par de meses.

La nueva y flamante lady Felton la había visitado varias veces en la mansión desde que Victory decidió retomar las costumbres del luto. Los momentos que habían pasado juntas en aquellas cortas semanas habían sido las más felices que podía recordar de esos dos años. Era una pena que el reverendo Gosebourne no le hubiera permitido a lord Felton saludar a la viuda pues, al ser una persona del

sexo masculino, sin ningún vínculo de sangre con lady Lovelance, estaba mal visto que se acercara a ella. Por fortuna, Harvey estaba habituado a las costumbres de la viudedad desde la muerte de su padre y en ningún momento mostró desagrado por la absurda regla.

Apenas terminaba de firmar la carta, la puerta volvió a sonar. Esta vez era la señora Coyle quien llamaba. En contra de todo lo que había presagiado, Victory había aprendido a llevarse con el ama de llaves. Aunque a menudo salían a relucir las marcadas diferencias entre ellas, la mayoría del tiempo vivían en una templada armonía. Quizá fuera por el hecho de que la viuda había abandonado la idea de rehuir a sus responsabilidades y asumir con estoicismo el destino que le correspondía. De cualquier manera, aquella relación era preferible a la que habían mantenido hacía dos años.

A su llegada a Lovelance Manor, derrotada, con el rostro herido tras el velo negro y la moral pisoteada por lady Olivia, Victory se había convertido en una viuda tradicional. Coyle no había hecho mención un solo día a la vergonzosa huida, ni a los comentarios sobre los escándalos que había protagonizado en Londres. Se había limitado a asistirle y a encaminarla al correcto cumplimiento de los deberes.

—Buenos días, lady Lovelance.

—Buenos días, señora Coyle.

—Me han dicho que la nueva cocinera ignora por completo cómo utilizar la estufa de gas —rezongó—. Si me permite decírselo, creo que eso es inaceptable.

—Sabe cómo hacerlo —dijo Victory mientras cerraba el sobre—. Hemos aprendido esta mañana. Es solo cuestión de que se habitúe. Solo está nerviosa ante la posibilidad de cometer un error y ocasionar un accidente. Dele un poco de tiempo.

—Espero que así sea, milady —convino, sin ánimos de llevarle la contraria.

—Quiero que lleve estas cartas a la oficina de correos esta misma tarde. Una es para Clarissa. No puedo esperar a que la lea —suspiró—. Algún día esos inventores del Crystal Palace me traerán un aparato que lleve mensajes a mis afectos a una velocidad aceptable.

—Así será, señora. ¿Y la otra es para el conde?

—Sí.

—Muy bien.

Victory le entregó ambos sobres.

—Milady, sé que no es mi asunto —comenzó a decir la señora Coyle con aquel tono frío y desdeñoso—, pero ¿está usted consciente de que ese caballero jamás ha contestado ninguna de sus cartas?

Aunque estaba muy consciente de ello, Vic no pudo evitar que una honda tristeza le sobreviniera en el pecho.

—Así es, señora Coyle. Y a pesar de ello, le he escrito como cada lunes.

La mujer se guardó los sobres en el bolsillo de la falda con un gesto displicente. Ella no podía entender las cosas que la gente hacía por amor. Quizá nunca había amado, quizá nadie la había amado, supuso Vic con un rastro de pena.

—El próximo viernes se cumplen los dos años de su luto riguroso —dijo la mujer que la miraba con estudiado interés, atenta a la reacción de la baronesa.

—No lo he olvidado.

—Me preguntaba si es preciso que mande a buscar a la modista para que le tome las medidas. Supongo que desea lucir nuevos vestidos en colores vivos ahora que su período de negro ha terminado.

—No la necesitaré, señora Coyle —dijo con fingido desdén.

El ama de llaves alzó las cejas.

—¿Ah, no?

—No. Iré a Londres y yo misma los mandaré a confeccionar con madame Lavoie.

—Claro —murmuró—. Entonces prepararé su viaje.

—Se lo agradezco mucho, señora Coyle.

—No tiene por qué, milady.

Antes de marcharse de la habitación, giró de nuevo para inyectar el veneno que aún tenía retenido en la punta de los colmillos. Que hubieran aprendido a tolerarse mutuamente los últimos dos años no cambiaba el hecho de que a veces se lanzaran puñales silenciosos.

—Ha sido una verdadera desgracia la muerte de su abuela —dijo—. Pero ha sido una suerte para usted que se haya ido justo dentro del período de luto por lord Lovelance, de manera que no está obligada a

prolongar el uso de las prendas oscuras, ni la conducta recatada.

Victory la miró con reparo, aunque muy en el fondo sabía que tenía razón. Era una suerte. Que la perdonaran, pero se sentía dichosa de saber que aquella mujer, que le había confesado su intención de entregarla a los gitanos apenas nacida, no viviera más para hacerle daño.

La joven suspiró, presa de un culposo alivio. Cuando Coyle cerró la puerta, casi no pudo creer que el próximo viernes estaría de nuevo en Londres.

Cerró los ojos y pensó de nuevo en Casper.

* * *

Antes de subirse al carruaje que la llevaría a la estación de trenes de Fort William, Victory se despidió de los niños y de los sirvientes. Aún vestía de negro, a falta de prendas de otros colores en el guardarropa. Con una extraña sensación en el pecho echó un último vistazo a la sobria fachada de Lovelance Manor, vivienda que había considerado su carcelera por más de dos años. La señora Coyle la observaba con serenidad desde las grandes puertas.

El reverendo Gosebourne también la despidió con bendiciones. Margaret se enjugó una lágrima cuando la vio subirse al coche. Los niños la abrazaron insistentemente hasta que fue necesario que la madre los arrancara del landó como si fueran gatitos con las garras aferradas a un sillón. Victory los abrazó y les prometió regalos al regreso para que accedieran a dejarla marchar.

El viaje desde Escocia hasta Inglaterra resultó ser más largo de lo que había esperado. Frente a ella, Caro parloteaba sin cesar, emocionada ante la primera visita a la gran ciudad. A pesar de la interminable cháchara, Vic agradecía su presencia. Le permitía concentrarse en otras cosas, la alejaba de los recuerdos del último viaje desde Fort William a Londres, donde conoció a lord Radnor. Hacía mucho tiempo había dejado de ser aquella muchacha vulnerable e impresionable.

Durante los breves momentos a solas, la viuda repasaba mentalmente la idea que había concebido desde hacía unos pocos

días, cuando tuvo aquella conversación con Margaret. Con cada minuto que transcurría estaba más convencida de que aquel era su propósito. Estaba segura de que Clarissa sería de mucha ayuda para llevar a cabo la labor que se había propuesto.

Arribaron a Londres pasado el mediodía. Charing Cross estaba abarrotada de viajeros que apenas podían distinguirse a la distancia debido a la pesada niebla que arropaba cada palmo de la estación. Victory había leído en los periódicos que aquel año estaba resultando más brumoso que los anteriores en Inglaterra. Escuchó las voces de decenas de hombres que ayudaban a descargar las valijas de los pasajeros y las numerosas mercancías traídas desde Escocia: cajas de whisky, textiles, frigoríficos con quesos de temporada. En cuanto pudo sortear al gentío de Charing Cross, tomó un coche de alquiler para trasladarse al hotel donde se hospedarían, el Claridge's de Mayfair.

La tarde siguiente fue a visitar a Clarissa a la hermosa casa de South Kensington, después de hacer llegar una tarjeta de visita a la nueva lady Felton con uno de los empleados del hotel.

La mansión era una obra de la arquitectura moderna que se alzaba en medio de la opulencia de una de las zonas residenciales más exclusivas de Londres.

—Milady, está usted más hermosa de lo que recuerdo —alabó Victory a su amiga con una deslumbrante sonrisa, antes de abrazarla fuertemente.

—Victory, nunca creí que iba a desear tanto que el tiempo volara —dijo entre sollozos—. ¡Y sabes bien cómo odio el paso del tiempo! Querida, estoy feliz de que estés aquí. Mañana mismo iremos a ver a madame Lavoie. Te mandaremos a hacer unos trajes de última moda. Dejarás de usar esos detestables trapos negros. Los quemaremos juntas en la chimenea.

Victory soltó una carcajada mientras se ponía cómoda en el canapé color crema de la sala privada de Clarissa. Aquel era un espacio espléndido, pleno de luz y decorado con exquisito gusto, que reflejaba toda la vivacidad distintiva de la señora de la casa. Las paredes habían sido revestidas en papel verde esmeralda; el mobiliario, clásico en esencia, repujado en madera de roble con tapices bordados. Las

mullidas alfombras exhibían diseños intrincados que evocaban motivos orientales. Las cortinas brocadas, corridas con cordeles dorados, regalaban una generosa vista al suntuoso jardín trasero de la mansión, al que daban acceso las puertaventanas de cristal. Podía imaginar que su amiga velaba para que todo estuviese siempre perfecto y disfrutaba de la vida junto a su adorado marido.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —la regañó la rubia con cariño, luego de ordenar que les sirvieran el té—. Te habría ido a recoger a la estación. ¿Y dónde están tus baúles?

—En mi hotel. Me estoy quedando en el Claridge's. No quería molestarte.

Lady Felton abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Que te estás quedando en un hotel? ¿Molestarme? ¿Crees que una habitación de lujo puede competir con las atenciones de tu mejor amiga?

—Sé que no, pero lo prefiero así; por favor.

—Está bien —convino a regañadientes—. Ya me desquitaré contigo de algún modo.

Victory le obsequió una sonrisa de agradecimiento.

—Y bien, ¿cómo te sientes? —preguntó con suavidad, una vez dieron el primer sorbo a la taza humeante.

La joven se tomó un instante para meditar la respuesta.

—Esperaba estar maravillosamente para estos días, pero, más bien, me siento extraña —confesó con la vista fija en el líquido—. Quizás un poco inquieta.

—Pero Vic, ya todo pasó, cariño. Este es un nuevo comienzo. ¿Por qué la inquietud?

—Sé que es un nuevo comienzo. Lo he esperado con ansias. Sin embargo, los planes que tengo en mente son distintos a los que te conté cuando nos vimos por última vez.

—Tus planes solían ser sufrir en silencio para que tu difunta abuela estuviera en paz.

—Eso ya no importa. —Desvió la mirada a los jardines que asomaban por las puertaventanas—. Ella está muerta. No tengo que demostrarle nada.

Lady Olivia había fallecido el invierno anterior. Su corazón se

había detenido mientras dormía. La familia Brandon había aprovechado el momento de dolor para alejarse de la vida pública. Victory estaba convencida de que también buscaban sortear las habladurías de la gente respecto a lo sucedido hacía un año entonces, cuando el origen de la joven, hasta ese momento desconocida por la sociedad, había sido ventilado públicamente. El acto cometido por la viuda de Logan Brandon al ocultar a su nieta por temor a que se conociese la indiscreción de Sabrina, le había merecido el rechazo de conocidos y antiguas amistades. Ni siquiera el confinamiento de Vic había logrado aliviar el menosprecio colectivo hacia los Brandon.

Victory se preguntaba repetidamente si Annabelle Thomas, la nieta favorita de lady Olivia, había considerado las consecuencias cuando optó por revelar a todo el mundo en el baile de los Ormond quién era ella. Podía jurar que, si la muchacha tenía un vestigio de corazón en el pecho, ahora mismo estaba destrozada por haber ocasionado todo aquel mal.

Por otro lado, las opiniones respecto a lady Lovelance estaban divididas. Algunos miembros de la sociedad la compadecían, incluso la justificaban. Otros la condenaban de manera terminante. Quienes llegaban a conocer la historia de la viuda que bailaba sobre el ataúd en las infames páginas de *Punch*, no podían evitar tomar una posición. Por ende, la sufrida y escandalosa muchacha no había pasado desapercibida para los londinenses.

—No debiste esperar a que muriera para decirlo —insistió Clarissa.

—No quiero hablar de eso otra vez —suspiró—. Ya te he dicho un millón de veces que era necesario. Por mí y por mi familia. Se los debía.

—De todos modos, no cumpliste tu objetivo de evitar que los Brandon cayeran en desgracia, lo que me alegra sobremanera. Y, perdóname, pero esos miserables merecen cada gota de sufrimiento social. Es el castigo más idóneo para ellos.

Victory sacudió la cabeza. Aquel escabroso tema de conversación le exasperaba.

—Por favor, basta —susurró.

—¿Has leído mi carta? —preguntó Victory, ansiosa de desviar la atención de su amiga.

—Por supuesto, pudiste haber mencionado en ella que venías, por cierto. Estaba respondiéndote cuando recibí tu tarjeta de visita. Me alegra que hayas podido brindarle un trabajo a esa pobre mujer.

—No es suficiente.

—¿No? —Clarissa arrugó el rostro con desconcierto.

—Quiero ayudar a más mujeres como Margaret. He considerado crear una fundación para viudas pobres —sentenció.

En un intento por procesar las palabras, la vizcondesa parpadeó repetidamente. Le brindó una sonrisa aturdida, escéptica. Al cabo de unos segundos, se llevó los níveos dedos a los labios con asombro.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente —asintió—. Hay miles de mujeres en toda Gran Bretaña que, después de perder a sus maridos, se quedan sin el sustento para sus hogares y se abandonan en la peor de las pobreza. Hay algunas que tienen el talante y la capacidad para trabajar, pero ¿qué hay de aquellas que no se creen capaces de hacerlo porque están demasiado dolidas o están convencidas de que son unas inútiles, porque los hombres les arrebatan todas las oportunidades? ¿Qué sucede con aquellas que son demasiado mayores para trabajar? ¿Con las que tienen hijos y no pueden dejarlos para ganarse la vida? ¿Con las que creen que su único destino es prostituirse o mendigar para no morir de hambre? Pasé años entre lamentos; creía que mi viudez era una calamidad cuando otras mujeres sufren de verdad. Mi única preocupación era que no podía salir de casa, cuando hay otras viudas que ni siquiera tienen una casa adonde llegar. Debo hacer algo al respecto, Clarissa. Estoy obsesionada con la idea de hacer algo por ellas.

—Es lo más desinteresado que he escuchado —musitó con ojos de ternura—. Y todo es tan cierto. Yo también conocí a viudas desamparadas en mi período de luto. Ayudé a algunas. Es decir, a las que me lo permitieron. Pero esto es hermoso, Vic. Es tan noble. ¡Estoy contigo! —soltó de pronto. Dejó la taza a un lado—. Y Harvey también se sumará. Dime a quién hay que convencer para llevar esto a cabo.

—Te lo agradezco mucho. Sabía que podía contar contigo.

—Todo parece muy complicado, ¿qué haremos?

—Lo primero es buscar información. —Se puso de pie. Caminó de largo a largo por la habitación mientras hablaba—. Estadísticas, aunque no sean del todo exactas, para conocer cifras de pobreza y de viudedad en Gran Bretaña. Estudiaremos algunas experiencias similares, si es que existen. Buscaremos aliados, patrocinadores. Haremos un evento benéfico.

—La princesa de Gales va a estar encantada de participar. Las activistas por el voto femenino van a saltar de gusto.

—Si tenemos suerte, reuniremos lo suficiente para comprar un edificio donde tener a las más necesitadas. Contrataremos instructores de distintos oficios, consejeros. —Por un instante le pareció que estaba volando muy alto—. ¿No es todo esto demasiado ambicioso?

—Victory, la señorita Elizabeth Wordsworth fundó un instituto, y lady Kinnaird un refugio para mujeres pobres en Londres. ¿Por qué no habrías tú de crear una fundación para ayudar a viudas?

—Tienes razón. ¡Hablares con ellas!

—¡Por supuesto que sí! Lady Kinnaird es una mujer accesible y no dudará en ayudarnos.

—Quiero mostrarles a esas mujeres que sí valen, que pueden luchar solas, sobreponerse al dolor, aprender un oficio; o tan solo darles refugio en la vejez.

—Me parece algo maravilloso. Lo haremos. Harvey y yo te apoyaremos y nos uniremos a ti.

—¿No piensas preguntarle primero?

—Sé que estará encantado con la idea —aseguró—. Su posición en el parlamento nos será de mucha utilidad. Las mujeres de los otros diputados, ese hatajo de gallinas engreídas, participarán para no quedar opacadas.

Las mujeres continuaron dando forma a la idea de la fundación mientras tomaban una merienda. Hicieron una lista de las damas de la aristocracia que podrían sumarse a la iniciativa. Como nueva lady Felton, Clarissa se había convertido en una mujer muy influyente. Dada la agudeza mental, talento social y belleza inigualable que ostentaba la vizcondesa, muy pronto se había hecho un lugar privilegiado en la sociedad londinense, uno donde ahora era

admirada, hasta querida. Ella y Harvey eran considerados la pareja del momento, la más encantadora junto con los príncipes de Gales, a quienes habían conocido en un baile reciente. Debido a ese vertiginoso ascenso, muchas damas que antes habían cuchicheado a sus espaldas, que la habían mirado por encima del hombro, ahora sonreían ante sus comentarios en las cenas, aunque lady Felton sabía que solo lo hacían para no ir en contra de todos los que simpatizaban con ella.

Felizmente, Clarissa y Harvey habían logrado estar juntos lo que llenaba de satisfacción a Victory. Según le había contado la vizcondesa, lady Sophia, quien había hecho de todo para separarlos hacía dos años, asistía hacía unos meses a terapias en el hospital para tratar una incipiente histeria. Su amiga no habló mucho de ello, por lo que la baronesa supuso que se trataba de un asunto bastante delicado. Ella tampoco hacía muchas preguntas al respecto. En cuanto a la señorita Wilson, Victory supo que se había comprometido con un joven y prometedor abogado que su padre había escogido para ella. A juicio de Clarissa, el muchacho, aunque parecía inteligente y talentoso, era demasiado complaciente, incluso algo sumiso, delante de su futura esposa, a quien solo le bastaba chasquear los dedos para ponerlo de cabeza. Quizá Bessie está a punto de cumplir el sueño de desposarse con un hombre al que pueda controlar, pensó divertida.

—Está casado, ¿no es así? —le preguntó más tarde ese día, mientras caminaban por el precioso jardín de la mansión, cuando ya se habían puesto al día en casi todos los asuntos.

La tensión de lady Felton fue fácil de percibir. Ralentizó el paso por los nutridos arcos de parra. Se detuvo por completo. No había esperado aquella pregunta.

—Creí que ya no guardabas ningún sentimiento por él.

El corazón de Vic comenzó a latir con atronadora fuerza, porque interpretaba en forma correcta aquellas palabras. Clarissa le posó las manos en los hombros para brindarle apoyo, dado que había palidecido al punto de competir con las estatuas de escayola del jardín.

—En todos estos meses jamás lo mencionaste. Por eso no te dije nada —añadió.

—Así que lo está —musitó.

Era bastante lógico. Antes de conocer a Victory, el plan de lord Radnor había sido el de encontrar a una esposa. ¿Por qué habría de cancelarlo cuando ella lo había abandonado de una forma tan abrupta? Aunque había deseado con fervor que él pudiera comprenderla, que hubiera hecho el esfuerzo para esperarla, era consciente de que las últimas palabras que le había escupido habían roto cualquier posibilidad: «no soy tan rica como para salvar tu condado». Se las había dicho presa de la desesperación, para lograr que la dejase marchar, para que le diera la oportunidad de ganar la tan ansiada redención. No había creído tener otra alternativa.

Por otro lado, tenía miedo de que le confirmasen lo que en su corazón ya sabía de antemano; por ello, había decidido no hablarle a Clarissa de las cartas que había enviado a Radnor Court. Ella la habría disuadido de tratar de establecer contacto con él, de hablarle de un amor que no tenía ningún asidero, porque él ya pertenecía a otra mujer.

Ahora podía ver que aquellas cartas no habían sido respondidas por una buena razón. Casper debía respetar demasiado a su esposa como para permitírsele. Quizá la amaba. Aquella idea hizo que las piernas le flaquearan. Creyó ser capaz de soportar aquella noticia una vez pasados dos años, pero veía que no era así. Le dolía más de lo que podía tolerar.

—¿Estás bien? —preguntó la vizcondesa con rostro de preocupación—. Volvamos a la casa.

Victory asintió mecánicamente. Juntas regresaron a la mansión. El resto de la tarde y los días que subsiguieron a ese, no volvieron a mencionar el tema.

Capítulo 15

Era bien sabido que las noches de ópera en Londres no constituían entretenimientos exclusivamente ideados para deleitar los sentidos. A menudo, servían también para solazar los egos. Los estrenos de la temporada reunían a gente ávida de música, curiosos, intelectuales, melómanos, así como personajes que vivían para ver y ser vistos. Clarissa Bailey lo sabía, por ello había llevado a Victory al *Royal Opera House* para su debut formal. Aquella noche se presentaba una pieza que, si bien no era una novedad, atraía la atención como solo lo hacía un buen clásico: *Norma*, de Vincenzo Bellini.

Lady Lovelance estaba extasiada con la majestuosidad del teatro y con la idea de presenciar su primera representación de ópera. Para la ocasión, madame Lavoie la había vestido con inusitado entusiasmo. Había jugado con ella como una niña con una muñeca nueva, a la que peinó, le eligió los accesorios y le aplicó el maquillaje. Esa noche lucía un espléndido vestido de tafetán tornasolado color borgoña. El escote era amplio, cuadrado, ribeteado con encaje negro de Venecia, al igual que las mangas cortas. Las faldas eran rectas por delante y amplias en la parte posterior, arremolinadas en forma de cascada hasta tocar el suelo. El cabello iba recogido en un alto copete que cedía el protagonismo a los bellos rasgos de la muchacha. Clarissa lucía igualmente hermosa, ataviada en un vestido color crema con bordados dorados, el cabello alzado en una corona de perfectos rizos rubios. Harvey las exhibió con orgullo desde la entrada del teatro hasta la locación privada. Como hombre acostumbrado a llevar bellezas colgadas del brazo, el vizconde pasó por alto las miradas embelesadas que dejaban tras de sí.

Lord y lady Felton tenían un palco con una privilegiada vista del

escenario. Antes de que el espectáculo diera comienzo, el vizconde saludó a varios compañeros de bando que se acercaron para intercambiar opiniones sobre ciertos asuntos que estaban discutiéndose en el parlamento. No eran más que excusas de los lores para mirar a la hermosa morena que había llegado con la pareja. Después de divertirse con la impaciencia de los caballeros, Felton les presentó a lady Lovelance. Los hombres no hallaron qué decir al escuchar que se trataba de la célebre dama que la revista *Punch* había popularizado. De todos modos, los halagos para ella no fueron refrenados en ningún momento.

Cuando las luces de las farolas de gas se apagaron y la orquesta comenzó a tocar, Victory se sacudió con un espasmo de anticipación. El telón del escenario develó un tenebroso bosquecillo donde los artistas, vestidos con túnicas oscuras, comenzaban a entonar poderosas notas.

La historia giraba en torno a Norma, sacerdotisa y amante secreta de Polión, procónsul romano. A su vez, Polión amaba a Adalgisia, por quien estaba dispuesto a abandonar a Norma y a los dos hijos que habían concebido a escondidas de los demás druidas. Victory no estaba del todo feliz de presenciar un drama de amor al estilo italiano, pero se sorprendió de deleitarse con la soberbia interpretación de la cantante principal. El corazón se le encogió cuando descubrió la traición de Polión, su intención de marcharse a Roma con Adalgisia, lo que la dejó sumida en un lacerante dolor. Se vio enjugándose un par de lágrimas en la penumbra del palco.

Un poco antes de concluir el primer acto, se levantó para ir al tocador de mujeres y recomponerse un poco. Recorrió los extensos pasillos del teatro, de suelos enmoquetados y muros de paneles de nogal en busca del cuarto de señoras. Cuando llegaba a una curva de la galería, escuchó unas voces susurrantes muy cerca de allí. Se detuvo al ver a una pareja que intercambiaba atenciones de forma solapada. Las dos miradas denotaban una pasión culpable que no pasó por alto a los ojos de Victory. Ella, una dama menuda de cabello oscuro, ataviada en un vestido de gasa azul marino. Él, un caballero alto, cuyo rostro estaba deshecho de tristeza y pleno de amor a la vez.

Incómoda de presenciar tan íntimo intercambio, la baronesa giró

para alejarse. Por suerte, la habitación que buscaba estaba a unos pocos pasos. Se dirigió allí sin más dilación. En el interior encontró a una empleada del teatro que le tendió una toalla con gesto servicial. Victory la tomó, convencida de que la mujer estaba acostumbrada a atender a jóvenes sentimentales cada dos por tres. Se secó los ojos, luego se retocó el maquillaje y se alisó la falda con las manos.

Cuando estaba a punto de regresar al palco, la dama de azul que había visto en el pasillo entró al cuarto con los ojos humedecidos. Lady Lovelance la miró con curiosidad. Sabía que aquella tristeza no se debía al drama amoroso de Norma, Adalgisia y Polión, sino al propio. La muchacha tomó la toalla que le ofrecía la empleada y procedió a recomponer su semblante, ante la mirada discreta y un poco enternecida de la baronesa. Al cabo de unos segundos logró reacomodar el rostro afligido. De cerca, pudo notar que era realmente bonita: tenía unos grandes ojos color chocolate, rasgos delicados y simétricos, cabello brillante peinado en un moño alto, coronado por una tiara de perlas. La chica le dirigió una sonrisa a modo de saludo.

—¿Está disfrutando de la función?

—No se imagina cuánto —respondió—. Es mi primera ópera.

—Entonces es una noche especial.

—Así es.

—Yo habría escogido otra obra, una alegre —masculló la chica mientras de enjuagaba las manos en una jofaina de mármol—. La vida real es lo suficientemente miserable por sí sola, ¿no le parece?

Victory no pudo más que asentir en respuesta: aquel había sido su primer pensamiento al leer el programa. Sin embargo, tenía la certeza de que la muchacha hablaba por experiencia propia. Quizás el hombre del que estaba enamorada no gozaba de la aprobación de sus padres; quizás él perteneciera a otra mujer. En fin.

—Que tenga una bonita noche —le dijo la joven de azul antes de marcharse.

—Hasta luego.

Regresó al palco justo cuando Norma despedía iracunda a Adalgisia y a Polión.

En el segundo acto, la historia se tornó todavía más trágica. Norma decide asesinar a sus propios hijos para vengar la traición del

procónsul, pero después recapacita. Le pide a Adalgisia que se los lleve con ella a Roma y los cuide junto a su amado. Polión es atrapado mientras intenta llevarse a Adalgisia del templo. Los druidas exigen su sangre por haber penetrado el claustro, pero Norma es incapaz de tomar su vida. Termina por confesar el gran amor por él y la existencia de los niños que han concebido juntos. Decide inmolarsse para acallar la consternación de su gente. Polión, conmovido por la inmensidad de los sentimientos de Norma, resuelve morir con ella. Juntos acaban en la hoguera.

La función terminó con una ráfaga de aplausos, mientras Victory aún trataba de asimilar tan espantoso final.

Los asistentes bajaron al gran vestíbulo para dar comienzo a otra clase de espectáculo, uno ligado al inestimable arte del roce social. Clarissa saludó a un par de damas de edad avanzada que se acercaron mientras agitaban sin parar los abanicos con los ojos posados en la chica del vestido borgoña. La vizcondesa la presentó a Victory con toda pompa y, tal como había sucedido con los caballeros, las mujeres quedaron mudas de asombro ante la mención del título de lady Lovelance. A diferencia de ellos, sin embargo, le dirigieron una mirada altiva y se alejaron murmurando.

—No les hagas caso, querida. Me sorprende que me saluden a mí —le dijo—. Solían odiarme cuando solo era la señora Bailey, la viuda amante de Felton. Después de nuestra boda me enviaron un horrendo y costoso jarrón chino. Desde entonces, no dejan de alabar mi habilidad como anfitriona en todas las cenas que damos en casa.

—Vaya, entonces tendré que casarme con un lord —bromeó Victory, que estaba bastante sorprendida de su propia tolerancia a la displicencia de algunas personas. Alguna vez había deseado ser aceptada, pero ahora podía comprender que gozar de la aprobación de muchas de aquellas personas le importaba muy poco—. ¿Crees que haya a la vista uno soltero y que me convenga?

Clarissa le dedicó una sonrisa cómplice, antes de llevarse el abanico a la altura de la nariz para que nadie pudiera leerle los labios.

—Veamos, lord Worcester es muy viejo. —Miró en dirección a un sexagenario de cabello blanco que parecía mortalmente aburrido—. Por razones que las dos conocemos a la perfección no te lo

recomiendo. —Las dos damas soltaron discretas carcajadas—. Tenemos a lord Pinkney. —Se refería a un moreno alto y atractivo que parecía inquieto; miraba a todos lados, como si buscara algo o a alguien—. Sería un gran partido si no se bebiera hasta el agua de los floreros. Por otro lado, está nuestro buen lord Wharton. —Observó hacia un pelirrojo de contextura delgada que Vic encontró muy aceptable. Tenía una sonrisa muy amable y sincera—. Pero deberás mudarte a Irlanda y eso está muy lejos para que yo vaya a visitarte. Así que, olvídalo.

—¿Qué tal aquel?

Victory reparó en un moreno fornido que se pavoneaba entre la gente con sobrada altivez. Sin saber por qué, le pareció conocido.

—¿Prescott? Es solo el hijo menor de un marqués —susurró Clarissa con fingido desdén. Después de todo, el juego consistía en encontrar buenos partidos entre los pares del reino, no entre segundones—. No lo suficientemente bueno para dejar de ser lady Lovelance, me temo.

—¿Prescott? —repitió lívida aquel nombre que por desgracia aún recordaba.

—¿Lo conoces?

—Clarissa, él fue quien me quitó la máscara en Littleton House.

—¿Estás segura? —preguntó con asombro.

—Por supuesto. ¿Acaso no lo viste?

—¡Claro que no! Mi única preocupación era sacarte de ahí cuanto antes. De haber sabido que ese sucio bastardo era el culpable de lo que sucedió le habría arrancado los ojos de buitre hace mucho tiempo.

Justo cuando la baronesa lo observaba, el infame hijo del marqués se encontró con los ojos de la muchacha. Le dedicó una amplia sonrisa de satisfacción. A todas luces se sentía halagado por haber despertado el interés de una mujer como ella, aunque no era por las razones que él tenía en mente. Caminó hasta ellas con arrogante parsimonia, sin despegar la mirada de Victory.

—Queridas damas. —Las mujeres hicieron una reverencia de saludo; Vic trató de buscar en sus ojos algún viso de reconocimiento, pero el tipejo parecía no tener una idea de quién era. De seguro, había

estado tan borracho aquella noche que apenas podía recordar qué había sucedido—. Corro el riesgo de parecer tosco, pero no pude dejar de notar su bella presencia desde donde me encontraba. Sentí la necesidad de venir y presentarme por mí mismo. Ruego disculpen mi pequeño atrevimiento. Soy lord Nathaniel Prescott, hijo del marqués de Berkeley; a sus pies, señoras.

—Usted ya me conoce, supongo —Clarissa le habló con tono mordaz al que acompañó por una sonrisa cínica de su mejor cosecha—. Le presento a mi amiga, lord Nathaniel. Esta es Victory, lady Lovelance.

Prescott hizo un gesto de desconcierto; el nombre de la joven había movido alguna bisagra en su pobre cerebro. Tomó la mano que ella le ofrecía con recelo. Le besó los nudillos, lo que le llevó más del tiempo requerido.

—Lady Lovelance, ¿eh? ¿Su marido está cerca? ¿Estoy cometiendo una indiscreción?

—Soy viuda, milord —le informó ella con un susurro sutil, tan cargado de falsa lascivia que hizo que incluso Clarissa se volteara para mirarla con el ceño fruncido para tratar de averiguar qué rayos pasaba—. Acabo de cumplir mi período de luto riguroso.

Una sonrisa sátira afloró en el rostro del hombre.

—Oh, no sabe cuánto siento su pérdida, milady —dijo, pero sus ojos negros destilaban un lujurioso deleite—. Supongo que ha estado un poco aburrída. Me gustaría ofrecerme para entretenerla un poco, usted sabe. Podríamos dar un paseo juntos por la ciudad.

—Es una idea encantadora, milord. Se lo agradezco mucho, pero no estoy para paseos, ni para flirteos innecesarios —soltó mientras agitaba el abanico sobre su rostro—. Me gustaría que aceleráramos las cosas un poco, ¿comprende usted?

El rostro de Prescott se iluminó como el de un niño la mañana de Navidad. Clarissa, por el contrario parecía a punto de sufrir una apoplejía. Victory la escuchó jadear de espanto.

—Lo que usted ordene, lady Lovelance —respondió él seriamente—. Solo dígame qué debo hacer y será cumplido en el acto. Estoy a su entera disposición.

—Estoy a punto de salir a Escocia. —Hizo un mohín de niña

mimada—. Voy a sentirme muy sola. Es un lugar muy aburrido y no hay nadie con quién divertirse.

Él alzó una ceja. Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Me permite que le haga compañía?

—Es lo que le estoy pidiendo, lord Nathaniel. Encuéntreme allá por favor. Estaré en el castillo de Mey. Está en Thurso. Espero que no le moleste el viaje.

Prescott frunció el ceño, contrariado.

—Pero ¿no sería mejor que nos fuéramos juntos?

—No deben vernos juntos —susurró mirando a todos lados con cuidado de que nadie los escuchara—. ¡Sería un escándalo! Por favor, complázcame. Si no está dispuesto, entonces le pediré a otro caballero que ocupe su lugar.

—¡Ni hablar! Iré de inmediato, querida —dijo resuelto—. Me tendrá ahí tan pronto como lo permita el viaje. Me encontraré con usted en Thurston.

—¡Thurso! —corrigió ella. Le brindó una sonrisa pagana—. Es usted un verdadero caballero. Le prometo que lo compensaré con creces.

Prescott asintió como un autómatas. Besó de nuevo los nudillos de Victory. De inmediato, salió del teatro como una exhalación, quizás a la búsqueda de cochero para que lo llevase cuanto antes a la estación de trenes. Las dos damas apenas podían contener el violento ataque de risa. Fue necesario que se apoyaran en una columna cercana para no perder el equilibrio.

—Vic, nunca vas a dejar de sorprenderme. ¿A dónde has mandado a ese pobre ingenuo?

—Al fin del mundo —dijo ella mientras evocaba el destartado castillo en la costa extrema norte de Escocia—. Espero que no le tema a los fantasmas, ya que en Mey mora uno que, según dicen, es aterrador.

—Eso si el pobre diablo puede recordar el nombre del lugar —se burló Clarissa—. Estoy segura de que llegará a cualquier parte menos allí.

Lord Felton apareció entre la muchedumbre. Miró a las mujeres con diversión.

—Me he perdido del chiste. Espero estar a tiempo de escucharlo.

—Son cosas de mujeres.

—Entiendo. —Se encogió de hombros—. Ven conmigo, cariño. Tú también, Victory. Me gustaría que conocieran a alguien.

Las damas se prendieron de los brazos que el vizconde les ofrecía. Los tres se encaminaron a otra área del teatro. La baronesa avanzó mientras aún disfrutaba del placer de poner a alguien en su lugar. Estaba feliz de darse cuenta de que no le importaba lo que Prescott ni nadie pensarán de ella.

¿Cómo era posible que hubiera renunciado a tantas cosas solo para evitar las habladurías de la gente, para poder ser aceptada por personas a las que ni siquiera les importaba? Los Brandon se habían hundido por su propio peso. Ya no le correspondía a ella intentar resguardar un secreto que ahora era del conocimiento público, ni comportarse a la altura para evitarles una humillación. Cumplidos los dos años de luto riguroso, Victory ya estaba desligada de los McLean, por cuanto, si le venía en gana podía buscarse un amante o volver a contraer nupcias. Su vida le pertenecía. Respiró eufórica cuando el verdadero aroma de la libertad la asaltó. Era el momento de hacer su propia vida, de lograr lo que anhelaba, pensó mientras caminaba por el teatro, consciente de las miradas de aprobación y desaprobación que la gente le dedicaba. Le daba igual.

Felton las llevó por un pasillo apartado que parecía conducir a las oficinas administrativas del lugar. Cruzaron una enorme puerta de vidrio al final de la galería. De inmediato, se hallaron en un amplio salón enmoquetado, de altos techos coronados por una enorme araña, pero que se hallaba apagada en ese preciso momento. La única luz provenía de un par de lámparas de mesa que descansaban sobre un escritorio que resultaban insuficientes para alimentar el lugar.

Al fondo de la estancia, se hallaban tres caballeros tan elegantes como el resto de los espectadores, por lo que Victory dedujo que habían asistido a la función. Los tres dejaron de hablar en cuanto el vizconde ingresó con las dos damas tomadas del brazo. A continuación, lord Felton hizo las presentaciones de rigor.

El primer hombre, de baja estatura, anteojos y voluminosa barba era el señor Copley, el administrador del teatro. Victory lo había visto

en forma fugaz cuando hicieron entrada al recinto de ópera. Parecía un hombre amable y servicial. También intuyó que era muy organizado, a juzgar por el aspecto de la sala, un verdadero ejemplo de orden y pulcritud; aunque habría sido buena idea prestar más atención a la iluminación. El segundo fue presentado como Ulrich, un ingeniero de la Universidad de Cambridge que se encontraba de visita en Londres. Ulrich tenía el talante original de un hombre de ciencia: la mirada reflexiva y la tez pálida como el papel, producto de las largas horas de trabajo lejos de la luz del sol.

El tercero, según había señalado el vizconde, era el duque de Waldegrave. Ninguna mujer podía ser culpada de haberlo estudiado con descaro de pies a cabeza, tal y como lo había hecho Victory, dado que era un hombre realmente hermoso. En su fuero interno, la joven agradeció que estuviera demasiado oscuro como para que se notase el violento rubor que le había asaltado las mejillas. Apartó la vista de él, avergonzada de su propia desfachatez, pero los ojos no tardaron en regresar al lugar de donde habían salido, como si fuera inevitable. Sí, era un hombre bello, no en el modo clásico sino en un sentido excepcional. «Salvaje» y «peligroso» fueron los primeros adjetivos que acudieron a su mente.

Waldegrave era alto, de una delgadez atlética impresionante que podía advertirse a través del impecable frac hecho a medida. Llevaba el cabello largo hasta los hombros, lacio y oscuro, sujeto en una coleta a la altura de la nuca. Las líneas de su rostro eran perfectas, simétricas, fuertes, como diseñadas por un obsesivo escultor y realizadas por las sombras perpendiculares de la habitación. La nariz larga y obstinada, el mentón imponente y prolongado, los labios carnosos y de apariencia suave. No logró distinguir el color de los ojos, a pesar del involuntario esfuerzo, ya que estos estaban posados en ella con el mismo escrutinio.

Victory le tendió la mano; él la tomó con firmeza, sin dejar de ser delicado. Depositó un beso breve en los nudillos enguantados.

—Señoras, se preguntarán qué estamos haciendo en una habitación en penumbras en medio del teatro —dijo lord Felton—. Me gustaría hacerles una pequeña demostración de nuestro trabajo de los últimos años, o, más bien, del trabajo de un grupo de investigadores

que los diputados hemos apoyado hasta donde pudimos.

El señor Ulrich caminó hasta una pared cercana, donde un sencillo mecanismo estaba adherido al muro. Tomó una palanca con ambas manos y con sobrado entusiasmo la deslizó hacia abajo. La habitación se iluminó a raudales, con una lluvia de luz diáfana y majestuosa proveniente de la araña de cristal que pendía del techo. Todos los detalles del salón se hicieron bastante claros, como si el sol hubiese decidido hacer una aparición extraordinaria aquella noche. Las mujeres soltaron respingos de admiración.

—¡Luz eléctrica! —exclamó Clarissa—. ¡Pero qué maravilla!

—Estamos trabajando en un plan para traer la energía al teatro —explicó Ulrich—. Si todo va bien, este podría ser el primer edificio público completamente electrificado de Inglaterra.

—Eso sería maravilloso. Ya imagino la ópera con esta iluminación.

—Le daría un impulso encomiable al teatro, señora —añadió Copley—. Todos van a querer ver nuestras representaciones, sin importar la condición social o siquiera si les gusta o no la ópera. La electricidad es definitivamente el invento más extraordinario del siglo.

—Ya lo creo.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Victory, maravillada con la nitidez de los objetos bajo la impecable iluminación. Si se había entusiasmado con la cocina a gas, eso definitivamente le dejaba con la mandíbula colgando.

—Por medio de bombillas de filamento de carbón —le informó Waldegrave, que la había observado mientras estudiaba la sala iluminada por las lámparas incandescentes.

El duque tenía una voz suave y varonil que parecía acariciar las palabras. Cuando ella volvió a mirarlo, se dio cuenta de que la luz le enaltecía los bellos rasgos y el brillo de seda del cabello negro. Con regocijo, notó que tenía los ojos verde intenso con un suave rastro de dorado. Waldegrave tomó una esfera de vidrio del escritorio y se la mostró. Victory la tomó con cuidado para que no se cayera o rompiera en sus manos. Observó con curiosidad los hilos en el interior, el cuerpo por donde la energía viajaba hasta transformarse en luz.

—Llevamos años tratando de hallar una lo bastante eficiente —dijo

el duque—. Al parecer, el señor Edison ha dado en el clavo otra vez. Esta parece ser la mejor de todas.

—No tenía idea de cuán avanzados estábamos.

—Tuvimos una exposición en el Crystal Palace el año pasado —añadió Ulrich—. Exhibimos todos los modelos de lamparillas e, incluso, hicimos una demostración. ¿No pudo ir usted?

Victory sabía de aquella exposición, lo había leído en los periódicos.

—Me siento como una completa ignorante, he estado los últimos años en Fort William, pasando mi viudez —confesó.

—Lo siento mucho, milady —musitó el ingeniero con sincero pesar—. Lo había olvidado. No quise ofenderla.

—No; no me ha ofendido en lo absoluto.

—Lord Lovelance fue una gran inspiración para mí y mis compañeros de facultad. Lo tenemos en la más alta estima —aseguró Ulrich—. Su ingenio y pasión por el conocimiento no tenían límites. Además, fue un gran caballero. Una pérdida inestimable.

—Muchas gracias. Me agrada saber que lo conoció.

—¿Cuándo contaríamos con la luz en el teatro? —inquirió Clarissa.

—Si todo marcha como lo planeamos, en unos pocos meses, milady —respondió Cobby.

—Es un proceso costoso y minucioso —añadió lord Felton—, pero estamos acelerando para que sea posible.

Mientras Colbey ofrecía una explicación sobre las razones por las que se había escogido el *Royal Opera House* como primer edificio público en contar con iluminación eléctrica y cuál sería el procedimiento para la electrificación, Victory observaba el bulbo en su mano, bajo la mirada penetrante del duque.

—Tómela, por favor —susurró mientras se la ofrecía—. No quisiera romperla.

El duque soltó una carcajada suave.

—No creo que corra peligro en sus delicadas manos.

—No subestime mi torpeza.

Waldegrave tomó el objeto que Victory le tendía. La regresó a su lugar.

—No es muy aficionada a los dramas, ¿verdad? —preguntó luego

de un instante.

—¿Disculpe? —La muchacha giró para mirarlo con curiosidad.

—La vi llorar durante la función. Me pareció que la afectó particularmente.

—Qué vergüenza.

—No tiene de qué avergonzarse. Es un síntoma de su buen corazón. —Se encogió de hombros con suavidad—. Algunas personas vienen a ver melodramas porque creen que son bellos, pero no es así. La verdad es que están hechos para hacer sufrir, para recordarnos cómo es el dolor y cómo nos hacen sentir nuestras propias desgracias. Ha captado muy bien el mensaje, lady Lovelance.

—Tenga en cuenta que era mi primera ópera —dijo con una sonrisa.

—Más mérito para usted.

—Yo no lo he visto. ¿Dónde está su palco?

—No muy lejos del de Felton.

—¿Alguien lo acompañaba? ¿Se han reído de mis pucheros toda la función? Porque si es así no volveré a hablarle —le dijo en broma.

—No; vengo a la ópera solo por lo general —musitó—. Y yo jamás me burlaría de usted. De hecho, me quedé tan extasiado mirándola que olvidé por completo prestar atención a los cantantes. Ha sido muy hermoso contemplar sus lágrimas. De todos modos, desearía que lo único que pudiera causarlas fuera tan solo una representación de ópera.

Vic se quedó sin palabras, se limitó a mirarlo, ruborizada hasta el cuello. Waldegrave le dedicó una sonrisa deslumbrante que por un instante le hizo perder el hilo de sus pensamientos. ¿Qué diablos le había hecho aquel oscuro hechicero?

Luego de revisar los planos del sistema de electrificación del teatro y apagar las luces, el grupo abandonó el salón. Clarissa, Felton, Victory y Waldegrave caminaron rumbo a la salida, donde los esperaban sus respectivos carruajes. El duque se despidió de los vizcondes anticipadamente, para después dirigirse a Victory en privado.

—Sé que es nueva en la ciudad, por así decirlo —dijo mientras la llevaba del brazo por las escaleras de salida—. Me gustaría ponerme a

su disposición para lo que necesite. No puedo decir que soy un gran anfitrión, pero soy solidario con mis amigos.

—Muchas gracias, excelencia. Es usted un caballero. Por ahora todo está bien.

—Ha sido una verdadera suerte conocernos, lady Lovelance.

Se despidió con un beso en la mano de la viuda. Se marchó hacia su coche, no sin antes dirigirle una mirada tentadora. Con una sonrisa solapada, Victory se lo quedó viendo mientras se alejaba. El duque de Waldegrave, con esos notables esfuerzos por lograr la electrificación de Londres y una belleza salvaje había causado en ella una grata impresión, quizá mucho más grata de lo que podía esperar de un hombre.

No se dio cuenta de que Felton y Clarissa se habían acercado hasta que el brazo de su amiga le rodeó los hombros.

—Querida, no cantes victoria aún —le habló al oído con tono alegre y socarrón—. Tendrás que peleárselo a una legión de mujeres iracundas, entre ellas una suicida maniática y a la detestable prima de la princesa real.

—¿Quién ha dicho que estoy interesada?

—Nadie cree que lo estés —se burló la vizcondesa.

—¿Nos vamos, señoras? —preguntó Felton mientras les abría la puerta del landó.

—Por favor —contestó su esposa.

Victory echó un vistazo a la calle antes de seguir a Clarissa, quizá por un impulso inconsciente o porque tan solo deseaba mirar el área del teatro a modo de despedida antes de marcharse. Era una noche fresca, un tanto brumosa. Pese a ello aún podía ver a la gente que recién salía de la función charlando animadamente en los alrededores del edificio. Había carruajes apostados por toda la calle. Los cocheros dormitaban en los pescantes, a la espera de que sus patrones salieran del teatro para llevarlos a casa. Un grupo de caballeros de frac y altos sombreros de copa fumaba muy cerca de las escaleras.

Entonces, en medio de aquel río de rostros desconocidos, volvió a verlo.

Aquella extraordinaria visión paralizó todo su ser, salvo el corazón, que se le desbocó dentro del pecho. Una ráfaga de

sentimientos encontrados –amor, dolor, euforia– le golpeó con ferocidad la mente. El primer pensamiento que registró fue el de acercarse y hablarle, pero luego comprendió que no era nada apropiado. No mientras estuviera fumando y en compañía de otros caballeros.

Presas de un trance, Victory dio unos pasos hacia la escalera, sin escuchar la voz discreta de Clarissa que la llamaba desde el coche. Decidió esperar a que él estuviera disponible. Por suerte, el grupo de caballeros se disipó bastante pronto. Todos caminaron en distintas direcciones. Él dejó caer al suelo la colilla del cigarro, la extinguió de un pisotón. Con rápidas y largas zancadas se dirigió a una calle lateral, donde había más coches apostados.

Victory se puso en movimiento para alcanzarlo. No estaba segura de qué le diría cuando lo hiciera, pero deseaba al menos dejarle saber que había vuelto a Londres. Se vio a sí misma corriendo denodadamente tras él en medio de la bruma. Por desgracia, los elegantes zapatos que traía puestos no estaban hechos para correr y, en lugar de ayudarla, fueron un estorbo para avanzar. Hubiera querido despojarse de ellos para que nada le impidiera alcanzarlo, de no ser porque el esfuerzo le habría tomado demasiado tiempo. Cuando el dolor en los pies se hizo demasiado agudo y no pudo dar un paso más, echó mano de un último recurso.

—¡Casper! —lo llamó.

El grito resonó a través de la noche, de modo que reflejó todo el desespero que la poseía. Él se detuvo al escuchar aquella voz. Por un instante se quedó inmóvil, de espaldas a ella, como si no diera crédito a sus oídos. Finalmente, se volvió con lentitud.

Lo vio bajo las luces amarillentas de las farolas de gas. Sus torpes recuerdos no le habían hecho justicia. Era tan espléndido que el efecto ocasionado por el duque de Waldegrave se desmoronó como un castillo de naipes en una tormenta. Iba vestido de frac y sombrero de copa como los demás caballeros en la ópera. En la mano empuñaba un bastón con tanta fuerza que parecía a punto de romperlo. Victory sintió un escalofrío al pensar que habían estado horas en el mismo recinto sin percatarse de la cercanía del otro.

—Lady Lovelance —la saludó con voz etérea. Los ojos de él

denotaban confusión y desdén, pero luego hizo un gesto de comprensión—. Claro, ya han pasado dos años.

Victory estaba segura de que su propio corazón, con aquel palpitar enloquecido, podía escucharse por encima de los silbidos de la noche. Tras la precipitada carrera, la respiración había alcanzado el grado de jadeo: formaba vahos en el aire.

—Sí, sí; ya estoy de nuevo en Londres —soltó sin poder recuperarse todavía.

—Ya veo.

La joven se armó de valor antes de volver a hablar.

—¿Y cómo has estado?

Él le dirigió una sonrisa amable, pero sus ojos no compartían la misma alegría. Aquella boca pequeña parecía incapaz de proferir algún reclamo.

—Vamos, lady Lovelance, no es apropiado que mantengamos una conversación a mitad de la calle a esta hora.

—Lo sé.

Suspiró aliviada. Quizá sería buena idea que los dos fueran a alguna parte a charlar y a ponerse al día. No estaba segura de poder mantenerse de pie sobre los zapatos incómodos y maltrechos, con los pies adoloridos, cuando el fresco viento de la medianoche empezaba a arreciar.

—Le ruego que me disculpe, mi esposa me espera en el carruaje —dijo.

Victory sintió que el alma la abandonaba; una repentina náusea le sobrevino. ¿Cómo podían algunas simples palabras ocasionar tamaño dolor físico y emocional?

—Por favor, regrese con sus amigos —le aconsejó—. Las calles de Londres son peligrosas.

Ella asintió de forma mecánica.

—Adiós, milady.

Lo miró dolida, con la mente demasiado nublada —más incluso que las calles de Londres— como para hilvanar algún pensamiento coherente.

Se quedó en medio de la calle mientras lo veía marchar, con la espeluznante sensación de que él había esperado el momento de

agredirla con aquellas palabras.

Capítulo 16

—¡Cuántas flores! —exclamó Caro en cuanto el mensajero se marchó.

La suite del Claridge's se había abarrotado con hileras de ramos de rosas enviados por los caballeros que Victory había conocido en la ópera. La joven apenas les había prestado atención. Sentada a la mesa del desayuno, con la comida a medio terminar, aún recordaba el desafortunado momento con lord Radnor la noche anterior.

Cómo había disfrutado verla corriendo tras de sí. Cómo le había complacido herirla. Se había desquitado tras el último encuentro, cuando ella lo dejó a mitad de la calle, decidida a volver a Escocia para cumplir el período del luto del que nunca debió rehuir. Es una pena que Casper no haya comprendido la necesidad que tenía de llevarlo a cabo, pensaba lánguida mientras revolvía el café sin cesar. No esperaba que lo hiciera de todos modos. Él no había visto el sufrimiento con el que Victory había vivido por años. No sabía de todas las cosas que lady Olivia Brandon le había escupido en la cara, no había visto a la anciana en una silla de ruedas, ni había sentido el puño de Prayag que se estrellaba contra su rostro. El labio roto y el cardenal que le había dejado el indio en la mandíbula habían tardado semanas en sanar. Por suerte, la señora Coyle la había atendido con presteza sin hacer demasiadas preguntas. Nadie, salvo ella, la había visto herida.

¿Por qué era tan difícil hacerle entender que el cumplimiento de su luto riguroso era el único modo de acceder a una libertad verdadera, depurada, libre de culpas? Lo había entendido de la peor manera. En la primera carta que había enviado a Casper, Victory se había extendido en un intento por explicarle sus razones, para

convencerlo de que era lo mejor para todos, pero su amargo silencio había sido una respuesta contundente. Ni siquiera Clarissa había sido capaz de apoyarla.

¿Cómo iba a vivir si sabía que llevaría a cuestras la ruina de una familia, aunque fuera una tan despiadada como los Brandon? Era apenas ahora cuando podía comprender que ellos habían obrado su propio descalabro. Sin embargo, cuando la abuela había ido a visitarla, a juzgarla por sus indiscreciones, a culparla de la suerte de sus primas y de su propia afección, no encontró otra salida que cumplir con lo que le pedía. Era el precio a pagar por toda la tranquilidad de la que ahora podía gozar, aunque esa misma tranquilidad estuviera privada de lord Radnor. Si tan solo él hubiera dado alguna señal de vida, algún indicio de indulgencia, todo habría sido más llevadero.

—¿No va a leer las tarjetas? —preguntó Caro con un entusiasmo excesivo.

—Después —dijo antes de darle el último sorbo a la taza de café.

—Pero, milady, las flores no duran para siempre —argumentó—. Vamos; debe de haber algún un mensaje lindo en ellas que le alegre la mañana. Está usted muy triste hoy.

Una lady convencional habría reprobado el atrevimiento de la doncella, le habría ordenado cerrar la boca en el acto. Victory, muy lejos de ser como esas mujeres, se limitó a poner los ojos en blanco, como una niña exasperada. Se levantó y empezó a hurgar entre aquel montón de pétalos y ramas, en busca de las tarjetas de los admiradores.

Los hombres deberían ser capaces de analizar el efecto que origina un ramo de flores en una viuda. La última vez que vio tantos arreglos florales había sido en el funeral de Lucious, por lo que el tufo de la savia y el polen le provocaban una sensación de pesadumbre. Leyó los empalagosos mensajes con escaso interés. Apenas recordaba los rostros de los hombres que firmaban al pie de las notas. Con los ojos entornados, se preguntó qué habían hecho todos ellos para averiguar dónde se hospedaba. Daba igual. Ninguno tenía importancia para ella. Fugazmente, recordó la razón por la que había elegido el hotel Claridge's para hospedarse. Era el mismo donde Casper se quedaba cuando estaba en la ciudad. La joven había albergado esperanzas de

verlo por esos mismos pasillos. Sacudió la cabeza; se sintió como una estúpida al pensar en ello.

Para decepción de Caro, la viuda no sonrió ante ninguna de las retóricas dedicatorias. Dejó las tarjetas en el secreter, para después escribir las respectivas notas de agradecimiento.

Por la tarde, Victory y Clarissa tomaron el té con Mary Jane, lady Kinnaird, una adorable dama cristiana, cuya labor en favor de las mujeres necesitadas de toda Inglaterra ya era legendaria. La célebre Kinnaird había fundado en 1855 un hogar para alojar a las enfermeras que partirían para servir en la Guerra de Crimea. Más tarde, el alojamiento se convirtió en un refugio para mujeres trabajadoras que debían viajar a Londres provenientes de distintos poblados para desempeñarse en fábricas, lavanderías, oficinas públicas y otros establecimientos. Su esfuerzo, aunado al de la fallecida señorita Emma Robarts, derivó finalmente en la concreción de la Asociación de Mujeres Cristianas. Esa institución estaba volcada a brindar ayuda espiritual a todas las féminas trabajadoras, cuya salud mental y física se veía comprometida a causa de las extensas horas de trabajo y sueldos insuficientes de las industrias.

Lady Kinnaird les habló con propiedad sobre las condiciones de trabajo de las mujeres en la Inglaterra de entonces, donde los salarios eran considerablemente inferiores a los de los hombres, aun cuando la mujer era más productiva y comprometida en muchos casos. Aquella condición, sumada a la necesidad de abandonar el hogar y la crianza de los hijos, generaba una angustia palpable en un buen número de obreras.

Cuando Victory reveló a Mary Jane sus intenciones de fundar un hogar para viudas pobres en Londres, que, además, las capacitara para distintos trabajos, la dama no pudo estar más complacida. Lady Kinnaird dijo que algunas de las visitantes a los hogares repartidos por toda Inglaterra habían perdido a sus maridos y, con ellos, el único medio de subsistencia para sus familias. La pérdida les quitaba toda la fe y ganas de continuar, por lo que las religiosas hacían grandes esfuerzos para que encontraran consuelo en el Señor. Victory no lo expresó en voz alta, pero estaba convencida de que aquellas mujeres necesitaban más que algunos pasajes de la Biblia para reponerse.

La filántropa las invitó a conocer las instalaciones de uno de los alojamientos. También les prometió ponerlas en contacto con un grupo de viudas que colaboraba con la institución, por lo que aquella resultó ser una reunión muy provechosa, además de reveladora. En su fuero interno, Victory agradeció los dos años de formación bíblica bajo la orientación del reverendo Gosebourne y la que recibió Clarissa en su momento con el reverendo Tellebey; de lo contrario, ninguna de las dos habría podido llevarle el ritmo de conversación a la encantadora cristiana.

A su regreso a la habitación del hotel, se encontró con un nuevo presente sobre la mesa de centro del recibidor: una cajita de madreperla envuelta en un lazo de satén rojo que venía acompañada de una nota. Caro había estado esperando impaciente a que su señora regresara para mirar dentro de ella. La viuda tomó la caja un tanto contrariada. Esperaba que no fuera alguna alhaja cara que tuviera que devolver después, aunque el estuche no era ni por asomo similar a los que llevaban joyas dentro. Procedió a leer el escrito.

Lady Lovelance,

Probablemente este sea el regalo más extraño que haya recibido jamás, pero pensé que podría estar aburrida de recibir flores. Es lo mejor que se me ha ocurrido obsequiarle como gesto de bienvenida al Londres que algunos visionarios estamos haciendo realidad.

Atentamente,

Devlin Sawyer, duque de Waldegrave

Sintió un pinchazo de expectación ante aquel mensaje tan críptico. Sin más demora, deshizo los lazos y retiró la tapa de la caja. Dentro se hallaba una esfera de vidrio, como la que el duque le había mostrado en el salón del teatro, pero mucho más pequeña. Descansaba en una almohadilla de terciopelo rojo. La tomó con extremo cuidado, observó en detalle los filamentos de carbono en su interior, el mágico engranaje que hacía posible la formación de luz artificial al contacto con la energía. Las comisuras de la boca se le elevaron al notar que tenía la forma de una flor de campanilla.

Junto al bulbo había otra nota:

Está claro que no funciona por sí sola. Es uno de los primeros prototipos del señor Edison. Pensé que podría gustarle conservarla.

La joven volvió a sonreír. Era un hermoso obsequio, sin duda, y duraría mucho más que las flores. En ese momento, Victory supo que atesoraría aquella perfecta pieza como lo que realmente era: una muestra del deseo del hombre por iluminar el futuro.

Para su sorpresa, el duque también había incluido una invitación a una carrera en el *Royal Ascot* para el siguiente domingo.

—¿Qué clase de diamante es ese? —preguntó Caro en broma que observaba la lamparilla con recelo.

—Caro, es una bombilla eléctrica —respondió Victory con un entusiasmo que había pasado desapercibido para su doncella—. Una de las primeras que llegó a funcionar. No sabes el valor científico que tiene. Es mucho mejor que todas estas flores y que los inventos que nos hacen llegar a Lovelance Manor.

—Vaya —suspiró decepcionada—. Muy bonita. —Se puso de pie y murmurando se alejó de allí—. ¡Mediocres pretendientes! Milady nunca se casará de nuevo.

* * *

La mañana siguiente, Victory visitó junto a Clarissa una de los hogares de lady Kinnaird en Upper Charlotte Street.

El lugar resultó ser una verdadera revelación. Hallaron un edificio sencillo, pero pleno de recursos destinados a brindar ayuda a las mujeres trabajadoras de distintos poblados de Inglaterra. Había dormitorios de dos camas, biblioteca, cocina, comedor, un salón para el estudio bíblico y otro destinado a reuniones de entretenimiento. Se sorprendió de ver el alto número de voluntarias prestaban ayuda. Sin duda, Mary Jane había creado un lugar de verdadera benevolencia cristiana.

Allí, Victory conoció a decenas de mujeres desempleadas y a algunas trabajadoras que ejercían como domésticas, costureras,

quincalleras, obreras en fábricas de cerillas e incluso en fundiciones. Un par de ellas eran tan jóvenes que podrían estar en la escuela, y otras tan mayores como la señora Bird. También conoció a algunas viudas que habían dejado a sus hijos al cuidado de otras personas para trasladarse a Londres y tratar de encontrar trabajo.

Otro día se reunieron con las esposas de algunos parlamentarios para hablarles sobre la idea de la fundación e invitarlas a que se sumaran a la iniciativa. Algunas de ellas fueron muy receptivas, se comprometieron a realizar donativos de forma periódica. Otras alegaron que ya participaban de diversas obras de caridad que reclamaban bastante de su tiempo, por lo que no se hallaban en condición de involucrarse demasiado. Incluso hubo algunas que, con burlas e ironías, cuestionaron la necesidad de una institución para mujeres que habían perdido a los maridos.

—¿Por qué no vuelven a casarse y asunto arreglado? —farfulló lady Champion mientras se abanicaba en la suntuosa sala de su mansión de Mayfair—. Eso las animaría más.

El comentario desató una ringlera de molestas risitas.

Clarissa estuvo a punto de cantarle las cuarenta a la mujer, pero Victory la contuvo. Hizo gala de una inagotable entereza para explicarle a la condesa cuál era la situación de las viudas pobres en Inglaterra, de acuerdo a la información suministrada por la Asociación de Mujeres Cristianas, y por qué se las debía considerar una población vulnerable.

—Pero hay tantos trabajos. Podrían hacer algo útil —exclamó lady Barton mientras otras mujeres asentían.

—Exactamente —concedió Victory—, pero no todas están capacitadas para realizar labores fuera del hogar. Podríamos proveerles una instrucción para trabajar como empleadas de la compañía telegráfica o como costureras. ¡Incluso enfermeras! Hay muchas posibilidades.

—O podríamos enseñarles unos cuantos trucos para pescar a un lord —había dicho otra.

Las risas volvieron a inundar la estancia y desinflaron el entusiasmo de Victory.

—Lady Lovelance —la había llamado la condesa de Champion antes

de que se marcharan de su mansión con las manos casi vacías—, ¿no es una terrible hipocresía que quiera ayudar a las viudas sufridas de Londres a recuperarse cuando usted misma protagonizó un escándalo hace un par de años? Todavía lo recuerdo. Su caricatura es tan popular que deberían ponerla en el museo.

El resto de las invitadas sofocaron las risas para escuchar la réplica de la joven. Victory podía sentir sobre ella unos veinte pares de ojos insidiosos, pero, a diferencia de lo que había experimentado en Littleton House, en aquel momento se sintió segura de sí misma. Era como si se hubiera inmunizado de las burlas y malas intenciones.

—No veo dónde está la hipocresía, lady Campion —le respondió con naturalidad—. Si yo puedo recuperarme de mi miseria a mi modo, otras mujeres también pueden hacerlo.

La mujer le brindó una sonrisa etérea. Al parecer le había complacido la respuesta. Parecía incluso un poco impresionada.

—No creí que fuera tan difícil ablandarles el corazón a esas brujas infelices —suspiró Clarissa cuando de introdujeron en el coche—. Espero que nos vaya mejor con las conservadoras.

—Esto es solo el principio. Cuando comprueben que estamos más avanzadas nos harán caso.

Lady Felton sacudió la cabeza con tierno asombro mientras la observaba.

—Lo manejaste muy bien allí adentro, querida.

—¿Tú crees?

—Ya quisiera yo tener tu frialdad. En mis tiempos habría abofeteado a esa estúpida. —Lo pensó mejor. Con una sonrisa, soltó un suspiro de estoicismo—. No, no es cierto. Habría salido del allí con los ojos húmedos y, luego, en casa habría llorado hasta quedarme dormida. Te he subestimado todo este tiempo, Vic. Eres una mujer muy valiente.

—Ya no me importa lo que la gente piense de mí en lo personal. Mucho menos esta gente. No pertenezco a esta clase y nunca lo haré. Pero lo cierto es que debo portarme bien si deseo que apoyen nuestro proyecto.

—Creo que lo lograremos. Tarde o temprano, lo haremos.

—Espero que sea más temprano que tarde.

Al cabo de un momento, Victory cedió a la insoportable necesidad con la que había luchado durante toda la noche.

—Clarissa, ¿cómo es lady Radnor?

La vizcondesa no se sorprendió ante la pregunta o al menos no lo manifestó.

—Es una mujer guapa —dijo con desdén. Victory no logró evadir el pinchazo de celos que la hirió en la boca del estómago—. Procede de una familia burguesa, los Leyburne. Son dueños de la compañía Leyburne Ward y tienen una fábrica de locomotoras.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó con suspicacia.

—Curiosidad. Hasta hace unas horas creí que podía llegar a conocerla en esta reunión.

—No, querida. Edwina tiene su propio mundo.

—¿Edwina Leyburne? —preguntó con los ojos de par en par.

—¿No me digas que también la conoces?

—Sí. Quiero decir, no —tartamudeó—. Annabelle y Adora, mis primas, solían hablar de ella. Son amigas desde hace mucho tiempo.

Clarissa emitió un bufido.

—Vaya, el mundo es un pañuelo del que sería mejor saltar.

Entonces, Casper se había casado con Edwina Leyburne, una rica heredera. Aquello significaba que había recibido el dinero que tanto precisaba para salvar su finca y la fábrica de lana de la familia Pleydell-Bouverie. De seguro, con semejante impulso, la industria se encontraría en su mayor auge. Con el apoyo económico y el trabajo dedicado de su propietario, estaba claro que la finca Radnor sería un verdadero ejemplo de progreso.

Mi esposa me espera en el carruaje. El recuerdo de aquellas crueles palabras volvió a azotarla por dentro. Victory se preguntó si él sería feliz al lado de esa muchacha, pese a las circunstancias del enlace. Todo indicaba que lo era. Había ignorado las cartas, había roto todo contacto entre ellos. La había dejado en mitad de la calle aquella noche para acudir al lado de su mujer. Le dolió el pecho de pensar que Casper le hubiera dicho a su esposa las mismas palabras que le regaló en la habitación de Westfall Hall. Quizás Edwina Leyburne también lo amaba. ¿Por qué no iba a amarlo, si era un ser absolutamente

cautivador?

—¿Tienen hijos? —preguntó con la vista fija en el cristal de la ventanilla, sin lograr ver nada a través de él.

—No. Tengo entendido que lady Radnor ha tenido un par de pérdidas.

—Qué terrible. —Se llevó la mano a la boca con asombro y sincero pesar—. Debe de haber sufrido mucho, ¿no es así?

—Supongo que sí, pero la verdad es que veo a Edwina muy poco. No tenemos amigos en común.

Victory se removió inquieta en el asiento. Había pensado en Casper cuando hizo la pregunta, no en la chica. Aunque era lógico pensar que ella también había sufrido.

—¿Y él? ¿Cómo está?

—Para ser franca, solo lo he saludado un par de veces desde que te marchaste a Escocia. Harvey dice que ha cambiado.

—¿Ha cambiado? ¿En qué sentido?

Clarissa le envió una mirada siniestra.

—¿No lo has notado? Hablaste con él.

Sin querer, Victory desvió la vista hacia sus dedos entrelazados.

—No, no lo hice. Ya te dije que se marchó diciéndome que su esposa lo esperaba.

—Entonces ya sabes a qué me refiero —dijo la vizcondesa con seriedad, o más bien con crudeza. La chica tardó un par de segundos en comprender la indirecta.

—¿Estás diciendo que él la ama?

—Victory, ¡ya déjalo!

—¿La ama, Clarissa? —Se inclinó hacia adelante, desesperada, en busca de una respuesta.

—¿Por qué te importa ahora? —la encaró—. Lo dejaste para irte a Escocia, ¿no era justo que encontrara a alguien que lo tratara mejor que tú?

—No puedes decirme esto. Lo hice porque no había otra opción.

—Como quieras. —No quiso oír esas palabras de nuevo—. Ya lo has dicho. Te pido, por tu propio bien, lady Lovelance, que dejes de interesarte por lord Radnor porque hace bastante tiempo que lo perdiste. Acéptalo. No puedes hacer sacrificios y esperar a que todo el

mundo salte a la hoguera contigo. Lo único que lograrás con esa curiosidad enfermiza será terminar lastimada.

Cuando la vizcondesa culminó con la arremetida verbal, Victory tenía los ojos húmedos.

—No puedo creer que me digas todo esto —sollozó.

—¿Esperabas otra cosa?

—Tú sabes cuánto lo amo.

—¿Se lo dijiste alguna vez?

Con fuerza, se estrujó los dedos hasta que los huesos le dolieron.

—No.

—Ay, Victory.

—Le escribí cartas, una cada semana. Jamás contestó.

—Es lógico. Cualquiera en su lugar estaría molesto, herido —le dijo en un tono más sutil—. Lo que hiciste... No quiero tener que cuestionar tus razones, Vic, pero no las comprendemos. Los Brandon no merecían tu sacrificio.

—De cualquier manera, ya es tarde. —Se secó las lágrimas antes de que estas le resbalaran por el rostro—. Tienes razón, dejaré de interesarme por él. Ya no tiene caso.

—Es lo mejor, cariño.

Victory intentó despejar la mente. Se prometió no volver a pensar en Radnor, aunque sabía que aquella podía ser una misión más compleja que lograr dar vida a la fundación para viudas pobres. No había otra cosa qué hacer, sin embargo.

Como lo había dicho Clarissa, ella lo había perdido para siempre.

* * *

Con el taco de madera inclinado hábilmente sobre el tablero, Casper divisó su objetivo con ojos de lince.

Las bolas estaban apiñadas en forma de triángulo sobre la mesa. No necesitaban más que un buen quiebre para desparramarse e introducirse todas en las troneras. Nada complicado para un jugador excepcional como él. Respiró. Calculó la distancia y ajustó la mano en puente sobre el taco. Entonces, chocó la bola sin calibrar adecuadamente la fuerza, lo que causó un verdadero desastre.

El golpe fue más violento de lo que había pretendido. Envío la bola a lo largo de la mesa. La esfera de cuerno de elefante bruñido atravesó el gran salón de billar como la bala de un cañón disparado con precisión. Provocó que los demás caballeros se echaran atrás instintivamente para huir del impacto. El proyectil alcanzó el rincón más alejado de la sala, donde un busto de mármol negro de Bélgica descansaba sobre su pedestal de hierro —una apología al narcisismo del hijo mayor del magnate—, impactó directamente sobre el rostro cincelado, justo en la nariz.

Lo mismo le había sucedido el domingo anterior en el partido de críquet y durante el torneo de cacería de faisanes en Hampshire. Aunque su desempeño siempre había sido notable en todas aquellas actividades, últimamente se encontraba inquieto, perdía la concentración con facilidad. Sus pensamientos se encontraban muy lejos de allí.

Casper, que había visto la trayectoria de la bola con los ojos desorbitados, soltó una maldición al ver los diminutos trozos de piedra esparcidos por los azulejos y luego el rostro desnarigado de Peter, amorfo como la efigie de un dios pagano. Los demás jugadores tardaron un par de segundos en reaccionar.

—¡Mírate, Peter! —se mofó Kyle Warner, un joven de baja estatura y humor cerril que tenía un puesto alto en Leyburne Ward—. Has quedado como la Gran Esfinge.

El heredero Leyburne le lanzó una mirada airada que luego alcanzó a Casper.

—Buen intento, Radnor —lo increpó con voz pausada pero amenazante—. Tu puntería está mejorando. Sigue así y el año que viene dejarás de ser el hazmerreír del torneo de caza.

—Vaya, lo siento mucho, caballeros —se disculpó él mientras se frotaba la nuca; podía sentir un torrente de sangre subirle por el cuello—. La falta de práctica puede hacer de un buen jugador una amenaza.

—No me digas —masculló Peter mientras le entregaba el taco al mozo con rudeza. Sin ocultar una mueca de disgusto se acercó al mutilado monumento de su persona para evaluar los destrozos—. Maldición. Está arruinado —concluyó al instante—. Pagarás por esto,

Radnor.

—Busque algo para recoger esto —ordenó el viejo Leyburne al mozo, que salió presto de la habitación.

Cauteloso, Casper estudió la expresión del rudo millonario que había conocido en aquella misma mansión de Belgravia Street hacía dos años, cuando asistió a uno de sus famosos bailes. No alcanzaba a denotar una muestra de irritación, pero tampoco podía ver el incidente con humor.

—Señor Leyburne, estoy muy apenado por lo sucedido. Podría enviar a un curador para que lo repare.

—No hay necesidad. Es solo un pedazo de piedra tallado por un italiano loco —respondió desdeñoso y se llevó el puro a la boca.

Peter resopló ofendido, como si se hubiera referido a él mismo.

—Padre, era una obra del maestro Gemito y costó cinco mil libras.

—Ya encontrarás otra manera de tirar mi dinero —murmuró luego de expulsar un vaho de humo por la boca—. Para ello tienes talento de sobra.

Peter pareció no escucharlo. Estaba sumido en su disgusto. Intentaba encajar un pedazo de mármol en la cara mutilada, mientras Warner contenía una carcajada. Christopher Ward, el hijo del socio de Leyburne, en cambio, se mantenía impávido, como siempre.

—Te dije que esto pasaría, ¿a quién se le ocurre instalar un busto de mármol dentro de una sala de billar? Estaría mejor con tus trofeos de caza —farfulló Ward.

Al cabo de unos minutos, cuando el mozo hubo recogido los destrozos, el juego continuó su curso. Leyburne padre se había marchado a la cama, aburrido de las estupideces del hijo.

—Pagaré por esto, Peter —le dijo Casper.

—Más te vale, Radnor.

Por suerte, las preocupaciones económicas habían quedado atrás hacía mucho tiempo. La fábrica de lana de los Pleydell-Bouverie era una de las tres más prósperas de toda Inglaterra. La productividad, así como los dividendos que generaba, se incrementaba considerablemente cada semestre. Por su parte, la hacienda Radnor ostentaba un brillo que jamás había poseído. Casper había recuperado las obras de arte, los magníficos caballos y había pagado hasta el

último penique que sus predecesores adeudaban a decenas de acreedores. Los demás miembros de la familia, que una vez habían dudado de su capacidad para dirigir el condado, habían cerrado la boca, impresionados por semejante progreso. Lástima que él no hubiera encontrado ninguna satisfacción en verlos tragarse las palabras. Para ser honesto, ya no encontraba satisfacción en nada.

—Caballeros, ¿alguno de ustedes ha visto a la viuda que recién ha llegado de Escocia, lady Lovelance? —El comentario de Warner lo distrajo de sus pensamientos. Había mencionado el nombre de Victory con un esplendor lascivo que le encendió la sangre de enfado—. Todos están hablando de ella en el club. Dicen que es una verdadera belleza.

—Sí, la bastarda de los Brandon —farfulló Peter mientras efectuaba el tiro—. La misma de los periódicos de hace dos años. ¿La recuerdan?

Warner soltó una risotada.

—Leyburne, ¿cuándo de has vuelto tan selectivo?

—No lo soy. Es solo información. —Se encogió de hombros—. También he oído que es un encanto. En cuanto tenga la oportunidad, me la llevaré a la cama.

—No cuentes con ello, creo que Waldegrave se te ha adelantado.

Casper se volvió para atravesar a Warner con la mirada.

—¿Qué estás diciendo?

—Es lo que todo el mundo dice. El duque está que brinca las cercas por ella, y ya sabes que siempre se queda con las mejores.

Casper procuró calmarse un poco para no estimular la suspicacia de los demás caballeros. Para su propia desgracia, aquella noche en la ópera, la visión de lady Lovelance en el palco de los Felton lo había alterado sobremanera, aun cuando se había prohibido volver a sentir algo por ella. El resto de la noche, no había hecho más que mirarla, hermosa hasta la agonía, conmovida por el drama ficticio que tenía lugar sobre las tablas. No era el único que había sucumbido a la tentación de olvidar la función; otros hombres desde distintas locaciones también lo habían hecho. La viuda se había convertido en un espectáculo digno de admiración.

Al final de la función la había visto abandonar el teatro junto a

Waldegrave, precisamente. Otra maldita lumbrera. Entonces los celos habían hechos estragos en sus sesos. Se maldijo por ello.

—Desgraciado Waldegrave —gruñó Peter Leyburne—. Espero que se aburra pronto de ella y deje algo para nosotros. Últimamente las viudas hermosas escasean.

—Yo escuché que estaba recabando fondos para una obra de caridad.

Los tres hombres giraron las cabezas en dirección de Christopher Ward, que hablaba por primera vez desde que se había reiniciado la partida.

—¿En serio? —preguntó Peter escéptico.

—Oh, maldición. Espero que no sea una especie de santa —rezongó Warner.

En ese preciso instante, Edwina hizo entrada en el salón de billar. Los caballeros se irguieron como unos autómatas para recibirla, mientras que Christopher Ward, como cada vez que ella aparecía, la contempló con un irreflexivo brillo de devoción.

—Si es una santa, ten por seguro que te enviará al diablo, Kyle —murmuró la chica. Luego se volteó a ver a su esposo—. Radnor, ¿nos vamos? Me duele mucho la cabeza.

Casper asintió. Entregó el taco al mozo. Se despidió de sus competidores con un apretón de manos antes de marcharse de la residencia de los Leyburne.

Más tarde estaban de camino a la deslumbrante mansión que ese mismo año lord Radnor había adquirido en Grosvenor Street. Como de costumbre, Edwina permaneció callada durante el breve viaje en carruaje, con la vista fija en cualquier lugar, menos en Casper. Él, por su parte, seguía sumido en sus pensamientos.

Esa era en esencia la vida de casado de lord Radnor, un hombre con un condado pujante y un corazón agujereado. Su esposa, una dama esquiva, silenciosa y en ocasiones huraña, solo vivía para pasar tiempo con quienes consideraba sus amigas y para practicar pintura, costura, bordado y otras badajadas femeninas que los mantenían convenientemente distantes. De haberle resultado melosa y apegada, a lo mejor él ya hubiera escapado por un resquicio. Él no estaba en condiciones de construir ningún vínculo afectivo con nadie, ni con

ella ni con las mujeres que habían intentado consolarlo durante los últimos dos años. El rastro de Victory era todavía muy potente.

—¿Ganaste en el billar hoy?

Se sorprendió de escucharla. Por lo general sus silencios se extendían hasta la hora de irse a la cama, cuando musitaba un buenas noches y cerraba las puertas del dormitorio privado. Si estaba de mal humor, podía pasar sin decirle una palabra hasta el desayuno.

—No. De hecho, hice un tiro desastroso y la bola destrozó la efigie de tu hermano.

Pensó que el comentario le arrancaría cuando menos una sonrisa, pero lo cierto fue que Edwina asintió vagamente, como si él le hubiera revelado que el sol sale de día. Por un instante, sintió una inmensa pena por ella. Estaba claro que era infeliz, al igual que él, pero ¿por qué se empeñaba a mantener toda aquella farsa? ¿Orgullo femenino? No pudo soslayar el hecho de que había sido la madre de Edwina la más interesada en que se llevase a cabo el enlace. La mujer se había propuesto convertir a su hija en lady Lo que Fuera. El padre, por el contrario, se inclinaba más por casarla con Christopher Ward, el hijo de su socio comercial. Al final, sin embargo, la señora Leyburne se había impuesto.

La chica hizo un intento fracasado por hacer un comentario en respuesta, pero luego abandonó el esfuerzo. Regresó a la postura indolente con las manos juntas sobre el regazo.

—¿Cómo va tu dolor de cabeza?

—Igual.

Un tenso silencio precedió a la pregunta que Casper susurró.

—Edwina, si eres tan infeliz, ¿por qué no me pides el divorcio?

Lady Radnor la observó con pasmosa sorpresa, luego con cautela. La mirada de él era todo lo sincera y afable que podía ser; por nada del mundo deseaba ofenderla o intimidarla. Aunque era la primera vez que se mencionaba el tema, después de un silencio bastante prolongado, ambos compartieron cierto sentido de familiaridad con la idea.

—¿Estás molesto?

—Estoy exhausto, igual que tú.

—Tú fuiste quien me buscó —lo acusó—. Todo este matrimonio

fue idea tuya, y de mi madre.

—Lo sé. —Bajó la cabeza, consciente del egoísmo y la necesidad que lo habían impulsado a solicitar el matrimonio. En ese entonces jamás pensó en el daño que podría ocasionarle a ella—. Lo lamento mucho; lamento todo lo que te he hecho pasar este tiempo. Lamento lo de tus embarazos. —Se calló a sabiendas de que aquel era el tema más sensible—. Edwina, debe de haber una manera de que seas feliz. Estás a tiempo. Acabemos con esto y empecemos de nuevo en otros lugares, de otra manera, con otras personas.

—¡Para ti es tan fácil decirlo! —Abrió sus ojos marrones más de lo posible—. Ya tienes todo lo que querías de mí, Radnor. Yo, en cambio, he perdido demasiado contigo.

Él fue incapaz de hablar de nuevo. Sabía que tenía razón. Ella había perdido más que él en aquel mísero intercambio. Había perdido la oportunidad de estar al lado de alguien que sí la amaba. Alguien como Christopher Ward.

—Me temo que será así hasta que la muerte nos separe, milord —masculló con áspero estoicismo antes de que el mozo le abriera la puerta del carruaje.

Capítulo 17

Había olvidado por completo su promesa de acompañar a Waldegrave al hipódromo de Ascot ese domingo, hasta que Caro se lo recordó la noche anterior, mientras le preparaba el atuendo que luciría. Tenía tan pocas ganas de levantarse de la cama que tuvo que hacer un esfuerzo monumental para no hacerle un desaire al duque. Por nada del mundo se permitiría ofender a ese caballero que había sido tan gentil. Aunque detestara la idea de moverse de la suite ese domingo, aunque encontrara mortalmente aburrida la idea de presenciar una carrera de caballos, debía cumplir su palabra.

Waldegrave fue por ella al hotel Claridge's muy temprano esa mañana. Iba ataviado en una entallada levita gris, al igual que los pantalones y el chaleco; llevaba una corbata plateada perfectamente anudada. En una mano sostenía el sombrero de copa gris con cinta negra y, en la otra, el exquisito bastón de puño de plata labrada. El cabello, negro y brillante, iba recogido a la altura de la nuca con un discreto lazo negro. Un pequeño ramillete de fresas le daba un toque muy romántico a ese aspecto tan formal que la desencajó un poco.

El duque se puso de pie, sonrió al verla salir del dormitorio con un traje de paseo de color rosado pálido con recuadros blancos. Para ese día había escogido un sencillo sobrero de plumas blancas y una sombrilla del mismo color con diminutas rosas rojas.

Juntos se encaminaron a la pequeña población del condado de Berkshire donde tendría lugar el evento ecuestre. Él le explicó en el trayecto que, aunque el evento emblemático del *Royal Ascot* se desarrollaba la última semana junio, entre los meses de mayo y octubre, se llevaban a cabo otras exhibiciones de gran importancia. La carrera a la que asistirían estaba considerada un verdadero clásico,

dado que competirían dos de los ejemplares más galardonados en distintos torneos dentro y fuera de Inglaterra. Uno de ellos era propiedad del duque.

El viaje de dos horas y media fue muy agradable. Victory había olvidado cuán bien la hacía sentir él con su caballerosidad y natural ingenio. Era además un hombre espontáneo, franco y sin poses que llamaba la atención adónde iba. Recordó lo que Clarissa le había contado: Waldegrave tenía una legión de admiradoras por todo el país, incluso una que había intentado suicidarse. Se preguntó si lo habría hecho por él. Volvió a mirarlo. Se dio cuenta de que una mujer, con algo de estímulo, podría perder la cabeza por ese rostro anguloso y esos ojos verdes.

A su llegada al gran complejo de Ascot, Victory no podía estar más que maravillada. Había cientos de personas prestas a presenciar las carreras, lo que la ayudó a entender la magnitud del evento. Algunos hombres vestían tan bien como el duque, con levitas y altos sombreros de copa; las mujeres lucían modelos impecables y aparatosos, adornados con perlas, plumas, encajes y flores, combinados con sombreros de intrincados diseños.

Waldegrave la condujo por un área de escaleras hasta un palco exclusivo situado en el piso superior, sobre las tribunas generales. El lugar estaba decorado como un salón de banquetes con mesas vestidas de manteles de damasco blanco y sillas de bronce. Los meseros, elegantemente uniformados, servían copas de vino y coñac junto con variados aperitivos. Sendas cestas de frutas y arreglos florales descansaban sobre las mesas. Victory se percató de que era un sitio exclusivo destinado a los miembros de la aristocracia. Apenas los vieron juntos, tal como sucedió en el teatro, decenas de pares de ojos se centraron en ellos. Con un brillo de orgullo en los ojos verdes, el duque le presentó ante sus conocidos. Todas aquellas personas se mostraron muy atentas ante la baronesa. Si alguno de ellos reconoció el nombre y el pasado infame que la precedía, por ningún motivo lo reveló.

Después de las presentaciones, se ubicaron en una mesa privada, situada en un palco con favorecedora vista de la pista.

—Lady Lovelance, ¿se ha sentido incómoda en mi compañía?

—En lo absoluto. ¿Por qué lo pregunta? —preguntó intrigada.

—He notado cierta reserva de su parte cuando hablamos con otras personas. Incluso me atrevería a hablar de timidez. Sé que ha pasado dos años en retiro por la muerte de lord Lovelance. Quizá la estoy forzando a socializar.

—No se trata de eso.

—¿De qué entonces?

Waldegrave entornó los ojos. Despegó la espalda de la silla para acercarse más a Victory que lo miró indecisa. ¿No sabía él nada sobre ella? A esa altura, Londres estaba bastante enterada de sus andadas en Littleton House y de su ignominioso origen. ¿Cómo era posible que el duque, que conocía a tanta gente ignorara la verdad sobre la baronesa?

—¿De verdad no sabe usted lo de la fiesta de máscaras?

—¿Saber qué, querida?

—Vaya, esto no me lo esperaba —masculló.

—Puede confiar en mí. Insisto, a riesgo de sonar grosero —dijo con voz persuasiva.

Victory lo encaró, luego de reunir el valor que necesitaba.

—¿Dónde estaba hace dos veranos?

—En Nueva York, de visita al señor Edison.

—Verá, excelencia, no siempre he guardado luto a mi marido —susurró—. Hace dos veranos me fui de Escocia para visitar a mi amiga, lady Felton, cuando era la señora Bailey. Habían transcurrido tan solo seis meses de la muerte de Lovelance. Fue todo un escándalo. Fui a un baile de máscaras; después de un incidente de lo más bochornoso, perdí mi antifaz y todo el mundo me vio. Hasta salí en la revista *Punch*. Me sorprende que no la haya visto. La gente que llegó a ver esa infame publicación me recuerda como...

—Basta, no siga. Se lo ruego.

—Siento no habérselo dicho antes. —Abochornada, se llevó las manos al rostro; había sido un inmenso acto de egoísmo someterlo a que lo viesen con ella. Ahora comprendía por qué se portaba tan caballeroso—. Le pido perdón, excelencia. Si prefiere llevarme de vuelta a casa ahora mismo, lo entenderé.

—Deténgase, por favor. —La tomó del brazo con firme sutileza

cuando intentaba ponerse de pie. Victory volvió a sentarse, sin saber cómo mirarlo ahora que conocía parte de su sucio secretito. Ni siquiera estaba segura de por qué se lo había contado—. Soy yo quien debe disculparse por haberla presionado a revelarme un asunto tan íntimo. Discúlpeme. No sospeché que fuera algo que la perturbaría de esta manera.

—No es más que la verdad —dijo ella.

—No debe sentir vergüenza. Usted tomó una decisión. Respeto a quienes no tienen temor de hacer algo para cambiar su realidad. Fue muy valerosa.

—No es lo que mucha gente piensa.

—¡Al diablo todos ellos!

Victory le brindó una pequeña sonrisa. Muy pocos caballeros podían decir palabrotas delante de las damas con tanta naturalidad y lograr sonar espontáneos y libres en lugar de soeces. Así como lo hacía Casper. Se sacudió la cabeza para apartar aquel nombre de su mente. Se había exigido no pensar en él.

—Mi opinión sobre usted no ha decaído, por el contrario: ahora me parece una mujer mucho más interesante.

—¿Eso cree?

—No tengo la más mínima duda.

De pronto, comenzó a haber algo de movimiento en la salida de los caballos. Victory alcanzó a ver que la carrera estaba por comenzar, por lo que los asistentes al hipódromo se ubicaban en sus asientos. El duque le tendió un par de binóculos mientras la instruía en la reglamentación de la carrera. El caballo que habían ido a alentar se llamaba *Iolanthe*, un semental de siete años con un amplio número de victorias en su haber. Su competidor era el nada desdeñable *Desert Mirage*, un ejemplar estadounidense igualmente muy laureado en distintas competencias.

La carrera dio inicio cuando las puertas de salida se retiraron en un parpadeo. Una fila de raudos animales salió. Las voces del público rugían para animar a los jinetes, que galopaban enloquecidamente a lomos de los purasangres. Mientras veía por los binóculos la marcha veloz de los caballos, Victory percibió el suave aliento de Waldegrave en el oído, que le susurraba que *Iolanthe*, corría con el número dos.

Miró con rapidez al animal, cuyo jinete llevaba impreso el número en la espalda. Iba de segundo, justo detrás del diestro *Desert Mirage*. Sin siquiera ser consciente de ello, la joven gritó el nombre del caballo del duque para animarlo a sobrepasar a su rival. Los competidores recorrieron una complicada curva en la que el *Iolanthe* logró avanzar dos cuerpos. Ambos animales daban una lucha feroz mientras se acercaban a otra curva; los otros contrincantes habían quedado muy atrás. Ya en la recta final, los caballos corrían parejos, en un duelo de potencia. Lo hacían tan rápido que parecían flotar sobre la pista de arena. El público gritaba frenético. Victory y Waldegrave no eran la excepción. Aunque estaban muy lejos de darse cuenta, ambos eran observados por los demás ocupantes del exclusivo palenque. Aquellos rostros no mostraban desaprobación, sino el más destemplado asombro. A tan solo cien metros de la meta, *Iolanthe* logró aventajar a *Desert Mirage* como todo un campeón: se coronó por medio cuerpo como el indiscutible ganador de la carrera.

Victory había perdido todo vestigio de compostura. El corazón le latía como si hubiera sido ella quien hubiera volado por la pista. Tenía la garganta afectada por los gritos desaforados, una sensación de libertad la atravesó de lleno. Cuando se dio cuenta, estaba abrazada a los poderosos hombros del duque, mientras él la elevaba en una vuelta vertiginosa en medio de risas sonoras. Las mejillas le ardieron en cuanto los pies volvieron a tocar el suelo.

—Waldegrave, ¡qué gran carrera! ¡Qué animal! ¡Qué bríos! — exclamó el viejo duque de Newcastle cuando se acercó a ellos.

La hija del hombre, que iba prendida de su brazo, le envió una mirada escrutadora a Victory. Devlin agradeció las congratulaciones de su par y las de otros conocidos que se acercaron para felicitarlo por el triunfo de su caballo.

—Estupenda victoria.

Extrañamente, una voz conocida consiguió que aquella palabra que evocaba el nombre de la joven sonara como un recóndito llamado. Despegó los ojos de la pista, donde el caballo ganador se preparaba para los vítores y las fotografías. Buscó con la mirada a quien le había nombrado. Para completo asombro, Casper se acercaba con pasos pausados, altivos, mientras daba palmadas de

reconocimiento en honor al duque. Victory lo vio vestido con una levita color crema que se amoldaba perfectamente a su cuerpo atlético, al igual que el chaleco y los pantalones hechos a la medida. El corazón, todavía acelerado por la agitación de la competencia, logró alcanzar cotas más altas de percusión.

—Radnor, vaya, muchas gracias —dijo Devlin sonriente—. Digamos que hoy la victoria está conmigo en todas las maneras en que puede estar. —Miró a la baronesa con un atisbo de orgullo—. ¿Qué más se puede pedir?

La muchacha respiró con dificultad. Miraba alternativamente los dos rostros. Por un lado estaba el risueño y templado Waldegrave, por el otro, el gélido y amenazante Radnor.

—Ya lo veo. —La mirada que le dirigió a Victory fue de sutil reproche antes de hacerle una reverencia—. Lady Lovelance, es un placer verla por aquí. Veo que le agrada el hipismo. De hecho, me ha parecido que le produce un gran entusiasmo.

—Sí, así es —balbució ella.

—¿Se conocen? Estupendo —musitó el duque con aire confuso.

Un mozo les acercó una bandeja con copas de *champagne*.

—Radnor, ven. Brinda con nosotros.

—No quiero estorbar.

Cuando otros lores y sus esposas llegaron en torrente para felicitar a Waldegrave, Victory aprovechó para escudriñar la sala con los ojos. Buscaba a lady Radnor, presa de un impulso ineludible y malicioso. Era una estupidez, puesto que jamás la había visto. Las mujeres que logró vislumbrar ya iban acompañadas. Había algunas que permanecían solas, pero, por alguna razón, no imaginaba a ninguna de ellas ni remotamente como parejas de Casper. Regresó a él. Vio que la estaba observando con frialdad.

—Bien, lady Lovelance. Que tenga un buen día.

—Espere, ¿se va tan pronto? —le preguntó con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No tengo nada más que hacer aquí. —Se encogió de hombros—. El caballo al que le he apostado acaba de perder. —Se giró para marcharse.

—¡Espera! —le dijo en un intento desesperado porque no la dejase

de nuevo con las preguntas flotando en el aire. Casper se detuvo, cauteloso—. ¿Por qué me tratas de ese modo?

Él entornó los ojos; se irguió de pronto en gesto defensivo.

—¿He sido descortés?

—¡Sí!

—Me disculpo por ello.

—¡Vamos! —Sacudió la cabeza, exasperada con toda aquella frialdad que estaba concebida nada más que para castigarla—. No dejaré que sigas actuando como si fuéramos unos extraños. En algún momento debemos hablar. Lo que pasó hace dos años. —Se frenó para tomar aire—. Casper, ¿por qué no pudiste entender mis motivos?

—Lady Lovelance, no me gusta hablar del pasado cuando este no ayuda al futuro.

Hizo un nuevo intento por alejarse.

—No huirás de mí de nuevo. —Lo tomó del brazo para que la viera a la cara.

La miró con dureza.

—Pero si es usted quien tiende a huir todo el tiempo —le dijo en voz muy baja—. Es su modo de enfrentar las cosas.

Ella no tuvo palabras para rebatir aquel argumento.

—¿Por qué nunca respondiste a mis cartas?

Él pareció aturdido por un instante. Sacudió la cabeza. Suspiró harto de aquella conversación que ni siquiera había comenzado.

—Nada de esto tiene sentido, lady Lovelance.

—Es cierto: no tiene sentido que te portes como un cerdo —sollozó—. Ni siquiera me has dado la oportunidad de defenderme.

—No deberíamos estar hablando de esto, alguien podría oírnos.

—Ahora es a ti a quien le importa que nos oigan.

—Estamos en lugares muy distintos. Mi vida es muy distinta ahora. Supongo que también lo es la suya. —Por encima del hombro de Victory, echó un vistazo a Waldegrave, que atendía a un grupo de reconocidos apostadores—. Por favor, olvídale de una vez.

—¿Es por ella? ¿La quieres?

Victory se arrepintió al instante de haber hecho semejante pregunta. No tenía la fuerza necesaria para lidiar con la respuesta. Lord Radnor permaneció impávido.

—¿Y qué ocurre si es así?

—Te casaste por su dinero.

—Qué buena memoria tienes —masculló áspero—. No tengo intenciones de hablar contigo sobre los sentimientos que tengo por mi esposa.

—Entonces la quieres.

Casper la observó por un instante tormentoso, en medio de un silencio que sembraba dolorosas dudas a través de cada segundo. Victory sintió que se desmoronaba. Las lágrimas amenazaban con traicionarla y desparramársele por todo el rostro. Clarissa tenía razón, como siempre. La curiosidad que había alimentado había resultado ser muy voraz, nociva: estaba por devorársela a ella misma. Sin embargo, no podía hacer otra cosa que esperar la temida respuesta con la garganta constreñida, con el corazón ahogándose en su propia sangre.

—Te gusta sufrir, Victory Brandon —susurró él con un profundo resquemor que le llegó a la piel—. Siempre ha sido así. Por desgracia, tu nefasta familia te crió de esa manera. Es una pena que aún dominen tu vida y que tú se los permitas.

—¡No es así! ¡Nadie domina mi vida!

—Si tu abuela aún viviera, apuesto a que ahora estarías en Escocia sepultada en tu castillo, convertida en la mártir que han querido hacer de ti. Traté de hacer algo al respecto, pero no me has dejado. Ya no puedo hacer nada más. Ya no te seguiré más. Adiós.

Giró con frío desgarró para alejarse de ella.

Victory sintió como si un puño enorme le hubiera golpeado en el pecho, uno más duro y salvaje que el de Prayag. Encontró lo que había buscado con sórdida persistencia: la confirmación de que ya no existía la mínima posibilidad de un futuro con él. El dolor y la miseria le impidieron pensar con claridad. Lo único que alcanzó a hacer fue buscar apoyo en una de las elegantes sillas de la sala y rogar para que nadie la viese arrancándose las lágrimas de raíz.

Al cabo de un momento, Waldegrave apareció a su espalda, sigiloso como un gato. Había terminado de atender a todas las personas que se acercaron para felicitarle. Se inclinó para mirarla con preocupación.

—¿Está usted bien?

—Sí. —Sonrió de la forma más decente que pudo.

—Entonces, ¿podríamos bajar? Un par de fotografías y toda esta tortura habrá terminado, querida —dijo con tristeza.

—Pero si no es ninguna tortura.

Él le sonrió. Le reveló que no había creído una sola palabra. Levantó el codo. Ella lo tomó del brazo. Juntos caminaron escaleras abajo, aún con las molestas miradas colectivas que los seguían como sombras. Atravesaron el hipódromo, que todavía estaba abarrotado de gente de distintas clases sociales a la espera de las siguientes carreras. Pasaron por los atrios generales y las áreas de entrenamiento hasta llegar a un extremo de la pista. Allí, *Iolanthe*, el campeón de la competencia que acababa de tener lugar, era admirado y acariciado por algunos niños. Waldegrave estrechó la mano del jinete, que sostenía un ramo de flores y una copa dorada enorme. Los fotógrafos, frenéticos, corrieron tras sus pesados instrumentos para captar el momento.

Luego de más incómodas presentaciones, se dirigieron a los establos. Lejos de toda la atención, de las cámaras y de los rostros huecos a los que tenía que dirigirse con sonrisas acartonadas, Victory se sintió un poco más sosegada.

—Sé lo que sucede con usted —le dijo el duque de forma muy sutil.

La había estado contemplando en silencio, mientras ella acariciaba la tersa crin de una yegua blanca, ausente de todo. La joven despegó la vista del animal. Su mano se detuvo.

—¿Disculpe?

—Sé de sus planes para crear un hogar para viudas en situación de miseria.

—Ah —suspiró.

—No dejo de maravillarme con su persona. Es una pena que haya tenido que mencionárselo yo. Habría preferido que usted sacara el tema.

—Excelencia...

—Por favor, deja de llamarme como todo el mundo. Es tan irritante. Mi nombre es Devlin.

—Devlin —dijo—. No deseaba molestarte ni presionarte para

asumir un compromiso cuando apenas te conozco.

—Pero me habría gustado que lo hicieras, Victory. Yo deseo ayudarte.

—¿De verdad?

—Desde luego. Es una idea asombrosa.

—Aceptaremos lo que desee donar. Muchas gracias —musitó.

—No deseo contribuir de ese modo tan desapegado. —Sacudió la cabeza.

—¿Entonces cómo?

Él elevó las comisuras de la boca.

—Haremos algo grande, una gala benéfica en mi mansión. Invitaré a toda la gente que conozco, aristócratas, burgueses, políticos. Incluso a los príncipes. —Victory lo miró fijamente, sin comprender todavía—. Será un evento donde nadie que se precie de ser un verdadero londinense pueda faltar y nadie se irá sin dejar una buena cantidad. Le sacudiremos los bolsillos a toda esa gente engreída.

La joven soltó una risa nerviosa. Se llevó las manos a los labios. ¿Acaso estaba soñando?

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Cómo haremos que todos se interesen? He recibido tan poco apoyo de quienes he visitado que estaba a punto de perder las esperanzas.

—No te preocupes. Mi personal se encargará de las invitaciones. Si van firmadas en mi nombre, ten por seguro que nadie se negará a asistir.

—Devlin, gracias.

Él negó con la cabeza, todavía sonriente. Se acercó y la tomó de la mano.

—Esto es muy poco, Victory comparado con las cosas que podría hacer por ti, si tan solo me dejaras.

Los ojos verdes le brillaron como cuarzos. Ella se quedó paralizada cuando lo vio avanzar hasta donde estaba; lo hacía con tal sutileza que parecía que el mundo era el que los acercaba. Sin pensar en nada más, cerró los ojos y dejó que la boca del duque la poseyera. Intentó desterrar de su mente el recuerdo de otros labios, que, aunque hacía mucho tiempo que los había besado, permanecían en el recuerdo.

Lo abrazó. Deseó que Devlin Sawyer se quedara en su vida el

tiempo suficiente como para que ella pudiera enamorarse de él.

Capítulo 18

El duque de Waldegrave solicita el placer de su compañía en la gala benéfica en favor de la Fundación Mary Alice Bird para Viudas Necesitadas de toda la Gran Bretaña, el próximo 1.º de diciembre de 1880 a las ocho en punto de la noche en su residencia de Waldegrave Palace, Hampstead Heath, Londres.

Un par de semanas antes del evento, Victory se enteró de la muerte de la señora Bird; estaba deshecha. Decidió que la fundación llevaría el nombre de la viuda que había servido en la cocina de Lovelance Manor por muchos años. Ordenó a última hora que se reimprimieran las invitaciones con la modificación. La mujer no se merecía menos después de haber sido un verdadero ejemplo de tenacidad y fortaleza desde el día de la muerte del señor Bird hasta la propia. Aquel espíritu noble e inquebrantable era justo lo que Victory deseaba rescatar con su iniciativa.

Ese mes había visitado varios edificios a la venta a fin de conseguir el indicado para dar sede a la fundación. Dio con uno en Warren Street que reunía todas las condiciones. El precio, sin embargo, era más elevado de lo que había deducido. A pesar de ello, estaba decidida a tomarlo, llevada por la visión que le había inundado la mente cuando lo vio por dentro. Como había sido un hospital en el pasado, la edificación contaba con habitaciones que se podían convertir en dormitorios, salones que servirían de aulas, bibliotecas, áreas de esparcimiento y un comedor para unas ciento veinte personas. Era sencillamente perfecto. Pensaba cubrir parte de la cifra con una porción de su renta y, el resto, si tenía suerte, con el dinero que recaudaría en el evento. Si no lo lograba, vería qué más hacer

para conseguir el edificio.

A través del espejo miró el suntuoso collar que le envolvía el cuello. ¿Cuánto valía aquella cosa? Devlin se lo había obsequiado hacía un par de noches, después de cenar en una de las terrazas de la imponente mansión de Hampstead Heath. Era una hermosa gargantilla de rubíes y diamantes blancos del tamaño de dados, engarzados en una delicada cadena de plata: la ofrenda de un hombre en busca de atención. Estaba más consciente que nunca de las intenciones de Waldegrave, que cada día parecían cobrar fuerza. El último mes había dejado que la cubriera de obsequios y cumplidos, sin reparar en la inconveniencia de todo aquello. Se había dejado encandilar por el soberbio atractivo, ingenio y caballerosidad del duque. Confiaba en que todo ese derroche de cualidades bastaría para sepultar los impropios sentimientos que guardaba por Casper. Pero todo esfuerzo había sido poco más que inútil.

Ella no había dejado de pensar un solo día en lord Radnor y en las horribles palabras que le había arrojado en el palenque del hipódromo de Ascot. No solo había dejado claro que amaba a Edwina, su esposa, sino que había culpado a Victory de disfrutar el propio sufrimiento, como si fuera una especie de patética masoquista. Bueno, tal vez lo fuera, se reprochó con una inusitada mezcla de rabia y resignación. Pese al dolor lacerante de saber que la tenía en tan baja estima, ella lo seguía queriendo, cuando debía odiarlo, o mejor aún, ignorarlo por completo. Era inaceptable. Debía a bien olvidarlo cuanto antes.

Luego de recorrer las deslumbrantes gemas con los dedos, de comprobar el peso que ejercían sobre su cuello, soltó un suspiro. Se puso de pie con resolución, consciente del desafío que la esperaba. El evento benéfico se iniciaba escaleras abajo, en el suntuoso salón de ceremonias de Waldegrave Palace. Ella había ido más temprano a supervisar todo en calidad de anfitriona. En ese momento, podía escuchar la música de la orquesta tocar una melodía de bienvenida. Dado que ella había convocado la gala, era su responsabilidad recibir a los invitados junto al duque y hablar en nombre de las viudas pobres a las que representaba. Aquella era la noche para la que se había preparado con tanta meticulosidad.

Salió de la habitación que gentilmente le había ofrecido el duque para uso personal mientras estuviese en Waldegrave Palace. Bajó por las sinuosas escaleras con el espléndido vestido rojo de seda brocada que había escogido para la ocasión.

Entonces, cuando estaba a apenas un piso de alcanzar el vestíbulo, lo vio entrar a la mansión. Victory respiró con dificultad; se detuvo con las manos asidas a la balaustrada de mármol, desde donde podía observarlo discretamente. No tenía idea de que hubiera sido invitado. Iba vestido de frac, con el cabello rubio reluciente, peinado hacia atrás, tan atractivo como era habitual, pero con un toque mucho más refinado. Lo contempló por un instante, embebida, hasta que reparó en la dama que llevaba del brazo. Una mujer que solo podía ser lady Radnor.

Victory dio un paso atrás, con el corazón deshecho, pero que, al mismo tiempo, latía con una fuerza estentórea. Todos los miembros parecieron entumecerse en el preciso instante en que la mujer alzó la mirada: por fin ese rostro salió de las sombras para ella bajo el baño de luz de las arañas de cristal. No podía ser. Se llevó los dedos a los labios para sofocar un gemido de perplejidad ante la visión que le revelaba que ya había visto esa cara. No era otra que la chica del teatro, la misma que dedicaba miradas de afecto a otro caballero en la soledad del pasillo, que luego había acudido al tocador con los ojos llorosos, que se había lamentado por no poder expresar dicho amor a todas luces.

La mirada de hastío y repelencia que la pareja intercambió, cuando pensaba que nadie los miraba, confirmó las conjeturas de Victory. El rictus de Edwina dejó entrever tantos sentimientos, todos míseros y funestos, que lady Lovelance tuvo miedo de descifrarlos. Era desdichada e iba tomada del brazo del hombre con el que compartía la desdicha. En lugar de odiarla o celebrar el hecho obvio de que no se la podía considerar una rival, la joven sintió profunda compasión por ella. Solo el resentimiento más prolongado podía suscitar en alguien semejante animadversión. Cuando Casper miró a su esposa de vuelta, Victory atisbó en él una total indolencia, el más absoluto estoicismo, como si se hubiera habituado a toda esa hostilidad. Era innegable que él tampoco la amaba, que resistía en

silencio el suplicio de aquel matrimonio que se había buscado por dinero. No podía estar equivocada: ellos no se amaban.

El conde se irguió imperturbable y, con pasos lánguidos, avanzó junto a la condesa por el suelo enlosado, obligado a seguir la lentitud que ella le marcaba. Los ojos grises comenzaron a vagar apáticos por el lugar. En un vistazo fugaz, dieron con Victory y casi al instante la expresión severa se suavizó. Los ojos se detuvieron, al tiempo que algo muy parecido al amor, al deseo reprimido –según percibió la muchacha con el alma en vilo– afloró en ellos. La baronesa experimentó un leve estremecimiento cuando se vio descubierta observándolo desde las sombras de las escaleras, desmadejada de anhelo, pero por nada en el mundo apartó la vista. El corazón volvió a latirle con esperanza y no con aquel dolor desmesurado que durante meses. No. Durante años, le había lastimado el pecho. No fue capaz de abandonar esa sensación; se aferró a ella con todas sus fuerzas.

Tú no la amas, mentiroso. Me amas a mí, le dijo a través del silencio privado que compartían.

De pronto, Devlin apareció al pie de las escaleras para reclamar la atención de la muchacha que le brindó una sonrisa amigable y descendió hasta el vestíbulo, luego de haber aceptado la mano que le tendía. Estaba consciente de que a partir de entonces debía calibrar sus atenciones para él.

—Estás cautivadora esta noche —le dijo mientras la recibía.

—Qué amable, excelencia.

El duque pareció confundido ante la distancia que Victory volvía a poner entre ellos, pero tuvo el buen gusto de no mencionarlo. Levantó el codo y ella lo tomó del brazo. Saludaron a los invitados que se acercaban para presentar respetos a los anfitriones. Muchos de ellos se deshicieron en halagos hacia la joven sin despegar los ojos de la gema que le pendía del cuello. Los caballeros, en su mayoría, la miraban como a un trofeo de caza y después hacían un sutil gesto de aprobación al duque. Las damas se esforzaban en hallar en ella una cualidad especial que la hubiera hecho merecedora del favor de Waldegrave. Un par de mujeres de edad madura, las mismas que la habían visto de forma reprobatoria en el teatro cuando reconocieron su nombre de las infames páginas de *Punch*, le sonrieron con infinita

delicadeza. Incluso consiguió, sin pretenderlo, una invitación para unirse a un distinguido club de damas de la aristocracia.

Finalmente, lord y lady Radnor se acercaron. Victory tomó una bocanada de aire antes de atreverse a encarar a esos dos después de lo que había visto, después de lo que sabía.

—Usted —musitó Edwina al reconocer a la viuda—. No me diga que es lady Lovelance, la autora de toda esta asombrosa obra de la que tanto he escuchado.

—Buenas noches, lady Radnor. —Le sonrió con nerviosismo, consciente de lo que la joven podía haber oído sobre ella de labios de Adora y Annabelle, sus grandes amigas, pero lo cierto fue que no detectó ningún atisbo de censura o ironía en esas palabras—. Así es, en parte.

—Muchas gracias por la invitación, excelencia —dijo Casper, sin ocultar el desconcierto que le causaba el trato cortés y ligeramente familiar entre las damas—. Nos complace que nos haya considerado para contribuir con tan maravilloso proyecto. Todo esto es sencillamente admirable. —Miró a Victory cuando pronunció aquellas palabras. No se trataba de una frase hueca de cortesía. Ella sintió la sinceridad reverberar en su voz. Con el mismo ánimo le brindó una sonrisa—. Estaremos encantados de perder todo cuanto se pueda en las mesas de apuestas.

—Me alegra oírlo —convino Waldegrave—. Sean bienvenidos y diviértanse, por favor.

Más tarde esa noche, Victory estaba abrumada con tan excesivo roce social. Había saludado y hablado con cientos de personas, más de las que había visto juntas en toda una vida. Todas ellas habían exigido tiempo para conversar, para informarse sobre cada detalle de la fundación y para ofrecer donativos directos durante todo el año siguiente. No había que ser un genio para darse cuenta de que muchos de ellos lo hacían para congraciarse con Devlin, pero ella igual lo apreciaba. Lo que más le interesaba era encontrar contribuyentes para la fundación, no hacer amigos entre toda esa gente que parecía observarla con lupa.

Era justo decir que también había hablado con gente amigable y desinteresada a lo largo de la noche. Conoció a una adorable pareja

que acababa de volver de un viaje a América, los marqueses de Kintyre. Él era músico y diplomático de carrera. Pese a la disparidad de los dos oficios, su gran talento era muy reconocido en ambos ejercicios, según le señaló Devlin. La marquesa era una mujer hermosa y espontánea como pocas, con la que Victory congenió casi de inmediato. Había dado a luz al primer retoño hacía unos pocos meses, un varón al que habían llamado Frederick, en honor al pianista al que él tanto admiraba. Los Kintyre se comprometieron a ayudar a la fundación en lo que fuera necesario de allí en adelante, en especial la marquesa o Emma, como había insistido en que la llamase. Vic estaba enormemente complacida por ello. Sin duda, eran de las mejores personas que había conocido esa noche.

Después se vio rodeada por más lores, damas, burgueses, políticos y gente con alguna influencia. Se había dado a la tarea de satisfacer curiosidades, de ofrecer discursos y de sonreír un poco cuando debía hacerlo. No sabía si tenía que creer en tantas promesas, pero, si estaba segura de algo, era que pondría todo su empeño en lograr lo que se había propuesto. A mitad de la noche el anterior primer ministro y hombre influyente del gobierno, Lord Beaconsfield hizo acto de presencia. Victory estaba impresionada de saber que Devlin hubiera conseguido que asistiera. Lo saludó con entusiasmo y por extraño que pareciera, recordó divertida la caricatura de la revista *Punch*. A diferencia de lo que decían los diarios, Beaconsfield le pareció un hombre alegre y de amable trato.

Solo cuando los invitados fueron llamados a la subasta, Victory encontró un momento para descansar y tomar una copa. No había hecho más que hablar y hablar hasta que la garganta se le secó.

—Dios mío, no tenía idea de que esto fuera tan agotador —le susurró a Clarissa después de darle un buen sorbo a una copa de champaña—. Estoy tan sedienta.

Lady Felton había hecho su parte al socializar con los jugadores en las mesas de póker y de billar junto a su esposo.

—¡Lo estás haciendo de maravilla! —afirmó con los ojos brotados de entusiasmo—. Después de esto el hogar será un hecho, Victory. Puede que hasta haya dinero para fundar otra en Escocia. Deberías ver cuánta gente está apostando. ¡Y las cifras que pierden! Lo mejor

es que todo el mundo está contento de colaborar. —Después añadió con una sonrisa de orgullo—: creo que les has llegado al corazón, lady Lovelance.

Aunque estaba enterada de que el evento contaba con una sala de juegos de mesa para apuestas y otra acondicionada para las subastas, Victory no había tenido tiempo de acudir. Más tarde habría una cena a un precio exorbitante por cubierto y, finalmente, un baile.

—¿En serio? Creí que la gente solo lo hacía para no decepcionar a Waldegrave.

—No seas tonta —la reprendió Clarissa con un delicado gesto manual—. Me parece que hemos descubierto en ti un talento muy útil.

—Todo ha sido idea del duque. Ha sido tan gentil.

—Lo sé. Me he dado cuenta. —Le sonrió con ternura y un brillo cómplice de hermana mayor—. Te confieso que al principio creí que solo iba en busca de una aventura contigo, como las ha tenido con tantas que conozco. Nunca ha sido su estilo el cortejar a una mujer con tanta formalidad. Estoy muy sorprendida y muy feliz por ti. Deberías considerarlo.

—No —dijo cortante, consciente del rumbo de aquel discurso incipiente.

—¿No? —repitió con los ojos entornados.

—Lo he intentado una y mil veces. Pero no: no puedo verlo de esa manera.

—Pero creí que te gustaba.

—Tal vez un poco, pero nunca como...

—Ni te atrevas a mencionarlo —soltó Clarissa en un susurro furioso.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Está casado.

—Con una mujer que no lo ama y que sufre por otro. —Victory apretó la mandíbula, rebelándose ante esa idea.

La vizcondesa la miró con los ojos de par en par.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Es la verdad. La vi en los corredores del teatro con otro caballero —susurró mientras miraba a todos lados para asegurarse de que nadie

las escuchaba—. No sabía que era lady Radnor entonces. Sé lo que vi. La forma en que se miraban; y cómo se tocaban. Ella no quiere a Casper. Él tampoco a ella: lo sé.

—Victory, ¿otra vez? ¿Por qué eres tan obstinada? No hagas esto.

—¿Qué es lo que no quieres que haga, Clarissa?

—No quiero que salgas herida de nuevo y que vuelvas a esconderte dos años —dijo con pesar.

No fue agradable para Victory saber que su amiga la consideraba tan vulnerable. Lo había sido, sí, pero ahora se sentía tan distinta. El tiempo no había pasado en vano.

—No soy tan débil como era hace dos años. —La miró con determinación; luego hizo una pausa—. Ya he sido bastante herida, física y mentalmente. Lo lógico es que, después de todo eso, me haya hecho un poco más fuerte, ¿no? —Se encogió de hombros. Sonreía con nostalgia mientras Clarissa la miraba perpleja, probablemente detenida en la idea de que había sido herida físicamente.

Un par de invitados aparecieron en ese preciso momento para saludar a las damas, por lo que la conversación se dio por terminada.

* * *

El baile inició pasada la medianoche. Victory tomó la mano que Devlin le ofrecía; juntos hicieron los honores. La pareja deleitó a los presentes con una danza exquisita y cadenciosa. Giraron por todo el salón al ritmo de la música que la orquesta tocaba. Ella, una dama hermosa y de buen corazón; él, un duque solitario, atrapado al final por una joven que había hecho méritos de sobra para merecer sus atenciones. A los ojos de todos los presentes eran, sin más, la pareja más espléndida que Londres había visto en años.

No faltó quien cuchicheara al mirarlos tan compenetrados, como dos enamorados que ejecutaban una especie de acto amoroso que podía ser bien visto en público. Por varios minutos, los cientos de pares de ojos aristocráticos que asistieron a la gran gala estuvieron posados en ellos.

Luego, un cúmulo de parejas comenzó a conformarse alrededor sin llegar a imitar semejante gracia natural. Victory estaba feliz de

dejar de ser el centro de todas las miradas, aunque a esa hora ya debía de haberse acostumbrado a la excesiva atención. Durante toda la noche, Devlin había actuado como si su único objetivo fuera ser invisible y desviar todas las loas hacia ella. Lo miró con tierna reprobación; deseó fervientemente poder enamorarse de él, pero estaba decretado que su amor todavía pertenecía a lord Radnor y así iba a ser por un tiempo que quizá no viera fin. Con el corazón agitado, buscó a Casper por todo el salón. Giró la cabeza a la derecha y después a la izquierda para dar con él. Lo vio en medio de la multitud bailando con Edwina, pero con los ojos grises posados en ella misma.

Cuando la música cesó, Radnor se apartó de su esposa con delicadeza. El rostro atractivo mostraba un rictus inescrutable. Se alejó del salón a paso apremiante, en dirección de uno de los pasillos laterales del salón. El corazón de la baronesa dio un brinco doloroso ante la posibilidad de que se marchara sin haber hablado con ella. De nuevo. Sus ojos lo siguieron curiosos, atentos, hasta que la inquietud fue demasiado evidente.

—Victory, ¿sucede algo? —inquirió el duque.

—Lo siento mucho, Devlin. —Lo miró con ternura y seriedad. Deseaba hallar la manera de no hacerlo pasar por eso, pero apenas podía pensar con claridad ante la partida de Casper. Debía ir tras él cuanto antes—. Esto no funcionará. Créeme. No puedo.

En un principio, la expresión del duque fue de asombro, pero luego se tornó circunspecta. Ella decidió juzgar el gesto como comprensivo. No podía hacer nada más.

Incapaz de soportar un minuto lejos de lord Radnor, la baronesa avanzó por la pista, dispuesta a detenerlo y obligarlo a escucharla. Tropezó con algunos invitados en el camino, se disculpó con torpeza y retomó la atolondrada marcha hasta el pasillo por el que él se había perdido. Avanzó sin reparar en los llamados de otros caballeros a los que había prometido un baile. Se sentía nerviosa, asustada, ansiosa, enamorada: todo al mismo tiempo. No logró verlo cuando arribó al corredor.

Sin otra opción de la que echar mano, se decidió a recorrer el camino que se abría ante ella. Se adentró más y más hasta que la música de la orquesta y los murmullos de los invitados se fueron

atenuando y quedaron como una morosa lejanía. De pronto, se vio en un corredor amplio y alargado, con ventanales que llegaban hasta el techo, a través de los cuales podía observar los árboles desnudos del jardín, un área de la mansión que no había conocido en anteriores visitas. Parecía un lugar olvidado, a juzgar por la oscuridad en la que estaba sumido y la escasez de muebles.

De pronto, un soplo de viento helado que le llegó de afuera le erizó con violencia la piel. Se dio cuenta de que una de las ventanas estaba abierta. Caminó hacia allá para cerrarla y vio los primeros copos de nieve que descendían grácilmente. Un espectáculo asombroso, no importaba cuántas veces ya lo hubiera presenciado. Se distrajo un momento mirándolos; sintió de pronto la cercanía del hogar.

Entonces recordó dónde estaba y la razón por la que había terminado allí, en aquel corredor oscuro, vacío y helado. Se frotó los brazos cubiertos por las mangas del vestido, en busca de calor. Forzó la vista para tratar de ver hacia donde se dirigía.

—Casper... —Su voz se reprodujo en un eco.

No escuchó ninguna contestación. Decepcionada, se adentró más en el corredor; martilleaba el piso de mármol con los tacones hasta llegar a una desviación. Victory se preguntó si debía seguir a ciegas o, por el contrario, regresar a la fiesta y olvidar la idea de perseguirlo. Negó con la cabeza de inmediato. Debía hablar con él; debía decirle que su esposa estaba enamorada de otro y que no creía aquella estúpida mentira sobre que él amaba a Edwina. Sabía que, si ella no daba el primer paso, él jamás se le acercaría de nuevo. No te seguiré más, Lady Lovelance, habían sido sus palabras en Ascot.

Armada de resolución llegó hasta el final del camino. A la derecha, se abría otro amplio pasadizo, oscuro y profundo, mientras que, a la izquierda, advirtió una puerta de cristal cuyo interior parecía estar parcialmente iluminado. Victory se decidió por el segundo sendero. Una vez cruzada la puerta se dio cuenta de que estaba en un invernadero enorme, atestado de zonas verdes, protegidas por un clima mucho más gentil que el que fustigaba afuera. Había flores y árboles que se alzaban sobre su cabeza y se espigaban bajo un cielo de cristal. Una pequeña camino se extendía en todo el centro y daba acceso a un área de bancos de mármol, iluminados por farolas de luz

eléctrica.

Victory se había adentrado por completo en el invernadero sin darse cuenta, guiada por su espíritu curioso. Cuánto deseaba que él estuviera allí.

—Casper —lo llamó de nuevo, sin obtener ninguna respuesta.

Es tan frustrante, pensó mientras se dejaba caer en uno de los bancos. No era posible que lo hubiera perdido. Estaba ante la oportunidad perfecta para tener una conversación privada con él y se le había evaporado. Ojalá hubiera sido más rápida. Después de unos segundos inquietantes, se dio cuenta de que la música del salón se había extinguido por completo, como si ella hubiera cruzado un umbral que insonorizaba aquel espacio y la aislaba del resto de los invitados.

Guiada por un instinto desconocido, Victory fue consciente de la presencia de alguien más en el interior del invernadero. Se volvió con brusquedad para tratar de mirar al intruso, pero no atisbó más que la lóbrega quietud de los árboles, la soledad del pasillo tras la pared de cristal. Entornó los ojos, confundida. Miró hacia otro lado después de ponerse de pie. Nada.

—Casper. ¿Casper, eres tú?

Tras un par de segundos más, una sombra súbita y tambaleante se movió tras un grupillo de plantas. Victory escuchó unos pasos irregulares: una punzada de expectación le brotó en el pecho. Esperaba verlo, encontrarse con él y decirle todo lo que sentía, sin ninguna reserva ni vergüenza. No acabaría esa noche sin que pusieran las cosas en orden. Si después de saber toda la verdad acerca de Edwina, sobre las razones de Victory para abandonar Londres y sobre los sentimientos que había guardado por dos años, él se rehusaba a darle una oportunidad, entonces ella dejaría de buscarlo y se alejaría para siempre. Bajó la cabeza. Deseaba con ahínco que aquello no tuviera que suceder. Se mordió los labios y volvió a mirar el lugar donde había visto la sombra.

Pero, en lugar de Radnor, otro hombre se dejó ver a las luces de las farolas. Victory parpadeó, decepcionada. Le dirigió una sonrisa casual al hombre que se acercaba a trompicones, a todas luces, ebrio hasta la saciedad.

—Lady Lovelance, claro —rezongó con voz hosca—. ¿Por qué no me di cuenta antes?

Su aspecto era poco más que penoso. Iba desaliñado, desgredado, con el rostro enrojecido y las pupilas dilatadas, dotadas de un brillo de diabólica satisfacción que solo una sustancia prohibida podría proporcionar. Victory dio un paso atrás, repentinamente perturbada ante la presencia de aquel invitado. ¿Por qué de pronto tenía las manos frías pese a la agradable temperatura? Tomó aire por la boca en un intento por recobrar la calma.

—Lord Nathaniel —lo saludó con falsa cortesía—. No lo había visto en toda la fiesta. Siento mucho no haber podido darle la bienvenida como corresponde. ¿Se está divirtiendo usted?

Él soltó un bufido.

—No mucho, milady. He estado muy confundido últimamente —dijo arrastrando las palabras, sin dejar de mirarla de un modo inquietante—. ¿Creerá que no la recordaba del baile de los Ormond? Soy un maldito idiota. —Soltó una carcajada de borracho que Victory se esforzó en compartir—. Sabía que había visto este bonito rostro en algún lado, pero no acababa de unir las piezas en mi mente. Verá, el alcohol no es bueno para la memoria. Así que, discúlpeme usted.

Notó que el hijo del marqués de Berkeley traía en la mano una copa de brandy. De un sorbo se terminó el líquido. Con el dorso de la mano se secó los labios. Arrojó la copa tras los árboles sin dejar de avanzar hacia ella. La joven dio un par de pasos en reversa.

—Lord Nathaniel, volvamos a la fiesta. Se lo ruego. Aquí no hay nada que ver.

—Difiero, lady Lovelance, lady Lovelance —repitió el nombre una y otra vez. Trataba obligar a su cerebro a registrarlo. Se detuvo muy cerca, por lo que ella podía percibir el apestoso aliento a alcohol que destilaba y aquellos ojos enloquecidos—. Puedo verla a usted y a su colosal belleza. Me alegra que no lleve máscara esta vez. Así no tendré que arrancársela.

Ella no dijo nada. Se lo quedó viendo con recelo: evocaba aquel momento espantoso en que la había arruinado. ¿Cuántas cosas desagradables habrían podido evitarse si él no la hubiera desprovisto de la máscara en aquel baile, si ella no hubiera tenido la mala suerte

de cruzarse en su camino?

—Lo siento tanto. No sabía que le causaría tantos problemas —añadió él con falso pesar—. También vi la caricatura suya en las revistas de chismorreos. Esa, en la que sale bailando cancán sobre el ataúd del viejo. —Levantó las palmas de las manos en gesto de impotencia—. Solo pasó.

En su fuero interno, Victory consideró que quizá no hubiera sido un momento tan infame el haber sido expuesta en Littleton House. Se dio cuenta de que aquel hecho ya no la afectaba como hacía tiempo atrás. Ya no había nadie a quien temer, ni a quien decepcionar. Sonrió para sus adentros.

—No hay cuidado —concedió jactanciosa—. Lo perdono.

Lord Nathaniel entornó los ojos. La baronesa giró con elegancia para alejarse de allí y retomar la búsqueda. Pero entonces, él hizo un movimiento abrupto. La tomó por el cuello lo que le arrancó un gemido de dolor.

—Me alegra mucho, querida. Aunque yo no sé si pueda perdonarte la bromita que me has gastado. ¿La recuerdas? —masculló con acritud mientras le oprimía la garganta con un puño. Victory emitió un gorjeo. Apenas fue capaz de procesar aquellas palabras. Solo podía sentir la mano del hombre que le constreñía la garganta, que la privaba del oxígeno—. ¡Oh, sí! Fui a Escocia y llegué hasta el maldito castillo abandonado adonde me enviaste para encontrarnos. Te esperé dos días. ¡Dos días! Estaba ansioso por acostarme contigo, perra, pero terminé consolándome con las prostitutas del pueblo.

El dolor dio paso a la asfixia y, luego, a la desesperación. Con reducidas fuerzas, la joven comenzó a golpearle el pecho para defenderse. Se agitó, sacudió la cabeza, pero apenas si podía moverse. De pronto, todos los pensamientos comenzaron a abandonar su mente. Prescott la soltó justo cuando el rostro enrojecido comenzaba a volverse púrpura. Ella cayó al suelo, a una pulgada de la inconsciencia. Tosió compulsivamente, sollozó. Se tocó el cuello adolorido, que aún tenía marcados los dedos de su agresor, mientras intentaba volver a respirar con normalidad.

—¿Crees que puedes burlarte de mí, lady Lovelance? —gruñó mientras la observaba con desprecio; se movía con dificultad a causa

de la borrachera—. ¿Te has dado cuenta de quién soy y de lo que puedo hacerte? Te morirías de miedo si supieras lo que he hecho a mujeres que me han fastidiado la mitad de lo que lo has hecho tú.

—Lo siento mucho, milord —dijo ella con la voz irregular, áspera. Respiraba con dificultad después de haber sido casi estrangulada y por el acceso de pánico que se había instalado en cada vena de su cuerpo—. Era una broma. No creí que fuera usted a acudir en verdad.

—¡Silencio! ¡Pagarás por esa humillación! No puedes ofender a un Prescott y seguir tan campante, lady Lovelance.

Lord Nathaniel la miraba iracundo, como un animal amedrentador, dispuesto a hacer las cosas más despiadadas contra ella. Una sonrisa maliciosa reverberó en los labios del hombre. Victory tragó saliva al tiempo que se arrepentía de haberle gastado aquella estúpida broma en el teatro, movida por la necesidad de castigarlo. ¿Por qué había actuado como una estúpida? ¿Acaso no tenía claro la clase de bestia que era luego de haberlo visto golpear a Casper en el baile de los Ormond?

Reptó por el suelo, ayudada por las manos, mientras el ebrio se quitaba el desaliñado frac con extrema dificultad. Comprendió horrorizada lo que se proponía hacer. Gritó pidiendo ayuda.

—Estamos muy lejos del baile, lady Lovelance. Nadie escuchará tus chillidos.

* * *

Con los codos apoyados en la balaustrada de mármol, dirigió una mirada cansada a los escuetos jardines de Waldegrave Palace que se exployaban en la lejanía. Hileras de árboles de lima, desnudos hasta las copas, bordeaban el camino de entrada a la propiedad ducal. Las llamas de las antorchas encendidas parpadeaban a merced del viento gélido, como luciérnagas erráticas en una noche negra, sin luna ni estrellas. Una de aquellas ráfagas implacables trajo consigo los primeros copos de nieve de ese invierno. Casper los contempló con la más absoluta indiferencia.

Aunque el frío comenzaba a engarrotarle los músculos, se sentía más a gusto allí, en la oscura terraza de la mansión que adentro,

donde en lugar de un evento benéfico parecía que transcurriera una maldita boda. Dejó escapar un suspiro que se transformó en un vaho, en un clamor de tristeza y miseria. Tenía ganas de golpear algo o a alguien y al mismo tiempo, de cerrar los ojos, de dejar que el tenaz invierno lo ayudase a insensibilizarse.

No podía recordar las murmuraciones de los invitados sin sentir escozor. Qué par hacen esos dos, ¿eh?. ¡Se ven tan bien juntos! Hacía tanto no veía una pareja tan hermosa. Y la peor de todas las infamias: ella será una espléndida duquesa. Imaginar a Victory casada con Waldegrave le provocaba un dolor físico. No había otro modo de explicarlo. La había visto bailar con el duque; había tenido que hacer un esfuerzo de voluntad titánico para no sucumbir a su instinto y acudir a reclamarla. Aun así, en algún diminuto quicio de su mente encontraba bastante lógico lo que declamaban todos aquellos extraños. Ella estaba hecha para ser la mujer de un hombre notorio y de gran poderío. Era hermosa, generosa y recién había puesto de manifiesto un formidable encanto social. Además de ello, Kyle Warner tenía razón: Waldegrave siempre se quedaba con las mejores. Y Victory Brandon era por mucha diferencia, la mejor de todas.

Había sido una estupidez creer que nada de lo que iba a ver en aquel baile le afectaría. En realidad estaba hecho pedazos. Debió haber enviado un cheque; debió haber resistido la enorme tentación de acudir y volverla a ver, se condenó mientras se revolvía el cabello con las manos. Pero no, tuvo que sucumbir, igual que siempre. Como cuando fue a aquella estúpida carrera de caballos solo porque sabía que Waldegrave la llevaría para exhibirla como a una yegua de competición, igual que hacía con el resto de las mujeres con las que se acostaba.

Eres patético, Casper Pleydell-Bouverie, se reclamó.

Bebió el último sorbo de brandy. Dejó la copa vacía sobre una mesita cercana mientras escuchaba unos pasos discretos acercarse a la oscura terraza. No era otro que Christopher Ward, el hijo del socio del viejo Leyburne y heredero de la millonaria compañía. Al verlo, Casper recordó la primera impresión que tuvo de él. Le resultaba un tipo huraño y reservado, cuya mirada taladrante podría perforar las sienes de un enemigo. Muchas veces en el pasado se había visto

amenazado por aquella mirada, y dado que había estado muy ocupado lidiando con la propia miseria, tardó demasiado en comprender la razón de tanta hostilidad.

—Bonita noche para estar afuera, ¿eh? —masculló Ward en broma—. ¿Un cigarro?

—Por favor.

Ward sacó la cajetilla de cuero donde guardaba los cigarros. Le ofreció uno. Se lo encendió solícito y, después, hizo lo mismo con uno que había extraído para él. Casper le dio una calada profunda. Retuvo el humo en los pulmones un segundo más de lo habitual para absorber el cálido y narcótico sabor; luego, lo despidió con el pecho adolorido. El heredero dejó escapar una bocanada lenta, reflexiva, que prolongaba el momento del discurso que con toda seguridad venía a soltarle.

Después de un par de minutos, Ward se irguió. Lo miró a los ojos.

—Radnor, no deseo por ningún motivo ofenderte. Créeme, es la última cosa que espero hacer. En contra de toda lógica, me caes bien. Creo que en otras circunstancias hasta podríamos ser amigos. —Dejó escapar una risa irónica, no exenta de nerviosismo—. Eres un buen tipo, y por ello es que he venido a hablar contigo de forma amistosa.

—Quieres a Edwina —sentenció Casper.

Ward se sorprendió con aquella tranquila aserción; quizás estaba esperando un poco más de drama, pensó Casper mientras volvía a llenarse los pulmones con humo y lo expulsaba sin prisa.

—Más de lo que podría explicarte.

—No hace falta que lo hagas.

La tensión en los hombros de su interlocutor pareció disminuir. Se llevó el cigarro a la boca; aspiró de él.

—Ella me ha dicho lo que le propusiste.

—¿Te dijo también que se negó?

—Las cosas han cambiado, Radnor. Ella lo hará.

Ahora era Casper el sorprendido.

—Ah, ¿sí?

—Su padre estaría contento de que se deshiciera de ti —musitó con diversión, a lo que el conde respondió con un cáustico encogimiento de hombros—. El problema es su madre. Ella está aterrada ante la

idea de decepcionarla. Un divorcio: tú entiendes lo que significa.

Suspiró. Por supuesto que lo entendía.

—¿Sería más decoroso si le hacemos creer a todo el mundo que yo cometí adulterio? —inquirió con expresión pesarosa, hastiada. Los formalismos sociales habían gobernado su vida hasta un punto alucinante. Los odiaba—. Es probable que la sociedad la tome como a una víctima en lugar de una mujer que cometió un error al aceptar como marido a un hombre que aspiraba empezar una fortuna con su dote.

—No lo sé. Es posible, si no te molesta que te llamen así.

—Para mí no sería un problema. En realidad no lo es para ningún hombre, ¿no es verdad? —suspiró—. Haré lo que sea, Ward. Ella estará mejor contigo. Infinitamente.

—Gracias, Radnor. Gracias por entenderlo —dijo con ojos rebosantes de sinceridad.

El conde sacudió la cabeza, satisfecho de saber que alguien en aquel matrimonio terminaría siendo feliz. Había sido un error desde el principio. Tarde o temprano tenía que acabar. Un hombre con un ápice de dignidad no debería recurrir a un enlace ventajoso para salir de la pobreza.

—No hay cuidado. Se lo debo.

Regresaron a la fiesta cuando los cigarros se terminaron. Para suavizar el ambiente tras la delicada charla que acababan de tener, Ward alabó la impecable organización de la gala benéfica y dijo estar dispuesto a convertir a la compañía familiar en una de las benefactoras oficiales de la fundación. Aunque Casper pensaba hacer lo mismo para honrar la maravillosa obra de lady Lovelance, prestó poca atención a la conversación mientras se desplazaban por los lóbregos pasillos de Waldegrave Palace. Hizo un gesto de suplicio con la oscuridad como escudo para no ser visto: a su regreso a la pista de baile, de seguro los invitados estarían aplaudiendo a la magnífica pareja conformada por Victory y el duque.

Pero entonces escuchó un ruido muy cerca de ahí. Parecía un quejido de dolor, casi a punto de convertirse en llanto. Por alguna razón que no alcanzó a comprender se detuvo; el corazón comenzó a palparle clamorosa rapidez. Aguzó el oído mientras Ward hacía lo

mismo, distraído por el chillido.

—Creo que viene del invernadero —masculló.

Ambos caballeros se dirigieron al lugar sin pérdida de tiempo. Recorrieron el zaguán con pasos veloces. Atravesaron la puerta de cristal al mismo tiempo, casi chocan entre sí.

Boquiabiertos presenciaron la escena que tenía lugar allí.

Capítulo 19

La mente de Casper tardó unos segundos eternos en procesar lo que los ojos le mostraban. Victory estaba allí, de pie, en una postura defensiva, con la mandíbula tensa y los puños apretados, mientras Nathaniel Prescott se retorció en el suelo, como la repugnante lombriz que era. Borracho como una cuba, la vergüenza del marqués de Berkeley se quejaba ante lo que parecía un dolor de vientre apabullante. El conde sacudió la cabeza, perplejo. Aunque se consideraba un hombre espabilado, le costó demasiado entender lo que estaba ocurriendo, por lo que se limitó a mirar a la joven.

Cuando ella lo vio entrar, soltó un respingo de alivio. Sus delicados hombros se relajaron, como si la esperada salvación acabara de llegar.

—¿Qué está sucediendo aquí?

—¡Él me atacó! —dijo ella atropelladamente—. Quería vengarse de mí porque lo envié a Escocia. Lo golpeé y, cuando intentaba ponerse de pie, lo hice de nuevo. Y otra vez. —Se llevó las manos al rostro, hecha un hatajo de nervios—. Casper, si no hubiera estado tan borracho, no sé qué habría pasado.

Las únicas palabras que él escuchó fueron las primeras. La sola idea de que Prescott hubiera intentado hacer daño a Victory hizo que todo alrededor se ennegreciera. Los músculos se le tensaron, como los de un tigre al acecho. Iracundo, se lanzó sobre el ebrio con el puño en alto.

—¡No! ¡Espera! —gritó Ward, que se había acuclillado para revisar a Prescott—. Está fuera de sí.

—Me da igual.

—Casper, no. —Victory le tomó el brazo amenazador para

impedirle castigar al agresor. Lo detuvo en seco con una de esas miradas íntimas, que no escatimaban en ternura y que sabían lograr las cosas más insólitas en él—. No es necesario. No ha sucedido nada.

De pronto se vio desarmado. Lentamente bajó el brazo; la furia se apaciguó, pero solo un poco.

Ward, mientras tanto, revisaba a Prescott, que estaba tan ebrio que apenas parecía consciente de lo que sucedía a su alrededor. Se había despojado del frac y del chaleco, y la camisa arrugada colgaba fuera de los pantalones. Parecía parcialmente desmayado, si es que eso era posible.

—¿Está muy mal? —preguntó ella.

—Nada que un café fuerte y un buen consomé no puedan aliviar. Quizá también un baño haga falta —masculló Ward con una sonrisa sardónica.

El rostro de Victory reflejó un ligero asombro al ver con atención al joven heredero. La confusión se apoderó de sus bellos rasgos cuando miró de nuevo a lord Radnor.

—¿Él es tu amigo? —inquirió en voz baja.

Casper ignoró la pregunta. Un susurro áspero brotó de sus labios.

—¿Podrías decirme qué diablos haces aquí a solas con este degenerado?

Ella tragó saliva.

—Vine por ti.

—¿Por mí?

—Sí; tú y yo tenemos que decirnos un par de cosas, lord Radnor.

Un ronquido estruendoso les hizo desviar la mirada hacia Prescott, que ahora yacía dormido con la boca abierta. Un hilillo de saliva le brotó de la comisura de la boca.

—Creo que será mejor que avise a alguien para que venga a buscarlo —dijo el heredero del imperio ferroviario con las manos en la cadera. Se dirigió a Victory—. ¿Le parece si llamo al duque?

—No —respondió ella sin titubear.

—Entendido.

—Te lo agradezco mucho, Ward —masculló el conde.

Los dos caballeros se estrecharon las manos ante la mirada turbada de ella. Christopher se marchó silencioso por el pasillo, sin

ninguna prisa aparente para hallar a alguien que arrastrara a Prescott de vuelta al carruaje. Cuando hubo desaparecido por el oscuro pasillo, Casper le lanzó a Victory una mirada airada. No merecía menos que una buena reprimenda por haberse puesto a sí misma en semejante riesgo. Pero entonces ella volvió a sorprenderlo y resquebrajó todo vestigio de furia. Se arrojó sobre él; lo atrapó en un abrazo frenético, colmado de regocijo y algo más que alivio.

Él tardó mucho en reaccionar. Se moría por abrazarla con el mismo ímpetu, pero algunas heridas seguían frescas. Por si fuera poco, la idea de que hubiera corrido peligro en manos de Nathaniel Prescott enviaba puntadas de ira reprimida a su cerebro; ira que se transformaba en deseo cuando era consciente del cuerpo de ella apretujándose contra él. Podía sentir en las manos, la curva de la espalda femenina bajo el vestido entallado. El perfume de jazmín le asaltó las fosas nasales, lo drogó con suavidad. De pronto, las atropelladas explicaciones que Victory había ofrecido antes llegaron en tropel a su mente. La apartó con delicadeza mientras la sujetaba por los hombros.

—Espera, ¿has dicho que lo golpeaste?

—Sí.

—Lady Lovelance, me desconciertas —musitó escéptico, quizás un tanto burlón, aunque no lo pretendía, dada la seriedad el momento—. Creí que desaprobabas la violencia.

—Una dama debe saber cuándo renunciar al comedimiento y patear a un ebrio para resguardar su integridad —farfulló ella como una forma de evocar la declaración que él mismo había pronunciado a las puertas de Westfall Hall.

Casper se la quedó mirando con adusta fascinación. Jamás dejaré de amar a esta mujer, pensó. Jamás podré, aunque me apuñale una y otra, y otra vez.

La hermosa boca de Victory dibujó un mohín de aflicción.

—Casper, ¿qué tengo que hacer para que me escuches? Lo único que he hecho estos dos años es extrañarte. La forma como terminó todo fue un error. Lo admito: el error más estúpido y deplorable que he cometido. He sido muy cobarde toda mi vida. Quizá tengas razón: mi familia me ha criado para el dolor. Eso es lo único que he

conocido, pero estoy exhausta. Ya no deseo ser así. Por favor — suplicó; lo miraba con los ojos brillantes por las lágrimas acumuladas —. Por favor, dime que lo entiendes.

Él la escuchó con el ceño fruncido. Los brazos cruzados a la altura del pecho. No podía ser cierto. Después de dos años le decía lo que tanto había esperado oír. Cauteloso, retrocedió un paso.

—¿Por qué me dices todo esto ahora?

—¡Porque debes saberlo!

—Para ti fue muy fácil irte sin mirar atrás —le recriminó con la voz cansada: sentía cómo las heridas empezaban a abrirse de nuevo.

Radnor sintió brotar toda la ira religada con dolor que lo había atormentado por meses. En un momento agónico llegó a pensar que la odiaba, que podía volver a verla y mostrarle la más cruda indiferencia. Incluso, albergó la estúpida idea de que podía desquitarse cuando ella regresara como lo hacía ahora, llorosa y suplicante. Creyó que podría volver a tomarla y dejarla, como ella lo había hecho con él. Los planes se habían desbarato al descubrirla en el teatro, al verla contemplar la interpretación de *Norma* con los sentimientos a flor de piel.

—Ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida —dijo Victory y derramó una primera lágrima cristalina.

—No pensabas más que en ti y en esa gente odiosa que te mantuvo oculta desde que eras un bebé. En esa condenada vieja que te ha hecho creer que no eres digna de ellos.

—¡Creí que hacía lo correcto! —reaccionó con rudeza—. Pensé que si cumplía con mi luto iba a ganar el derecho de dirigir mi vida y que todo el mundo me dejaría en paz al fin.

—¡Pero no tenías que hacerlo!

—Yo estaba convencida de que sí, Casper. Es ahora cuando puedo abrir los ojos y ver todo lo que ha causado. Puedo ver que, si no estoy contigo, cualquier cosa que otros consideran libertad para mí no es más que una horrible prisión. Saber que otra mujer lleva tu nombre y que duerme en tu cama es la peor tortura que alguien pueda causarme. —La voz se le quebró, como el fino cristal bajo una implacable pisada—. Y me está matando. Pensar que tuviste que hacerlo porque yo no te di más opción, que te empujé a ello. Lo siento

tanto.

—No basta con que lo sientas —insistió él, negado a perder aquella batalla—. Nos has hecho miserables a los dos. Como bien lo has dicho, estoy casado.

—Sé que no eres feliz con ella. No intentes mentirme. Edwina está enamorada de tu amigo y le harías un bien si la dejaras ser feliz con él.

Él la observó estupefacto; la mandíbula casi desencajada. ¿Cómo sabía ella eso? Y, lo que era peor: ¿por qué demonios pensaba que Edwina era el obstáculo más visible entre ellos? Ella se encogió, como si de pronto fuera consciente de las barbaridades que había dicho. Un rojo vivo le inundó las mejillas.

—¿Crees que esto es sobre ella? —la atacó el conde con los puños apretados—. Esto es sobre mí, Victory Brandon. Esto es sobre lo que yo siento y sobre lo que has hecho conmigo. Me has roto en mil pedazos, ¿entiendes? Jamás he sentido un dolor similar. Jamás he estado tan decepcionado de nadie, porque jamás he puesto tanta fe en nadie en toda mi maldita vida. ¡Estoy acabado! No soy más que pedazos mal adheridos que apenas me dan para funcionar. No puedo manejar el hecho de que la única mujer a la que he amado me haya clavado un arpón en el corazón. Soy así de básico, Victory. Esto de los sentimientos nunca se me ha dado muy bien. ¿Cómo podría amarte si estoy deshecho?

No esperaba ser tan melodramático, pero así era como se sentía. Finalmente, lo había dicho. Él percibió la ligereza en el cuello luego de soltar aquel molesto grillete.

—Desearía poder sanarte —sollozó ella.

—No estoy seguro de que puedas. No sé si pueda confiar en ti otra vez. No sé si ante la primera adversidad vas a huir de nuevo, como siempre haces.

—Solo puedo darte mi palabra de que no huiré. De que deseo estar contigo, de que estoy avergonzada de mi cobardía.

—¿Crees que tienes el derecho de venir cuando te plazca y soltarme todo eso? ¿Crees que unas cuantas palabras dulces pueden rescatar dos años de vacíos, de silencios: dos años en los que me devané los sesos tratando de entender por qué te fuiste de pronto sin

una explicación convincente.

—Si hubieras leído mis cartas, podrías haberla encontrado.

—¿De qué carajos me estás hablando? —soltó exasperado—. ¡No he recibido ninguna maldita carta! Si hubiera recibido una mísera señal de tu parte, probablemente todo sería distinto.

De pronto, la vio palidecer. Lánguida, se dejó caer sobre el banco más cercano. Sacudió la cabeza con incredulidad. La mirada perdida parecía evocar algún hecho del pasado; uno lo bastante turbulento como para que el horror se adueñara de sus facciones. Él la observó con preocupación. Se acuclilló frente a ella y le tomó la mano helada, olvidado de su propia perturbación.

—Ey, ¿qué ocurre? —preguntó con suavidad.

—Lo hizo de nuevo —jadeó de un modo casi incomprensible.

—¿Quién hizo qué?

—La señora Coyle, ¿por qué me odia tanto?

—¿Tu ama de llaves?

—No envió mis cartas. Por supuesto que no ibas a contestar.

Entonces se llevó las manos al rostro y rompió en un llanto frenético, desgarrador, como si las desgastadas murallas de su resistencia hubiesen cedido violentamente, arrastrando con ellas su cordura. Gritó, maldijo, apretó los puños hasta hacerse daño las palmas de las manos. Radnor jamás la había visto en semejante estado. Entró en pánico. Descubrió muy pronto que ella necesitaba un abrazo y que la consolara; se lo dio sin más engreimiento. Entonces, él también se sintió abrazado, amado. Nunca antes había sido tan incuestionable el hecho de que se necesitaban el uno al otro, e que no había otro lugar donde podían estar sino uno junto al otro. Se estrecharon fuertemente, como un par náufragos que hubieran llegado a tierra firme después de una tormenta; dos animales salvajes lamiéndose las heridas. Casper la abrazó por un tiempo indefinido, hasta que el llanto se apaciguó. La tomó por los hombros en busca de su mirada.

—Victory, ¿de verdad me enviaste cartas?

—Una cada semana.

Él le creyó. Sacó un pañuelo y, con él, secó el torrente de lágrimas que le empañaba el rostro.

—Me habría gustado leerlas.

—La mayoría eran repetitivas. —Sorbió por la nariz—. No tenía mucho qué contar. Solo quería que supieras cómo me sentía. Y cuánto lamentaba haberme ido. Creí que te habías deshecho de ellas antes de leerlas. O que las habías leído, pero estabas muy molesto para responder. Aun así, seguí escribiendo porque tenía la esperanza de que contestarías algún día.

—Una palabra tuya me habría dado oxígeno. Pero ya pasó —susurró mientras le peinaba los mechones de cabello negro que escapaban del peinado—. Lo de Edwina fue una equivocación. —Sacudió la cabeza—. No debí casarme con ella, aunque no hubieras llegado a mi vida. Ambos hemos sido miserables juntos. Y tienes razón: ella y Ward se quieren. Me di cuenta muy tarde.

Al cabo de un largo momento, en el que la miró fijamente para empaparse de ella. Victory le tomó el rostro con la delicadeza de una pluma.

—Casper, te dije todo lo que sentía en esas cartas, salvo una cosa, que quería decirte cuando te viera a los ojos, como ahora, para que pudieras percibir la sinceridad en mis palabras.

—¿Qué cosa?

—Te amo.

Casper abrió los ojos con desmesura. La delicadeza y contundencia de aquellas palabras lo tomó por sorpresa. Lo paralizó.

—Siempre he sido tuya —continuó dado que él estaba demasiado aturdido para responder—. Desde el primer día; desde aquella noche en el tren.

Él nunca creyó que necesitaba con tanta desesperación aquellas palabras, pero las necesitaba. Se sentía eufórico, conmovido y al mismo tiempo fascinado hasta la compulsión.

—También te amo, Victory. Y también soy tuyo —le dijo entre besos cortos que le repartió por todo el rostro.

Saboreó las lágrimas saladas, las tragó al tiempo que otras de felicidad tomaban su lugar. La abrazó con extraordinaria ternura. Atrapó aquella boca cálida y dulce, se regodeó en la suavidad de los labios, los descubrió como si se tratara de la primera vez. Con las manos temblorosas, tomó el rostro de la mujer que quería y

profundizó el beso, mientras ella le acariciaba los antebrazos, subía por los bíceps hasta rodear los hombros y llegar a la espalda. Casper percibía cada respiración, cada movimiento y latido de corazón de ella con inusitada facilidad, como si se tratara del propio cuerpo. Intuía el deseo que se cocía a fuego lento, tanto como el que lo fustigaba a él.

Se apartó de ella con brusquedad y miró sus ojos desorbitados por la pasión. Le envió una mirada conspiradora, cargada de las más deliciosas intenciones. Victory asintió en respuesta.

* * *

La tomó de la mano y la arrastró fuera del invernadero a pasos veloces.

Victory se vio a sí misma corriendo de forma atropellada por los umbrosos pasillos de Waldegrave Palace, con el corazón dividido entre el vértigo de la carrera y el ardor de la excitación. Finalmente lo había dicho: le había confesado que lo amaba. Se preguntó adónde la llevaba, pero pronto dejó de importarle. Cualquier lugar le venía bien. Habría dejado que la tomara en la oscura galería o en el invernadero, aunque Nathaniel Prescott siguiera inconsciente en el suelo. Estaba demasiado urgida por él como para sentir vergüenza.

Recorrieron el pasillo de la laberíntica mansión hasta otro pasadizo que empalmaba con el área del vestíbulo. Él abrió una puerta al azar. De pronto se hallaron en una habitación estrecha y oscura, salvo por el resplandor de una luna que comenzaba a emerger a través de un tragaluz en el techo. Victory no tuvo tiempo de preguntarse dónde estaban, en tanto que la boca indagadora de él la distrajo por completo. Se le abalanzó sobre el cuello con besos ávidos y continuos; le recorrió la mandíbula con los labios, mientras una respiración agitada lo consumía. De pronto, sintió la puerta en la espalda y a él presionándola con urgencia con todo el cuerpo. Ella cerró los ojos, con la cabeza hacia atrás. Dejó que el calor de su aliento la envolviera, que la abrasara, hasta que toda ella fue calor. Buscó el rostro de Radnor con las manos, ansiosa de que la besara en los labios.

Él la complació. Se fundió con ella en un beso virulento, salvaje, lo

justo para enloquecerla sin llegar a agredirla. La lengua de él se hundió en la boca de la muchacha con primitiva avidez. Victory la rozó con la suya; saboreó en ella un ligero sabor a nicotina que, extrañamente, la excitó sobremanera.

Sin dejar de dedicarle sensuales atenciones, Casper tanteó el cuartito a oscuras, hasta dar con una repisa que parecía segura. La elevó por las caderas para dejarla sentada allí, le separó las piernas dentro de la enrevesada falda de seda y se situó entre ellas. Victory sollozó de alegría cuando comprobó la dureza del cuerpo de él, en aquella posición que los dejaba a uno a merced del otro.

Desesperada por sentirlo todavía más, la joven subió las manos por la ancha espalda. Gimió de frustración; le buscaba la piel, los músculos pétreos y sudorosos, no la textura del frac. Él, como siempre, la interpretó bien y se dispuso a despojarse de las molestas capas de ropa. Se sacó la chaqueta, el chaleco, el lazo de la corbata y finalmente la camisa. Su piel era plateada bajo los rayos de luna; su mirada, oscura y hambrienta, reposaba en las sombras, sin perderla de vista. Victory recorrió aquel musculoso pecho, los marcados costados y los hombros redondos con pagana reverencia, sin ninguna prisa porque deseaba saborearlo con el tacto. Sin darse cuenta, temblaba ante el contacto de aquella piel cálida. Había imaginado a ese magnífico hombre junto a ella cada noche, su imagen la había asaltado en sueños. Apenas podía creer que ahora podría ser suyo de nuevo.

Casper volvió a drogarla con besos, al tiempo que le bajaba el corpiño y las ballenas del corsé con tierna eficiencia. Le derramó su aliento, mezclado con un suspiro de apreciación sobre los pechos. Los besó y lamió con escrupulosidad con la intención de demostrarles cuánto los había extrañado. Relámpagos de calor húmedo la estremecieron a cada roce o tirón de esa magnífica boca. Victory separó más las piernas y se recostó sobre las pieles mullidas que colgaban a su espalda sobre percheros. Lo dejó deleitarse con su cuerpo, mientras ella también gozaba y le sujetaba la cabeza. Reparó con vago estupor en que se habían refugiado en el armario donde guardaban los abrigos de los invitados.

Un estremecimiento de expectación la recorrió cuando Casper,

jadeante y trémulo, comenzó a desabrocharse los pantalones sin dejar de besarla. Ella la miró con lasciva curiosidad, no como en las pasadas ocasiones, donde se había mostrado un poco tímida. Luego, el conde le deshizo la ropa interior con efusiva impaciencia, un gesto cercano a la tosquedad. Victory soltó un chillido de placer cuando él se engarzó en ella con un impulso brutal. Echó la cabeza hacia atrás, le hundió los dedos en la carne rígida de la espalda, gobernada por un placer disoluto. Nada podía compararse con eso; con tenerlo dentro, fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

Sin dilación, Casper comenzó a moverse voluptuosamente, las manos viajaban por las caderas femeninas bajo el vestido en demanda de la rigidez necesaria para acometer las poderosas embestidas. Victory jadeaba con más y más fuerza ante aquellas entradas que parecían tocarle el alma. Un gruñido de deleite le brotó de los labios, por lo que él procedió a taponarle la boca con una mano.

—Shh. Mi amor, no hagas ruido o nos descubrirán —le advirtió con la voz enturbiada por el placer.

Ella le besó los dedos con picardía. De pronto fue consciente de la caterva de murmullos que se colaban por las rendijas de la puerta. Decenas de invitados se encontraban en el vestíbulo. Alarmada, abrió los ojos hasta más no poder.

—Cierra la puerta.

—Está cerrada —le ronroneó al oído, poco afectado ante la presencia de extraños muy cerca de allí.

Ella suspiró aliviada y a la vez extrañada por el efecto que le provocaba la posibilidad de ser descubierta haciendo el amor con lord Radnor en el armario de los abrigos. Por absurdo que pareciera, el placer pareció multiplicarse. Victory sonrió aturdida, sacudió la cabeza al recordar la reacción que había mostrado en aquel bosquecillo cerca de Marton Pool, cuando dejó pasar la oportunidad de estar con Casper por temor a que alguien los viera. Se sentía tan distinta ahora, más segura y desvergonzada; una versión mejorada de Sabrina Brandon. Cerró los ojos, regodeada en su descubrimiento. Dejó que él siguiera penetrándola en silencio, cada vez con mayor fuerza, mientras los extraños departían sobre trivialidades en el vestíbulo. Muy pronto se olvidó de ellos.

Le rodeó la cadera con las piernas, se levantó hasta más no poder el incómodo vestido. Dejó que él la devorara a placer hasta que el contacto de sus cuerpos se volvió más intenso, casi agónico. Unas ligeras y continuas explosiones le hicieron abrir los ojos de nuevo. El tragaluz le mostró sendos chispazos de color que iluminaron el cielo de verde, púrpura, rosa y dorado que estallaban para luego derramarse sobre la oscuridad de la noche. Les dedicó una sonrisa adormecida.

Victory se fundió más a Casper cuando sintió que estallaba junto con los fuegos artificiales, como una estrella fugaz y salvaje que cruzaba el cielo de invierno. Un placer atronador, implacable, le sobrevino desde el lugar de donde los cuerpos estaban unidos y la recorrió toda como si le viajara por las venas. Se oyó a sí misma gritar, presa de un placer delirante, ausente de todo lo demás. Repitió el nombre de su amado y lo abrazó cuando él comenzó a agitarse, atravesado por el mismo relámpago. Él murmuró algunas incoherencias, jadeó y se deleitó en ella.

Tras aquellos segundos de deliciosa convulsión, se quedaron abrazados, escuchando el estruendo de los fuegos artificiales que decretaban la culminación del evento y que, por suerte, habían amortiguado los alaridos de placer. Las dos respiraciones desacompañadas tardaron un poco más en regresar a la normalidad.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Victory con el corazón que todavía le retumbaba con desmesura.

—Tú volverás a la fiesta y celebrarás el hecho de que todos los ricos y aristócratas de Londres han dejado una fortuna para tu hermosa obra —susurró mientras le arreglaba la ropa—. Yo debo desaparecer, así pensarán que me fui mucho antes y no relacionarán mi ausencia con la tuya.

Ella hizo una pausa reflexiva.

—Me refería al futuro, lord Radnor.

Él le sonrió con lentitud. Los dientes blancos se mostraron bajo los estallidos de color que bañaban el cielo.

—Lo único que puede suceder, Victory Brandon, es que estemos juntos, aunque decidiéramos lo contrario.

Aquella respuesta le produjo un gemido de ternura. Casper le

acarició el rostro. Reparó al contacto con la mano que ella había derramado otro par de lágrimas. Él las secó con devoción. La miraba desde las sombras y luego desde la lluvia de colores. Cuánta razón había en esas palabras. Aunque se perdieran, volverían a encontrarse de algún modo. Estar separados no era una opción. Ella lo besó, sedienta de él, hinchada de amor. Si no tuviera que volver al baile y despedir a los generosos invitados, se quedaría para más. Pero debía separarse de él. Por el momento.

Después de arreglarse la ropa, de lograr un aspecto más o menos presentable, Vic abandonó el armario no sin antes mirar hacia todos lados. Los pasillos estaban desiertos; los invitados habían regresado al salón tras admirar el espectáculo pirotécnico desde las puertas de la mansión. Todos debían de estarse preguntando por ella, especialmente Devlin, pensó mordiéndose el labio inferior. Tendría que idear una mentira para justificar la prolongada ausencia. Dio unos cuantos pasos veloces fuera del escondite cuando Casper siseó desde la puerta para llamar su atención. Ella se volvió: lo miraba con reprobación y diversión a la vez.

Él le guiñó un ojo. La miró de esa forma que podía desarmarla por completo.

Te amo, le dijo tan solo moviendo los labios.

—Te amo, respondió ella con una sonrisa desquiciada.

Se dio la vuelta con determinación. Como una niña pequeña echó a correr en dirección al salón para celebrar que esa noche el segundo de sus más grandes sueños también se había realizado.

Epílogo

La Fundación Mary Alice Bird para Viudas Necesitadas de toda la Gran Bretaña se instaló el 7 de febrero de 1881 en el 53 de Warren Street. Los ojos de Londres estaban posados en la notable obra que en menos de cinco meses había recaudado la ridícula cifra de cuatrocientas cincuenta y ocho mil libras, sin contar los aportes que periódicamente realizaban algunos particulares.

El día de la tan esperada apertura, las damas fundadoras, junto a las noventa y siete primeras huéspedes, se fotografiaron frente al edificio, dotado de los más completos recursos para brindar cobijo, ayuda técnica y emocional a las viudas más necesitadas del país. La noticia ocupó un espacio notable en los diarios del país la mañana siguiente, donde la obra era ampliamente exaltada y descrita.

Además de dormitorios, aulas, áreas de esparcimiento, jardines, capilla y enfermería, el hogar contaba con trece instructores prestos a capacitar a las mujeres para trabajar en la nueva central telefónica de Londres, así como en bancos, oficinas gubernamentales, factorías de diversa índole y hospitales, entre otros lugares. También se habían incorporado algunos consejeros dispuestos a brindar a las viudas la ayuda necesaria para superar aquellas situaciones emocionales que les impidieran continuar con sus vidas.

Para el mes de marzo, el lugar se llenó de huéspedes como consecuencia de la derrota de las tropas británicas en el Transvaal. Un cúmulo de damas de negro llegó desde distintos lugares del país, algunas incluso con hijos pequeños, luego de que sus maridos perdieran la vida en la guerra que trascurría en África. El trabajo se triplicó. Victory, Casper, Clarissa y Harvey se vieron en la necesidad de subirse las mangas para realizar tareas básicas y, así, cumplir con

la creciente demanda. Los primeros días fueron arduos. Lady Felton incluso experimentó un desvanecimiento. Pese a las protestas y súplicas para que la dejaran continuar trabajando, la vizcondesa fue enviada a casa para descansar. Por fortuna, el dinero recaudado y los aportes regulares de numerosos benefactores permitieron la adquisición del edificio contiguo para ampliar el espacio y así atender a más huéspedes sin inconvenientes.

Una tarde, Victory recibió una carta de la viuda más emblemática de toda Gran Bretaña, la reina Victoria, donde la felicitaba a ella y a sus colaboradores por la hermosa iniciativa y, además, le prometía la concesión de un castillo cerca de Balmoral para reproducir la iniciativa en Escocia.

Un mes más tarde, por petición, o más bien súplica de la señorita Dericott, la administradora de la fundación, Victory se marchó unos días a Lovelance Manor para descansar unas semanas. El hogar había logrado estabilizarse luego de unos primeros meses tremendamente exigentes. Desde ya, Casper fue con ella. El último tiempo se habían vuelto inseparables; habían vivido en el hotel Claridge's después de que lord Radnor se hubiera separado abiertamente de su esposa. Ello no le había acarreado a Victory, por fortuna, ninguna censura, en vista de que en aquel momento gozaba de la más sincera aprobación de la sociedad londinense gracias a su trabajo con la fundación. A menudo, la joven se burlaba de ello y rememoraba los días en que solo se la recordaba por haber aparecido en el baile de los Ormond y luego en un número de la revista *Punch*.

Casper se había involucrado con la fundación desde la noche del evento benéfico, y además de ser benefactor, prestaba toda clase de ayuda cuando se lo necesitaba para que funcionara de forma eficiente. A veces, debía desde reparar un bote de agua en algún cuarto de baño hasta negociar un buen precio para la compra masiva de instrumentos didácticos. Había escuchado que Edwina había conseguido a regañadientes la aprobación de su madre para contraer matrimonio con Christopher Ward, una vez se hiciera oficial el divorcio. El conde estaba feliz por ella; la chica merecía un nuevo comienzo luego de tanta miseria. La separación había sido amistosa, y dado que nada iba a faltarle al lado de su acaudalado nuevo esposo, la

joven no exigió a Casper ninguna compensación.

En cuanto a Waldegrave, Victory había logrado poner las cosas en orden con él. Aunque en algún momento se había hecho serias expectativas con ella, el duque vio con buenos ojos la relación con Casper y no mostró la más mínima señal de resentimiento. Cuando la baronesa le devolvió el collar, él se negó amablemente a aceptarlo y la instó a que lo vendiese para lograr más recursos para la fundación. Desde aquel momento, habían iniciado una bonita amistad. Ella lo tenía en la más alta estima.

Ahora que la vida parecía haber tomado un rumbo mucho más placentero, Victory podía respirar y sentirse realmente plena. Los momentos de tristeza, de aislamiento, habían quedado en el pasado, vencidos en el tortuoso camino junto a las culpas y los miedos. A su regreso a Lovelance Manor, había despedido a la señora Coyle, no sin antes enfrentarla por haber cometido la bajeza de destruir las cartas que ella con tanto amor había escrito para Casper. La acción había rebalsado el vaso. Victory no estaba dispuesta a permanecer bajo el mismo techo que aquella mujer que personificaba la maldad. El ama de llaves, sin mostrar una migaja de arrepentimiento, le reveló que lady Olivia había sido quien le había ofrecido dinero para impedir que mantuviera comunicación con lord Radnor. Cuando la anciana falleció, Coyle no declinó en su propósito, dado que la anciana le había pagado para que hiciera lo mismo durante todo el luto de la muchacha. Después de efectuar la confesión, la mujer se marchó con el mentón el alto, sin ver todavía el tamaño del daño ocasionado.

Victory sacudió la cabeza como un conjuro para alejar los malos recuerdos. Echó una mirada cariñosa a Casper, que trataba de armar junto con Lucas la locomotora de hojalata de juguete que le había traído de regalo desde la ciudad. Mientras tanto, ella recogía los platos del picnic que acababa de tener lugar en el jardín de Lovelance Manor. Las niñas, por su parte, se entretenían en la bonita casa de muñecas de madera y ladrillos pintados que esa misma mañana Casper les había construido.

—Parece que tienes un talento especial con los niños, lord Radnor —le dijo ella cuando regresó a su lado, luego de darle un tierno beso en los labios.

—Me estoy entrenando para cuando los nuestros lleguen. —Se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Será mejor que empecemos pronto, así no olvidaré cómo se arman todos estos juguetes. No tenía idea de que fueran tan complicados.

—Eso no es nada para ti.

—¿Bromeas? Son rompecabezas, sobre todo la locomotora. —Serio—. He decidido que compraré a nuestros hijos solo cosas que ya vengan ensambladas.

Ella le dedicó una sonrisa burlona y un poco soñadora. Esperaba con ansias el día en que pudieran casarse, como habían planeado hacerlo desde el evento benéfico en Londres y comenzar a procrear hijos a los que regalarle juguetes, vinieran ensamblados o no. Sin embargo, ello solo sucedería cuando el divorcio de Radnor se hiciera efectivo. Sentía un poco de celos cariñosos de Clarissa, que en contra de todo pronóstico, había quedado embarazada recientemente, razón por la cual ella y Harvey no habían podido acompañarlos ese mes en Fort William. Dado que el médico la había exhortado guardar reposo absoluto, los Felton permanecerían en Londres hasta que el pequeño heredero naciera.

—Por cierto, voy a necesitar unas cuantas herramientas —dijo Casper.

—Wilburg está haciendo un encargo en el pueblo y solo él sabe dónde están guardadas.

—No hay cuidado, milady. —Le dio un suave pellizco en la nariz—. Yo voy por ellas.

El conde se dirigió al sótano de Lovelance Manor con resolución. Abrió de par en par las ventanas del techo para ofrecerse algo de luz. Bajó por unas empinadas escaleras de madera, se adentró en el depósito de muros de piedra. Rebuscó entre las estanterías, un tanto polvorientas, alguna caja que contuviera tornillos y lo que hiciera falta para terminar de ensamblar los rieles de la enorme locomotora de hojalata. Encontró cajas con clavos, martillos, llaves y piezas de extraña forma cuya utilidad desconocía por completo, pero nada de lo que buscaba.

De nuevo, paseó la vista por el lugar, con las manos aferradas a las caderas en actitud pensativa. ¿Cómo iba a encontrar algo en aquel

mar de cachivaches apiñados? Había palas, picos, carretillas, objetos oxidados de agricultura, una escalera, una estufa vieja, barriles que contenían vaya a saber qué cosas y hasta un horrendo espantapájaros que le hizo dar un brinco al verlo. Radnor tomó una bocanada de aire, se burló de sí mismo y retomó la búsqueda con renovado impulso. Contra viento y marea, aquella locomotora estaría armada para el mediodía, se prometió.

Comenzó a mover algunos objetos. Estornudó sumido en la nube de polvo que se elevó en el estrecho cuarto. De pronto, reparó en una piedra irregular en la pared, donde hasta hacía un segundo habían reposado algunos viejos rollos de alfombras. La palpó con curiosidad, tenía un aspecto mucho menos desvencijado que el resto. Se dio cuenta de que la piedra no estaba completamente encajada en la pared, por lo que podría servir como escondite para diversos objetos. Las zonas de servicio de los castillos estaban llenas de pequeños agujeros como aquel que los sirvientes utilizaban para ocultar cosas. Después de pensarlo un momento, Casper se decidió a mover la piedra que servía como tapa al agujero en la pared: esperaba hallar dentro el clarinete de Victory, que la antigua ama de llaves había hecho desaparecer tras la muerte del barón y no la pornografía personal del cochero.

Lo hizo. Retiró la piedra. La colocó en el suelo para echar un vistazo dentro. Con decepción, reparó en una caja de madera raída y sucia. Dejó escapar un suspiro. La tomó y sopló para disipar el polvo. Entonces, al retirar la tapa, descubrió un fajo de papeles que le hizo dar un vuelco al corazón.

Sin darse cuenta, Casper soltó la caja, enfocado en los numerosos sobres con su propio nombre escrito en ellos con la delicada caligrafía de Victory y sellados con el escudo de Lovelance. Sin pérdida de tiempo, se agachó y buscó como un demente entre ellos. Revisó una a una las fechas. Abrió algunos al azar. Dentro, descubrió las extensas cartas de Victory, sus palabras de amor, de tristeza, las reiteradas disculpas por haberse marchado de su lado tan inesperadamente. Se quedó allí, sin medir el tiempo, empapado en aquella amalgama de sentimientos; sufriendo y riendo con ella, adorándola por la prosa florida que empleaba para describir sus sentimientos.

Cuánto había necesitado esas palabras; cómo lo habrían llenado. De haberlas leído antes, ninguna pobreza ni orgullo le habrían impedido esperarla. Habría mendigado con la esperanza de que algún día pudiera ir por ella y rescatarla de aquel castillo lúgubre, teñido de muerte, donde tenían lugar sus mayores tristezas. El amor que sentía por ella le daba para eso y más.

—Casper, cielo. Margaret me ha dicho que Wilburg guarda las herramientas en las buhardillas. —La voz de ella lo arrancó de las cavilaciones.

Al ver aquel rostro compungido, la expresión alegre de Victory se desdibujó. Miró las cartas en sus manos, apretadas con fuerza. Dejó escapar un respingo de asombro.

—No puede ser —susurró al acucillarse junto a él—. Creí que Coyle las había destruido.

—Ahora entiendo cómo te sentías —musitó Casper y la miró con amor. Con los dedos le acarició el rostro. Imaginaba las lágrimas que seguramente había derramado durante todo ese tiempo. Cuánto la adoraba. Cuánto deseaba haber podido leer antes aquellas líneas y comprenderla un poco—. No tenía idea de todo lo que habías sufrido, mi amor. Lo que pasaste fue un calvario.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa nostálgica.

—Ahora no lo veo así.

—Lo sé, pero si yo hubiera estado al tanto...

Lo calló al ponerle los suaves dedos sobre los labios. Sacudió la cabeza. Él comprendió lo que intentaba decirle y abandonó su intento de revivir el pasado.

—Espero que no te moleste que haya leído algunas.

—Fueron escritas para ti, tonto.

Él la observó fascinado.

—Te amo —le dijo.

—Te amo —respondió ella con la misma entonación, certera y vibrante.

Se besaron por un instante indeterminado, ajenos de todo lo demás.

—Bueno, milady —suspiró él cuando se separaron a regañadientes. Le rodeó los hombros con el brazo—. Dejemos los arrumacos para

luego. Tenemos una locomotora que armar.

Fin

© Editorial Vestales, 2013
© de esta edición: Editorial Vestales.
info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
H/M LS 2013 D [v1.0]
ISBN: 978-987-1405-41-1